Autora superventas de *The New York Times*

ALLISON BRENNAN

CRÍMENES y LECTURAS DE VERANO



Un inesperado misterio bañado por el sol

Mia Crawford es responsable. No le queda otra: entre el trabajo y cuidar de su abuela y sus gatos, no le sobra el tiempo. Y el poco que tiene lo dedica a leer. Novelas policiacas, comedlas románticas, *thrillers*…, siempre con mujeres Impulsivas, todo lo contrario a ella. Ahora, obligada a tomarse unas vacaciones largamente esperadas, se ve en una lujosa Isla privada donde puede reinventarse. Deambular por la isla. Coquetear con algún camarero guapo. Tener una aventura. Vivir como la protagonista de uno de sus libros… O puede relajarse con un buen libro en la playa. Cambiar es más fácil en la teoría que en la práctica.

Pero cuando unas notas en los márgenes de un viejo libro resultan ser pistas sobre la desaparición de otro huésped, Mia se ve envuelta en una peligrosa aventura. Con todos en el hotel ocultando sus propios secretos, ella tendrá que resolver este misterio antes de convertirse en el próximo objetivo.

Allison Brennan

Crímenes y lecturas de verano

Título original: *Beach Reads and Deadly Deeds*
Allison Brennan, 2025
Traducción: Rosana Esquinas, 2026
Diseño de cubierta: Katie Smith

Revisión: 1.0

11/09/2026

Para mi hija, Mary, mi guía para todo lo relacionado
con la generación Z y la cultura pop.
Te quiero de aquí a la luna, ida y vuelta.

PRÓLOGO

«La muerte es terriblemente definitiva, mientras que la vida está llena de posibilidades».

GEORGE R. R. MARTIN, *Juego de tronos*

Diana Harden tenía un plan, y era un buen plan.

Este pequeño contratiempo que había surgido en su plan no era más que una molestia; no se trataba de un verdadero obstáculo. Enviarla a San Juan para emprender una búsqueda sin sentido fue infantil y mezquino.

Ethan Valentine pagaría caro por hacerle perder el tiempo.

Ya era casi de noche cuando el taxi acuático la llevó de vuelta a St. Claire. El conductor no era más que un crío, pero Diana le pagó bien. Ya estaba harta de toda esa mierda de juegos secretos y conspiraciones, así que hizo que el chico la llevara directamente al muelle privado de Valentine, situado en una cala resguardada, al suroeste de la isla.

—Recuerda —le dijo mientras se llevaba el dedo a los labios para hacer el gesto universal que significa «guarda silencio».

No quería que Ethan supiera que había descubierto su absurdo jueguecito.

El chico asintió con la cabeza y sonrió, y ella lo despidió con un

gesto de mano.

Luces empotradas en el suelo iluminaban los escalones de madera por los que se ascendía desde el muelle a la casa de Ethan, construida en lo alto del acantilado. Conforme iba subiendo, no sin esfuerzo, la altura empezó a marearla. La brisa fresca del mar atravesaba el pañuelo fino que llevaba sobre los hombros y la hacía estremecerse.

Primero, Ethan le pagaría y luego ella le diría dónde había escondido los archivos. ¿En qué momento, después de que ella se había tomado tantas molestias en ayudar a una persona, de pasarle información que podría situarla en lo más alto, esa persona iba y la trataba como si Diana no fuera más que una mierda de perro que hubiera pisado con el zapato? De ninguna manera iba a tolerar semejante falta de respeto.

Aquel hombre debía de estar un poco loco para vivir como un ermitaño en medio del Caribe. Y todo ¿por haber perdido un acuerdo comercial? ¿Había venido aquí a lamerse las heridas y a autocompadecerse? Debería estar contento porque ella tuviera pruebas de que lo habían estafado. En cambio, en vez de eso, la había rechazado.

Si alguien le hubiera dicho a Diana hace diez años que se iba a enamorar perdidamente de un estafador cazafortunas, se habría sentido agradecida, y también triste, y enfadada, claro —¿quién no lo iba a estar en tal caso?—, pero ello nunca le habría quitado el sueño. Ethan Valentine debería estar dándole las gracias por la información que ella estuvo dispuesta a entregarle, prácticamente gratis, el día anterior.

Ahora ese imbécil tendría que pagar caro a cambio de dicha información.

Cuando llegó a lo alto de las escaleras, Diana se detuvo a recuperar el aliento. Las vistas eran impresionantes: a la derecha, veía el sol hundiéndose en el mar, y a su izquierda, las luces lejanas de San Juan. Casi como si al esconderse el sol hubiera dado una señal, varias luces led blancas y cálidas parpadearon y se

encendieron para iluminar la casa y el jardín, pero dejando en penumbra la selva que había más allá.

Aunque la casa estaba iluminada, ella no podía ver nada a través de las celosías. Se ajustó el bolso grande que llevaba al hombro, luego se acercó a la puerta de vidrio esmerilado y tocó dos veces el timbre. Sonó de forma parecida al canto de un pájaro. Al no obtener respuesta, volvió a tocar. Y otra vez. Nada. Intentó abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave.

Frustrada y enfadada por el día horrible que había tenido que pasar en San Juan, rodeó la terraza. La planta baja estaba cerrada de manera prácticamente total con puertas de vidrio. Estaba buscando una forma de entrar cuando una voz, cargada de un acento que no llegaba a ser del rodo mexicano, le dijo:

—¿Está buscando algo?

Diana se tropezó y tiró una silla al suelo.

—¿Quién es usted? —preguntó.

Al entrecerrar los ojos, vio a un anciano recostado en una tumbona, en la esquina más alejada de la terraza. Tenía la piel morena y una barba blanca, tan larga y espesa que casi no se le veía la cara. Lo había visto en el resort: un cotilla pesado. ¿Qué hacía en la casa de Ethan? ¿Cuánto tiempo llevaba observándola?

—¿Quién cree que soy? ¿No ha sentido curiosidad[1]? ¿Era eso español? Sabía poco español.

—No hay nadie en casa —dijo el anciano, esta vez en inglés—. ¿Necesita ayuda para volver al resort?

—Esta es la casa de Ethan Valentine —dijo Diana—. Me dijo que estaría aquí.

—Ah, ¿sí? Qué curioso.

¿Quién era ese hombre tan extraño?

—¿Cuándo vuelve Ethan? Es importante.

—Volverá cuando vuelva. ¿Le gustaría quedarse a esperarle? —preguntó el hombre—. Podría pasar un día o dos hasta que regrese. O ¿tal vez una semana? ¿Un mes? —Levantó las manos y se encogió de hombros.

¿Dónde demonios estaba Ethan? ¿En el resort? Eso sí que sería tener mala suerte, pensó Diana.

—Ya lo encontraré yo —dijo, molesta.

—Muy bien —respondió el hombre, el cual volvió a recostarse en la tumbona y cerró los ojos.

Con un suspiro de enfado, Diana empezó a caminar por el sendero de grava en dirección al edificio principal pensando que ojalá le hubiera pedido al chico del taxi acuático que la esperara.

No le hacía ninguna gracia tener que volver andando al resort, que quedaba a más de tres kilómetros de distancia, sobre todo porque tenía que subir por esa montaña. Las sandalias de playa crujían al pisar en la grava. Ya había perdido demasiado tiempo por culpa de Ethan Valentine. ¿Quería jugar? Pues ella también. Y a Diana eso se le daba mucho mejor que a él. El precio se había multiplicado por diez.

El estrecho camino estaba mal iluminado, había pocas luces a ras del suelo. No llevaba linterna y a su móvil se le había agotado la batería, así que se quedó en el centro del sendero, ya que sabía que había acantilados por todas partes. Diana nunca se había considerado una persona asustadiza ni temerosa de la oscuridad, pero ni siquiera podía ver las estrellas por el espeso dosel de hojas que se abalanzaban sobre el camino.

Había roedores que salían corriendo de los árboles que tenía justo delante y que luego se escabullían por el acantilado. Se obligó a respirar con calma. En la isla no había animales peligrosos. ¿Y eso que hacía crujir las hojas? Probablemente serían topos o conejos. Empezó a hablar en voz alta consigo misma, y se sintió un poco tonta al hacerlo, pero escuchar su propia voz le ayudó a mitigar sus miedos.

Tropezó y consiguió asirse a una liana que colgaba de un árbol, maldiciendo a Ethan. ¿Acaso creía que cien mil dólares era demasiado? ¿Qué te parece un millón, Ethan? O pagaba, o lo desenmascararía. Le contaría a todo el mundo lo que de verdad había estado haciendo desde que salió de los Estados Unidos.

Empezaría por el *Wall Street Journal y Variety*. Después, seguiría tal vez con *Forbes* o *The Economist*. Qué demonios, el *New York Times* podría estar interesado en esa primicia. A ver cómo le sentaba a Ethan ese tipo de publicidad. Sin duda, ese comportamiento tan ridículo no sería beneficioso para Valentine Enterprises.

Llegó a un claro en la cima de la montaña. El suelo era compacto y plano, no había rocas ni arbustos, y estaba rodeado de luces brillantes. Era el helipuerto de Ethan, aunque ahora no había ningún helicóptero. Menudo imbécil. Menudo desgraciado. Otra mentira más que añadir a la lista de las que ya había dicho.

Tal vez no le vendería los documentos. Tal vez se los vendería al hombre al que se los había robado, y que Ethan siguiera revolcándose en su miseria.

Enfadada, pero completamente decidida a hacer que esos hombres despreciables pagaran por el caos que habían provocado en su vida y en la de sus seres queridos, cruzó el helipuerto con paso firme.

Los árboles se balancearon con una ráfaga repentina de viento, y un escalofrío le recorrió la espalda. Se frotó los brazos y soltó otro improperio.

Y, entonces, las luces se apagaron.

Se quedó paralizada en la oscuridad repentina. La selva la envolvía, y los árboles crujían como si supieran algo que ella no. Se escuchó un ruido entre las hojas, a la izquierda, y luego a la derecha.

—¡¿Quién anda ahí?! —gritó—. ¡Da la cara, cabrón!

Primero, escuchó el batir de alas. Después, docenas de murciélagos volaron directos hacia ella. Gritó y se tiró al suelo, cubriéndose la cabeza con los brazos mientras la ráfaga de animalitos voladores volaba sobre ella. Notó que el aire cambiaba a su alrededor, y sintió a los murciélagos tan cerca que por un momento pensó que era su presa.

Después, el batir de alas se desvaneció a lo lejos, y Diana se vio acurrucada en el suelo, sucia y dolorida.

—¡Por el amor de Dios, Diana! —dijo en voz alta—. Levántate.

Decidida a no volver a dejarse asustar por criaturas de la noche, se puso de pie, y su vista volvió a adaptarse a la oscuridad. Las luces parpadearon, después volvieron a apagarse, y vio un cartel de madera al otro lado del claro. Se dirigió hacia allí y se encontró con un cruce de caminos con dos flechas. En el camino de la izquierda indicaba The Falls, y el de la derecha conducía al St. Claire.

¡Por fin! Apresuró el paso hacia la derecha, el sendero que llevaba al resort. No pensaba en otra cosa que en poder quitarse esa ropa asquerosa y examinar los cortes y magulladuras que sentía por todo el cuerpo.

Diez minutos después, una música tenue se filtraba entre los árboles, y pensó en perfiles potenciales a los que hacerles pagar, como, por ejemplo, la manipuladora con un novio superrico e ingenuo a la que Diana había identificado a kilómetros de distancia. «No intentes estafar a una estafadora», pensó con una sonrisa. ¿O tal vez debería centrarse en el segurata que tenía problemas con las apuestas, o en el infiel, o en el ladrón?

Había mucho donde elegir… Entonces tuvo una idea, como si se le hubiera encendido una bombilla. Aminoró la marcha y metió la mano en el bolso para echarles un vistazo a sus notas, pero se dio cuenta de que se había dejado el libro en la habitación esa mañana. Daba igual. No se le iba a olvidar la idea más brillante que había tenido en toda la semana. A fin de cuentas, ella era la heroína de esta historia: tan fuerte, guapa e inteligente como la caza tesoros de la novela que estaba leyendo. Rio en voz alta. Eso era ella: ¡una caza tesoros! Solo que los tesoros que buscaba no eran oro, sino secretos.

Secretos que se convertían en oro. Le encantaba esa imagen.

Aceleró el paso, ansiosa por llegar a su cabaña. Le dolían los pies, le palpitaba la cabeza, y lo único que quería era una copa grande de vino y darse un buen baño en el *jacuzzi* mientras leía el libro.

El sendero serpenteaba al bajar. Diana evitó pasar por delante

del edificio principal porque no quería encontrarse con nadie, sobre todo porque llevaba unas pintas que parecía que la hubieran atropellado. Las luces de seguridad iluminaban la terraza privada de su cabaña. Se puso a buscar la tarjeta de su habitación. Justo cuando tocó el fondo del bolso con la mano, escuchó una voz detrás de ella.

—Diana.

Dio un salto y se giró de golpe. El miedo le recorrió el cuerpo hasta que vio quién era. Molesta y agotada, dijo:

—¿Qué quieres?

—He estado esperándote.

—Mañana hablamos. Estoy muerta.

Le dio la espalda a su inesperada visita y empezó a insertar la tarjeta; sin embargo, antes de que lograse abrir la puerta, la sujetaron por detrás.

—¿Qué…? —Intentó hablar, pero sus palabras se ahogaron.

Con el pañuelo que llevaba sobre los hombros le rodearon y apretaron el cuello. Primero no podía hablar. Después, ya ni siquiera podía respirar.

Empezó a ver borroso. Se llevó las manos al cuello y comenzó a arañar desesperadamente la tela. Le temblaron las rodillas. Se le nubló la vista.

«¡Grita!», pensó.

No le salía ningún sonido de la garganta. No escuchaba nada, salvo el martilleo de su propio corazón. El miedo la atenazó como un sargento de banco.

Después, solo oscuridad.

CAPÍTULO UNO

> «Muy pocos de nosotros somos lo que parecemos».
>
> AGATHA CHRISTIE, *El hombre del traje color castaño*

Nunca salgo de casa sin un libro.

La idea de quedarme atrapada en algún lugar sin nada que leer me produce pesadillas. ¿Qué es la hora del almuerzo? Es el momento perfecto para leerme un capítulo, o diez, si estoy leyendo a James Patterson. ¿Qué hago un trayecto en metro? Fácilmente me leo dos capítulos por viaje. ¿Qué tengo cita en el médico, o en el dentista?, ¿o estoy esperando a que mi abuela deje de tontear con el portero? Me ventilo un par de páginas para pasar el rato.

No es que sea antisocial, pero la gente real —al menos, la que yo he conocido— no es tan interesante, inteligente o divertida como los personajes que crean mis escritores favoritos. Puedo resolver un asesinato, escalar el Himalaya y enamorarme en cuatrocientas páginas o menos. Es mucho más emocionante que mi vida.

Y este libro cayó prácticamente en mis manos en el quiosco del aeropuerto de Newark. La portada, en la que aparecía la silueta de un hombre y una mujer huyendo de un incendio terrible, y el título (*A fuego lento*) hicieron que el corazón me fuera a mil. El envoltorio no mentía: el libro era tan absorbente que para cuando hice escala

en Miami para cambiar de avión ya solo me quedaba la mitad de la novela. El suspense estaba muy conseguido, y me atrapó en un entramado cada vez más denso de mentiras y engaños, tal como sugería el título. La tensión sexual entre Christina y John era embriagadora, y culminaba en una escena romántica tan satisfactoria que hizo que la espera hubiera valido la pena y me dejó un poco acalorada.

Casi podía escuchar a mi abuela diciéndome: «Es ficción, Mia. Por eso esperas demasiado de tus novios».

Sin embargo, para mí no solo era ficción. No es que los hombres de las novelas románticas fueran perfectos —no lo eran—, pero tenían una chispa con la protagonista. Juntos, los personajes encontraban el amor. A veces, trabajaban mano a mano para resolver un crimen. A veces, se deseaban apasionadamente y luego descubrían que había más que mera atracción física. A veces, creían odiarse… hasta que había un giro de guion y se enamoraban.

En la mayoría de los casos, dejaban de estar solos. Mi carrera iba viento en popa, pero mi vida amorosa apenas había salido del puerto. Todos los hombres que parecían interesados en mí y todos los hombres a los que les daba una oportunidad fallaban en aspectos que yo consideraba fundamentales. No solo en la cama, sino también en la vida.

¿Estaba destinada a vivir sola con dos gatos el resto de mi existencia, o a conformarme con un hombre que no sabía cocinar ni hacerme llegar al orgasmo?

Todavía me quedaban tres capítulos por leer cuando el avión aterrizó en el pequeño aeropuerto de San Juan. Leo rápido…, pero, cuando un libro es muy bueno, repaso cada fragmento de diálogo mentalmente, todos los detalles que podrían ser una pista para el misterio, y luego saboreo la conexión emocional entre los personajes a medida que se va acercando el final.

Uno de mis libros infantiles favoritos es una historia de *Barrio Sésamo* en la que el Monstruo de las Galletas no quiere pasar la página porque al final del libro hay un monstruo. En mi caso, no es

un monstruo lo que me da miedo, sino el hecho de que el libro termine, de que, incluso si lo releo, la magia del descubrimiento se pierda porque ya sé lo que pasa al final. Por eso, cuanto mejor es el libro, más despacio leo, y tenía toda la intención de saborear esos últimos tres capítulos empleando en ello todo el tiempo que tardara en llegar al St. Claire.

Al subir al ferri, el suave zumbido del motor y el aire salado y fresco hicieron que me destensara. Observé a las parejas que subían a bordo y me di cuenta de que yo era una de las pocas personas que iban solas al resort. Supuse que habría más solteros en la isla; sin embargo, ahora que ya casi la veía, me preguntaba en serio cómo iba a encontrar un acompañante para estas vacaciones, un tipo con el que divertirme, y acostarme, sin ataduras. En casa, la fantasía de pasar una semana en el paraíso con un hombre atractivo era emocionante; en cambio, ahora que estaba allí, me aterraba la idea de vivir el viaje completamente sola.

Al final, iba a tener que comportarme como mi abuela y hablar con todos y cada uno de los hombres solteros hasta que me gustara alguno.

Una vez más, no podía evitar sentir que este viaje era una pérdida de tiempo y un gasto de dinero innecesario. Llevaba cinco años en McMann & Cohn Financial Planners, y esta aventura era una bonificación innegociable por mi aniversario: un viaje a una isla privada en el Caribe. Me parecía una irresponsabilidad fiscal obligar a una persona empleada como contable a gastar una bonificación de forma frívola. Ese dinero habría hecho mucho más por mi cartera de inversión si mi jefe me hubiera dejado agregarlo a mi plan de jubilación, pero aquello no era una opción. Juro que lo pregunté.

—¡Ve allí, diviértete y disfruta! Y recuerda: cuando vuelvas, te espera un ascenso. Te lo has ganado, Mia. Solo falta que firmes el contrato.

Ese ascenso era justo lo que llevaba tiempo esperando, todo lo que había pedido, la razón por la que me había esforzado tanto. Me ofrecieron un nuevo contrato mejor pagado, con más clientes, y con

mi nombre en la puerta de la oficina.

No obstante, también sabía que tener más dinero y más clientes implicaba disponer de menos tiempo para la vida personal que aún tenía la intención de tener algún día. ¿Y lo de mi nombre en la puerta de la oficina? ¿McMann, Cohn & Crawford Financial Planners? Ese honor también acarreaba más responsabilidad. Y permanencia. La placa grabada cada vez se parecía más a un ancla.

El ferri privado que llevaba a St. Claire era un lujoso yate de veinte metros. Era tan grande que había espacio suficiente para el grupo de diez personas que íbamos a bordo, además de la tripulación, y había rincones privados por todas partes que parecían haber sido diseñados para leer. El resto de los pasajeros me ignoraron, y yo les correspondí; me sentía totalmente fuera de lugar yéndome de vacaciones a una isla privada y elegante con gente del tipo de las personas para quienes suelo trabajar, personas que no son del tipo de aquellos con quienes socializo.

Y no había ningún hombre soltero entre los pasajeros.

Di gracias a Dios por el champán que me ofreció el camarero. Era un chico guapo, y le quedaba bien su uniforme blanco impecable, pero era demasiado joven. Probablemente ni siquiera pudiese beber de forma legal lo que estaba sirviendo.

Di un sorbo mientras evitaba el contacto visual y echaba un vistazo (bueno, tal vez más que un vistazo) a la pareja que se estaba devorando a besos en un rincón y que también había montado un espectáculo por hacerse arrumacos en público en el aeropuerto de Miami. Era como si estuvieran pidiendo a gritos protagonizar un vídeo viral en TikTok que se titulase «La pareja que se comía la boca sin parar». Seguramente estuvieran de luna de miel. O tal vez eran unos adúlteros disfrutando de una escapada durante una semana mientras sus cónyuges, que no sospechaban nada, cuidaban de los niños, le daban de comer al perro y se iban a trabajar.

Una mujer pelirroja vino de la cubierta trasera y me dio en la frente con su sombrero de ala ancha.

—Disculpe —murmuré.

Ella no me respondió, pero miró alrededor de la cabina como si buscara a alguien. No tenía acompañante cuando la vi en San Juan. Estaba leyendo el periódico local, el cual ahora le sobresalía parcialmente del bolso amarillo enorme de Kate Spade que llevaba a juego con su maravilloso sombrero de sol amarillo, igual de enorme.

Y era muy atractiva. Mis esperanzas de conseguir un novio de vacaciones cayeron al fondo del mar. Si había un solo hombre guapo y soltero en St. Claire, iría detrás de ella. ¿Qué probabilidades había de que hubiera dos hombres atractivos, solteros y que tuvieran menos de cuarenta años?

El camarero joven se acercó con una bandeja de champán:

—Señorita Jones, señorita Crawford, es un placer atenderlas esta tarde. ¿Puedo ofrecerles unos aperitivos? —Con un gesto amplio con la mano que tenía libre, señaló uno de los varios puestos de comida preparada.

Había más comida de la que diez personas podrían ingerir en un crucero cuyo trayecto duraba media hora.

—Gracias —dije con una sonrisa, demasiado nerviosa como para comer.

La pelirroja me evaluó rápidamente y, al decidir que yo no era una amenaza para su estatus de abeja reina, me sonrió con calidez mientras se hacía con una de las copas de la bandeja plateada, ignoraba al camarero y se presentaba:

—Soy Amber Jones.

Lo dijo en un tono que sugería que esperaba que yo la reconociera por el nombre. Le devolví la sonrisa y extendí la mano:

—Mia Crawford.

Amber me miró la mano como si tuviera gérmenes. La retiré enseguida y me sentí incómoda. Mis clientes esperaban formalidades como dar la mano y mantener cierta cortesía en general, pero estaba claro que allí eso no sería así.

—¿Es su primera vez en St. Claire? —pregunté para intentar minimizar la incomodidad del momento, mientras discretamente

echaba un vistazo a la cabina para encontrar un lugar donde esconderme para terminarme el libro.

—No. —Ella también miró a su alrededor, pero sin disimulo, y observó a todo el mundo—. Me pregunto cuánto tiempo durará Nelson con su nueva adquisición —susurró con tono sarcástico.

Al principio no entendí a qué se refería, pero seguí la dirección de su mirada, que apuntaba a Nelson Stockton, uno de los primeros propietarios afroamericanos de un equipo de la NFL[2], que estaba bebiéndose una cerveza mientras su mujer, mucho más joven, tomaba champán. ¿Amber se refería a su mujer como una «adquisición»? Estoy a favor del sarcasmo cuando estás picando algo con una amiga y de copas; en cambio, ese comentario me pareció cruel viniendo de una desconocida.

Al observar a Nelson y su esposa, pensé que formaban una pareja poderosa y atractiva. Él era un hombre grande, estaba en forma y tendría unos sesenta años. Era un exatleta que ahora era copropietario del equipo en el que solía jugar. La señora Stockton era tan atractiva como Amber, pero de una forma totalmente distinta. Amber era alta, delgadísima, tenía una melena rojiza y abundante, ojos de color avellana y piel translúcida, sin una sola arruga. La señora Stockton era voluptuosa, tenía una mirada felina y una piel morena clara tan perfecta que no podía saber si llevaba maquillaje o no. Llevaba su melena castaña dorada recogida en trenzas que le recorrían toda la cabeza, y portaba joyas elegantes, si bien un poco recargadas. ¿Qué tendría, treinta años? ¿Cuarenta? ¿Cincuenta si tenía un cirujano plástico increíble?

Otro camarero se acercó con más champán. Dejé mi copa vacía y la cambié por una llena e intenté escaparme antes de quedarme atrapada en otra conversación. Me di la vuelta y me dirigí hacia la parte trasera, donde casi me choco con dos hombres.

—¡Hola! —exclamaron al unísono, sonriendo con una dentadura perfectamente blanca y alineada.

El más alto añadió:

—Soy David. Él es mi marido, Doug.

—Hola —contesté—. Mia Crawford.

—Estabas en el avión en Miami. ¿Tu primera vez en St. Claire?

—Sí. ¿Y la vuestra?

Se rieron como si hubiera dicho algo graciosísimo, aunque solo había hecho una pregunta educada.

—¡Qué va! Es nuestro quinto aniversario. Venimos aquí todos los años desde nuestra luna de miel —dijo Doug, que le dio un beso en la mejilla a su marido y sonrió—. Hemos quedado con unos amigos que también celebraban su quinto aniversario durante nuestra luna de miel. Ellos llegaron antes, pero David, aquí donde lo ves, es médico —agregó con orgullo, y tal vez para despertar un poco de envidia, pensé—. Trabaja demasiado, en mi opinión, así que hasta esta mañana no hemos podido coger el avión.

—¿De qué especialidad? —pregunté.

—Cirujano ortopédico —dijo David—. No es tan glamuroso como Doug te haría creer.

—David ha salvado las carreras de más de una docena de lanzadores de béisbol, incluido Andrew Locke, que también está aquí esta semana.

—Para —dijo David con una sonrisa tímida—. ¿Tú has venido con tu novio? ¿O con tu novia? ¿Por qué no quedamos para tomar algo luego?

—La verdad es que he venido sola.

Se miraron el uno al otro, y me sentí incómoda por partida doble. Dos hombres felizmente casados sentían lástima por mí, que tal vez sería la única mujer soltera en una isla paradisiaca. Debería haber pensado en eso antes de venir con la idea de encontrar un amante para estas vacaciones.

—Ten cuidado —dijo Doug usando un tono que sonaba sorprendentemente sincero.

—Creo que una isla privada en medio de la nada debería ser segura.

—Sería lo normal, ¿verdad? —dijo Doug.

—No la asustes —le pidió David.

Ahora tenía muchísima curiosidad y pregunté:

—¿Con qué no debería asustarme?

David miró a Doug con desaprobación y luego contestó:

—Hace un par de días desapareció una mujer. Escuchamos a una persona que lo estaba contando mientras esperábamos el ferri. Se subió en el ferri hacia San Juan, pero nunca volvió.

—¿Sabéis quién era? ¿Estaba casada o algo así? —Por primera vez en años, pensé en mi madre.

No es que se esfumara sin más, pero nunca olvidaré el día en el que se marchó y nos dejó a mi padre y a mí. No sé qué le dijo a él en privado, pero a mí me dijo: «Cariño, simplemente no soy feliz. No es por ti, mi amor, pero esto es lo mejor para todos». Tenía seis años. Nunca volví a verla.

Doug se encogió de hombros.

—No sabemos nada sobre ella. Había unas personas hablando de eso cuando estábamos esperando al ferri, y esa pelirroja de allí —hizo un gesto vago hacia Amber Jones— preguntó por ella. Había leído algo en el periódico. La mujer se llamaba Diane…

—«Diana» —lo corrigió David.

—Eso, «Diana». Como la diosa. Le hicimos la misma advertencia a Amber. Por eso una chica tan guapa como tú debe tener cuidado —añadió Doug mientras me daba una palmadita en el brazo—. Aunque esta isla parezca segura, nunca sabes lo que puede pasar. Si necesitas algo, búscanos. Puedes contar con nosotros.

—Eh…, ¿gracias? —Parecían tan sinceros que por un momento pensé que eran demasiado amables como para ser reales.

—Doug se preocupa por todo. No dejes que te asuste —dijo David—. St. Claire es un resort maravilloso. Hemos conocido gente fantástica a lo largo de todos estos años. Luego podemos tomarnos algo juntos y conocernos más.

—Estaría genial, gracias.

Entraron en la cabina y yo me quedé felizmente sola. El yate de lujo cortaba el mar como un cuchillo, dejando tras de sí una estela blanca y espumosa que borraba por completo cualquier sensación de

inquietud. Esto sí que era paz. El aire fresco, el chapoteo del agua, el cielo azul encontrándose con un océano todavía más azul. A lo mejor, a fin de cuentas, una semana en el paraíso no estaría nada mal.

Varias sillas de la cubierta estaban colocadas mirando hacia el mar. Ninguna estaba ocupada. Me dejé caer en una, por fin alejada de la expectativa superincómoda de tener que socializar y entablar conversaciones vacías. Saqué el libro del bolso, pero no podía dejar de pensar en Diana, la mujer que había desaparecido. Mientras observaba cómo la isla de San Juan se iba volviendo cada vez más pequeña en la distancia, me imaginé cien escenarios distintos de lo que podría haberle pasado. Quizá dejó a su esposo y desapareció con su amante. O fue víctima de un crimen o de un robo que salió mal. O tal vez estaba soltera y conoció a un camarero atractivo y sexi que la conquistó, robó un yate y se la llevó navegando rumbo a las Bahamas.

Suspiré, pensando que no me importaría conocer a un camarero sexi que me arrastrara a tener una aventura por una isla preciosa mientras corríamos semidesnudos por la playa y bebíamos *daiquiris* servidos en cáscaras de coco.

Por supuesto, yo no quería desaparecer. Porque no todos los hombres sexis son buena gente, y dejarse llevar podía estar a un paso de ser secuestrada. Tal vez Diana confió en la persona equivocada.

«Basta», me dije a mí misma, y anoté mentalmente que debía preguntarle al conserje cosas sobre la mujer desaparecida. Ahora necesitaba relajarme. Y terminarme el libro. Lo abrí por donde había dejado mi marcapáginas favorito, una tarjeta negra plastificada con un mensaje claro y directo en fuente Courier blanca:

```
Gracias por no hablarme mientras leo.
```

La mayoría de las veces funcionaba.

Volví a perderme en el libro. Ya no escuchaba las voces que venían de la cabina, ni el zumbido del motor que cortaba el agua.

Solo oía las voces de los personajes de ese mundo ficticio en el que estaba tan interesada y a los que seguía en su viaje para resolver una sucesión de incendios provocados y enamorarse en el proceso.

—¿Señorita? ¿Señorita Crawford? ¿Está bien?

Levanté la vista y vi al camarero delgado, con el pelo tan alborotado que por un segundo me pregunté si se habría electrocutado. Me miraba fijamente y repitió:

—¿Está bien?

—¿Qué? ¡Sí! ¡Al final volvió! Sabía que lo haría, pero me preocupaba un poco que su terquedad se lo impidiera.

—Eh…, me refería a que… está llorando, y los demás ya han desembarcado.

El ferri se había parado. El motor estaba apagado. El agua, en calma. No se oían voces, ni el tintinear de las copas. Solo estábamos yo y el joven camarero, con los ojos bien abiertos, llenos de preocupación.

Me limpié la cara, algo avergonzada —sí, había llorado de alegría porque esos personajes habían conseguido su felicidad para siempre —, y dije:

—Ayyy, lo siento. No habré perdido el autobús lanzadera, ¿verdad?

—No, todo el mundo está en el muelle.

—Voy enseguida, ¿vale? —Le sonreí ampliamente, como si no hubiera estado llorando por un libro.

—Tómese su tiempo, señorita Crawford. No nos marcharemos sin usted.

Se fue, y yo solté un largo suspiro de alivio, me levanté y me acerqué a la barandilla.

Esta novela me había calado más hondo que la mayoría. Estaba deseando hablar de ella. Iba a escribir una reseña y tal vez grabaría un *reel* para Instagram. Adoraba la comunidad de lectores que había creado en internet. En ella, hablábamos sobre libros que hacían volar nuestra imaginación. Tal vez podría empezar una serie de reseñas titulada «Libros que leo en vacaciones». Qué gracia, sería

una serie corta, si tenemos en cuenta que estas serían mis últimas vacaciones en mucho tiempo, sobre todo con el ascenso esperándome cuando volviera a casa.

El mar, de un azul increíble, me atraía. Al inclinarme sobre la barandilla, vi cientos de peces nadando por encima del fondo arenoso. Un banco entero de peces gris plateado giró al unísono y desapareció debajo del barco.

Nunca había visto agua tan tentadora como para sentir el impulso de zambullirme en ella. Hacer eso no sería propio de mí. La espontánea era mi atrevida abuela, no yo.

Cómo me gustaría tener a alguien con quien sumergirme en el mar, alguien con quien compartir esta experiencia increíble y única en la vida.

Pero no tenía a nadie, y había de aceptar que allí estaba sola.

«Estar sola no significa que tenga que estar triste».

Tal vez David y Doug podrían presentarme a algunos solteros que conocieran por allí.

Cuando me aseguré de que ya no había restos de lágrimas y de que las rojeces de mi rostro podían atribuirse a la brisa salada, me guardé el libro en el bolso y seguí el camino que había recorrido el camarero.

La cabina principal estaba cubierta con los restos de bandejas de quesos y frutas, y había copas de champán esparcidas por todas partes, como si los pasajeros hubieran desaparecido de repente. Por descontado, aquello era una tontería. Mi imaginación hiperactiva había entrado en acción. Esto no era una novela de Stephen King, y los langoloides no estaban devorando todo a su paso hacia la orilla.

Al otro lado de la cabina había una puerta abierta. Al atravesarla escuché un grito ahogado colectivo. Al girarme, me protegí los ojos del sol del mediodía y vi a los pasajeros de pie sobre el muelle. Todos estaban mirando en la misma dirección: hacia arriba. Seguí sus miradas.

Nada. ¿Qué demonios estaban mirando? Busqué las gafas de sol y me las puse, escudriñando el cielo en busca de lo que fuera que

había captado la atención de todos los pasajeros sobre la brillante bahía cristalina.

Los acantilados se alzaban imponentes sobre el borde norte del resort, y aun así no veía nada. Entonces, en lo alto del risco, un ave gigante —no, un ala delta— apareció en mi campo de visión.

Un hombre planeaba desde la montaña hasta situarse sobre el mar, con el cuerpo extendido. Tenía las piernas metidas en una especie de saco, y la gran ala blanca que le permitía volar como un ave brillaba a la luz del sol. Todos volvieron a soltar un grito de asombro —y esta vez me uní al coro— cuando el ala delta hizo un giro completo sobre el océano, como si estuviera en una montaña rusa.

—Menudo idiota —murmuré mientras una nueva oleada de «Ooohs» y «Aaahs» recorría la multitud congregada en el muelle.

—Oh, Dios mío, qué sexi —dijo una voz femenina. Un vistazo rápido me confirmó que era la mujer del matrimonio de recién casados cachondos.

¿Sexi? Más bien un estúpido fanfarrón.

—Ya te enseñaré yo lo que es ser sexi, cariño —contestó su marido, y la levantó y la sentó sobre su rodilla hasta que su larga cabellera tocó el muelle. Después, empezó a besarle el cuello de arriba abajo mientras ella se reía.

—¡Ay, que me haces cosquillas!

No tenía ni idea de quién era ese hombre, y quería ignorar tanto la demostración de deporte extremo como el exceso de muestras de afecto de los recién casados, pero no podía dejar de mirar el espectáculo aéreo. Se balanceaba de un lado a otro como un péndulo. Luego se echó hacia delante, arqueó la espalda y el ala delta volvió a subir.

—¿Cómo lo hace? —preguntó Amber—. ¿Lleva un motor en las alas?

—No —dijo el recién casado con su mujer pegada a su costado mientras ella lo miraba con adoración. No sabía si la expresión facial de esta era de amor o de lujuria, o si estaba embrujada, porque

parecía irreal—. Es pura física. Usa la velocidad del viento junto a la presión del aire y su propio impulso para propulsar las alas.

Su tono sonaba como el de alguien que se inventa cosas para aparentar inteligencia, pero yo no tenía otra explicación, así que tal vez tuviera razón. A mí nunca me verían hacer algo tan estúpidamente peligroso.

El idiota del ala delta hizo un ascenso suave. Luego volvió a girar y voló en dirección a las rocas de la base del acantilado. Las olas del mar eran altas, y me preparé para ver cómo su cuerpo se estrellaba contra las piedras en un estallido sanguinolento.

—¡Se va a chocar! —gritó alguien.

Un coro unánime resonó por todo el grupo, seguido de una inhalación colectiva, cuando el ala delta extendió los brazos hacia arriba y voló en línea paralela al océano, alejándose hacia mar abierto.

—Ese imbécil se va a romper el puñetero cuello —sentenció la voz grave de Nelson Stockton.

Sí. No había duda. El temerario iba a darse de bruces contra el mar, a ahogarse y a tirar por la borda las primeras vacaciones que yo tenía en años.

Cuando el hombre volador desapareció de nuestro campo de visión, en el grupo siguieron los murmullos. Había admiración y críticas. Todo el mundo tenía algo que decir.

—¿Va a volar hasta San Juan? —preguntó la recién casada, que, por fin, había dejado de mirar a su marido con esa inquietante expresión de cervatillo enamorado.

Eh, no, eso estaba como a más de treinta kilómetros. Tal vez ese hombre no era el único tonto que había en la isla.

—Seguramente haya un bote por allí —sugirió con sensatez David.

El médico. Así que no solo era una cara bonita con un título avanzado. También tenía sentido común. Lo recogería un bote. O tal vez de verdad se estrelló contra el mar, y su cuerpo fracturado se quedó flotando hasta que se lo comieran las gaviotas. O los

tiburones lo arrastraron y lo devoraron. O lo derribó la guardia costera al pensar que era un traficante de drogas.

Mmm. A lo mejor había estado leyendo demasiadas novelas de misterio últimamente. Quizá había llegado el momento de volver a leer novelas románticas.

En la orilla, me llamó la atención que había mucho movimiento. La tripulación estaba metiendo el equipaje en una furgoneta. Junto a la furgoneta, había una lanzadera eléctrica, imagino que para llevarnos al resort.

En ese momento, lo único que quería era alejarme de la multitud, encontrar la tienda de regalos para comprar unos cuantos libros y relajarme al lado de la piscina con una copa grande, espumosa y —lo más importante— fuerte. Desde la piscina podría observar a todos los hombres que había en la isla, identificar a los que estuvieran solos, presentarme y esperar a que surgiera esa chispa entre nosotros, esa mirada, ese sentimiento, ese vuelco en el estómago que me ponía la libido a mil.

Sin embargo, nadie se movía del muelle, sino que todo el mundo seguía mirando hacia donde el hombre había desaparecido al cruzar la bahía, y yo estaba atrapada en lo alto de las escaleras porque Amber, la del sombrero amarillo mortal, me bloqueaba el paso.

—Permiso —dije, e intenté bajar.

Ella no me respondió, ni se movió.

No soy conflictiva. De hecho, hago todo lo posible por evitar los conflictos. Cuando era pequeña, mi padre y mi abuela discutían por todo: que si mi padre era demasiado tacaño, que si mi abuela era una derrochadora; que si él era muy crítico, que si ella era una irresponsable… También discutían por mí. Odiaba cuando discutían por mí. Me hacía lo más pequeña posible y rezaba para que no quisieran saber mi opinión; de ahí que estuviera allí atrapada, con un sombrero en toda la cara y sin otro recurso más que empujar a Amber por la borda.

Solo fue un pensamiento, pero no lo llevé a cabo.

—Ay. ¡Dios mío! —La exclamación era de la señora Stockton—.

¿Es él? ¿Qué está haciendo?

No podía ver nada con el sombrero de Amber, hasta que me di cuenta de que el grupo estaba en vilo mirando algo que había detrás del barco, en el mar. Me puse de puntillas, giré la cabeza y vi que el ala ancha del ala delta venía directamente hacia el barco. El imbécil pasó zumbando justo por encima de nuestras cabezas, viró a la derecha y luego voló sobre el agua a solo unos metros de la superficie. Se dirigía a la orilla, y usaba el agua para reducir la velocidad mientras desabrochaba la bolsa donde tenía metidas las piernas. Al descender, tocó la arena con los pies y corrió por la playa, bajando el ala mientras reducía el paso hasta que todo quedó en una caminata rápida. Del planeador sobresalía una varilla; la clavó en la arena y se detuvo.

—¡Ay, Dios! —jadeó una mujer. Sonó como si acabara de tener un orgasmo.

Un hombre, que supuse que era su marido, le dio un beso en la mejilla.

—Eso lo podemos hacer nosotros —dijo.

Claro. Solo tienes que saltar desde un acantilado y esperar a que esa ala endeble te lleve de vuelta a la playa de una sola pieza. Buena suerte.

Nadie —y, cuando digo «nadie», quiero decir «nadie»— me convencería de que me metiera en uno de esos artefactos demenciales. Yo vuelo como Dios manda, esto es, en un avión, con motor, pilotos entrenados y botellitas de vodka de diez dólares.

—¿Quién era ese? —preguntó la señora Stockton, sin dirigirse a nadie en concreto.

El capitán del barco se acercó a nosotros sonriendo.

—Ese, señora Stockton, es Jason Mallory, nuestro jefe de barra y animador a tiempo parcial. —Soltó una risa—. Sus maletas ya están de camino al resort, desde donde las llevarán a sus habitaciones. Si desean seguirme hasta la lanzadera, el conductor está listo.

Prácticamente le faltó hacer una reverencia y decir: «El carruaje les espera».

—Supongo que habrá un camarero suplente —comentó el señor Stockton—, ya que el señor Mallory está deseando partirse el cuello.

—Aún no se ha roto ni un hueso —respondió el capitán con un dejo de orgullo.

Siempre hay una primera vez para todo.

Ya me imaginaba a Jason Mallory atrapado en una silla de ruedas con una pierna rota, al estilo de Jimmy Stewart en *La ventana indiscreta*, resignado a ver el mundo desde su apartamento. Supongo que, si vivía a tiempo completo en la isla, las vistas no estarían nada mal, pero podría morirse del aburrimiento.

Los pasajeros empezaron a bajar por el muelle. Estaba a punto de volver a decirle «Permiso» a Amber cuando me di cuenta de que miraba en una dirección completamente diferente. En vez de a la playa, donde Jason Mallory guardaba el ala delta, ella estaba mirando hacia el sur.

Al principio no vi nada especial, sino tan solo acantilados y un sendero que subía por la montaña. Luego percibí algo que se movía. Era un hombre con pantalones caqui y una camisa azul de manga corta con cuello. Estaba de pie en el borde del sendero, en un mirador, observando el barco o a las personas que había en él. Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar lo que Doug y David me habían contado sobre la mujer desaparecida y al pensar en mis propias ideas sobre un asesino en serie.

Por mi propio bien y para mi tranquilidad, necesitaba averiguar qué le había pasado exactamente a Diana. La verdad es que esperaba que estuviera disfrutando de un romance maravilloso con algún chico del bar de la playa y que simplemente hubiera perdido la noción del tiempo.

Se me escapó una risa que brotó antes de poder contenerla. Me tapé la boca con la mano. ¿De dónde había salido eso? Amber me lanzó una mirada de desprecio y luego siguió al resto de los pasajeros.

Volví a mirar hacia el sendero; el hombre ya no estaba. Conté hasta cinco antes de seguir a Amber. No quería tener que sentarme

a su lado en el vehículo, pero tal vez no tendría opción, ya que, a fin de cuentas, ella era la única mujer que iba sola, aparte de mí.

De repente, la belleza de la isla me dejó boquiabierta. La bahía, con esas olas suaves, la montaña imponente que parecía surgir del agua, el resort enorme con edificios que prácticamente se desvanecían entre los frondosos árboles verdes y plantas en flor. Aunque desde allí no se alcanzaba a ver la piscina, según el folleto, llegaba justo hasta la arena.

Mientras empezaba a seguir al grupo, me llamó la atención un periódico doblado que estaba parcialmente oculto debajo de un cojín del asiento. Era el mismo periódico que Amber llevaba en el bolso, y ahora sí pude leer el titular.

MUJER ESTADOUNIDENSE SIGUE DESAPARECIDA.
VISTA POR ÚLTIMA VEZ SALIENDO DE ST. CLAIRE

Cogí el periódico. Una foto acompañaba al artículo, la de una rubia elegante de ojos claros y piel perfecta.

Diana Harden, de 32 años, de Nueva Orleans, desaparecida desde la mañana del domingo.

Estábamos a martes.

Empecé a leer el artículo.

—¡Señorita Crawford! —Me sentí culpable sin razón alguna y levanté la cabeza de golpe. El capitán me sonreía y me saludaba con la mano—. La lanzadera está lista para salir.

Me guardé el periódico en la bolsa de playa y bajé por las escaleras. Sin duda, ahora quería saber más cosas de Diana Harden. ¿Una mujer sola que desaparecía en un resort exclusivo del Caribe? Un escalofrío me recorrió la espalda al recordar la genuina preocupación de Doug cuando se enteró de que yo también había ido sola.

¿Diana también había estado sola en St. Claire? ¿Sabía Doug algo más de lo que había dicho sobre su desaparición? ¿Estaba a punto

de venirse abajo mi fantasía de que Diana había escapado para pasar un fin de semana de sol y sexo?

¿O tal vez hizo alguna locura, como lanzarse en ala delta desde un acantilado y ahogarse en el mar?

«Basta», susurré. Mi imaginación hiperactiva se había puesto el turbo.

Tal vez huyó de un esposo mal tratador, como en *Durmiendo con su enemigo*. O fingió su propia muerte, como en *Perdida*. Quizá era una heredera a la que habían secuestrado para pedir dinero a cambio. O la víctima de un asesino en serie que acechaba a turistas ricos en islas remotas.

En ese momento, me alegró no ser rica.

¿Cuál era la historia más probable? Algo totalmente inocuo, como que hubiera perdido el móvil. O que le hubieran robado. O que se hubiera emborrachado, se hubiera caído por el muelle y estuviera en coma en el hospital.

Aun así, la curiosidad persistía. Estaba decidida a saber más. Empezaría por devorar este artículo —y todo lo que pudiera encontrar en internet sobre Diana Harden— en cuanto consiguiera llegar a mi habitación.

CAPÍTULO DOS

«Supera tus límites. Para eso están ahí».

COLLEEN HOOVER, *Amor en verso*

Cuando Stuart Cohn me entregó el folleto de St. Claire el mes pasado y me dijo que allí era donde me mandarían para descansar y recuperar fuerzas, las imágenes eran lo bastante bonitas, con un mar azul, una montaña verde, una cascada escondida, y habitaciones grandes y opulentas, cada una con vistas al mar a través de puertas de vidrio del tamaño de una pared que se abrían a un balcón o directamente a la playa. *Jacuzzis* privados, una piscina que parecía fundirse con el océano, voleibol en la playa, cabañas privadas, sombrillas coloridas, palmeras y arbustos floridos más altos que una persona.

Aun así, las fotos impresas no le hacían justicia. Las palabras son solo palabras cuando no se tiene experiencia para darles vida.

Me sentía como una turista en Nueva York, mirando hacia arriba y boquiabierta ante la majestuosa simplicidad del resort St. Claire, de pie, en medio del vestíbulo al aire libre en el que había más plantas que personas. Había árboles tan altos que llegaban hasta el tercer piso, a la altura de los tragaluces, algunos de los cuales estaban abiertos. Pequeñas aves coloridas volaban en el interior y el exterior y se llamaban alegremente unas a otras, tal vez

reconociendo la suerte de haber nacido en el paraíso. Una cascada parecía salir de la nada desde el techo, y caía por unas rocas hacia un gran estanque lleno de peces *koi*.

Cada respiración era una experiencia nueva. Jazmín e hibisco y un toque de algo que no lograba identificar. Debajo del aroma floral, se percibía también el perfume más denso de la tierra húmeda, al que le seguían notas frutales de coco y piña. Cerré los ojos y deseé que todo el mundo desapareciera, que nos quedáramos solo yo y, tal vez, un socorrista increíblemente sexi con dedos mágicos al que se le diera bien cocinar. Quizá por eso todo el mundo dice que el Caribe es el paraíso. No estaba simplemente de vacaciones; me había convertido en parte de la propia isla.

Era surrealista. Todo aquello. ¿Qué socorrista sexi querría estar conmigo, Mia Crawford, la que tiene que controlarlo todo y a todos por miedo a que algo salga mal? ¿Quién no ha oído alguna vez aquello de «Si quieres que algo salga bien, hazlo tú misma»? Pues al lado de esa frase aparece una foto mía. Para mí, dejar que otra persona tome decisiones es como estar en una montaña rusa sin el cinturón de seguridad. Tal vez por eso me sentía tan desubicada cuando llegué a St. Claire, porque la decisión de ir allí, en realidad, no la había tomado yo.

Deambulé por el edificio principal, sin prisa por registrarme en el hotel. Pasillos amplios, suelos de baldosas de terracota grandes, macetas con helechos y más pájaros cantando. Mientras caminaba por el vestíbulo principal, vi una pareja de agapornis de color azul brillante posada en una rama que había por encima de mi cabeza. Por un instante, pensé que eran de mentira, como los de la sala Tiki Room de Disneylandia. Luego echaron a volar al otro lado del vestíbulo, hacia otro árbol, desde donde me miraron y comenzaron a parlotear. Los sonidos de la naturaleza —las aves, el mar, la cascada — reemplazaban la necesidad de música.

Fascinante.

Había rinconcitos por todas partes. Un banco por aquí, un sillón cómodo por allá, una cafetería que desprendía un aroma intenso a

café recién hecho y pasteles dulces, donde un grupo de cuatro personas formado por una pareja mayor y otra mucho más joven hablaba de forma animada. ¿Vacaciones familiares? ¿Abuelos que iban a disfrutar de un viaje especial con su nieto favorito y su pareja? ¿O se habían conocido allí y habían conectado enseguida, lo que había derivado en una amistad intergeneracional? Me imaginé viniendo aquí con mi abuela. A ella le habría encantado todo lo que había en la isla. Mi abuela tenía una alegría genuina. A veces, deseaba haber heredado esa característica.

—Acuérdate de que luego nos tomamos algo —dijo una voz.

Di un salto, y luego sonreí al ver a David y Doug de pie a mi lado.

—Sí —respondí—. ¿Aquí? —Hice un gesto hacia el bar que había junto a la cascada.

Doug enlazó su brazo con el de David y dijo:

—Esta noche, en el Sky Bar, en lo alto de la montaña. —Señaló un cartel en el que estaban los horarios de la lanzadera que llevaba al Sky Bar todas las noches—. Te va a encantar. Un bufé para morirse, música y la mejor puesta de sol que hayas visto jamás. Tienes que venir.

—No lo sé —contesté, sintiéndome fuera de lugar.

Eran tan amables y parecían tan transparentes que no quería rechazar la invitación, pero tampoco quería entrometerme en su aniversario.

—Tienes que venir —comentó Doug.

—Lo intentaré —dije—. Gracias.

Un hombre atractivo de unos cuarenta años, delgado y en forma, con el pelo negro y canas en las sienes y ojos azul oscuro, se acercó a nosotros.

—¿David? —Sonrió cuando David se volvió hacia él—. Sabía que eras tú.

—Andrew, qué alegría volver a verte. —Se dieron la mano, y David añadió—: ¿Te acuerdas de mi marido, Doug?

—Por supuesto. —Andrew le dio la mano a Doug.

—Andrew Locke, Mia Crawford —nos presentó David—. Mia ha venido con nosotros en el ferri.

Andrew sonrió y me estrechó la mano.

—Encantado de conocerte, Mia. ¿Es tu primera vez en St. Claire?

—Sí —respondí.

Andrew no solo era atractivo, sino también exactamente el tipo de hombre que me atraía. Le miré la mano. No llevaba anillo.

—¿Qué te ha parecido hasta ahora?

—Precioso —contesté—. Estoy deseando ir a la playa.

—Mi novia y mi hija me están esperando allí ahora mismo —dijo Andrew—. David, te llamo luego y nos tomamos algo para ponernos al día.

Vale, con novia. Eliminado de la lista. Además, tenía al menos diez años más que yo. Esto último no era un obstáculo insalvable, pero no iba detrás de hombres que ya estaban comprometidos, por muy atractivos y simpáticos que fueran.

—Estaría genial —dijo David.

Andrew me sonrió.

—Vengo a St. Claire todos los años desde hace más de una década. Si quieres saber algo de la isla, pregúntame.

Andrew se despidió y se dirigió hacia la playa.

David se miró el reloj.

—Vamos a deshacer el equipaje. Hemos quedado con los demás en media hora. Nos vemos esta noche, Mia. Si no vienes, herirás nuestros sentimientos.

Se dirigieron por un sendero que conducía a las cabañas privadas de la playa. No sabía si David hablaba en serio o no, y no quería herir los sentimientos de nadie.

Me dirigía hacia el vestíbulo cuando escuché la voz familiar de Nelson Stockton.

—Anja, no sabes lo que ha pasado, y no voy a correr riesgos contigo.

La pareja estaba sentada en un sofá de dos plazas en un rincón que daba a la cascada. Estaban prácticamente ocultos entre las

plantas que bordeaban el espacio. Un pajarito saltó a la mesa que había delante de ellos, y luego echó a volar.

—Cariño —dijo Anja con un acento sutil, no extranjero, sino tal vez con un toque sureño—, no voy a dejar que lo hagas. ¿Crees que soy tan débil que no puedo sobrevivir a la exposición? —Extendió la mano hacia su marido, y la pulsera de diamantes que llevaba brilló cuando le dio la luz del sol que entraba por el techo abierto.

—¡No deberías tener que hacerlo! ¡Maldita sea, cariño! ¡Te quiero!

Sentí una punzada de compasión. La emoción de la voz de Nelson me tocó una fibra profunda; el tono, más que las palabras, me mostró lo mucho que quería a su mujer. No quería entrometerme más en su conversación privada, así que intenté retroceder de forma discreta. Por desgracia, Nelson me vio.

—La señorita Crawford, ¿no? —preguntó mientras asentía con la cabeza.

—Sí, hola —contesté, como si no los hubiera visto.

—Soy Nelson Stockton. Nos conocimos brevemente en San Juan. Ella es mi mujer, Anja. —La cogió de la mano y se la besó.

Anja sonrió con calidez y añadió:

—Vamos a comer algo en el bar. ¿Te gustaría acompañarnos?

—Ay, gracias, pero todavía no me he registrado en el hotel.

—Estaremos allí toda la tarde, estoy segura. El bar que hay junto a la playa, el Blue Dahlia, es más tranquilo y relajante que el bar de la piscina. Pásate por allí y así nos vamos conociendo mejor.

Me pareció una invitación sincera, igual que la que David y Doug me habían hecho antes.

—Gracias. Tal vez lo haga —contesté con una sonrisa, y me alejé.

Quería saber más sobre lo que había alterado a esa pareja.

Junto al mostrador de recepción había una mesa larga con varios dispensadores de vidrio llenos de agua fría. Cada uno tenía una fruta diferente flotando en la parte superior. Naranjas. Limones. Piña. Pepino. Me serví un poco de agua con limón y bebí con avidez. Miré otra vez a mi alrededor, en el vestíbulo, y vi al hombre más guapo

que había visto en…, bueno…, en toda mi vida.

Me serví otro vaso de agua con hielo. Lo necesitaba.

Parecía salido directamente de la portada de una novela romántica. Pelo castaño bañado por el sol que se rizaba a la altura del cuello; ojos de un verde intenso, como un bosque frondoso al atardecer. Piel morena, mezcla de genética y de pasar tiempo al aire libre. Como un dios maya tocado por san Patricio. Llevaba puestos unos pantalones cortos color caqui y una chaqueta ligera sobre un polo blanco que bien podría ser parte del uniforme del personal. Ya fuera empleado o huésped, era el hombre más atractivo que había visto en todo el día. En toda la semana. En todo el año.

Estaba hablando con una empleada y con los recién casados. No pude evitar quedármelo mirando fijamente.

Él miró en mi dirección y me pilló observándolo. ¿Me había puesto colorada? No, por favor, no. Nada de ponerse roja. Él sonrió. Me derretí. Me ardía la cara. Mierda. Estaba como un tomate.

El dios irlandés-maya estaba justo entre el mostrador de recepción y yo. Iba a tener que saludarlo. Quería saludarlo. Sonreí. Él asintió con la cabeza y me hizo una señal para que me acercara. Di un paso hacia él, pero una pareja mayor, vestida con excesiva elegancia, se me adelantó para alcanzarlo y empezaron a tener una conversación animada. Maldita sea. Bueno, esperaría a que terminara de saludar a todos los huéspedes. A lo mejor era el gerente o el coordinador de ocio y tiempo libre, y tenía trabajo que hacer.

Se me ocurrían cien maneras en las que podría trabajar entreteniéndome a mí.

Me guiñó un ojo, como si pudiera leer mis pensamientos, y enseguida me di la vuelta y empecé a caminar. Directa a la tienda de regalos. Bien. Perfecto. Iba a curiosear un poco, a tranquilizarme, y, cuando terminara, tal vez el hombre de mis sueños ya estaría libre.

Entonces, me sonó el móvil, cosa que me sacó por completo de mi ensoñación. Lo saqué rápidamente del bolso e intenté contestar. Me preocupaba que hubiera una emergencia en el trabajo. «¡Ya

sabía yo que no debía venir a una isla remota!», pensé.

No era una emergencia. Era Jane, una de mis mejores amigas.

—¡Mia! —chilló Jane—. Estoy con Amanda. Te he puesto en altavoz. Estábamos hablando de ti y hemos pensado que lo mejor era llamarte. ¿Qué tal el resort? ¿Qué tal los hombres que hay en la isla? Cuéntanoslo todo. Queremos todos los detalles suculentos.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie pudiera oír el lado escandaloso de la conversación.

—Para, para. Prácticamente acabo de llegar.

—Y ¿ahora dónde estás? —preguntó Amanda—. ¿En la playa? ¿Con ese bikini sexi que te obligamos a comprarte?

—Apuesto a que está en su habitación, leyendo —añadió Jane.

—¿Dónde estás? —insistió Amanda.

—No estoy leyendo en mi habitación —contesté mientras miraba un estante de supervenías.

—¿Ves? —dijo Amanda—. Pues cuenta.

—¿El qué?

—Todo. Cómo es la isla, los hombres, la bebida. Suelta por esa boquita.

—Literalmente acabo de bajarme del ferri hace menos de media hora. Estaba a punto de registrarme cuando me habéis llamado. —Hice una pausa, miré a mi alrededor y luego añadí en voz baja—: Aquí casi todo el mundo ha venido con alguien, pero hay un tipo, que creo que trabaja aquí, que es guapísimo. —Y me quedaba corta.

—¡Oooh! —exclamaron las dos al unísono.

—Más —añadió Jane.

Hablar con mis mejores amigas me ayudó. Si iba a tener una aventura alocada esta semana, necesitaba prepararme.

—Debe de medir cerca de dos metros, es delgado, está moreno, está musculoso en los lugares correctos —añadí—. Pelo oscuro con rizos en la nuca.

—Y ¿se llama…?

—No lo sé. Solo lo he visto desde la otra punta del vestíbulo.

Eché un vistazo y todavía estaba allí, hablando con la misma

pareja, riéndose de algo que habían dicho ellos. Luego me miró por encima de sus cabezas, y me quedé paralizada cuando nuestras miradas se cruzaron. Entonces me di la vuelta. Necesitaba más tiempo para prepararme.

—Y ¿no te has presentado? ¿Así, en ese preciso momento? —dijo Jane—. ¡Maldita sea, Mia! ¿Qué te dijimos?

Suspiré.

—Me imaginaré que soy Elle Woods. —*Una rubia muy legal* era nuestra película favorita. La habíamos visto un millón de veces.

—Canaliza a Elle, canaliza a Elle —canturrearon al unísono.

Necesitaba irradiar calma, seguridad y confianza, como Elle Woods. Y ahí estaba yo, con el corazón latiéndome a mil, y escondida en la tienda de regalos.

—Lo intentaré —dije.

—Hazlo, y punto —sentenció Jane—. Esta es la última vez que puedes ser alocada y libre. La semana que viene cumples treinta y te vas a encadenar a un escritorio de por vida.

Nunca debería haberles contado a Jane y Amanda lo del ascenso.

—Yo también os quiero —murmuré.

Amanda, la más diplomática de las dos, dijo:

—Jane, déjala en paz. Mia, en serio, es algo que tú quieres. Necesitas esto. Diviértete y no pienses en nada más que en el momento presente, ¿vale? ¿Prometes ser espontánea?

—Lo prometo —contesté—. Ahora sí que tengo que registrarme en el hotel para poder disfrutar de la playa.

—Te juro que —añadió Jane—, si no te acuestas con alguien en la playa, no vuelvo a hablarte. Cuando Robbie y yo fuimos a Miami…

—¡Basta! No quiero saber nada de vuestra vida sexual, no sin al menos tres margaritas —dije.

Jane y Robbie lo habían hecho en tantos lugares públicos que me sorprendía que no los hubieran arrestado por exhibicionismo.

—Os quiero. Adiós. —Terminé la llamada antes de que pudieran decir nada más.

Conozco a Jane y Amanda desde que íbamos a la universidad, y

mi vida sería peor sin ellas. Hacía ya tres años que le había presentado a Amanda a mi asistente, Braden, y se habían casado el verano anterior; Jane y Robbie llevaban juntos casi dos años, y su boda en un enclave exótico estaba fechada para octubre. Así que solo quedaba yo, Mia Crawford, la soltera rezagada, el estorbo, la sujetavelas.

Porque, aunque encontrara a un hombre con quien compartir cama esta semana, no iba a estar dispuesto de repente a volver a casa conmigo a conocer a mis gatos.

La tienda de regalos estaba llena de ropa, trajes de baño, sombreros, artículos de aseo, *souvenirs* y libros. Muchos muchos libros. No solo estaba el estante de los más vendidos.

Cualquiera pensaría que alguien como yo, que lee todos los días, se habría llevado suficientes libros como para sobrevivir a la semana. Normalmente lo habría hecho, pero el día anterior, mientras hacía la maleta, mi abuela me llamó para hablarme de sus problemas económicos. Horas después me enteré de que ella iba corta de dinero este mes porque había donado cuatrocientos dólares a una organización ecologista, doscientos a un refugio de animales y cincuenta a su vecino famoso, quien, a pesar de tener un sueldo de seis cifras al mes, al parecer, necesitaba dinero para una cita.

Las causas podrían ser nobles, pero dejaban de serlo si mi abuela después no tenía para comprar comida. Yo ya me encargaba de pagar su apartamento con renta regulada para mayores de cincuenta y cinco, el resto de los gastos domésticos y su seguro, todo a través del fideicomiso que había creado para ella, un fideicomiso al que ella no podía acceder directamente, porque lo regalaría todo. Además, me aseguraba de que tuviera dinero en su cuenta personal para que pudiera ir a la peluquería, hacer la compra, ir al cine o salir a almorzar con una amiga de vez en cuando. Aun así, diez días después de haber empezado el mes, ya estaba en números rojos. Me llamó y yo me puse más nerviosa que ella, lo que provocó que se me olvidara meter más libros en la maleta, con las prisas, esta mañana.

Y, si no tenía algo que leer, me moriría, literalmente.

Se me acercó la dependienta, una joven de pelo rizado oscuro y sonrisa brillante. De hecho, todo el personal que había conocido hasta ahora tenía una sonrisa brillante. Demasiado brillante. Me pareció que eran como el personal de *Las mujeres perfectas*. ¿Debería preocuparme?

—¿Puedo ayudarle a encontrar algo?

—Solo estoy buscando un libro.

—En esta mesa de aquí… —Hizo un gesto como los de Vanna White en el programa favorito de mi abuela— tiene libros sobre las islas, sobre la historia de la zona, libros de fotografía. Por allí —volvió a gesticular ampliamente— está la sección de ficción. Intentamos mantenerla abastecida con novedades, pero, si hay algo que le interesa y no lo tenemos, puedo pedirlo a San Juan. Llegará mañana.

—Gracias —contesté, y me dirigí al estante de novedades.

No me llamó la atención nada. Las portadas eran un poco sosas, los títulos, aburridos, y los autores no estaban en mi lista de imprescindibles. Y la verdad es que algunos de los libros ya los había leído.

En el rincón había una mesa decorada con buen gusto con flores y un cartel hecho a mano que decía:

¡LECTURAS DE VERANO!
LIBROS QUE SE HAN DEJADO LOS HUÉSPEDES
DISFRÚTELOS GRATIS

Uno de los libros estaba escrito por una escritora conocida y parecía deprimente. Después de leer la solapa interior, confirmé mis sospechas: trataba sobre una pareja infiel y mentirosa. No, gracias. Ya había tenido un novio que me engañó…

El siguiente libro era sobre un mentiroso patológico. También salí con uno de esos…

Y el tercer libro trataba sobre el amor en las segundas

oportunidades. Tal vez…, si no fuera porque ninguno de mis exnovios encendía esa chispa en mi interior que me hiciera pensar que podríamos o deberíamos volver.

Jane y Amanda coincidían con mi abuela en decirme: «Mia, eres demasiado exigente». «Mia, no hay príncipes azules; solo sapos». «Los únicos hombres perfectos son los de las novelas románticas».

Y, sin embargo, Jane se había comprometido con Robbie, que estaba al frente de la empresa de construcción familiar, y Amanda estaba felizmente casada con Bramen, y sé que ellas no pensaban que sus parejas fueran sapos.

En parte, tenían razón. Era muy exigente. No quería algo perfecto, sino alguien que fuera perfecto para mí. ¿Qué tenía de malo eso? Si iba a pasar el resto de mi vida con un hombre hasta que los dos fuéramos lo bastante viejos y canosos y necesitásemos llevar audífonos, ¿acaso no debería ser una persona con la que me gustase pasar tiempo? ¿Alguien inteligente, interesante y al que le gustaran mis gatos?

Frustrada por no poder encontrar ni un solo libro que me susurrase «Léeme», vi y hojeé una novela con trasfondo histórico y una trama romántica, un libro con la cubierta rasgada.

Me dolió —físicamente— ver un libro en semejante estado. Lo cogí y, aunque la esquina derecha de la parte de abajo había desaparecido por completo, la portada me llamó la atención. Sin duda, se trataba de un misterio romántico. Había un hombre y una mujer en una lancha rápida que volaba sobre el agua mientras los perseguían hombres vestidos de negro en un yate más grande e impresionante.

Interesante.

Leí la contraportada y vi que el libro lo había escrito un autor debutante. Además de la portada, que estaba medio rasgada, las hojas estaban ásperas y un poco hinchadas, como si alguien hubiera dejado el libro en el baño mientras disfrutaba de una ducha larga con agua caliente. Normalmente, nunca leería un libro en un estado tan lamentable, pero era la única historia que me llamó la atención y

necesitaba algo que leer.

—Disculpe —dijo una voz de mujer.

Miré, pero la mujer no me estaba hablando a mí. Había llamado a la dependienta, que estaba ordenando uno de los escaparates.

La dependienta fue a atenderla, y la clienta se quejó por no poder comprar algo sin cargarlo a la habitación.

—No aceptamos pagos en efectivo ni con tarjeta —explicó la trabajadora.

—Qué absurdo —respondió la mujer con brusquedad.

Intenté ignorar a la mujer maleducada. Me hice un *selfi* con el libro que había leído en el *ferri* para mi reseña, y luego lo dejé sobre la mesa.

—Mira —dijo la mujer—, necesito comprar una cosa, y mi novio no puede enterarse porque es una sorpresa, ¿entiendes?

Le habló tan mal a la dependienta que quise meterme en la conversación. Justo cuando estaba a punto de demostrarle mi apoyo moral a la trabajadora, un hombre de estatura media vestido con un traje de verano impecable entró a la tienda.

—Señorita Morrison, venga conmigo y nos encargaremos de esto a su entera satisfacción —le dijo de inmediato mientras le indicaba con un gesto que se acercara.

—Gracias, Tristan. Tendría que habértelo pedido a ti antes —contestó ella.

Elegí unas postales para mi abuela, Amanda y Jane, el señor Cohn y mi vecino, que cuidaba de Nick y Nora, mis gatos. Las llevé al mostrador donde estaba la dependienta y le dije:

—¿Estás bien —le miré la camiseta—, Trina?

Me sonrió.

—Sí, ¿qué necesita?

Imaginé que tendría que lidiar con clientes complicados a todas horas.

Le enseñé las postales, y me dio los sellos. Todos los gastos se cargarían a mi habitación.

—Puede dejarlas en una caja que hay en la recepción. El correo

postal sale para San Juan todas las tardes. O también puede dármelas a mí, y yo me encargo.

—Vi un periódico en San Juan. —Una pequeña mentira. Lo vi en el barco. Ahora lo llevaba en el bolso—. Había un artículo sobre una mujer que había desaparecido: Diana Harden. ¿La conocías?

Trina se quedó un momento callada, y tuve la sensación de que iba a mentirme.

—No creo que haya estado en la tienda mientras yo trabajaba. Pero seguro que aparecerá. —Me devolvió una sonrisa algo apática y se apresuró a atender a un hombre mayor que entró en la tienda.

Bueno, supuse que no era profesional que el personal hablara sobre huéspedes desaparecidos con huéspedes presentes, pero aquello fue raro.

Salí de la tienda de regalos con la pequeña esperanza de que aquel superatractivo semidiós estuviera allí esperándome.

«¿En qué puedo ayudarla hoy, señorita Crawford? ¿Le llevo fresas cubiertas de chocolate y champán a su habitación? ¿Le gustaría que le diera un masaje privado? ¿Prefiere loción de lavanda, o de vainilla?».

Suspiré al imaginarme esas manos trabajando mis músculos doloridos hasta llevarme a un completo estado de dicha…, pero él no estaba allí suspirando por mí. Así era mi vida. Llevé ese pensamiento al fondo de mi mente (no demasiado lejos) y me registré. Rechacé que me acompañaran hasta la habitación, pero sí acepté el plano del resort. El recepcionista —Henry— rodeó amablemente con un círculo mi habitación en el papel. Era una cabaña individual al norte del edificio principal, al final de un sendero que llevaba a otras cabañas privadas.

—Esperamos que disfrute de una semana estupenda con nosotros, señorita Crawford. —Henry era tan alegre como Trina y el capitán del barco y todos los que trabajaban aquí. Complacientes en la superficie, pero con un toque de… ¿de qué? Como si todos guardaran un secreto.

Le di las gracias y recorrí el camino que llevaba a mi cabaña.

El resort estaba construido en la base oriental de una montaña que tenía una pendiente pronunciada. Caminos de senderismo marcados con nombres como «Tiki Walk» y «Siempre Viva Vista[3]» serpenteaban alejándose de la zona principal. Una flecha tallada apuntaba hacia un sendero tenebroso oscurecido por un dosel de hojas enormes en forma de abanico, de las que colgaban uvas de mar. La oscura serenidad me atrajo hacia la bifurcación del camino. En el sendero de la izquierda, que subía a la montaña, había un cartel de madera en el que se leía «Aguas termales». A la derecha, un camino más plano y estrecho, enmarcado por árboles cubiertos de enredaderas, estaba etiquetado como «Luz Luna Bahía[4]». Ambos invitaban a transitarlos.

El resort era un laberinto, y el camino principal daba la vuelta hacia la playa, en el lado opuesto al edificio principal. Cuando mi cabaña apareció ante mi vista, unas voces rompieron el silencio. Una voz femenina fuerte dijo algo indiscernible. Luego, un hombre replicó:

—Cállate.

Las voces venían de uno de los muchos senderos que atravesaban las montañas. Protegida solo por las palmeras y los arbustos floridos que bordeaban el camino de piedra, me quedé paralizada. Si daba un paso adelante, podrían verme. Lo cual no significaría nada, ¿verdad? Solo estoy yendo a mi habitación, no me hagan caso, continúen con su discusión…

Miré hacia arriba. Parcialmente oculto por las hojas de palmera, el sombrero amarillo chillón de Amber Jones resaltaba entre todo ese manto verde.

O sea que aquí se había reunido con alguien. Punto para Mia, la detective novata.

«Enola Holmes, chúpate esa», pensé.

No podía moverme. Si seguía hacia mi cabaña, me verían y pensarían que estaba escuchando a escondidas.

Amber discutía con un hombre que debía de ser su novio. O su marido.

O quizá un hombre casado con el que estaba teniendo una aventura. O un asesino en serie…

Para. Sin duda, tenía en mente el paradero desconocido de la mujer desaparecida. No obstante, ahora no me moví porque sería un poco raro y sospechoso. Apoyada contra el arbusto enorme de jazmín, intentaba encogerme lo más posible cuando escuché:

—Tienes hasta el viernes, o estás muerta.

CAPÍTULO TRES

> «La clave para escuchar bien a escondidas es que no te pillen».
>
> LEMONY SNICKET, *El libro en blanco*

¿«Muerta» era literal, o en sentido figurado? ¿Algo parecido a «Te voy a matar con el arma que llevo en el bolsillo», o a «Te voy a hacer la vida imposible hasta que te mueras»?

Las siguientes palabras de Amber se perdieron con la brisa. Después, exclamó:

—¡… y no me amenaces!

No parecía intimidada, así que tal vez «muerta» significaba algo así como «Me cortarán la cabeza si vuelvo a llegar tarde».

A los nueve años, estaba convencida de que la señora Horowitz, una mujer que conocía desde siempre en mi corta vida, había matado a su marido. Me equivocaba. Pero, después de devorar veinte libros de *Nancy Drew* seguidos y de pedirle a mi profesor de ciencias que me prestara los prismáticos para el fin de semana, veía asesinato, misterio y caos en todos los rincones.

Simplemente, el señor Horowitz se había ausentado en un viaje de negocios. Pero, durante los cinco días que estuvo fuera, me imaginé más de doce maneras en las que la señora Horowitz podría haber hecho desaparecer el cuerpo de su marido.

—No tienes ni idea de lo que has hecho —dijo el hombre—, maldita zorra arrogante.

—Qué bonito viniendo de ti —contestó Amber—. ¡He dicho que lo recuperaré todo!

—¿Sabes qué pasará si esos documentos acaban en las manos equivocadas?

—¿Se ha perdido, señorita Crawford?

Retrocedí de un salto y casi me caigo en las enredaderas. Era una espía pésima al estar ahí escondida entre los arbustos, pero completamente visible desde el camino que tenía delante.

Una mujer negra, alta y delgada, con el pelo corto y vestida con el uniforme del St. Claire —pantalones cortos beis y una camisa blanca con su nombre, «Kalise», bordado en un tono morado oscuro —, me miraba con expectación.

—No, yo… estaba disfrutando de este día tan bonito.

Mentir no se me daba bien. Sonreí para mostrar lo sincera que estaba siendo. No me pareció que me creyera.

—Hace una tarde maravillosa. Soy Kalise, la coordinadora de ocio y tiempo libre. Espero que asista a la cena al atardecer en el Sky Bar esta noche. La lanzadera sale cada quince minutos entre las seis y las siete.

—Claro, genial, gracias.

—Los detalles están en el portafolio para huéspedes que hay en el escritorio de su cabaña —dijo mientras me señalaba el camino con su elegante mano.

—Gracias —respondí, y me alejé, esperando y rezando por que Amber y el desconocido no se hubieran dado cuenta de que había estado escuchando su conversación.

Miré por encima del hombro, saludé con la mano a Kalise y le sonreí, y luego dirigí la vista hacia el sendero de arriba. Allí no había nadie.

Uf.

Amber y su amante, jefe o enemigo estaban discutiendo sobre unos documentos, y él la había amenazado, pero eso no significaba

que hubiera sido una amenaza real, y lo cierto es que no era asunto mío.

Por otra parte, no podía evitar preguntarme qué había hecho Amber para enfadar a ese hombre. ¿A qué documentos se refería? ¿A unos papeles financieros? Mi mente solía irse hacia el dinero porque ese era mi trabajo, y, como se suele decir, el dinero es la raíz de todos los males. Y la causa de la mayoría de los divorcios.

—Para —dije en voz alta mientras abría la puerta de mi *suite*.

Los misterios solo sucedían en los libros. Mi vida era demasiado tranquila y organizada como para tener tiempo para aventuras, y la verdad es que no quería meterme en líos. ¿Una contable pública certificada, y, además, planificadora financiera con miedo al riesgo? Es algo tan aburrido como parece.

Entré y me detuve en seco, pues las vistas me dejaron boquiabierta. Cualquier pensamiento racional desapareció. Me quedé sin palabras.

No quería irme de allí nunca. A la mierda las decisiones responsables.

Una pared entera de la cabaña, frente al mar, era de vidrio grueso que iba del suelo al techo. Los cristales se acoplaban unos a otros. Las juntas eran prácticamente invisibles. Más allá, había una terraza con un *jacuzzi* privado, y luego tres escalones que te llevaban directamente a la arena de la playa. No había ninguna otra cabaña a la vista. Una pareja mayor, con el pelo blanco y la piel totalmente bronceada por haber pasado demasiado tiempo al sol, caminaba de la mano por la playa a unos cuarenta y cinco metros de distancia. Los arbustos de tonos verdes intensos repletos de flores coloridas que rodeaban mi bungaló me brindaban privacidad.

Di un lento giro de trescientos sesenta grados dentro de la cabaña y me maravillé con el espacio. Los tonos suaves de azul y verde eran relajantes; la cama extragrande me pareció irresistible, con ese edredón blanco de plumas y una montaña de almohadas. En el baño, había una bañera profunda, una ducha aparte de tipo lluvia con variedad de chorros, un inodoro independiente y un amplio

tocador. Entre los dos lavabos, sobre una bandeja, estaban colocados, con gusto, los artículos de cuidado personal: champús, acondicionadores, lociones, dentífrico… En un armario estrecho había suministros adicionales y toallas extras.

El vestidor era tan grande como el dormitorio de mi casa. En su interior, cuatro batas —dos de felpa y dos de algodón ligero con el logo del St. Claire elegantemente bordado en el bolsillo— colgaban ordenadas. Un juego de cajones empotrado ocupaba una de las paredes. También había una caja fuerte, lo cual era muy conveniente si tenías artículos valiosos, como los diamantes de la señora Stockton.

Después de sacar mis cosas de la maleta, encendí el portátil. Con los dedos listos sobre el teclado para escribir mi contraseña, me paré en seco.

¿Qué demonios estaba haciendo? Tenía siete días para hacer lo que quisiera, ¿y mi primer pensamiento era trabajar?

St. Claire era, ni más ni menos, el paraíso en la tierra, donde las únicas personas que había eran los huéspedes y el personal que los atendía. ¿Cómo pude plantearme trabajar cuando todos mis caprichos y deseos iban a hacerse realidad? Si no podía encontrar al modelo sexi salido de una portada que debería estar aquí, tal vez un socorrista musculoso y bronceado se cruzaría en mi camino. O un profesor de yoga ágil e ingenioso. O un cocinero sensual que me alimentara con uvas y ostras frescas… Necesitaba ser espontánea y segura de mí misma. «Canaliza a Elle Woods», escuché que me aconsejaban las voces de Amanda y Jane. Esta era mi última semana libre. Enseguida iban a ascenderme en el trabajo, y ahora era el momento de dejarme llevar, como se suele decir. El momento de hacer cosas que me proporcionaran historias que contarles a mis amigas cuando pensaran que era una adicta al trabajo aburrida que vivía para las hojas de cálculo y la responsabilidad fiscal.

Cerré el portátil, puse a cargar el móvil y me puse el bikini y un vestido atado a la cintura para ir a la playa. Iba de estreno.

Eran las tres de la tarde. Me disponía a socializar, comer, beber y

pasarlo bien. Y a localizar a ese hombre guapísimo que me había sonreído en el vestíbulo.

Estas eran mis vacaciones, tal vez las últimas que disfrutaría hasta dentro de unos años. ¿La ironía? Con el ascenso tendría más dinero —suficiente para pagarme un viaje a St. Claire por mi cuenta —, pero no tendría tiempo ni para un fin de semana de tres días. Nunca me había importado ese sacrificio hasta que llegué aquí, y ahora la idea de que este viaje fuera el primero y último para mí era deprimente.

No obstante, el dinero conllevaba seguridad. Con él podría ayudar a mi abuela, pagar el alquiler y ahorrar para la jubilación. Mi padre había pensado en todo eso y creó un modesto fideicomiso para mí en caso de que muriera… y murió. ¿Cómo podía olvidar todo lo que me enseñó y el sentido de responsabilidad que me inculcó, y rechazar un ascenso que incluía que pusieran mi nombre en la puerta de la oficina?

Tenía una semana para tomar la decisión, y en realidad solo había una decisión posible. ¿Por qué estaba dudando de mí misma?

Sabía quién era en el trabajo: Mia Crawford, contable pública certificada, asesora financiera. Mis clientes me respetaban. Mi jefe me valoraba.

Pero los números no me abrazaban por las noches. Si aceptaba el ascenso, no tendría tiempo para encontrar el amor. Estaría sola el resto de mi vida.

Tenía que trabajar. Tenía que cuidar de mi abuela y asegurarme de tener un futuro seguro desde el punto de vista económico, pero ¿y si nunca encontraba a alguien con quien compartir mi futuro?

Ese pensamiento me ponía sorprendentemente triste.

Tal vez nunca encontraría el amor eterno, pero me vendría de perlas encontrar un amante para los seis días que tenía por delante.

CAPÍTULO CUATRO

> «El miedo a la muerte surge del miedo a la vida. El hombre que vive plenamente está preparado para morir en cualquier momento».
>
> MARK TWAIN

Sopesé las principales opciones de bares al aire libre desde dos perspectivas: la comodidad y la posibilidad de conocer hombres solteros.

El bar circular que había en el centro de la piscina, al que se accedía por un puente, haría que me sintiera como si estuviera en un escenario. Era un punto central del resort. Me di cuenta de que Doug, David y sus amigos estaban sentados bajo una sombrilla riéndose. Había otra pareja —un hombre en buena forma de unos cuarenta y tantos y una mujer diez años más joven—, con una adolescente mayor que parecía estar aburriéndose mucho. La chica llevaba unos pantalones vaqueros cortos y una sudadera con capucha, y estaba mirando el móvil, con lo cual dejaba claro que no tenía ganas de estar allí. Cuando el hombre se puso de perfil hacia mí, reconocí a Andrew Locke, el guapísimo exjugador de béisbol, un poquito mayor para mí, y que tenía novia.

Me protegí los ojos con la mano y los entrecerré. Su novia era la

mujer maleducada de la tienda de regalos. Pelo castaño sedoso cortado con estilo para que le cayera perfectamente sobre los hombros, grandes gafas de sol de diseño, piernas largas y bronceadas. Se inclinó y besó a Andrew. La adolescente se levantó y se fue.

La piscina me ofrecía la oportunidad de presumir de mi precioso bikini. Pero todo el mundo estaba en pareja o en grupo, y nadar a solas quizá hiciera que me sintiera incluso más sola.

El Blue Dahlia conectaba el edificio principal del complejo con la playa, y la barra separaba los asientos interiores de los exteriores. Dalias de todos los colores —excepto el azul, el cual no existe en la naturaleza— llenaban los coloridos jarrones de las mesas, y en las esquinas, en maceteros altos, las flores se mezclaban con tallos anchos y verdes.

Crucé el umbral. Los ventiladores perezosos del techo removían el aroma floral de las dalias y el jazmín. No hacía ni demasiado frío ni demasiado calor, como si la isla tuviera la temperatura perfecta.

Los recién casados —aún no sabía cómo se llamaban— estaban en un rincón, con las caras juntas, hablando y besándose por turnos, ignorando las bebidas, que se derretían rápidamente. ¿No los había visto ya besándose en el vestíbulo? No veía a los Stockton. Me habría gustado conocerlos mejor. Tal vez porque Nelson pensaba igual que yo sobre el ala delta, o tal vez porque Anja parecía verdaderamente amable.

Me acerqué al bufé de comida para picar y escogí unas uvas jugosas, queso Cheddar y una brocheta de fruta fresca que no reconocí, pero con la que se me hizo la boca agua. Las albóndigas glaseadas con piña que estaban ensartadas en palillos desprendían un olor delicioso, así que me llevé unas cuantas.

—Dios mío, esto está increíble —dijo una mujer al acercarse al bufé—. No puedo. —Escogió un plato y se echó una brocheta de fruta.

Miré mi plato, que estaba hasta los topes, y me mordí el labio, pero no dije nada.

La mujer —un poco más joven que yo y guapa de una forma exagerada, con el pelo teñido de rubio, demasiado maquillaje y unos pechos que tal vez eran falsos (aunque no iba a tocarlos para averiguarlo)— enseguida dijo:

—Soy Candace Tremaine. Mis amigos me llaman CeeCee. Mi novio y yo estamos aquí desde el viernes, ¡y te juro que ya he engordado tres kilos! ¡Y eso que estoy yendo al gimnasio cada día!

Intenté encaminarme a la barra, pero CeeCee me bloqueó el paso.

—¿Has llegado hoy? —preguntó—. No te había visto hasta ahora.

—Sí —respondí—, soy Mia.

—¿Dónde está tu novio? ¿O tu marido? ¿O tu novia? —Guiñó el ojo y se rio—. Yo tuve novia una vez. Estuvo bien, ¿sabes? ¡Hay que probarlo todo en esta vida! Pero me gustan más los hombres.

—Yo igual.

Enseguida dudé de mi respuesta. ¿Habría pensado ella que eso de «Yo igual» quería decir que tuve novia una vez, pero ahora prefería a los hombres? ¿O que simplemente prefería a los hombres? ¿O…?

—Y —continuó CeeCee— este resort es una pasada, ¿verdad? ¿Has ido al Sky Bar? ¿O a la cascada? ¡Dios, es increíble! Fuimos el domingo, tienes que ir con un grupo porque el sendero es superpeligroso y una persona se mató ahí hace años porque era de noche y se cayó, y el agua es totalmente cristalina, y el personal lleva un pícnic y es superromántico. Ay, es verdad, si acabas de llegar. ¡Quizá podríamos ir los cuatro juntos de pícnic!

Tardé un momento en darme cuenta de que me estaba preguntando si quería tener una cita doble.

—He venido sola —contesté.

CeeCee frunció mucho el ceño. Parecía que yo le daba pena de verdad. O tal vez proyecté mis emociones en su expresión facial.

—Lo siento mucho. ¡Ah! ¡Ya sé! ¿Te gusta el yoga? La clase de la mañana es genial. Trevor dirige un imperio empresarial enorme, así que se pasa la mitad del día trabajando. ¿Tal vez podríamos vernos

mañana? —Parecía esperanzada.

Antes de que pudiera responder a su invitación, saludó con la mano a un hombre que entraba en el bar.

—¡Oh! Ahí está Trevor. ¡Trevor!

Trevor le doblaba la edad a CeeCee. Tendría unos cincuenta años. Pelo castaño canoso, con más canas que color castaño. Ojos oscuros. Mandíbula firme y expresión seria. No sonrió, y un escalofrío me recorrió la espalda mientras se acercaba a nosotras. Intentaba no juzgar a la gente tan rápido, pero este tipo no me cayó bien.

—Candace, pensé que estabas en la piscina —dijo.

—Y lo estaba, pero me estaba desesperando. Esta es mi nueva amiga, Mia. Mia, él es Trevor.

CeeCee tenía una sonrisa radiante. Trevor no.

—Encantado —murmuró—. ¿Descansamos antes de la cena? —Cogió a CeeCee del codo.

—Oh, sí —dijo ella.

Luego, le guiñó un ojo a Mia y formó la palabra «sexo» con los labios, sin emitir sonido. Después soltó una risita y le rodeó la cintura a Trevor con el brazo.

Me quedé con la sensación de acabar de escuchar un audiolibro a doble velocidad. CeeCee era simpática, y me dio la impresión de que con ella no había sorpresas: lo que veías era lo que había. Una versión más joven y habladora de mi abuela.

Me acerqué al bar y me senté en un taburete buscando al camarero. Estaba más que lista para beber algo.

Un hombre se levantó de donde estaba agachado organizando botellas debajo de la barra. Me quedé boquiabierta, así que me metí una uva en la boca y la mastiqué. Era el hombre del vestíbulo, el más sexi de la isla, el semidiós. Mi fantasía. No llevaba anillo de casado, ni había una marca blanca delatora donde antes hubiera uno. Destino o intervención divina, me daba igual: era una señal del universo para arriesgarme y disfrutar.

—¿Qué te pongo? —dijo, y se le marcaron los hoyuelos. Al igual

que la mayoría del personal, llevaba una camisa blanca con el logo del St. Claire bordado en el bolsillo—. ¿Vino? ¿Algo más afrutado? ¿Un *mai tai* tal vez?

Miré el nombre que había bajo el logo.

«Jason».

Jason era el nombre del loco del ala delta. «Jason Mallory, nuestro jefe de barra y animador a tiempo parcial».

Destino, mira que eres puñetero.

—¿Sigues pensándotelo? —preguntó Jason—. ¿Puedo recomendarte…?

—Una piña colada, por favor. —El corazón me latía con fuerza. Qué mala suerte tenía: el chico soltero más guapo de la isla también estaba loco.

—Marchando una piña colada —contestó Jason.

Sus manos expertas se movieron por la barra y cogieron botellas, cocteleras y mezcladores.

—Vi tu… acrobacia.

¿Por qué había dicho eso? ¿Por qué, por qué, por qué? No quería hablar con él. Era guapísimo, pero imprudente. Sopesé los pros y los contras. No sabía si podría acostarme con un temerario loco, por muy guapo que fuera. Aunque probablemente sería divertido. Salvaje. Aventurero.

Lo único que debería preocuparme era ese momento, pero no estaba hecha para vivir en el ahora. Culpé a mi padre y a mi abuela. Ellos eran el yin y el yang. Yo estaba atrapada en el punto medio.

Él dejó de hacer lo que estaba haciendo y ladeó la cabeza, confundido.

—¿«Acrobacia»?

Moví la mano derecha vagamente en dirección a los acantilados.

Él sonrió, y me dio un vuelco el corazón. ¿Cuántos vuelcos puede dar el corazón antes de que se convierta en una emergencia médica? La licuadora rugió a toda velocidad durante unos segundos. Después, él vertió la bebida espumosa y blanca en una piña ahuecada, con una brocheta de frutas y una pajita rosa brillante. Un

trozo de coco, un trozo de piña, dos fresas y tres cerezas. Prácticamente era una cena en un palillo. La colocó sobre un posavasos delante de mí.

Probé un trago. Estaba deliciosa. Sonreí y di otro trago.

—Puedes subir conmigo cuando quieras.

—¿Subir a dónde? —Yo seguía saboreando la piña, el coco y el ron en la lengua. Me sentí refinada y sorprendentemente feliz. Me comí una cereza.

—Al ala delta.

—Ala delta —repetí.

Me imaginé tirándome por el acantilado. En mi visualización, mi cuerpo caía en picado a la boca abierta de un tiburón hambriento. Me estremecí.

Jason sonrió aún más. ¿Se había dado cuenta de mi reacción? ¿Podía leerme la mente?

—Doy clases un par de mañanas a la semana. A un grupo pequeño…, o podríamos tener una sesión individual.

Individual… Negué con la cabeza para despejar la imagen que había surgido en mi mente, la imagen de Jason y yo desnudos.

—Mejor no. —Se me quebró la voz.

—Es divertido.

Me comí un trozo de piña y lo pasé con otro trago de piña colada. Sí, Jason Mallory parecía divertido. Y ¿a dónde me llevaría eso? La abuela se había divertido mucho durante su veintena, y acabó embarazada sin saber quién era el padre de mi padre. Divertirse era… divertido. Pero tenía consecuencias. Me sentía completamente fuera de lugar. Lo único que sabía era que tenía que haber más de un hombre soltero en la isla. Uno que no fuera tan…

—Es arriesgado —contesté—. Peligroso. Y tú estás… tú estás… —Moví los dedos en círculos imitando los bucles de sus acrobacias, pero paré cuando me di cuenta de que era la señal universal para decir que alguien estaba loco—. Los bucles eran bastante arriesgados. El seguro del resort debe de costar un pastizal.

—¿El seguro?

—El capitán dijo que formabas parte del equipo de entretenimiento. Por eso he dado por hecho que es a lo que te dedicas.

Jason se rio, y yo reprimí mi sonrisa de inmediato. Tal vez no podía evitar sentirme atraída por él —era guapísimo, y seguro que lo sabía—, pero no tenía por qué sucumbir a sus encantos. Yo quería sexo sin complicaciones. Sin riesgos. Un hombre como Jason Mallory no era precisamente alguien sin riesgos. Si se comportaba como un temerario en la vida, ¿qué haría en la cama?

Solo de pensarlo, sentí que algo explotaba en mi interior. Así que clavé la mirada en mi bebida, le di un sorbo y solté un suave gemido de placer. Seguí bebiendo, concentrándome en los sabores, intentando olvidarme de que él seguía mirándome.

—Solo soy camarero —dijo Jason sin más—. Hago ala delta por diversión. Esquí acuático. Diría que el *windsurf es* mi favorito. Hasta tenemos helicóptero. No hay nada mejor que ver la isla a más de trescientos metros de altura. Bueno, tal vez haya algo que sí lo sea. —Su tono era ligero y peligrosamente seductor.

Me atraganté con una cereza. Tosí y bebí más piña colada.

—No me gustaría que tu cara bonita terminara estampada contra las rocas si te falla el paracaídas, o si una ráfaga de viento te lanza contra la montaña —contesté.

—Deduzco que les tienes miedo a las alturas.

Vacilé. ¿Estaba tonteando conmigo? Levanté la vista hacia él, y le brillaban los ojos. Jason era embriagador.

—Me da miedo caerme —dije mientras levantaba la barbilla, sin apartar la mirada—. Como a cualquier persona cuerda.

—Y ¿cómo te llamas?

—Creía que el personal se sabía el nombre de todo el mundo. —No quise sonar tan sarcástica. ¿Acaso me había decepcionado que no lo supiera?

—Mia Crawford —contestó—, pero pensé que sería de buena educación preguntar. Con permiso. —Se alejó hacia una pareja que acababa de sentarse en un sofá de dos asientos con vistas al mar.

Había sido simpático, había tonteado, y yo le había ofendido. No era mi intención, pero estaba totalmente desubicada. Intenté que no se me notara mucho mientras miraba a ese hombre. Por mirar no pasaba nada, ¿no?

Mirar, no tocar. Todo lo relacionado con Jason Mallory iba en contra de mis principios. Tal vez era mejor así; podría encontrar a otro tío. O sea, si era así de fácil tontear con Jason Mallory, estaba claro que podría tontear con otros hombres del personal. Hombres menos propensos a arriesgarse a romperse el cuello todos los días. Pero me recordé a mí misma que, por mucho que me protegiera, incluso los hombres que no corrían riesgos podían romperte el corazón de forma inesperada. Como mi padre.

Murió de repente, en un estúpido accidente de coche que no fue culpa suya. Un idiota que llevaba toda la noche conduciendo se quedó dormido al volante y chocó de frente contra mi padre cuando iba de camino al trabajo a primera hora de la mañana. Fue entonces cuando me enteré por las malas de los problemas económicos que la forma de vida libre y divertida de la abuela había causado a nuestra familia. Al final, entendí la naturaleza frugal que caracterizaba a mi padre. Su naturaleza estaba directamente relacionada con el hecho de haber crecido en una situación de inseguridad económica y un caos generalizado. Ahora soy yo la que cuida de mi abuela, al igual que lo hizo mi padre, porque, a pesar de todos los defectos de mi abuela, ella tiene un corazón enorme, y ambos la queríamos.

Entró una chica: la adolescente que estaba antes tan aburrida, sentada con Andrew Locke y su novia en la piscina. Se dejó caer en un asiento al final de la barra, se estiró sobre el mostrador y cogió de la bandeja una brocheta de frutas ya preparada. Llamó a Jason cuando él volvía de atender a la pareja.

—Hola, Jason, ¿me puedes poner un daiquiri de fresa como el que me hiciste ayer?

—Ahora que tienes la edad legal, puedes pedir lo que quieras, pero con cabeza.

Ella puso los ojos en blanco sin disimular.

—Ya tengo padre.

Jason empezó a prepararle la bebida. Fresas frescas, un toque ligero de ron claro y otro de ron oscuro, lima y hielo. Tenía buena pinta.

—Y ¿dónde está ese padre tuyo tan increíblemente sobreprotector? —preguntó Jason como el que no quiere la cosa.

—Adivina.

—¿Qué planes tienes? —preguntó Jason sin adivinar nada.

—Si te dijera que emborracharme, probablemente no me servirías nada.

—No quiero que tu padre me despida.

—Seguramente no se daría cuenta —murmuró, y cogió la bebida que tenía entre las manos—. Hasta luego. —Me miró de arriba abajo el tiempo suficiente como para incomodarme y luego se dirigió hacia una tumbona de la playa.

Jason limpió la barra mientras volvía a la zona del bar en la que estaba yo.

—El padre de Brie se ha echado otra novia —comentó.

—¿De verdad tiene edad suficiente para beber? —Lo dije antes de darme cuenta de que era una pregunta tonta.

—Aquí es legal a los dieciocho años —contestó—, pero yo no dejaría que se emborrachara. —Hizo una pausa y después, como si se lo hubiera pensado mejor, añadió—: Está inquieta por la universidad y por lo de que su padre vaya en serio con la novia.

Observador y mono. ¿Tendría este chico algo que no me encantara? Quizá podría pasar por alto lo de su naturaleza temeraria…

—Su padre no es tan estricto —continuó Jason—. En realidad, es un tipo bastante guay. Antes era jugador de béisbol. ¿Te suena el nombre de Andrew Locke?

—Lo he conocido antes —contesté—. El cirujano ortopédico que al parecer le salvó la vida nos ha presentado.

Jason rio. Aquella risa era verdadera y me conmovió. Él parecía estar muy feliz y satisfecho, algo que yo quería. Jason actuaba como

si adorase su trabajo y su vida, y de pronto yo también quería adorar mi trabajo y mi vida de la misma manera.

—El doctor David Butcher —añadió Jason—. David y su marido vienen todos los años a St. Claire por su aniversario.

—Eso he oído en el ferri —contesté.

¿En esta isla todos lo sabían todo sobre los demás? ¿No había secretos?

De repente, pensé: «¿Qué sabrá el personal sobre mí?». No es que yo tuviera secretos, pero la idea de que los huéspedes y el personal fueran a analizar mi vida al milímetro me revolvía el estómago.

—Andrew fue pícher de los Dodgers durante seis años, se operó, luego lo cambiaron a los Braves durante otros seis años, y ahí tuvo estadísticas incluso mejores. Lo dejó todo a los treinta y cinco años.

—Seguro que tuvo un buen asesor financiero —me oí decir a mí misma.

Después me obligué a acallar ese pensamiento. «¡Deja de pensar en trabajo!». Pero es que… dejarlo todo a los treinta y cinco años y no tener que trabajar era todo un logro. Quizá debería preguntarle con quién trabajó. Siempre me interesaba encontrar nuevas formas de construir las carteras de mis clientes de forma segura.

Me miró la bebida.

—¿Otra?

—Aún no me la he terminado.

—Casi has terminado —dijo mientras empezaba a prepararme otra.

«Bueno, ¿por qué no?», pensé. Quizá un par de copas haría que me soltase un poco.

—Sherry es la primera mujer con la que viene desde que estoy aquí —comentó Jason—. Siempre han estado solos él y Brie. Por eso ella se siente desplazada.

Me estaba dando las vibras de hermano mayor superprotector. Me dio pena la adolescente malhumorada.

—No es fácil ser adolescente —añadí.

—Pero es divertido —contestó él con un toque de tonteo mientras dejaba delante de mí la piña colada y se llevaba mi copa vacía.

—Ser adolescente no tiene nada de divertido —dije yo a la vez que giraba la pequeña sombrilla de la mezcla helada—. Hay que navegar por aguas infestadas de tiburones y acabar graduada y con la cordura intacta.

—No me creo que una chica guapa como tú no tuviera a todos los chicos suplicándole que tuviera una cita con ellos.

El comentario casi me dejó sin palabras.

—¡¿¿¿Yo???! —dije con un chillido. Forcé una risa—. Fui una adolescente muy torpe y un poquito *friqui*.

—Que se convirtió en un cisne. —Lo de coquetear iba en serio.

Si antes tenía alguna duda, ya no. Me sonreía, era simpático, y le brillaban los ojos como si se estuviera divirtiendo y disfrutando de mi compañía. El corazón me latía con fuerza y temí estar sonrojándome mientras me tomaba la bebida refrescante.

—Gracias —dije—. Voy a echar un vistazo a la playa.

—Si puedo hacer algo por ti, dímelo —contestó—. Lo digo en serio, Mia.

«Ven a mi habitación esta noche y tengamos relaciones sexuales sin compromiso…».

Pero no lo dije. Él me miró mientras me alejaba, y yo no miré atrás.

Probablemente, los hombres como Jason Mallory que son atractivos y extrovertidos de nacimiento se lo pasaron de maravilla en el instituto. No tenía el físico de un jugador de fútbol americano, pero quizá sí el de un jugador de béisbol. O de fútbol, con esos músculos delgados. O tal vez era el gracioso de la clase. Alguien que le caía bien a todo el mundo porque hacía reír. Me gustaba. Mucho.

«No es tu tipo, Mia», me dije a mí misma.

«Y ¿qué más da?», oí que me decían las voces de Jane y Amanda en mi cabeza.

No es que hubiera tenido mucho éxito con los hombres que creía

que eran mi tipo.

La playa parecía apetecible, y necesitaba pasar tiempo a solas para relajarme. Pasé por delante de varios huéspedes recostados en hamacas o tomando el sol junto a la piscina. Muchos estaban leyendo libros, incluida una mujer mayor tumbada bocabajo que leía una novela erótica, una de la que había oído hablar mucho pero que no había leído aún. A lo mejor la dejaba en la mesa de libros gratuitos cuando terminara.

Otra mujer leía en una cama balinesa parcialmente oculta mientras su pareja parecía estar dormida. Incliné la cabeza noventa grados para ver la portada: un misterio doméstico que me había leído cuando salió el año pasado. Un libro excelente de uno de mis escritores favoritos cuyos títulos compro siempre de forma automática. En otra de las camas, un hombre mayor leía en una tableta. Me dio mucha rabia no poder ver la portada.

Me llamó la atención una tumbona vacía con una gran sombrilla ajustable. Lo único que había entre el mar y yo era arena blanca. Sin gente, sin dolores de cabeza, sin camareros increíblemente sexis que practican salto en ala delta.

Brie, la adolescente malhumorada, estaba sentada dos sillas más allá, leyendo en el móvil. A mí siempre me daba dolor de cabeza leer en una pantalla. Prefiero un buen libro antes que la tecnología. Brie llevaba un bikini negro sobre su cuerpo alto y delgado, y los pantalones cortos y la sudadera estaban tirados en la arena.

Sorbí la piña colada y la dejé sobre la mesa antes de ajustar la sombrilla enorme para que diera justo la cantidad adecuada de sol. Me eché la crema de protección solar —lo último que quería era pasar toda la semana cuidándome quemaduras—, luego me recosté en la gran tumbona con el *thriller* romántico desgastado en la mano. Tenía muchas ganas de sumergirme en una buena historia que trataba sobre el amor y las segundas oportunidades, una historia ambientada entre tesoros escondidos, piratas y un suspense que iba contrarreloj.

Cuando abrí la portada, cayeron granos de arena. Fruncí el ceño

y me los quité del pecho. Desde luego, el dueño anterior había maltratado ese libro. Pasé las páginas preliminares y encontré el capítulo inicial.

A las tres páginas, me exasperé.

Alguien había escrito en los márgenes del libro.

¡Solo los monstruos escriben en los libros! (El mismo tipo de monstruos que deja los libros en la arena).

En la universidad, me resistía a escribir en los libros, aunque el profesor lo pidiera. Las notas adhesivas se volvieron mi herramienta favorita. ¿Por qué arruinar un libro que está en perfectas condiciones usando tinta o aunque solo sea con lápiz?

Alguien —una mujer, a juzgar por la caligrafía clara y florida— había escrito, junto al párrafo que describía el tesoro perdido:

¡Una búsqueda del tesoro! Parece divertido, ja, ja

Era un libro gratuito. El daño que le habían hecho no debería molestarme tanto. Y casualmente estaba de acuerdo con su sentimiento: una búsqueda del tesoro parecía divertida. ¿A quién no le encantan historias como las de *Uncharted y Outer Banks*, en las que el camino es tan emocionante como descubrir algo especial? Sentí una extraña afinidad con mi compañera amante de los libros y me pregunté durante un momento si todavía estaría aquí, en la isla, y si podría encontrarla para tomarnos una o tres copas y ver si teníamos algo más en común.

Me sumergí de nuevo en la historia dejando de lado la caligrafía audaz.

El autor hizo un gran trabajo integrando la historia del ficticio Santa Regina en el primer capítulo al describir el tesoro perdido y presentar a los personajes principales, quienes habían sido amantes hasta que Juan desapareció con un tesoro que él y Gabrielle habían encontrado juntos.

«Qué capullo». Probablemente tuviera una buena razón, pero podía imaginarme cuál era. Seguro que Gabrielle no se creía nada de

lo que él decía. Una mujer inteligente.

Después de leer una réplica especialmente mordaz de la heroína, sonreí. Gabrielle era más segura, más sarcástica y audaz de lo que yo sería jamás. Ha habido muchas veces en las que mis modales me impidieron dar una respuesta ingeniosa. O se me ocurría la respuesta perfecta… diez minutos después, demasiado tarde. Si fuera la escritora de mi vida, podría volver atrás y editar todas esas conversaciones en las que me mordí la lengua, me expresé mal o no dije lo que debería haber dicho.

Por ejemplo, me habría encantado plantarle cara a Amber Jones cuando me bloqueó el paso en el barco. O decirle a la novia de Andrew que no fuera una maleducada con el personal.

En la siguiente página, había otro fragmento subrayado:

> Gabrielle se recogió la espesa melena roja para que no le estorbara en la cara mientras limpiaba la cubierta. ¿Para qué pagar marineros si hacían un trabajo tan horrible?

La dueña anterior del libro había escrito:

> *Parece mi tipo. Espero que no esté DEMASIADO enfadada conmigo…*

¿Qué significaba eso? ¿Por qué escribirlo en el libro? ¿Debería devolver el libro y buscar otro? Los comentarios constantes me distraían de la historia.

Bebí un poco más, ajusté la sombrilla para bloquear el sol porque me estaba acalorando y pasé la página.

El final del primer capítulo mostraba a Juan enseñándole a Gabrielle lo que había encontrado. El último párrafo estaba subrayado:

> Tres piezas de oro estampadas con el escudo real,

ocultas del mundo, enterradas en una isla, hasta que alguien las encontró. «¿Por qué no pude haber sido yo? —pensó Gabrielle—. ¿Por qué no pudo haber sido mi padre?».

La vándala del libro había dibujado una flecha y escrito, al pie de la página:

Acaba de pasar de camino al bar. ¿Cuánto pagará por la verdad? ¿Cuánto me pagará para que le guarde su secreto?

CAPÍTULO CINCO

«Todos los seres humanos tienen tres vidas: la pública, la privada y la secreta».

GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ

¿Secreto? ¿Qué secreto? ¿Acaso esta desconocida destructora de libros estaba escribiendo sobre personas que estaban en la isla?

La idea me parecía inverosímil y bastante absurda.

Y, sin embargo…, sorprendentemente, me sentía como su confidente, su amiga. Como si hubiera estado escribiendo esas notas para mí. Sé que parece una tontería, pero, aun así…, era emocionante tener acceso a información tan jugosa e íntima. Ella era Harriet la Espía, y yo había encontrado su diario secreto.

Levanté la vista del libro y miré a mi alrededor. Las gafas de sol ocultaban la dirección de mi mirada.

Ahora, David, Doug y los dos hombres con los que habían estado bebiendo jugaban un amistoso partido de voleibol en la playa, alejados de los fanáticos del sol recostados.

Una pareja —la pareja del ferri con la que no había hablado— discutía en una de las camas balinesas cercanas. Solo los reconocí por los llamativos pantalones cortos floreados del hombre. ¿Sobre qué estarían discutiendo? Tal vez, estas vacaciones eran su última oportunidad para salvar su matrimonio.

Le eché un vistazo al libro, medio esperando ver algún comentario sobre la pareja en los márgenes, pero ellos acababan de llegar a la isla, y mi compañera no podía haberlos espiado.

Brie observaba a su padre y a su novia mientras andaban de la mano por la orilla cerca del agua. Aunque el rostro de Brie era inexpresivo, tenía el cuerpo tenso; prácticamente era como si estuviera gritando de rabia contenida. Los miró hasta que desaparecieron de su vista. Podía entender a Brie en ciertos aspectos: mi madre nos abandonó cuando yo tenía seis años, y mi padre había tenido algunas citas de vez en cuando. Una vez me dijo que, cuando mi madre nos abandonó —una mujer preciosa que nunca fue feliz—, él se quedó sin energía para volver a enamorarse. Le pregunté si se sentía solo.

«No, estoy conforme con mi vida».

Yo quería ser feliz, pero no sabía cómo. No quería terminar como mi madre, nunca satisfecha con nada ni con nadie, o como mi padre, simplemente conforme.

—Deja de estar tan melancólica —susurré, y volví a abrir el libro.

¿Cuánto me pagará pala que le guarde su secreto?

¿A quién le estaba guardando el secreto?

¿A alguno de los huéspedes? ¿A algún miembro del personal? Tal vez habría más pistas en el libro.

Ambas historias eran interesantes, la del libro y la que estaba escrita en los márgenes. Un escalofrío me recorrió la espalda y me hizo extender la mano hacia mi bebida. Tenía dos misterios por resolver. Estaba la mujer desaparecida y la identidad de Harriet la Espía. Además, ¿quiénes eran las personas sobre las que escribía? ¿Seguían en la isla? La idea de compartir este tesoro de secretos me mantenía inmersa en la lectura, con el libro en una mano y la bebida en la otra.

Al final del segundo capítulo, la artista grafitera había escrito:

¿Dinero o amor? Dinero, por supuesto. Él posee una pequeña fortuna. ¿Conoce él todos los trapos sucios de la nueva novia que se acaba de echar?

Debajo de esto, escrito en otro color, como si se hubiera añadido luego, decía:

112 - estimado neto 80-90 millones $, residencia en Arizona 5 millones $ +, casa de vacaciones 3 millones $

¿Para qué iba a rastrear esta persona el patrimonio neto de nadie? A lo mejor la segunda nota no tenía nada que ver con la que había escrito arriba. Era la misma persona —lo deduje por la caligrafía—, pero se había escrito en otro momento.

Harriet estaba siendo mordaz. ¿Por qué cualquier persona que saliera con alguien rico, ya fuera hombre o mujer, era sospechosa de ser una cazafortunas?

Podría tener razón. Quizá Harriet entendía mejor la naturaleza humana que la mayoría de las personas. La gente que lee suele ser más observadora.

Tenía más de un cliente adinerado que había sido blanco de estafadores sin escrúpulos. Una de mis clientas favoritas, una tierna secretaria jubilada de setenta años, invirtió el cinco por ciento de su sueldo todas las semanas, además de cada bonificación, durante más de cuarenta años, en la empresa donde trabajaba: IBM. Cuando se jubiló, su patrimonio superaba los diez millones de dólares. La estafaron una vez —perdió más de cien mil dólares—, y después la cortejó un hombre más joven que quería que sacara todo el dinero de su fondo de inversión para que pudieran viajar por el mundo juntos. Afortunadamente, sus hijos la convencieron de que no lo hiciera.

Así que sí, hay personas despreciables en el mundo; no obstante, no es lo mismo aprovecharse de una persona mayor que salir con alguien rico.

Los comentarios de los márgenes eran tan sensacionalistas como adictivos. ¿Sobre quién escribía Harriet? ¿Sobre Trevor y CeeCee? ¿Sobre Andrew y Sherry? ¿Sobre otra pareja de no casados que estuviera en la isla?

Pasé las páginas buscando algo como un recibo o la llave de una habitación que pudiera identificar a la antigua dueña del libro. Había docenas de fragmentos subrayados. Los márgenes estaban salpicados de notas, todas con la misma letra.

Seguí pasando páginas. Cuando llegué, más o menos, a las dos terceras partes del libro, dejó de haber notas… y, en la página que encabezaba el capítulo 32, encontré una tarjeta de presentación que probablemente se había usado como separador.

«Escribe en los libros, pero no dobla las esquinas. Le doy un punto por eso», pensé.

En la tarjeta ponía:

BROUSSARD
Antigüedades y objetos de colección

La dirección era de Nueva Orleans, Luisiana. ¿Por qué me resultaba familiar? Nunca había estado en Nueva Orleans. Sin embargo, recordé que hacía poco había leído algo sobre Nueva Orleans.

Dejé la tarjeta sobresaliendo del libro y retomé la lectura. Me sorprendí leyendo más rápido de lo normal, y vigilaba los márgenes para revisar qué había escrito a continuación mi nueva amiga. Algunas palabras del texto estaban subrayadas o rodeadas con un círculo, pero no les veía sentido sin notas que las acompañaran. «¿Casa? ¿Niño? ¿Puerto?».

A la mitad del capítulo tres, había un párrafo entero subrayado:

«Hace años, cuando tú eras tan solo una niña, le dije a

tu padre que el Santa Regina estaba maldito. Él me dijo que las maldiciones pueden romperse. Ten cuidado, Gabrielle. Las monedas que están apareciendo ahora… No creo que esto sea obra de la providencia divina».

En los márgenes estaba escrito lo que parecía una ecuación matemática:

27 millones $ bonos + 350 000 $ banco + propiedad 4 millones $, 5 % @ 200000 $: ¿convertir en oro? Revisar negocio neto. 2012. 1 millón $ líquido (¿más?). Si hubiera sabido que había tanto potencial por aquí, ¡habría venido hace años!

¿Potencial? ¿Qué significaba eso? Quienquiera que fuera la persona sobre la que estuviera escribiendo, no tenía tantas propiedades y patrimonio como la que escribía, pero lo cierto es que ninguna de las dos era pobre.

Empecé a pasar las páginas del libro, ya sin leer la novela, sino buscando las anotaciones de los márgenes, que en ese momento pasaron a interesarme mucho más.

Al final de un capítulo, Harriet había hecho un círculo alrededor de un fragmento de diálogo —una discusión entre el héroe y la heroína— y había escrito:

¿Me engañaste una vez y la culpa es mía? Ni hablar. ¿Por qué la gente piensa que puede pisotear a aquellas personas a las que considera débiles? ¿Creen que soy tonta? No tengo un pelo de tonta desde que me fui de casa a los dieciocho años y me hice con las

Me recosté y pensé en esta mujer. Tenía confianza en sí misma, era de esas que se hacen con el control y no dejan que la gente las eche a un lado. Ella sí le habría dicho a Amber Jones que se apartara de su camino.

Un grito que venía del agua me sobresaltó. Levanté la vista y no vi a nadie. Los jugadores de voleibol se habían ido. Brie también se había marchado. Una pareja que no había visto antes caminaba por la playa en dirección sur, hacia el muelle. A unos cuarenta y cinco metros había una familia jugando. Los niños se acercaban a las olas y huían de ellas riéndose.

Han debido de ser los niños, pensé mientras escudriñaba el mar.

De las aguas tranquilas surgió una cabeza que luego volvió a hundirse. Salté de inmediato, dejando caer el libro sobre la tumbona. Esa persona tenía problemas.

—¡Ayuda! ¡Una persona se está ahogando! —grité, al tiempo que me quitaba las chanclas y corría hacia el agua.

Las indolentes olas me rodeaban los pies y luego me hacían retroceder. ¿Habría una corriente de resaca justo aquí? ¿O al nadador le habría dado un calambre? O quizá se había quedado enredado en unas algas, y la marea hacía que saliera y se hundiera.

Rápidamente, me metí en el agua y luego empecé a bucear contra las suaves olas, dando brazadas largas hacia donde estaba la cabeza que asomaba y se tambaleaba. El agua estaba fresca, pero no fría. Un minuto después me detuve, miré a mi alrededor buscando señales de vida, con el temor de haber llegado demasiado tarde y que un accidente insólito hubiera segado la vida de una persona. Ya casi no hacía pie. Algo, ya fuera flora o fauna, rozó mi tobillo y me estremecí por la sorpresa. El agua estaba clara. Prácticamente se podía ver el fondo. Algo de color rosa brillante flotaba bajo la superficie.

A seis metros de mí, un hombre salió a la superficie y gimió. Estaba herido.

—¡Ya voy! —le grité, y nadé hacia él.

Me miró con una mueca y volvió a gemir, a la vez que se le agitaba todo el cuerpo. Probablemente, le había picado una medusa y estaba teniendo una convulsión.

—Agárrate a mi mano. No está muy hondo. Te ayudaré a llegar a la orilla —le dije mientras le extendía la mano.

En ese momento, lo reconocí. Era el recién casado. ¿Dónde estaba su mujer? ¿Se habría perdido en el mar?

Entonces ella salió a la superficie, respiró hondo y se rio.

—¡Oh, Dios, cariño, ha sido increíble! He perdido la parte de abajo del bikini. Vamos a buscarla. —Estaba a punto de sumergirse otra vez cuando su marido la acercó hacia él y me miró.

—Hola —dijo.

Yo no era tonta. Bueno, quizá sí había sido un poco tonta, pero no imbécil del todo. Até cabos y entendí que lo que sucedía era que estaban teniendo relaciones sexuales en el agua.

—Yo… no quería… Lo siento… Pensé que… —Estaba haciendo que la situación se volviera aún más incómoda.

Al final, la mujer me vio:

—Oh —dijo. Luego se le iluminó el rostro—. ¿Mia?

—¿Sí? —respondí en un susurro.

Señaló algo que había a mi lado.

—¿Puedes acercarme eso, por favor?

Miré al lugar donde señalaba. La parte de abajo de su bikini rosa flotaba justo debajo de la superficie. Se la lancé. Ella se la puso, mitad nadando, mitad brincando sobre el fondo del mar. Ojalá pudiera desaparecer en ese momento, flotar mar adentro y que no me volvieran a ver jamás. En vez de eso, me quedé paralizada mirando al cielo para evitar mirar hacia abajo, pues, a través del agua demasiado clara, se transparentaban sus cuerpos casi desnudos. Ella le sonrió a su marido y dijo:

—Te quiero, señor Kent.

Él agarró a su mujer de la cintura y la acercó hacia sí, haciéndola reír.

—Yo también te quiero, señora Kent.

Me quedé mirando. No se les ocurriría hacerlo, no conmigo delante, a tan solo dos metros y medio de distancia. Entonces me sonrieron, y la señora Kent movió los dedos y dijo:

—¡Hasta luego!

Y se retiraron hacia la orilla, medio nadando, medio andando.

Yo me quedé donde estaba, con las olas golpeándome suavemente, preocupada de que alguien pudiera haberse dado cuenta de lo que había pasado. Vi a la pareja andando por la playa, rumbo a su cabaña, la mano de ella bajando por la parte de atrás del bañador de él. Los miembros de la familia seguían jugando, sin darse cuenta de lo que acababa de pasar.

Un movimiento cerca del sitio donde había estado leyendo me llamó la atención. Me llevé la mano a la frente en forma de visera para entrecerrar los ojos y protegerme del sol brillante. Había alguien al lado de mi tumbona. Entre el sol, el agua salada y la sombrilla que ocultaba parte de la persona no podía ver nada más que una mancha borrosa. ¿Había alguien rebuscando entre mis cosas? Grité tan fuerte como pude:

—¡Eh! ¡Esas son mis cosas!

Y nadé hasta la orilla. Para cuando salí del agua, ya no había nadie.

Pero mi libro no estaba donde lo había dejado; ahora estaba sobre la mesa, junto a mi bebida. ¿Por qué lo habrían movido de sitio?

«Mia, estás haciendo una montaña de un granito de arena», pensé. Tal vez un miembro del personal haya estado limpiando. No se habían llevado nada, pues ahí estaba el libro, así como mi bolso y mi bebida casi vacía.

Después de lo que había visto en el agua, necesitaba otra bebida. Pero ya se estaba haciendo tarde y debía ducharme y prepararme para la cena en el Sky Bar, y quizá necesitaría también concederme unos minutos para lamentarme por uno de los momentos más vergonzosos de mi vida.

Cuando volví a meter el libro en la bolsa de playa, se cayó el periódico. *Lo* recogí y eché un vistazo al pie de foto.

«Nueva Orleans».

Desdoblé el periódico, me senté en el borde de la tumbona y releí el artículo.

Diana Harden, la mujer desaparecida, era de Nueva Orleans. El artículo no decía a qué se dedicaba allí, ni dónde trabajaba, si es que trabajaba, pero no podía ser una casualidad que en el libro que tenía yo ahora hubiera una tarjeta de visita con una dirección de Nueva Orleans.

¿Habría conocido la dueña de este libro maltrecho a la mujer desaparecida? Quizá se conocieron en el ferri. O se tomaron una copa juntas. ¿Tenían alguna cosa en común, como, por ejemplo, la lectura, las antigüedades o el hecho de ser dos mujeres solteras que viajaban solas? Ahora de verdad quería encontrar a la dueña del libro, la cual a lo mejor tenía alguna idea de qué le pasó a Diana. Podría ser tan simple como que su madre tuvo una emergencia médica. Quizá Diana no informó al resort de su marcha.

O quizá… ¿podría ser Diana Harden, la mujer desaparecida, la que dejó el libro? ¿Podría ser ella quien escribió estas notas? ¿Era ella mi Harriet la Espía?

Se me puso la carne de gallina. Iba a descubrir exactamente quién había tenido este libro antes que yo, y sabía por dónde empezar: por Trina, la dependienta de la tienda de regalos. Tal vez, incluso tuviera tiempo de hablar con ella antes de ir a cenar.

—¿Puedo ver eso? —dijo una voz.

Me levanté de un salto, me di un golpe en la cabeza con la sombrilla, retrocedí tambaleándome, me tropecé con la mesa, tiré mi bebida casi vacía y, dejando un rastro de fruta en la arena, me caí de culo.

—Mierda —murmuré.

—Siento haberla asustado.

Aquel hombre me sonrió y me ofreció la mano para ayudarme a levantarme.

Sonrojada y avergonzada, acepté la mano porque habría sido más incómodo rechazarla.

Me levantó enseguida, como si no pesara nada, y luego me sujetó del codo para estabilizarme.

—Gracias —conseguí decir.

—Soy Gino Garmon, el jefe de seguridad.

—Ah, hola. Soy Mia. Mia Crawford. Acabo de llegar hoy —contesté. Vi mi reflejo en sus gafas de sol con cristales de espejo.

Iba vestido como el resto del personal del St. Claire, pero, en vez de su nombre, tenía bordada la palabra «Seguridad» bajo el logo.

—Fue bastante heroico por su parte arriesgar su vida para salvar a esa pareja —dijo señalando hacia el agua.

Parecía que se estaba burlando de mí, pero no podía estar segura porque tenía los ojos ocultos detrás de las gafas.

—Escuché un grito… Me equivoqué.

—Casi nadie les presta atención a los demás —dijo, ahora sin tono sarcástico, aunque estaba segura de que se estaba riendo por dentro—. Vi el titular que estaba leyendo. Aquí no recibimos el periódico de San Juan. ¿Me lo prestaría?

Extendió la mano y, de mala gana, le entregué el periódico.

Gino leyó rápido y yo intenté no quedarme mirándolo. ¿Alto? Lo cumplía. ¿Moreno? Lo cumplía. ¿Guapo? Lo cumplía por partida doble. Hombros anchos, cintura estrecha y músculos bien definidos. Tragué saliva. Ojalá tuviera otra bebida.

Gino negó con la cabeza y emitió un sonido de desaprobación.

—Qué pena. —Dobló el periódico y me lo devolvió—. Le aseguro que St. Claire es una isla segura.

—¿Desapareció aquí o en San Juan?

—No sabría decirle.

—Pero el artículo decía que se subió al ferri, ¿verdad?

Él sonrió.

—Es usted curiosa, ¿no?

—El que desaparezca una mujer soltera que viaja sola hace que otras mujeres solteras que viajan solas se pregunten por qué.

—¿Siente que corre peligro?

—No, pero aun así me gustaría saber si desapareció en St. Claire o en San Juan.

—El jefe de policía de San Juan me ha estado informando. Ella salió de St. Claire el domingo a primera hora de la mañana, se la vio bajar del ferri en San Juan, le dijo a nuestro capitán que contrataría su propio barco para el viaje de vuelta porque no sabía cuánto tiempo estaría allí. Y nadie la ha visto desde entonces. Se ha interrogado a todos los taxis privados, y ninguno la trajo de vuelta a la isla.

—Entonces, ¿viajaba sola? El periódico ni lo confirmaba ni lo desmentía, pero eso es lo que deduje.

—No se registró con ninguna otra persona.

Qué respuesta tan extraña.

—Y ¿conoció a alguien aquí?

Dejó de sonreír. Más que un guarda de seguridad del resort parecía un policía serio y estricto. Un poco intimidante.

—Si tuviera información que pudiera serle de ayuda a la policía en su investigación, se la habría dado. St. Claire se enorgullece de su política de privacidad, la cual implica no hablar de la vida de nuestros huéspedes, ni dentro, ni fuera de la isla.

Yo no iba a tirar la toalla.

—¿Qué cree que pasó?

—No tengo la información suficiente como para hacer una suposición fundamentada.

—La gente no desaparece así porque sí.

—Estoy seguro de que la policía descubrirá qué pasó. No se preocupe por eso, señorita Crawford. Disfrute de sus vacaciones.

Gino sonrió y echó a caminar por la playa, saludó a todos los huéspedes con los que se cruzó y luego se detuvo en el bar que había junto a la piscina. Me miró de reojo y yo aparté la vista enseguida.

No, no dejaré que mi cabecita se preocupe por eso, señor jefe de seguridad. Tal vez fuera atractivo, pero su actitud hizo que lo

descartara de mi lista de líos de una noche.

Al menos, Jason, el camarero, no era un capullo.

Hambrienta y frustrada, metí el periódico en la bolsa de los libros y me dirigí a mi cabaña por el sendero de la playa, en lugar de ir por el que pasaba por delante del edificio principal.

Al pasar por delante del bar, escuché una voz masculina brusca que reconocí de inmediato. Era la del hombre que había estado discutiendo con Amber. Me detuve y me oculté parcialmente tras una celosía. Él estaba justo fuera del círculo de mesas, de espaldas al bar, con el móvil en la oreja. Se le notaba enfadado. Llevaba bermudas, una camisa polo azul celeste y gafas de sol de diseño. La camisa era del mismo color que la del hombre que había en el acantilado cuando bajamos del barco. ¿Sería la misma persona?

Su tono me molestó. Tenía la típica voz quejumbrosa y arrogante de quien siempre espera salirse con la suya. Si fuera el personaje de una novela romántica, sería el exmarido que maltrataba psicológicamente a la heroína. El tipo de tío del que una chica se enamoraba por su físico (y tal vez por su habilidad en la cama), y que luego la hacía dudar de su buen juicio. El imbécil manipulador que hacía que la heroína jurara no volver a confiar en los hombres, hasta que llegaba el indicado y la convencía de que no todos los hombres eran unos cretinos.

No podía llegar a mi cabaña sin pasar por su lado, a menos que quisiera atravesar el edificio principal entero, cosa esta que no quería hacer, porque lo cierto es que no deseaba volver a ver a los recién casados en toda mi vida, o, al menos, en lo que quedaba de día.

—¿No puedes inventarte algo? —decía el imbécil—. ¿Decirle que no puedes localizarme? ¡Perfecto! Pásamelo, pero, la próxima vez, más te vale poner una buena excusa, o te quedas sin trabajo.

Un segundo después, la voz le cambió por completo:

—¿Papá? ¡Hola! Sí, no hay mucha cobertura, pero quería hablar contigo… Espontáneo, lo sé, y siento no haberte dicho antes que venía a St. Claire, pero Amber y yo estamos intentando arreglarlo…

Claro que estaré en la reunión del lunes… Por supuesto. Avísame si necesitas algo. Te quiero, papá.

Silencio. Miré a través de la celosía. Allí estaba él mirando al mar. No podía irme sin que me viera. Maldita sea. Tenía que lanzarme.

Puse una media sonrisa en la cara y caminé con paso rápido desde el borde del bar, por el sendero que llevaba a mi cabaña.

—Hola —dije alegremente al pasar a su lado.

Se dio la vuelta de golpe. Tenía el semblante rígido y enfadado.

—Hola. —Fue gruñón, pero se relajó un poco al verme.

—No te he visto en el ferri esta tarde —comenté—. ¿Llevas mucho tiempo aquí?

—Desde ayer —respondió con voz seca.

—Es tan bonito. —Moví la mano hacia el mar a un lado, y hacia la montaña frondosa al otro—. No creo que quiera irme nunca, aunque a mi jefe probablemente no le guste eso. —Me reí mientras me retorcía por dentro.

¿Por qué había dicho eso? Quería que alguien borrase lo que acababa de decir, pero ese es el problema de soltar lo primero que se te pasa por la cabeza. A veces es inteligente…, y otras, no tanto.

—Ah, sí. Bonito —dijo de forma vaga. Luego miró a su alrededor como si no hubiera visto gran cosa.

—Soy Mia Crawford. De Nueva Jersey. —Extendí la mano por costumbre y me arrepentí de inmediato.

Me dio un apretón de manos y me soltó.

—Parker Briggs.

—Encantada de conocerte, Parker. Nos vemos.

En cuanto me alejé, respiré aliviada. Bueno, al menos sabía quién era. No era solo el señor Imbécil. Era el señor Parker Briggs el Imbécil.

Pensé en la conversación de Parker con su padre. Había estado hablando de Amber, de querer «arreglarlo». ¿Eso significaba que estaban juntos? En plan, ¿juntos juntos? Si querían arreglar algo, ¿por qué le había estado gritando? Yo no era conflictiva, claro, pero, si un hombre me gritara así, no querría volver con él. Tuve un novio

hace años que le gritaba a todo el mundo: a mí, a los camareros, a sus trabajadores… Estaba tan tensa y estresada esperando a que me diera alguna orden para que trajera esto o aquello que lo dejé.

A algunas personas parece irles bien en ese tipo de relaciones: el broncón seguido de sexo increíble para reconciliarse. O eso he oído. Y leído. Pero no lo he vivido. Y, a decir verdad, parece agotador no saber en qué punto de la relación estás con alguien.

¿Qué había dicho Amber?

«¡He dicho que lo recuperaré todo!».

Eso no parecía propio de una relación, pero ¿qué sabía yo? Ninguno de los hombres con los que había salido era «el elegido». Tenía ganas de decirle a Amber que huyera muy lejos…, pero no era asunto mío. Además, Amber había sido maleducada. Lo cierto es que no era una florecilla delicada. Si ella fuera un personaje de una novela romántica, sería la exnovia acosadora del héroe. Quizá Amber y Parker Briggs estaban hechos el uno para el otro.

Aun así…, quería saber qué pasaba con Amber y Parker, y no solo porque sea curiosa por naturaleza. Habían discutido sobre documentos, no sobre su vida amorosa. ¿Por qué? ¿Qué hacía que esas dos personas encajasen? ¿Qué les separaba? Puede que no me cayeran bien, pero quería entender cómo funcionaba, y no funcionaba, su relación. Si pudiera diseccionar otras relaciones, tal vez podría ponerle remedio a mi propia vida amorosa.

Allá iba yo otra vez, cayendo en espiral preocupándome por la inminente condena de mi futuro como una adicta al trabajo solitaria, algo en lo que me había prometido no pensar esta semana.

Por ahora, debería centrarme en encontrar respuestas. No sobre mi vida amorosa a largo plazo ni sobre el trabajo que podría arruinarla, sino sobre qué le pasó a Diana Harden. ¿Por qué se fue? ¿A dónde fue? Y ¿qué le sucedió?

Y me daría igual enterarme de que Amber y el señor Imbécil habían vuelto a estar juntos. Eran tal para cual.

CAPÍTULO SEIS

> «Las cosas siempre empeoran antes de mejorar».
>
> KAREN M. MCMANUS, *Alguien está mintiendo*

¿Qué se ponía una para una cena al atardecer?

Me quedé de pie medio desnuda en el maravilloso cuarto de baño y aproveché la loción corporal de lavanda de cortesía. Me recogí la melena rubia oscura y decidí dejarla así: los rizos húmedos tenían una caída casual pero atractiva. No me apetecía arreglarme demasiado. Estaba de vacaciones en una isla, así que bastaría con un poco de maquillaje para resaltar mis ojos marrones.

Ni siquiera tenía pensado ir al Sky Bar esa noche, pero quería saber más sobre la mujer desaparecida. Si lo que decía Gino, el jefe de seguridad, sobre la privacidad era cierto, intentar hablar con Trina, la dependienta de la tienda de regalos, o con Kalise, la coordinadora de ocio y tiempo libre, no me llevaría a ninguna parte. No obstante, varios de los huéspedes actuales ya estaban aquí cuando se alojó Diana, y quizá fueran más comunicativos que los miembros del personal.

Diana Harden era una curiosidad, un misterio por resolver. Al igual que yo, había venido a la isla sola. Éramos parte de un club exclusivo. Incluso Amber y Parker, que habían viajado solos, en

realidad no estaban solos, si tenemos en cuenta que se conocían.

La desaparición de Diana, la cual muy probablemente tuviese una explicación lógica, no era lo único que despertaba mi interés. También me llamaba la atención que en el libro Diana parecía tener una actitud caprichosa, frívola, de superioridad e interesante. Observaba y evaluaba a la gente desde la distancia, como yo. Eran sus comentarios escritos en los márgenes lo que me tenía desconcertada. ¿Sería una novelista que fue anotando ideas a medida que se le ocurrían? Aquello no me parecía plausible, si tenemos en cuenta que escribía sobre personas reales de la isla… ¿O quizá era reportera? ¿Reportera de un periódico rosa? Eso sí tendría sentido. Y la tienda de antigüedades ¿cómo encajaba en su historia personal? ¿Solo era un marcapáginas que tenía a mano? ¿O era algo importante?

Sus observaciones sobre la vida, la traición y las mentiras me intrigaban. Diana era mucho más que su personaje de Harriet la Espía. Quería saber por qué sentía la necesidad de evaluar a la gente de la isla. ¿Qué la impulsaba a anotar todos los cotilleos que escuchaba? ¿Estaba haciendo, con esos apuntes, un tratado sobre la idea de que las personas no cumplen con las expectativas, o de que, en el fondo, son mentirosas, tramposas y sinvergüenzas?

No creo que fuera así porque yo conocía a buenas personas, personas en las que podía confiar, como, por ejemplo, Jane, Amanda, Braden o mi jefe. No obstante, más de una vez había tenido malas experiencias con la gente, como cuando una amiga del instituto traicionó mi confianza, o cuando, estando yo en unas prácticas, mi jefe me prometió un empleo a tiempo completo a condición de que accediese a acostarme con él. También tuve varios novios que me mintieron, que me pusieron los cuernos, o las dos cosas.

Quizá entendía a Diana Harden más de lo que pensaba. Quizá me parecía más a ella de lo que quería creer.

Dejé todos esos pensamientos a un lado y me puse uno de mis vestidos de verano nuevos, uno cómodo blanco que me llegaba por

la mitad de la pantorrilla, con un estampado de flores azules y verdes. Me miré, me vi presentable y salí de mi cabaña.

Elegí el camino más directo hacia el edificio principal, pasando por los senderos señalizados que había visto cuando llegué. Quería recorrerlos todos. Las aguas termales estaban muy calientes, el camino marcado como «Luz Luna Bahía» terminaba en una laguna oculta, y el de «Siempre Viva Vista» era una subida empinada hasta la cima de los acantilados y prometía tener una de las mejores vistas de la isla.

Cada sendero estaba señalizado con pequeñas luces blancas enganchadas entre los árboles, y también había luces en el suelo para evitar tropezones y caídas. Si no hubiera tenido tanta hambre, habría ido a dar una vuelta para verlo en ese mismo momento.

La música que sonaba en el Blue Dahlia era animada. El aroma intenso a barbacoa hizo que me rugiera el estómago. El restaurante del edificio principal estaba casi lleno de comensales. Vi a los Stockton, a Andrew Locke con su novia, Sherry Morrison, y a los recién casados, sentados en un reservado, haciéndole fotos a la comida. Como novedad, no tenían las caras pegadas. Me imaginé a la mujer saliendo del agua después de hacerle una felación a su marido, y enseguida me puse colorada.

Sentí alivio al ver a David y Doug en la lanzadera, donde me presentaron a sus amigos. Brie, la adolescente taciturna, estaba sentada en la parte de atrás ignorando a todas las personas que se subían. Justo cuando Henry, el conductor, estaba a punto de arrancar, Amber Jones se acercó.

—¿Esto va al Sky Bar? —preguntó.

—Todos a bordo —dijo Henry.

Ella me miró a mí y luego a los demás, pero los únicos asientos libres estaban a mi lado y en la parte de atrás, junto a Brie. Prefirió sentarse a mi lado, sacó el móvil y empezó a desplazarse por la pantalla. ¿Dónde estaba su novio? Como no podía caerme peor, decidí entablar conversación con ella.

—Hola, soy Mia, la del ferri, ¿te acuerdas?

Poco a poco, levantó la mirada del móvil y me miró a través de sus largas pestañas postizas.

—Sí, me acuerdo —respondió con indiferencia.

—¿Dónde está tu novio?

Me miró con una expresión de aburrimiento.

—¿Mi novio?

—Te vi con un chico y supuse que era tu novio.

Se quedó un buen rato callada. Me estaba incomodando.

—Ah, Parker. No es mi novio —añadió mientras ponía los ojos en blanco.

Imagino que estas minivacaciones no iban a hacer que Parker y Amber volvieran a estar juntos. Me felicité mentalmente por haber resuelto tan rápido ese misterio. Ojalá resolver la desaparición de Diana fuera igual de fácil.

Contuve una sonrisa. Yo era la Nancy Drew adulta, o la Verónica Mars de la nueva versión, decidida a encontrar la verdad, sin importar a dónde me llevara. Nada de clubes de misterio acogedores que resolvían crímenes desde la seguridad de una biblioteca o un salón de té. Estaba centrada en un misterio real: el caso de la rubia desaparecida.

Los libros no eran la vida real. Quería que la aventura continuara más allá de las páginas, no solo descubrir la verdad sobre Diana Harden y qué le había pasado, sino también averiguar qué estaba haciendo yo con mi vida, hacia dónde iba y quién quería ser. Estaba cansada de esconderme entre las estanterías de la biblioteca. Quería forjar mi propia historia. Por eso me sorprendió —casi tanto como a mi jefe— no haber firmado el contrato del ascenso antes de marcharme. Era algo totalmente impropio de mí. Debería haberme comprometido; no me habían pedido ser socia —eso habría sido un cambio enorme—, pero el señor Cohn me lo había ofrecido, de todas formas.

Era un honor.

Era algo definitivo. No podías dejar el puesto cuando tu nombre estaba en la puerta.

Aunque el sinuoso camino de un solo carril que subía la montaña no estaba asfaltado, la grava y la tierra estaban firmemente compactadas. Al principio, no podía ver nada a través de los árboles espesos, pero, conforme íbamos subiendo, el resort fue apareciendo en un paisaje espectacular por debajo de nosotros. El mar se encontraba en calma, los edificios y las cabañas estaban bañados por el crepúsculo y el gran edificio principal se fue haciendo más pequeño a medida que alcanzábamos la cima de la montaña.

Celestial.

Dejé que todo el mundo se bajara antes que yo para poder disfrutar otro minuto más rodeada de tanta belleza.

—Es el paraíso en la tierra —dijo Henry en voz baja.

—Lo es —concordé—. Tienes suerte de trabajar en un lugar tan increíble.

—La verdad es que sí.

—Aquí no hay ningún pueblo. ¿Siempre vives aquí?

Asintió con la cabeza.

—Los edificios que hay al sur del muelle son viviendas para empleados.

Solo tenía un recuerdo vago de las viviendas cuando el ferri atracó, pues en aquellos momentos mi atención estaba centrada en Jason, el guapo alocado del ala delta.

—No todos viven aquí a tiempo completo —dijo Henry—. Muchos viven en San Juan y vienen y van cada día. Sobre todo los que tienen familia o hijos que están estudiando. Unos pocos viven en los Estados Unidos y trabajan aquí solo en temporada alta. Mi mujer y yo tenemos lo que creo que llaman un «nido vacío». Cuando nuestro hijo más pequeño se fue a la universidad, buscamos trabajo aquí. Millie es la jefa de limpieza. Yo hago un poco de todo. La directiva es buena. Tenemos un mes de vacaciones pagadas al año y entonces podemos visitar a nuestros hijos. Pero aquí, aunque estés trabajando, es como estar de vacaciones.

Miré hacia el este una vez más, y vi el resort y la playa que se extendía allá abajo.

—Mira —dijo señalando hacia el oeste.

Me giré. Era embriagador ver el mar a ambos lados. Hasta donde alcanzaba la vista, el sol hacía brillar el agua como si hubiera diamantes en ella.

—No te pierdas el atardecer —comentó.

—No lo haré. —Le di las gracias a Henry y me dirigí hacia donde sonaba la música.

El Sky Bar era un edificio grande, parcialmente abierto, con un techo reforzado de paja, cocina y bar completo. Las mesas rodeaban la pista de baile, y el DJ estaba en una esquina. Abundantes guirnaldas de luces blancas decoraban los árboles cercanos. Había bancos y sillones en el borde de la montaña para disfrutar del atardecer. La sala tenía una luz natural anaranjada; en el cielo había un brillante arcoíris mientras el sol seguía su descenso hacia el mar.

Había más de treinta personas picando aperitivos y charlando. Jason estaba en la barra, trabajando. Observé sus movimientos espontáneos y su sonrisa tan natural cuando cogí una copa de champán de una bandeja.

Doug me integró en su grupo. Era divertido estar rodeada de hombres que eran buenos amigos, animados, inteligentes y con mucho sentido del humor. Quizá ese buen humor era demasiado, pero estaban de vacaciones.

Brie estaba de pie, a un lado. Me pregunté por qué había venido sola. Cuando pasó un rato, me excusé y me acerqué a ella, que contemplaba el atardecer.

—Hola —dije—. Te llamas Brie, ¿verdad?

Me lanzó una mirada de reojo. Supongo que yo haría lo mismo si una desconocida se me acercara y empezara a hablarme.

—Eres la contable del bar —contestó.

¿Cómo lo sabía?

—Mia —me presenté.

—Bueno, es tu primer día aquí. ¿Qué te parece?

—Es precioso. —Parecía una respuesta obvia—. Nunca había estado en el Caribe.

—Nosotros venimos todos los años. Bueno, desde que mi madre murió, cuando yo tenía cinco años.

—Lo siento.

Ella se encogió de hombros.

—Ya, en fin.

Sentí una inesperada afinidad con la adolescente. Mi madre se marchó cuando yo era pequeña, y, aunque no era lo mismo porque no había muerto, no la había vuelto a ver desde entonces. Siempre me mandaba una tarjeta para felicitarme en mi cumpleaños y más tarde me mandó una tarjeta con cien dólares cuando me gradué en el instituto, pero ni una palabra cuando me gradué *magna cum laude* en la universidad. Ni siquiera asistió al funeral de mi padre. Ni la quería, ni la odiaba; no sentía nada por la mujer que me dio la vida.

—Jason me ha comentado que en otoño empiezas la universidad.

Brie puso los ojos en blanco.

—No se le puede contar nada.

Yo quería indagar cosas sobre la mujer desaparecida, y Brie llevaba varios días aquí. Me preguntaba si sabría algo.

—Me gustó mucho más la universidad que el instituto —dije. Era verdad—. Odiaba el drama que había en el instituto. Siempre me sentí como si anduviera por un campo de minas.

A Brie se le escapó una risa gutural.

—Claro. ¿Y en la universidad no hay drama? —preguntó sarcástica.

—Hay mucho, pero es más fácil evitarlo. ¿A cuál vas a ir?

—A la Universidad de Arizona, donde estudió mi padre. Es una buena universidad, está lo suficientemente cerca como para poder visitarlo los fines de semana si quiero. —Hizo una pausa y me miró —. He estado hablando con mi nueva compañera de cuarto. Parece maja. Es de un pueblo diminuto en el que viven cien personas, cerca del límite entre Arizona y California. —Movió la mano—. Seguro que no te importa.

—Es interesante.

—¿Eres una de esas adultas que echan de menos la universidad y quieren volver?

—Para nada —contesté entre risas—. Me gustó la universidad, pero no pienso volver. —Ahora o nunca, pensé—. Oye, quería hacerte una pregunta: ¿conociste a la mujer desaparecida? ¿Diana Harden?

—¿Por qué?

—Por curiosidad.

Me miró como si no creyera mucho en la curiosidad vaga como excusa.

—Llegó el viernes —dijo Brie—, y se pasó todo el día en el *spa* haciéndose un tratamiento completo. Después, estuvo todo el sábado en la piscina leyendo, más o menos como tú hoy. Más tarde la vi bajar por el sendero sur. Es el único camino prohibido.

—¿Por qué?

—Por las caídas pronunciadas. Hace cinco o seis años, dos personas saltaron al lago desde la cima y ¡bam! Se chocaron contra unas rocas que había justo bajo la superficie del agua y que no habían visto. Ahora está prohibido. Y es la única forma de llegar a la mansión de Ethan Valentine, aparte de en barco.

—¿De qué me suena ese nombre? —me pregunté en voz alta.

—Es un multimillonario solitario de la era de internet. Vendió la empresa y amasó una fortuna. Es un genio que inventó un microchip de esos superpequeños que hacen el trabajo de un chip diez veces más grande.

Sin duda, Brie sabía mucho de la historia de la isla.

—Y ¿vive solo?

—Compró la isla hace tres años y su plan era cerrar el resort, lo cual habría sido una lástima porque es bonito y me lo habría perdido. Imagino que, en cambio, decidió dejarlo abierto y lo reformó entero. La verdad es que le hacía falta. Kalise dice que Ethan Valentine tiene un acuerdo con la dirección para que lo dejen en paz.

—Qué triste.

—Simplemente es raro, y me han dicho que casi nunca está en casa. Tiene su propio yate y un helicóptero, y viene y va cuando quiere. Una vida de lujo. —Brie miró al DJ—. Necesitamos una música mejor. Esta porquería está pasadísima. —Se alejó.

¿«Pasadísima»? ¿NSYNC y Destiny's Child? No tenía ni treinta años (bueno, me quedaban dos días para cumplirlos) y no creía para nada que mi música estuviera «pasadísima».

Me acerqué a la barra y miré el surtido de bebidas.

—Acabo de preparar una jarra de sangría, la mejor que hayas probado en tu vida —comentó Jason.

—Tienes mucha seguridad en ti mismo, ¿no?

—Siempre.

—¿Alguna vez te equivocas?

—Casi nunca.

—La probaré.

Sirvió la sangría con naranja fresca, limón y lima en un vaso de cóctel huracán y me lo puso delante. Esperó.

—¿Quieres que te felicite?

—Quiero que seas sincera.

Le di un sorbo. Era la mejor sangría que había probado jamás. Volví a dar otro sorbo.

—Muy buena. —Asentí con la cabeza.

No iba a inflarle el ego al tipo, pues estaba claro que ya lo tenía bastante subidito.

Se le iluminó la mirada y los hoyuelos se le hundieron cuando sonrió.

—Admítelo: es la mejor que hayas probado jamás.

Me derretí cuando sonrió.

—Vale, tú ganas. Es la mejor que he probado jamás.

Se retiró para preparar otra jarra de margaritas, riéndose.

La música cambió, y la voz de Dua Lipa salía de los altavoces.

Observé a Jason por el rabillo del ojo. Hablaba con todo el mundo, y parecía que no le costara, pero supuse que se debía a que era camarero. Se movía de forma fluida. Parecía estar ocupado y

pasándoselo bien a la vez, como todos los demás. Había más de treinta personas, bastante gente, y se les veía amables, y nadie —ni siquiera Brie— tenía aspecto de sentirse solo.

Me entremezclé con ellos con un motivo oculto. Me presenté a todo el mundo y después me las apañé para hacer preguntas sobre la mujer desaparecida.

«¿Os habéis enterado de lo de la mujer desaparecida?».

O «¡En el periódico he leído algo sobre una huésped que desapareció hace poco! ¿Estabais aquí ese fin de semana?».

Aparte de Brie, nadie más sabía quién era, excepto los amigos de David y Doug, que me dijeron que viajaron con ella en el ferri el viernes y que no habló con nadie más.

Cuando los camareros pusieron la comida en el bufé, se me escapó un chillido. Había picoteado tanto que pensé que no tendría hambre, pero las gambas y el bistec hicieron que me rugiera el estómago, y la ensalada parecía refrescante. Me serví un plato y me senté a la barra porque desde ahí tenía las mejores vistas de la sala. En ese momento, me di cuenta de que Amber no estaba. ¿Se habría ido ya?

La comida le dio una tregua a Jason, que se acercó a rellenarme la sangría mientras yo me llenaba la boca con una gamba gigante. Se apoyó en la barra delante de mí.

—Entonces, Mia la Contable, ¿qué haces para divertirte?

—Leer —le contesté sin pensar.

—Eso he visto. —Debí de echarle una mirada de desconfianza porque añadió—: Te vi leyendo en la playa. ¿Qué te gusta leer?

—Misterio, romántica…; prácticamente, cualquier cosa. Ahora estoy leyéndome un *thriller* romántico. Está bastante bien. ¿Y tú? ¿Lees mucho?

—Casi siempre no ficción.

—¿Cuál es el último libro que has leído?

—Un libro sobre la IA.

—¿En serio?

—Es interesante.

Era lo último que me esperaba de un camarero. Supongo que creí que sus intereses estarían más relacionados con la ficción popular, si es que acaso leía. Me di cuenta de que, en general, no era justa con los camareros.

—Ahora estoy leyendo sobre los *pubs* en Inglaterra —dijo.

Pensé que aquello sí me encajaba.

—¿Has estado allí? —le pregunté.

—¿En Inglaterra? Claro.

—Un camarero viajero.

Negó con la cabeza.

—En realidad, no.

Se marchó para mezclar otra jarra de margaritas y servir una ronda de sangrías al grupo de Doug y después volvió cuando yo masticaba el último trozo de bistec.

—Y ¿te gusta tu trabajo? ¿Lo de ser contable?

—Sí.

—No lo parece.

—Se me da muy bien mi trabajo.

—Desde luego.

«¿Qué significa eso?».

—Pero que se te dé bien algo no tiene por qué significar que te guste —añadió Jason—. Dejé mi trabajo anterior porque, aunque se me daba genial, acabé odiando todo lo que tenía que ver con él.

—Más bien soy planificadora financiera. Ayudo a la gente a gestionar su economía. A hacer inversiones inteligentes. Les doy la seguridad de que cuando se jubilen lo tendrán todo. Recompensa bastante.

—¿Inversiones de bajo riesgo?

La forma en la que lo dijo me puso los pelos de punta.

—No tiene nada de malo ser cauteloso; sobre todo en lo que respecta al dinero.

—La vida consiste en arriesgarse.

—La vida consiste en vivir.

—Pero, si no te arriesgas, ¿de verdad estás viviendo? ¿O solo

estás contando los días que te quedan para morirte?

Fruncí el ceño.

—Arriesgarse con el dinero, el mío o el de mis clientes, es tan tonto como hacer ala delta desde una montaña.

—Y ¿qué me dices de tus clientes? ¿No te presionan para que expandas su cartera de inversión? ¿Para que apuestes por una nueva aventura? ¿Cómo una empresa que despegue y se convierta en la próxima Apple o la próxima Amazon?

—Es mucho más probable que esas nuevas aventuras salgan mal —contesté—, lo cual haría que mis clientes perdieran el dinero que tanto esfuerzo les ha costado ganar, además del control de sus vidas.

—No todo gira alrededor de la seguridad.

Ahora sí que me había cabreado.

—Mi padre se dejó los cuernos durante toda su vida porque mi abuela no entendía el concepto de ahorrar para cuando llegara una época dura —me quejé.

—¿No te cae bien tu abuela? —Me miró como si le acabara de pegar a un cachorrito.

—La adoro —contesté, sorprendida de que se le hubiera pasado eso por la cabeza—. Nunca dirías que tiene setenta y cinco años, pues no los aparenta y no actúa como si los tuviera. Siempre es el alma de la fiesta. Si estuviera aquí ahora, estaría bailando con Brie. Tiene un montón de anécdotas increíbles sobre su estilo de vida bohemio. Se recorrió toda Europa cuando tenía veintiún años.

—Parece la bomba.

Lo dijo como si pensara que era lo contrario a mí. Mi abuela era lo contrario a mí, pero me molestó su forma de decirlo, como criticando de tapadillo mis decisiones vitales.

—Después, cuando yo tenía quince años, mi padre murió. Ella vendió la casa familiar y me llevó de viaje. Estuvimos viajando por todo el mundo durante seis meses.

—Qué experiencia tan fantástica.

—Sí, fue divertido. Fuimos donde yo quise ir. Vimos las pirámides

de Egipto. Subimos a lo más alto de la Torre Eiffel. Vivimos en una playa de Nueva Zelanda durante dos semanas e hicimos un crucero por Alaska. Pero ¿qué pasó cuando volvimos a Connecticut? Que no teníamos dónde vivir ni dinero en el banco. Se había gastado hasta el último centavo de la venta de la casa en un viaje de seis meses alrededor del mundo. Sobrevivimos a duras penas gracias a que calculé mi pequeña herencia para que durara y a los pagos de la seguridad social por la muerte de mi padre, y trabajé mientras iba al instituto. Si al final pude ir a la universidad fue solo porque mi padre me había creado un fondo universitario el día que nací y fue metiendo dinero en él todos los meses, y también porque me dieron una beca. Entonces me di cuenta de que es divertido y maravilloso hacer lo que quieras cuando quieras, pero al final alguien tiene que pagar las consecuencias. Yo me aseguro de que mis clientes tengan un futuro seguro para que no hayan de preocuparse por la hipoteca o los gastos de manutención. Ese es mi trabajo, y se me da muy bien.

—Y, sin embargo, aquí estás —dijo, y se encogió de hombros, como si no hubiera escuchado ni una palabra de lo que acababa de decirle—. St. Claire no es conocida por atraer a personas ahorradoras, así que debe de haber una parte rebelde en tu interior.

—Estoy aquí porque mi jefe me ha obligado a venir. Resulta que mi quinto aniversario en el trabajo coincide con mi cumpleaños, que es el jueves, así que el viaje ha sido mi paga extra. Créeme: le pedí el dinero para ingresarlo en mi fondo de jubilación, y me dijo que no.

Jason me miró sorprendido.

—¿Habrías preferido guardarte el dinero que usarás dentro de cuarenta años en vez de disfrutar de una semana con todo incluido en un resort de la isla más bonita del Caribe?

—Sí, esto… —Levanté la mano para abarcar toda esa lujosa isla— no es práctico. —Mientras lo decía, me lo creí…, aunque me encantaba la isla, pero nunca lo admitiría delante de Jason.

—¿Es que no tienes ningún sueño?

—¿Y tú? —le contesté—. ¿O es que siempre has querido ser camarero?

Me arrepentí de lo que acababa de decir nada más pronunciar aquellas palabras. No me di cuenta de lo mal que sonaban ni de que los comentarios de Jason sobre mi vida me habían hecho ponerme tan a la defensiva.

Me miró y no parecía molesto, sino solo sorprendido. Quería disculparme, pero no dije nada, y Jason se fue a atender pedidos.

Jason me había enfadado, es verdad, pero no quería insultarlo. Yo no era así. ¿Para qué había ido al Sky Bar?, o, ya puestos, ¿para qué había ido a St. Claire? Tal vez debería haberme puesto firme con el señor Cohn. Él, en realidad, no podía obligarme a ir. Yo podría haber renunciado al viaje, no haber subido al avión, haberme quedado en casa una semana de vacaciones.

Aunque eso sí que parecía deprimente.

Me llevé la sangría y recorrí un sendero bien iluminado hasta un banco que tenía unas vistas increíbles. El banco estaba enmarcado por árboles cubiertos con las mismas luces blancas que había a lo largo del camino. La puesta de sol era aún mejor de lo que me había imaginado. Mientras el sol desaparecía, pensé en lo que había dicho Jason.

«¿Es que no tienes ningún sueño?».

No me atreví a darle voz a mi sueño. Era una tontería y una irresponsabilidad fiscal. Todos los días se creaban pequeñas empresas que cerraban, ¿y el negocio que yo quería? En menos de tres años habría perdido los ahorros de toda mi vida. El éxito estaría fuera de mi control. Solo de pensarlo, me entraba dolor de cabeza.

Me negaba a arriesgarlo todo —mi seguridad económica, mi futuro— por un sueño caprichoso.

Sonaba música y las risas se disipaban en el aire cálido, pero me sentía sola. Quizá debería haberle pedido a Adam que viniera conmigo a este viaje.

Adam, mi último exnovio, quería que volviéramos. A Amanda y Jane les caía bien, pero…, bueno…, no siento casi nada cuando

pienso en él. Estaba bien. Tenía un buen trabajo, era responsable, era prácticamente perfecto de cara a la galería…, pero no había nada de química entre nosotros. Nada de romanticismo. El corazón no me latía por Adam.

Era comodidad, y yo no quería eso. Eso ya me lo daba mi trabajo. Quería pasión y diversión. Ilusionarme con las citas, no encontrar excusas para evitarlas.

Tal vez tenía las expectativas demasiado altas. Sueños imposibles, como el sueño de tener mi propio negocio.

Ya bastaba de lamentos. Delante de mí tenía el paisaje más bonito que había visto nunca e iba a pasármelo bien, maldita sea.

Hice una rotación de hombros, estiré la mandíbula y practiqué la sonrisa. Después, saqué el móvil para grabar la reseña de mi libro. Editaría la portada del libro antes de publicarla en internet.

«Hola, soy Mia. ¡Estoy de vacaciones, mis primeras vacaciones de verdad desde hace años, en una preciosa isla del Caribe! ¿A que es maravillosa?». Moví la cámara para enseñarlo todo y después volví a enfocarme. «Estoy aquí para hablar de un libro que leí en el avión…».

Hice una reseña de dos minutos, la duración perfecta, porque no era ni demasiado larga ni demasiado corta. Guardé el vídeo en el móvil porque el wifi del resort no llegaba al punto más alto de la montaña. Lo editaría y lo publicaría cuando volviera a mi cabaña.

Una vez terminada esta feliz tarea, volví a sacar el libro de Diana. Releí el capítulo anterior porque las notas me habían distraído. Después, empecé el cuarto capítulo, me metí muchísimo en la historia porque Gabrielle, la heroína, era inteligente y descarada y todo lo que me gustaría ser.

Después de leer las cinco primeras páginas, la letra de Diana prácticamente me gritaba.

El viejo debería meterse en sus propios asuntos.
Alguien tiene que callarle la boca.

Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Se refería al personaje que hacía de guía de Gabrielle en el libro y que intentaba que ella volviera con su ex? ¿O a alguien de aquí, de la isla? ¿Era una amenaza?

Hojeé un par de páginas para ver si decía algo más del anciano. Al final del capítulo había varias notas crípticas.

Había un corazoncito en el que se podía leer «¡Mi #1 no estará por aquí hasta el martes!», seguido de una carita triste.

«Está sin blanca. Nos ayudará», seguido del número «77».

Después: «1419 vale al menos unos 100 de los grandes, o quizá más».

Debajo de eso: «¡Por fin! He dado con el mandamás. Ja, ja, ja, ja. 2012, trato del futuro».

¿«2012»? De eso hacía más de diez años. ¿Cómo podría ser un trato del futuro? Me estaba dando dolor de cabeza intentar descifrar la caligrafía de Diana.

El último punto de la lista era interesante. No había ningún garabato, ni números, ni cantidades de dinero. Solo un comentario: «Quedo con Dos Caras el domingo a las 8».

¿Quién era ese «Dos Caras»? Diana se marchó a primera hora en el ferri del domingo, ¿había quedado con alguien en San Juan a las ocho de la mañana? ¿O tenía que volver a St. Claire aquella tarde a las ocho?

Antes de que pudiera pensar más sobre esa información, el DJ anunció que la última lanzadera de vuelta al resort salía en diez minutos. Se había ido el sol; ahora, tan solo una fina línea de color rojo oscuro surcaba el mar. Quería volver y encontrar la laguna porque, sorprendentemente, no estaba cansada. Mientras subía por el sendero, oí tres voces femeninas que hablaban en voz baja. Olía a marihuana.

Me paré sin querer interrumpirlas. Ese día, lo de escuchar a escondidas se había vuelto una mala costumbre.

Una de las trabajadoras con las que había hablado antes, una

mujer joven llamada Leesa, dijo:

—¿Habéis visto la ropa que llevaba la señora Craig? Ninguna mujer de menos de cincuenta años debería intentar ponerse algo así.

—Es para enseñar sus nuevas tetas —comentó otra mujer.

—A veces, menos es más.

Risas, seguidas de un «Shhh».

—¿Os habéis enterado de que Kalise ha pasado la noche en la habitación de Tristan?

—Es gay —sentenció Leesa.

—No, estuvo allí toda la noche, y no es que estuvieran viendo películas.

—Tiene derecho a pasárselo bien —comentó Leesa—. La policía de San Juan sigue haciendo preguntas sobre la señora Harden. Tristan está muy preocupado. Igual que Kalise. Es cuestión de responsabilidad.

—Pues hasta nunca —dijo una tercera voz, mucho más grave, y luego añadió—: Era una zorra.

—Para, si alguien te oye hablar así de los huéspedes…

—Estaría de acuerdo conmigo. Engreída y maleducada. Hizo llorar a Ginger después del tratamiento en el *spa*. ¡A Ginger!

Las demás murmuraron algo, y el tono daba a entender que se trataba de algo particularmente atroz.

—Y no es que sea una clienta habitual —dijo la mujer enfadada —. Es la primera vez que viene, y no fue planeado.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Leesa.

—Me he leído los perfiles de los huéspedes. Literalmente, reservó dos días antes de presentarse aquí el viernes. Es inaudito.

—Me sorprende que quedara una habitación libre —comentó otra.

—No es la única —añadió la mujer enfadada—. ¿La actriz? ¿Esa que presume de haber salido en una película de Tom Cruise en la que solo tenía una frase y aparecía en pantalla durante un nanosegundo? También reservó a última hora. Y no para de hacer

preguntas sobre esa tal Harden. Quería saber en qué habitación se alojaba, ¿os lo podéis creer?

Me mordí el labio. ¿Por qué Amber estaba haciendo preguntas sobre Diana? Tendría que llevar mucho cuidado cuando sacara el tema de la mujer desaparecida delante del personal del hotel.

—Se dejó todas las cosas —comentó Leesa—. Tuvimos que recogerlo todo nosotros y…

—¡Ya basta de cotillear! —interrumpió una nueva voz femenina bruscamente—. Estaba preguntándome dónde se había metido todo el mundo. ¿Eso que huelo es marihuana? ¿Mientras trabajáis?

—No, señora —dijo la chica dulce—, debe de ser de algún huésped.

—Debe de ser —contestó la mujer con tono de incredulidad—. Venga, Jason ya está cerrando el bar, y estamos esperando a que el último huésped se suba a la lanzadera. Saldremos en cinco minutos si aceleráis el paso.

La mujer volvió a entrar en el edificio principal, y yo respiré más tranquila.

«¡Qué se va la última lanzadera!».

No quería volver andando de noche, así que hice el camino corriendo y acabé en la pista de baile. Me desorienté un poco con la sala vacía para buscar la salida que daba a la lanzadera.

—Vaya, eso sí que es entrar a lo grande —dijo Jason desde la barra mientras cerraba con llave los armarios.

—No me di cuenta de que se había hecho tan tarde. ¿Se ha ido la lanzadera ya?

—Te quedan unos minutos.

—¿Agua?

Sonrió, tan encantador como siempre, y puso una botella de agua en la barra. Me sentí doblemente mal por haber sido maleducada antes. Estaba a punto de disculparme, pero se marchó.

No podía culparlo. Yo había sido muy borde con él. Era lo mejor. Éramos totalmente incompatibles.

Me quité a Jason de la cabeza y pensé en las cosas que habían

dicho las trabajadoras.

Diana Harden se había marchado sin sus cosas. Eso sugería que no tenía pensado irse, y que no había huido con un chef sexi ni tenido una emergencia familiar, pues, de ser así, habría llamado al resort para avisar. Salió hacia San Juan, tal vez para reunirse con el señor o la señora Dos Caras, y ya nunca volvió. Ahora había dos cosas que quería hacer: ver sus cosas y hablar con el capitán del ferri que la llevó a San Juan. Quizá conoció a alguien en el muelle. Quizá le dijo algo al personal.

Solo tenía que averiguar cómo hacer las dos cosas sin levantar sospechas.

CAPÍTULO SIETE

> «Hay cosas en la vida que no puedes controlar. Puedes celebrarlo o tomártelo como una tragedia».
>
> NORA ROBERTS, *Álbum de boda*

Después de publicar mi reseña sobre el libro y ponerme unos pantalones vaqueros y una camiseta, estudié el mapa de la isla. La laguna estaba a 800 metros yendo por el sendero Luz Luna Bahía. Aunque eran más de las diez, estaba demasiado activa como para dormirme, y estaba achispada pero no borracha, así que pensé que explorar un poco me despejaría la mente.

Salí a la terraza. Del edificio principal llegaba una música tenue. Me encantaban las luces que había enganchadas entre los árboles y la paz de la noche estrellada. No veía estrellas cuando estaba en mi ciudad. Había sido un poco dura con Jason cuando le dije que no había querido venir a la isla. Ahora me alegraba de estar aquí.

Bajé a la playa, y estaba a punto de girar hacia Luz Luna Bahía cuando percibí el inconfundible aroma nauseabundo de un puro.

Un hombre con una mata de pelo blanco y una larga barba blanca sobre la piel morena estaba recostado apoyado en una palmera, enmarcado por las tenues luces del suelo, quince metros más allá de mi terraza. Tenía los ojos cerrados y una media sonrisa

en la cara, como si estuviera escuchando buena música o rememorando un recuerdo feliz.

No quise molestarle, así que caminé con tanto sigilo como pude al pasar a su lado mientras me dirigía hacia el sendero.

Abrió los ojos.

—Hola —dijo.

—Hola, siento haberle molestado.

Sonrió. Parecía una versión hispana de Papá Noel con ese pelo tan blanco.

—Eres nueva por aquí.

—Sí. Es la primera vez que vengo, ¿y usted?

—Vivo aquí. —Le dio una calada al puro y expulsó anillos de humo.

—¿En serio? Seguro que es genial. Esto es precioso. —«Precioso». ¿Por qué no se me ocurría otra palabra?

Siguió sonriendo.

—Me fijo en las cosas. Es lo menos que puedo hacer.

Qué comentario tan raro.

—Ah, bueno. Soy Mia. Voy a dar un paseo.

—Mia. Mia —murmuró. Tendría unos ochenta años.

Quizá tuviera más de ochenta. ¿Estaba aquí solo? Tal vez debería ir a buscar a alguien que lo ayudara.

—¿Necesita que le ayude a volver a su habitación?

—Ah, no. Estoy bien. Allí no me dejan fumar, pero puedo sentarme aquí todas las noches y fumarme el puro.

Cualquiera que superara la esperanza de vida debería tener derecho a hacer lo que quisiera. Al menos, eso era lo que me decía mi abuela cada vez que yo le cuestionaba sus decisiones.

—Soy Luis —añadió—. Encantado de conocerte, Mia. Espero que nos veamos más adelante.

—Estaría bien. —Lo dije en serio.

Tenía cierta debilidad por la gente mayor. Tenían historias maravillosas, a veces graciosas y otras tristes. Minnie, la amiga de mi abuela, siempre se quejaba, pero me hacía reír cuando me

contaba cosas de cuando trabajaba en una fábrica durante la Segunda Guerra Mundial, a los dieciséis años. O Hank, el vecino de mi abuela, que adornaba sus historias sobre la guerra de Vietnam. Combatió en ella, eso era cierto, pero ¿qué era verdad y qué era ficción? A fin de cuentas, lo único que querían todos era tener a alguien que los escuchara, que les prestara atención.

Alguien con quien recordar.

Luis volvió a cerrar los ojos y sonrió mientras se fumaba el puro. Me dirigí al camino, pero casi me caigo cuando las palabras que había leído en los márgenes del libro me vinieron a la mente:

El viejo debería meterse en sus propios asuntos.
Alguien tiene que callarle la boca

Me giré para mirar a Luis. Tal vez supiera algo de Diana Harden y de la persona sobre la que escribía ella, y lo que tenía planeado. Cuanto más lo pensaba, más me preguntaba si le habría pasado algo malo.

Antes de que pudiera pensármelo dos veces, me di la vuelta y volví donde estaba Luis.

—¿Luis? —pregunté.

Pensé que se había quedado dormido porque tardó un poco en responderme. Después, abrió los ojos y con un brillo en la voz dijo:

—¿Sí, Mia?

—Bueno, verás, quería preguntarte si te gustaría desayunar conmigo. ¿Mañana? He venido sola, y, si no tienes a nadie con quien desayunar, me encantaría que habláramos sobre la isla.

—Para desayunar me viene genial.

Una sensación de culpa me recorrió el cuerpo porque le iba a hacer un montón de preguntas sobre Diana, pero también disfrutaría hablando con él. Aunque no supiera nada sobre la mujer desaparecida, tal vez supiera muchas cosas sobre la isla y el Caribe. Sería fascinante escucharlo.

—Estupendo. ¿A las ocho estaría bien?

—En el Blue Dahlia. A las ocho de la mañana.

—Eso es el bar.

—El chef prepara crepes recién hechos todas las mañanas en el Blue Dahlia. Te van a gustar. A las nueve deja de cocinar.

—Vale —contesté con una sonrisa—. A las ocho en el Blue Dahlia.

El humo le salía lentamente de los labios mientras sonreía y se despedía de mí con gestos.

El camino de Luz Luna Bahía era prácticamente llano y se adentraba en la selva. No sabía si a esto se le podía llamar selva, pero los árboles y arbustos eran tan espesos que no era fácil atravesarlos de ninguna manera. Habían podado el camino, pero las copas de los árboles tapaban el cielo, y la única luz provenía de la iluminación del suelo y de bombillitas blancas que había enganchadas entre las plantas.

A medida que avanzaba, el aire se fue volviendo más húmedo y terroso, con olor intermitente a madreselva. No tardé en llegar al final del sendero y entrar en una cueva enorme.

La luz del sendero proyectaba sombras sobre la montaña rocosa que sobresalía por tres lados, El mar entraba por un arco al este y el sonido de las olas resonaba contra las paredes de la montaña. Cuando se me adaptó la vista a la penumbra, me di cuenta de que el cielo estaba iluminado por las estrellas.

Poco a poco, rodeé el borde de la ensenada. Era más o menos redonda y del tamaño de un gran planetario. La playa tenía unos treinta metros de ancho. No sabía si había marea alta o baja. La arena estaba húmeda, sin estar mojada. Me quité las sandalias y moví los dedos de los pies, sonriendo mientras me acercaba al borde del agua y las suaves olas me golpeaban los pies. El agua estaba sorprendentemente caliente. ¿Por qué me había puesto pantalones? Debería haberme traído un bañador.

Lo único que se oía era el agua. Ni música, ni gente. Pensé en todas las locuras que había hecho mi abuela. Este era mi momento,

mi época para dejarme llevar. A fin de cuentas, estaba sola. ¿Quién se iba a enterar?

Me quedé en bragas y dejé la ropa doblada sobre una roca. Contenta, me adentré en el mar. Ninguna de mis amigas se creería que me había bañado desnuda. Actuar fuera de lo normal era a la vez aterrador y estimulante.

Me zambullí en el agua y luego salí a la superficie preocupada por si me arrastraba mar adentro. Pero la corriente era tan débil que era como estar dentro de una piscina. Nadé hasta las rocas, en el borde de la laguna, y luego crucé al otro lado. Volví flotando al centro, miré al cielo y tuve la abrumadora y embriagadora sensación de que era la única persona que había en el mundo. El chapoteo rítmico del agua contra las rocas fuera de la laguna parecía muy lejano, pero era reconfortante.

Creer que era la única persona de la isla que conocía este lugar era una tontería, pero, durante los quince minutos siguientes, me entregué a esa fantasía. A pesar de que no quería irme, podía notar las arrugas que tenía en los dedos y sabía que era hora de marchar. Salí del agua. Tenía la carne de gallina. Al día siguiente llevaría una toalla, bañador y tal vez algo de picar. Sin duda, mi idea era volver.

—Quizá, después de todo, tienes esa vena salvaje de tu abuela —dijo una voz masculina desde la oscuridad.

Grité, después me llevé la mano a la boca, escuché un pequeño eco seguido de una carcajada.

—Perdona —dijo con sorna—. No quería asustarte, pero me alegra que estés aquí para mejorar las vistas.

Conocía esa voz.

—¿Jason?

—El único e incomparable.

Volví al agua, avergonzada. Excitada. Nerviosa. Un pequeño escalofrío me recorrió la espalda. Intenté ignorar mi reacción hacia Jason y busqué en lo más hondo de mi interior hasta encontrar un atisbo de enfado, pero no encontré ninguna ira a la que aferrarme.

—Joder. —Vale, quizá sentía un poco de rabia porque sí que me

había asustado. Es más, no entendía muy bien por qué aquello no me había molestado.

—Vengo aquí para relajarme —dijo, como si yo no hubiera hablado—. No suele haber huéspedes por la noche.

Toqué la arena con los pies, pero me puse en cuclillas para no exponerme, manteniendo los pechos justo por debajo de la superficie del agua. Contemplé el espacio cavernoso, los árboles, los acantilados y las estrellas.

—Es verdaderamente impresionante —comenté mientras esa poca rabia y la vergüenza iban desvaneciéndose.

—Te pega este sitio —comentó él.

—¿Por qué? —No supe qué más decir.

—¿Que sea bonito no es suficiente?

—Parece una frase preparada.

Jason sonrió y pensé que podría estar riéndose de mí. No sé por qué me molestó tanto. Ya había decidido que daba igual cuánto me atrajera ese hombre, pues no lo iba a elegir para un revolcón.

—No es una frase preparada —contestó—. Este es el sitio más bonito de la isla, pero también es misterioso. Tiene caminos que no conoce nadie, aunque estén prácticamente a la vista. Todo está abierto, esperando a que lo disfruten, lo valoren…, pero también es un sitio solitario.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando vi la cueva escondida desde la perspectiva de Jason. Durante un breve instante, sentí que me entendía.

Cuando volví a mirarlo, vi que cogía mi sujetador de la roca.

—¿Esta ropa es tuya?

—¡Deja eso ahí!

Se estaba riendo.

—Sin duda, tienes una vena salvaje. Quizá debería unirme a ti. Hace buena noche para darse un baño.

—¡No! —Me invadió un nuevo rubor de vergüenza—. Necesito que te vayas, Jason.

Se sentó en la roca con mi sujetador aún en la mano. Un brillo

juguetón en su expresión me dijo que no tenía intención de irse. Me lo imaginé quitándose la camisa y los pantalones y acercándose a mí en el agua.

Vale. Me levanté, salí del agua y subí por la playa, hasta donde estaba él. Seguía sonriendo, mirándome fijamente mientras le brillaban esos ojos verdes. ¿Porque le parecía gracioso? ¿Porque valoraba de forma positiva lo que estaba viendo? No lo sabía.

Jason Mallory seguía siendo guapísimo. Llevaba un bañador y una camiseta de tirantes, como si hubiera planeado hacer exactamente lo mismo que yo. Pero, dado su comportamiento arriesgado, era probable que hubiera pensado escalar los acantilados y tirarse de cabeza a la cala llena de rocas.

Esperaba que no hubiera suficiente luz para que no me viera la cara roja de vergüenza mientras le arrebataba el sujetador de la mano. No apartó la mirada. Quería salir corriendo y esconderme detrás de un árbol y vestirme, pero no lo hice. Me puse delante de él, me puse el sujetador y me metí la camiseta por la cabeza. Estaba mojada; ahora tenía la camiseta mojada. La noche no hacía más que mejorar.

Con gracia, me preguntó:

—¿No te has traído toalla?

—No tenía pensado bañarme.

—También tienes una vena espontánea.

—¡Arrrg!

Era insufrible. ¿Por qué narices había tenido que bañarme desnuda? ¡Yo no era tan tonta! Sin embargo…, era emocionante que él estuviera allí. Amanda y Jane no se creerían que me metí desnuda en el agua o que el tío más bueno de la isla me vio vestirme.

Ojalá hubiera aparecido antes, antes de que hubiera decidido comportarme como mi abuela. Habría sido agradable estar sentada en la pequeña playa mirando las estrellas con alguien que —aunque no fuera para nada mi tipo, y con el que ni en un millón de años me acostaría— parecía inteligente y divertido y probablemente lo sabía todo sobre la isla y sus habitantes.

—Adiós —dije.

—¿Vas a volver andando al resort con esas pintas?

Sabía lo difícil que iba a ser ponerme los vaqueros con la piel mojada.

—¿Tienes algún problema?

—No. Ningún problema.

Con una mano señalé la cueva que antes me parecía preciosa y con la otra cogí los vaqueros.

—Toda tuya.

—Quédate.

—¿Que me qué? —Debí de haberlo escuchado mal.

Señaló una cesta de pícnic en la que no me había fijado antes.

—He traído algo de picar y un par de cervezas. No me importaría compartirlo.

¿Podría ver la sorpresa en mi cara?

—Mmm. —«No. No. No me quedo», pensé. Pero no dije eso.

—Estás guapa cuando te pones nerviosa y te ruborizas. —Sonrió —. Eres divertida cuando te desmelenas un poco.

Me quedé literalmente paralizada. No tenía ni idea de qué decir o hacer. Sin duda, Jason estaba coqueteando.

—Una cerveza —añadió—. Ni siquiera tenemos que hablar. Solo tenemos que quedarnos aquí sentados y disfrutar de la tranquilidad.

La forma en que me miró, como si pudiera verme por dentro, hizo que quisiera hacer cualquier cosa que me pidiera.

—Luego te acompaño a tu cabaña. La isla es segura, pero nunca se sabe.

—La mujer desaparecida. —Me aclaré la garganta; de pronto tenía la boca seca—. Diana Harden.

—Ya me imaginé que todo el mundo se había enterado de lo que pasó. Desapareció en San Juan, no aquí.

—¿La conociste? —pregunté. Necesitaba que Jason dejara de mirarme como si quisiera saber más sobre mí. Como si…, como si se sintiera atraído y quisiera besarme. Porque, si me hacía una pregunta, le diría todo lo que quisiera saber. En ese momento, yo

era un libro abierto.

—Conozco a todo el mundo. —Se encogió de hombros—. Soy el camarero, y todo el mundo va al bar.

Sabía que no debía quedarme. Pero… ¿qué podría salir mal? Jason era amable, y ya no me ponía nerviosa estar a su lado. De hecho, era un poco difícil resistirse. Tampoco me importaba abrazar ese lado salvaje que no sabía que tenía hasta esta noche.

—Está bien —dije—. Una cerveza.

Jason pareció gratamente sorprendido de que hubiera aceptado. Sacó dos cervezas de la canasta, las abrió y me pasó una.

—Por los nuevos amigos y las nuevas aventuras —dijo, y chocó el cuello de su botella con la mía.

Yo no tenía nada mejor que decir, así que asentí con la cabeza y me bebí la mitad de la cerveza de un solo trago.

La mirada de Jason se volvió intensa. Toda su atención estaba centrada en mí. Era embriagador y desconcertante, casi abrumador.

Quería besarlo.

Abrí los labios para intentar decir algo, lo que fuera para romper ese silencio sorprendentemente cómodo. ¿Sabría él lo que yo estaba pensando? Creo que sí… y creo que él estaba pensando lo mismo.

Me acarició detrás de la oreja, y un escalofrío me recorrió el cuerpo. Uno de los buenos, de esos que surgen con la espera, con el calor de la expectativa de que, cuando nuestros labios se tocaran, todo sería perfecto.

Sonrió. Apenas se formó una ligera curva en sus labios. Juraría que yo estaba liberando feromonas por todas partes, y que lo estaban llamando y atrayendo hacia mí. Se inclinó hacia delante. Casi podía saborearlo.

Iba a suceder, y sabía que sería justo lo que esperaba de un hombre como Jason Mallory. Todo eso y mucho más.

Un grito desgarró la noche.

El grito sonó como si hubiera salido directamente de una película de terror.

CAPÍTULO OCHO

«Solo se vive dos veces: una cuando naces
y otra cuando miras a la muerte a la cara».

IAN FLEMING, *Solo se vive dos veces*

Jason me cogió la cerveza, la dejó al lado de la suya y me agarró de la mano indicándome que lo siguiera. No tuvo que pedírmelo dos veces; después de ese grito, no pensaba quedarme aquí sola.

Ahora entendía perfectamente a qué se referían los escritores cuando hablaban de un grito que «helaba la sangre».

Jason avanzaba a paso rápido por el sendero principal, sin soltarme la mano en ningún momento. Giramos a la izquierda antes de llegar a la mitad del camino que llevaba al edificio principal. Él conocía la isla mejor que yo, pero ese sendero no estaba bien iluminado. No había luces bonitas blancas enrolladas en los troncos de los árboles, sino solo algunas luces incrustadas a lo largo de un estrecho camino de piedra.

Al cabo de un minuto, estábamos en la playa, cerca de donde el agua entraba en la ensenada que acabábamos de dejar. Unos peñascos enormes nos separaban de la cueva.

Al principio no vi a nadie, aunque escuchaba sollozos. Jason me atrajo hacia su costado y nos acercamos muy juntos a la orilla. Fue entonces cuando vi a los recién casados acurrucados en la arena.

¿Habrían visto un tiburón? ¿Aquí había tiburones? Tal vez una medusa, o el cadáver de un pez espada arrastrado por la marea.

—Señor Kent, ¿qué ha pasado? —preguntó Jason.

La señora Kent sollozaba, y el señor Kent señalaba hacia las rocas.

—No veo nada —susurré.

Aún cogidos de la mano, caminamos con cuidado hacia las rocas. Las olas iban y venían. Entraban y salían. Suaves y constantes. Las algas salpicaban la arena mojada, pero no se veía nada fuera de lo normal. Entonces las olas se retiraron y dejaron al descubierto un gran montón de algas marinas. Vi algo retorcido entre ellas. ¿Un pez grande? Tal vez basura, restos, o… Solté un grito cuando creí ver una mano.

No podía ser una mano.

Las olas cubrieron esa masa, volvieron a retirarse, y entonces ahogué un grito.

—Dios mío, Jason —dije con voz temblorosa y aguda.

Sí que era una mano. Y la mano estaba unida a un cuerpo.

—Quédate aquí —contestó Jason.

No lo hice, sino que lo seguí cuando se acercó al montón de algas.

El amasijo de algas que envolvía el cuerpo era tan denso que casi no se distinguía si aquel cuerpo era un hombre o una mujer, pero la mano era delicada, y las astilladas uñas estaban pintadas de un color rosa brillante. Cada vez que las olas tocaban su cuerpo, lo empujaban unos centímetros hacia la orilla. Cuando se retiraban, lo arrastraban medio centímetro hacia atrás. El ritmo era grotescamente hipnótico.

La marea la había arrastrado hasta allí. Llevaba un vestido veraniego largo, pero no podía saber de qué color debió de ser en origen. Un pañuelo le rodeaba el cuello. Jason y yo caminamos lentamente alrededor del cuerpo, manteniéndonos a varios pasos de distancia. Tenía los ojos abiertos y opacos, la boca en forma de O, el cuerpo hinchado y manchas en la piel.

Había leído suficientes novelas de asesinatos como para saber que llevaba más de veinticuatro horas en el agua.

—Ay, mierda —susurró Jason—. Es Diana Harden, la huésped desaparecida.

Antes de que pudiéramos ir al edificio principal a buscar ayuda, Gino Garmon y tres agentes de seguridad ya se acercaban. También debieron de escuchar el grito. Gino le echó un vistazo al cuerpo y soltó un improperio. Luego dijo:

—Jason, lleva a los huéspedes de vuelta al resort. Cuéntale a Tristan lo que ha pasado y pídele que avise al jefe de policía de San Juan. Nosotros nos quedaremos con el cuerpo.

Jason no se movió. Seguía mirando fijamente el cuerpo.

—Vamos, Jason —mandó Gino.

Entonces se dio cuenta de que yo estaba allí.

—Señorita Crawford. —Miró hacia abajo, vio que solo llevaba ropa interior y que la camiseta no me cubría del todo el trasero. La vergüenza que había perdido con Jason ahora me estaba volviendo a invadir, pero estaba demasiado impactada por lo que habíamos encontrado como para sonrojarme.

—Jason —musité—. Tenemos que irnos. Deja que se encarguen ellos de ella. Llama a la policía.

—Sí. Vale, sí. Gracias, Gino.

Nos acercamos a los recién casados. La señora Kent seguía sollozando.

—Vamos —le dije—. Tenemos que avisar a las autoridades, y ellos acordonarán la escena del crimen.

Casi me reí de mí misma. Sonaba como una detective de mi serie policiaca favorita.

El señor Kent ayudó a su mujer a levantarse. Está bien, sé que ver un cadáver es impactante —este también era mi primer cadáver real—, pero me pareció un poco exagerado lo bloqueada que estaba esta mujer.

—¡Está muerta! ¿Quién es? ¡Dios mío! —La señora Kent se dio la vuelta rápidamente y se aferró a Jason—. ¿Es ella? ¿La mujer

desaparecida?

Él asintió con la cabeza.

—¿Qué pasó?

—No lo sé —dijo—. Podría haber tenido un accidente. Tal vez un accidente en barco. El domingo no volvió de San Juan.

Debió de volver porque no creo que un cuerpo pudiera haber llegado flotando casi desde San Juan hasta St. Claire en dos días. No sabía cómo funcionaban las mareas exactamente, pero no me parecía realista, sobre todo porque a simple vista no parecía tener mordeduras de peces.

El señor Kent rodeó la cintura de su mujer mientras los cuatro caminábamos por la playa hasta llegar al edificio principal. Ya eran más de las doce, y el Blue Dahlia estaba cerrado, pero el bar de dicho edificio aún estaba abierto. La música sonaba baja, y había varios huéspedes charlando y riéndose.

—Voy a llevar a mi mujer a nuestra habitación —anunció el señor Kent, lo cual sirvió para romper ese silencio tan incómodo.

—La policía querrá hablar con ustedes —contestó Jason.

—¿Esta noche? —preguntó la señora Kent con una voz aguda y quejumbrosa.

—Quizá —dijo Jason—. No lo sé. Les diré que ustedes se han retirado a su *suite*.

—¿Cómo la encontraron? —pregunté yo.

La pareja se miró entre sí.

—Estábamos…, esto…, disfrutando de un momento en la playa. Y… algo se acercó rodando hasta mí —contestó la señora Kent.

Un «momento» en la playa. Justo como el «momento» en el agua que interrumpí yo esa misma tarde. En otra vida, debieron de ser conejos.

—Pensé que era un montón de algas enorme, pero luego le vi los ojos. —Se estremeció.

Fue entonces cuando me di cuenta de que no llevaban zapatos y, con la luz del edificio, vi que la señora Kent no llevaba ropa debajo de su ligero pareo. Los pantalones cortos del señor Kent estaban al

revés.

Quizá una mujer muerta interrumpiendo su encuentro sexual en la playa les haría perder el interés por el exhibicionismo excesivo. No obstante, mi «rescate» de esta tarde no les había impedido seguir teniendo relaciones sexuales en público, así que no sabía qué podría pararlos.

Entonces, me miré las piernas desnudas y quise que me tragase la tierra.

—No lo pienses —dijo el señor Kent mientras guiaba a su mujer por el edificio principal hacia su cabaña.

—¿Estás bien? —me preguntó Jason.

—Debería preguntarte lo mismo a ti. Parece que hayas visto un fantasma. Es un tópico decir eso, lo sé, pero es la verdad.

—No, yo…, quiero decir…, la conocía. No pensé que estuviera muerta. Pensé que se había ido a San Juan a esperar a su novia.

—¿A su novia?

—El sábado se quejó de que su novia llegaba tarde y de que iba a estropear las primeras vacaciones que pasaban juntas desde hacía un año. Estaba molesta y… No debería contarte esto. Tenemos una política estricta de no hablar sobre otros huéspedes. Lo siento. Necesito hablar con mi gerente. Te acompaño a tu cabaña.

—Estoy bien —dije. Él no parecía creerme—. En serio, te aseguro que estoy bien.

—De todas formas, te voy a acompañar a tu habitación —sentenció cogiéndome de la mano.

Caminamos por el sendero que llevaba a las cabañas privadas.

Parecía que yo estaba menos afectada por los acontecimientos que Jason. Pensé que debía de haber algo más en todo esto, cosas que él sabía sobre Diana y su desaparición. Pero, como dijo, el personal no debía hablar con los huéspedes sobre otros huéspedes. Con quien sí hablaría sería con la policía.

Quizá, en el fondo, yo llevaba todo el día pensando que Diana Harden estaba muerta. La gente no desaparece sin más dejando todas sus cosas en una isla del Caribe, a menos que le haya pasado

algo malo.

No hablamos durante el corto camino que había hasta mi cabaña. El silencio no era incómodo. Estoy segura de que Jason estaba pensando en todo lo que tenía que hacer, y yo me preguntaba cómo había terminado Diana Harden muerta en la playa.

Me detuve delante de la puerta.

—Si la policía quiere hablar conmigo, yo… —Se me quebró la voz cuando me ofreció una media sonrisa tan sexi que todos mis pensamientos relacionados con el cadáver de la playa se esfumaron.

Parpadeé mientras me miraba, me recorrió una descarga de deseo. Jason estaba muy cerca, demasiado cerca, y luego llevó nuestras manos entrelazadas a sus labios. Ese beso suave en la palma de la mano me dejó sin palabras.

—Me gustaría tener una segunda oportunidad —dijo él.

—¿Qué? —Sabía a qué se refería, pero estaba haciendo tiempo mientras intentaba recuperar el equilibrio y la compostura.

—En la laguna. ¿Mañana? ¿A la misma hora? —Se acercó y casi me besó—. ¿Por favor?

—Está bien. —No me podía creer que hubiera aceptado.

Un escalofrío de deseo me recorrió la espalda. Por las ganas. Y por el deseo. Y un poco de miedo. Estos sentimientos, esta atracción, no solo eran producto de mi imaginación. Eran reales. Para los dos.

—Genial —dijo mientras me pasaba casualmente los dedos por el pelo húmedo y luego se apartaba.

Respiré más aliviada…, aunque esperaba que me hubiera besado.

«¿En serio? ¿Justo ahora, después de ver un cadáver, estás pensando en besar a un tío que es poco más que un desconocido?».

Bueno, eso era lo que pasaba en todas las novelas románticas de suspense que me encantaban. ¿Por qué no aquí y ahora?

—Ten cuidado —comentó Jason—. Quiero decir, no creo que a la señorita Harden la hayan matado. Lo más probable es que haya sido un accidente, pero, hasta que sepamos qué pasó exactamente, ten cuidado.

—Eso haré. Tú también.

Me llevé la mano a los bolsillos…, pero no tenía. La tarjeta de acceso de mi habitación estaba en el bolsillo de los vaqueros, que aún estaban en la laguna.

—¡Joder!

Jason se metió la mano en el bolsillo y sacó una tarjeta.

—Tengo la llave maestra —dijo—. ¿Puedo?

—Gracias —respondí mientras me abría la puerta—. Voy a cambiarme y volveré a la laguna a buscar mis cosas.

—Es tarde. Haré que alguien te las traiga.

—No tienes que…

Me puso un dedo sobre los labios. No podía respirar y se me aceleró el pulso y sentí que el corazón me latía con fuerza en el pecho. Estuve a punto de pedirle que entrara, pero al final no lo hice. Todos estos sentimientos inesperados me invadían. Necesitaba ordenar mi cabeza y recuperar algo de control en esta situación que había pasado del coqueteo al deseo demasiado rápido.

—Quédate aquí —susurró.

Me limité a asentir con la cabeza porque no podía hablar. Sonrió y después se alejó.

Tardé un minuto en volver a respirar con normalidad y estaba sonriendo… hasta que vi mi reflejo en el espejo del baño. Tenía el pelo enredado y encrespado. Nada de ese *look* sexi de melena despeinada por la brisa marina. El maquillaje que me había puesto antes de ir al Sky Bar se me había corrido, así que parecía que tuviera los ojos como un mapache porque no esperaba sumergirme en el mar. Y la camiseta sucia que llevaba no me tapaba del todo el culo, lo cual dejaba al descubierto la ropa interior rosa que llevaba, que ahora parecía sucia.

Me di una ducha muy larga con agua caliente, me lavé el pelo y me eché acondicionador. Me dolían los pies. Al salir vi que me había hecho pequeños cortes. Me eché crema hidratante por todo el cuerpo, me puse calcetines gruesos en los pies y me envolví con una de las batas esponjosas. Cogí una lata de nueces de la cesta de

regalo que había en el salón de la cabaña y salí a la terraza que daba a la playa.

En la playa donde encontramos el cuerpo de Diana Harden, había luces brillantes que iluminaban a varias personas, pero estaban tan lejos que no podía saber qué hacían exactamente. Me comí las nueces mientras pensaba en qué pudo haberle pasado. La explicación más probable era que fuese un accidente; sin embargo, su desaparición resultaba sospechosa. Por la forma en la que tenía el pañuelo alrededor del cuello no parecía que ella misma se lo hubiera puesto.

«El libro».

Volví adentro, saqué el libro de Diana del bolso, me senté en la cómoda cama y empecé a leer las anotaciones de los márgenes.

Todo comenzó a encajar.

Eran anotaciones sobre personas que había en la isla, sobre otros huéspedes que ella parecía conocer muy bien, pues estaba al tanto incluso de su patrimonio neto y de las propiedades que poseían. Los apuntes sobre el anciano, los comentarios sarcásticos, números que no tenían sentido para mí, pero que debían de significar algo para Diana…

Fueron los símbolos de dólar y los cálculos del patrimonio neto los que me dieron la pista final.

¿Diana Harden estaba chantajeando a alguien? Estaba obsesionada con el dinero. El comentario que tenía cálculos y símbolos de dólar. ¿Le habían pagado para que guardara un secreto? ¿O alguien había acordado pagarle, había quedado con esa persona el domingo en San Juan y pasó algo terrible?

Quizá su muerte no fue un accidente.

Quizá alguien la había matado.

CAPÍTULO NUEVE

> «Solo es un cotilleo si lo repites. Hasta entonces, solo estás reuniendo información».
>
> MERCEDES LACKEY, *Intrigues*

No me dormí hasta casi el amanecer y me desperté pasadas las ocho de la mañana. Lo primero en lo que pensé fue en Diana Harden y su libro. ¿Debería llevarlo a la policía? Si lo hiciera, ¿qué harían con ello? ¿Acaso había alguna posibilidad de que se creyeran mi teoría de que el libro era de Diana y que podría haber estado chantajeando a gente en la isla? Anoche, parecía la explicación más plausible… en cambio, a la luz del día, la encontraba absurda y paranoica.

Necesitaba pensar más sobre eso. Tenía una teoría… y ninguna manera de probarla. Debería tener en cuenta todas las respuestas plausibles antes de hablarlo con nadie, ni siquiera con Jason, para tener una segunda opinión. O sea, era un poco surrealista pensar que yo, Mia Crawford, me viera implicada en el misterio de un asesinato.

Se me puso la carne de gallina. Tenía el libro. Podía descubrir qué estaba tramando Diana. Me preguntaba si…

«El desayuno».

Llegaba tarde al desayuno con Luis, el señor que fumaba puros. Me sentía fatal. No solo porque detestaba llegar tarde a cualquier sitio, sino porque él me estaba esperando y probablemente pensase que le había dejado plantado.

Salté de la cama, me lavé los dientes, me recogí el pelo en un moño despeinado y me puse unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes. Luego salí casi corriendo hacia el Blue Dahlia a por crepes.

Antes de ponerme a buscar a Luis, le eché un vistazo al bar con la esperanza de ver a Jason.

No estaba allí. Una mujer guapa, de unos veinte años, con la piel de color caramelo y el pelo aclarado por el sol, estaba ocupada preparando el bar. Doug estaba tomándose un *bloody mary* en la barra con uno de sus amigos, y no había ni rastro de sus respectivas parejas.

Por supuesto que Jason no estaba atendiendo, ya que había trabajado la noche anterior. En algún momento tenía que dormir.

Vi a Luis en una mesa bebiendo café en una taza enorme y mirando al mar. Me senté frente a él.

—Siento mucho haber llegado tarde —dije.

Se giró hacia mí y me sonrió.

—Me han comentado que anoche estuviste liada. —Cambió su taza por una segunda y me sirvió café de la jarra que había encima de la mesa.

El aroma hizo que mis papilas gustativas saltaran de alegría.

¿Todo el mundo sabía lo que había pasado? ¿Sabían que había vuelto al resort con mi ropa interior rosa? Supuse que mi estado de semidesnudez era un detalle minúsculo dentro del cotilleo general, teniendo en cuenta que había aparecido un cadáver en la playa.

—Fue una noche… movidita —murmuré.

—Ve a por tu desayuno antes de que el chef cierre. Es terco, y no se queda ni un minuto después de las nueve. Yo estoy listo para tomarme una mimosa. ¿Tú qué quieres? Te recomiendo la de piña o guayaba. O las dos… Mmm. —Cerró los ojos y se besó los dedos.

—De piña, gracias.

Efectivamente, el chef estaba de mal humor. Como no conseguía decidirme, pedí una crepe de cada sabor: una de fresa, otra de mango, otra de chocolate, otra de arándanos y una de jamón y queso. Me miró como si desperdiciar comida fuese el mayor de los pecados, así que dije a la defensiva:

—Me muero de hambre, y huelen tan bien…

Las dos cosas eran ciertas, y le dediqué mi mejor sonrisa.

Él no me devolvió la sonrisa. Preparó las cinco crepes con manos rápidas y seguras, espolvoreando azúcar glas y nata montada sobre la de chocolate, fruta triturada sobre las de fruta, y un poco de queso y cebolla sobre la de jamón y queso.

Le di las gracias efusivamente y luego volví a la mesa junto a la playa, donde Luis ya estaba de vuelta con las mimosas.

Luis sonrió y alzó la copa.

—Por los nuevos amigos —brindó.

Brindamos, bebí un sorbo y luego me lancé sobre las crepes.

—Oh. Dios. Mío —dije con la boca llena de crepe de arándanos.

Pasé los siguientes cinco minutos en silencio. La verdad es que estaba muerta de hambre, y a Luis no parecía molestarle que estuviera devorando la comida.

Seguí la mirada de Luis hacia la playa. El mar era hipnótico. El agua iba y venía, clara cerca de la orilla, y más azul e intensa cuanto más se alejaba.

Nelson y Anja Stockton paseaban cogidos de la mano, justo fuera del alcance del agua. Ambos llevaban sombreros para protegerse del sol, y Anja lucía una larga falda con estampado animal y una blusa suelta. Las joyas le brillaban bajo el sol de la mañana. Diamantes al amanecer, pensé con una media sonrisa. Nada prácticos y llamativos, pero, por alguna razón, Anja conseguía que quedara bien.

Más allá, en la playa, dos familias con niños jugaban, y de vez en cuando me llegaba algún chillido de alegría. Cerca de donde me había sentado el día anterior, estaba terminando una clase de yoga:

seis mujeres frente a un instructor atlético vestido completamente de blanco. Mmm… La verdad es que necesitaba sacar tiempo para hacer yoga en la playa.

—Bueno —dije después de haberme comido la mayoría de las crepes de fruta—, tengo que comer más despacio. Tenías razón, están increíbles. ¿Crees que me dará la receta?

No se me daba mal cocinar, pero no tenía a nadie para quien hacerlo. Un *brunch* podría estar bien. Invitaría a Jane y a Amanda a mi casa, les contaría todo el viaje (lo de la laguna y que apareció un cadáver serían, sin duda, las cosas más importantes) y prepararía estas crepes.

—No —contestó Luis con una risita—. Es arisco, pero yo te la conseguiré.

—No quiero que te metas en líos.

Le hizo gracia mi comentario, lo cual me pareció extraño, pero Luis no era el típico huésped de este sitio. Recordé lo que Henry había comentado sobre las viviendas del personal que se encontraban al sur del muelle y entonces me pregunté si Luis sería el padre de algún empleado.

Más que ver, oí a CeeCee entrar y soltar un chillido justo cuando retiraban el puesto de crepes.

—¡Ay, Trevor! ¡Nos hemos perdido las crepes!

Eché un vistazo mientras CeeCee corría hacia el chef enfadado.

—¿Seguro que no podrías prepararme un par de tus deliciosas crepes? —dijo con un aleteo de pestañas y sonriendo con esperanza.

El chef empezó a gritar en un idioma que parecía francés. Sacó el carrito del Blue Dahlia mientras seguía despotricando.

—Oh, Trevor, estoy tan triste —dijo CeeCee. Luego me vio y saludó con la mano—. ¡Mia! Hola, Mia, ¿te acuerdas de mí? Estuvimos hablando ayer.

—CeeCee —contestó Trevor en voz baja, pero lo bastante alto como para que yo lo oyera—, estás gritando.

CeeCee le dio un beso en la mejilla y luego corrió hacia mí.

—¿Quieres una de mis crepes? —le ofrecí—. Estoy llenísima. —Y

era verdad.

—Qué amable eres. Pero iremos al restaurante —contestó echando un vistazo por encima del hombro.

Trevor estaba hablando con la camarera y no parecía contento. Las pocas veces que lo había visto, nunca le había visto sonreír.

CeeCee cogió una fresa de mi plato y se la comió. Normalmente, un gesto así me habría molestado, pero al ser CeeCee no me importó. Tal vez porque me daba un poco de pena. Parecía no tener ni idea de lo imbécil que era su novio con ella. Además, yo le había ofrecido una crepe.

Estaba a punto de presentarle a Luis cuando CeeCee suspiró de modo teatral.

—¡Me encanta este bar, cómo se abre a la playa, y todo! —exclamó mientras extendía los brazos, cerraba los ojos y sonreía mirando al sol.

Entonces me vino a la mente un comentario escrito en los márgenes del libro de Diana.

¿Por qué los hombres infelices en su matrimonio siempre se fijan en chicas tontas?

La noche anterior me había quedado leyendo las crípticas notas de Diana Harden. Y puede que no significaran nada. Quizá tan solo estuviera siendo maliciosa y estaba aburrida mientras esperaba a su novia. Probablemente no se estuviera refiriendo a Trevor y CeeCee.

Pero tal vez sí.

—CeeCee, vámonos —soltó Trevor desde la barra mientras se quedaba mirando su reloj—. Tengo una videoconferencia en noventa minutos.

—Mia —dijo CeeCee—, ¿quieres venir conmigo esta tarde a hacer una ruta hasta la cima de la montaña? —Señaló vagamente hacia el norte—. Trevor va a estar todo el día de reuniones. No es un sendero difícil, pero sería divertido, y las fotos que he visto son preciosas.

Ella parecía…, bueno…, un poco desesperanzada, como si pensara que fuera a decirle que no.

—Claro —contesté—. ¿Después de comer?

CeeCee sonrió de oreja a oreja.

—A la una y media. Nos vemos aquí mismo. —Le dio unas palmaditas a la mesa—. ¡Chao! —Y se despidió con la mano y se fue con Trevor.

Entonces me di cuenta de que CeeCee ni había saludado a Luis.

—Lo siento —me disculpé—. Iba a presentaros, pero… —No terminé lo que iba a decir porque no quería ser maleducada—. Creo que simplemente es así. No creo que quisiera ofenderte.

—No me ofende —dijo con esa media sonrisa cómplice otra vez —. La gente ve lo que quiere ver. Y tú ves bastante.

El comentario de Luis era misterioso, pero quizá esa fuera su forma de hablar. Prefería al enigmático Luis antes que a la melodramática CeeCee.

—No lo suficiente —dije pensando en cómo había ido corriendo a «salvar» a los recién casados cuando estaban en el agua.

Me terminé la mimosa y me recliné en la cómoda silla. No pude comerme los últimos trozos de crepe. No sabía si iba a ser capaz de comer nada más en todo el día.

—¿Cómo estás después del macabro descubrimiento de anoche? —preguntó Luis amablemente.

—Bien —respondí—. Ahora todo me parece surrealista. ¿La conocías? A la huésped que desapareció. Que… murió. —Esperaba no sonar demasiado entrometida.

Él se volvió hacia mí y levantó una ceja, como si supiera que tras mi pregunta había algo más que simple curiosidad.

—La vi varias veces —contestó—. Cuando uno es mayor, como yo, la gente tiende a no verte de verdad.

Eso me entristeció. No obstante, por otra parte, Luis no hacía nada especial para llamar la atención. Quizá le gustase ser invisible.

—¿Crees que su muerte fue un accidente? —pregunté.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Pero debes de tener alguna opinión. —¿Sonaba demasiado impaciente?—. Es que —añadí enseguida— me parece sospechoso que se fuera a San Juan y nadie la viera durante más de dos días, y luego aparezca muerta en la playa de St. Claire. La isla de San Juan está demasiado lejos de aquí como para que un cuerpo llegue flotando tan rápido sin…, con tan pocas heridas.

Debió de pensar que yo era una morbosa total. No obstante, pareció considerar mis palabras y dijo:

—Tienes razón.

Y no añadió nada más, y me sentí incómoda al insistir para sacarle información.

Le di un sorbo al café y me serví más de la jarra para calentarlo. Ahí estaba yo, charlando con un hombre más mayor que mi abuela sobre un posible asesinato.

—¿Desde cuándo vives en la isla? —Cambié de tema.

Él se quedó pensando.

—Desde hace unos años.

—¿Trabajas aquí? —Parecía poco probable, dada su edad.

Sonrió.

—Echo una mano cuando puedo, haciendo esto y aquello, pero nadie espera de mí que trabaje.

—Debe de ser agradable disfrutar aquí de tu jubilación —contesté algo decaída.

Pensé en mis propios planes de jubilación. A los cincuenta y cinco podría jubilarme cómodamente y vivir con un presupuesto durante treinta años, pero dudaba que me jubilase tan joven. En el mejor de los casos, cuando aceptara mi ascenso, destinaría el aumento a un segundo fondo de jubilación para tener una cartera de jubilación más grande. A los sesenta y cinco podría permitirme hacer un buen viaje una vez al año. Nunca podría vivir así: a tiempo completo en una isla privada con todo incluido, como en St. Claire. Aunque el resort fuera precioso y tranquilo, también era lujoso y un verdadero derroche. Incluso aunque tuviera el suficiente dinero, no lo

desperdiciaría viviendo aquí.

No obstante, por primera vez, pensé que quizá la jubilación podría ser algo diferente a mi plan de comprar una casa pequeña en Connecticut y hacer un viaje de dos semanas al año. No viviría en una isla, pero quizá sí en un pintoresco pueblo costero de Carolina del Sur o de Florida. Y, si lo planeaba bien, podría permitirme irme de vacaciones al Caribe cada dos años.

Al día siguiente cumpliría treinta. Estaba planeando mi vida después de los sesenta y cinco y todas las cosas que haría entonces porque tenía la necesidad compulsiva de tener una seguridad económica ahora. Y ¿qué pasaba con los próximos treinta y cinco años? ¿La vida solo consistía en trabajar mucho para poder divertirse después? Pensé en Jane y Amanda. Ellas habían equilibrado sus carreras con sus citas. Ahora Amanda estaba casada e intentaba quedarse embarazada, y Jane no tardaría en casarse, y ambas tendrían familia, y yo seguiría sola.

De repente, me ardían los ojos porque estaba a punto de llorar y me encontraba tan triste que me enfadé conmigo misma. Estaba en la isla más alucinante del planeta, y me estaba deprimiendo.

Vi que Luis me estaba mirando. ¿Qué estaría pensando? ¿Sentiría pena por mí? Porque en ese momento yo sentía mucha pena por mí misma. Forcé una sonrisa.

—Eres una jovencita muy seria —dijo Luis—. Pero, cuando sonríes, eres tan hermosa como una dalia.

—Gracias —respondí, al darme cuenta de que intentaba animarme—. ¿A qué te dedicabas antes de jubilarte?

—Oh, hice de todo un poco —contestó, pero eso no era una respuesta.

—¿De dónde eres? —pregunté.

—De todas partes.

—Quiero decir, ¿dónde te criaste?

—Nací en Texas.

No sé por qué, pero su respuesta me sorprendió. Su ligero acento sonaba más extranjero que texano, como si hubiera nacido

allí, en las islas.

—Mi padre se alistó en la Marina después del bombardeo de Pearl Harbor. Eso fue nueve meses antes de que yo naciera. Era la primera vez que se embarcaba, pero le encantó. Cuando volvió, yo era un bebé. Tuvo empleos en el mar. Compartió su amor por el mar conmigo. Luego tuvo algunos problemas con la ley y nosotros, mi padre, mi madre y yo, viajamos en barco por todo el mundo. Nos asentamos durante un tiempo en España, donde conocí al amor de mi vida. Yo tenía dieciséis años. Ella tenía diecinueve.

Se le pusieron los ojos vidriosos al recordarlo.

—Mis padres se fueron. Yo me quedé. Me casé con María y tuvimos una vida maravillosa.

Podía imaginarme su trepidante historia de amor y quería saber más. ¿Qué pasó con María? ¿Cómo acabó él en la isla? Debían de tener hijos, y alguno de sus hijos, o quizá de sus nietos, trabajaba aquí. Su forma de hablar era a la vez anticuada y romántica, todo lo que hacía grande a una novela histórica. Un joven de Texas que se vio arrastrado lejos de su tierra porque su padre era un delincuente, acababa viajando por alta mar y encontraba el amor verdadero en una tierra lejana con una princesa…

Bueno, María probablemente no era una princesa, pero lo era para Luis.

Antes de que pudiera hacerle más preguntas sobre su historia, vi a Brie acercarse desde la playa y dirigirse directamente a nuestra mesa.

—Hola, Luis —dijo, y enseguida se giró hacia mí—. ¡Cuéntame el coti!

—¿Qué? —No la comprendí.

—¡Dios mío, ya sabes a qué me refiero! ¡Encontraste el cuerpo de Diana Harden!

Miré a mi alrededor para asegurarme de que nadie nos escuchaba. No quería ser una chismosa, aunque digamos que me moría por contarle a alguien lo que había pasado. Y ¿qué más daba si la única persona interesada era una chica de dieciocho años?

—Yo no fui quien encontró el cuerpo —contesté.

Brie se inclinó hacia delante:

—He oído que los adictos al sexo se tiraron encima de ella.

Con una mirada a Luis, que parecía divertido con nuestra conversación, dije:

—Esa fue mi impresión.

—¿Y? —insistió Brie—. Sé que estuviste allí. Gino estaba hablando de eso con Tristan. Intenté que Kalise me contara algo, pero a veces es muy cerrada. Y no encuentro a Jason por ninguna parte.

Ahora me estaba poniendo roja.

—¡Dios mío! —exclamó Brie otra vez—. Estuviste con Jason.

—No estuve con Jason. Estuvimos…, bueno…, en el mismo sitio al mismo tiempo.

Brie había dejado de escucharme. Me enseñó la primera sonrisa verdadera que le había visto en las veinticuatro horas que hacía que la conocía. Sus ojos de color azul claro le brillaban con alegría.

—Mira que lo sabía.

No iba a hablar sobre Jason con una adolescente y delante de Luis. Lo que pasó la noche previa era asunto mío, y quería que siguiera siendo así.

Me quité al camarero guapo de la cabeza y dije:

—De todos modos, sí es verdad que Jason y yo oímos gritos y fuimos a ver qué pasaba. Encontramos a Diana muerta y enredada en un montón de algas. La tuvo que arrastrar la marea, pero llevaba muerta un tiempo. Quizá desde que desapareció el domingo.

—¿Estabas allí cuando llegó la policía? ¿Qué dijeron?

Negué con la cabeza.

—No había motivo para quedarme. Pensé que quizá vendrían a hablar conmigo por la noche, pero no se pasó nadie. Seguro que vendrán a hacerme preguntas.

Miré alrededor del resort, pero todo parecía seguir igual que el día anterior. Gente en la playa, unos pocos tomando el sol, una pequeña clase de aeróbic acuático en la parte poco profunda de la

piscina. La clase de yoga había terminado, y una de las mujeres hablaba con el instructor muy pegada a él. Había gente riéndose y entrando al bar.

¿A nadie más le importaba que una mujer hubiera muerto?

Quizá nadie se había enterado. CeeCee no había dicho nada, y sospechaba que, si lo supiera, habría sido lo primero que me habría mencionado.

—¿Cómo te enteraste? —le pregunté a Brie.

—¿Quién no se ha enterado? Anoche estaba relajándome en el balcón —hizo un gesto vago hacia una de las cabañas privadas más grandes que había en los acantilados—, y vi llegar dos barcos muy tarde. No suele venir nadie por la noche, así que bajé a ver qué pasaba. Pensé que sería algún famoso o algo así, aunque normalmente llegan en helicóptero. Me acerqué mucho a donde estaban y me escondí entre los árboles hasta que Gino me vio y, de hecho, llamó a mi padre y todo. —Puso los ojos en blanco—. Idiota. Tengo dieciocho años, así que ya soy mayor de edad.

—¿La policía dijo algo?

—No pude oír mucho —admitió Brie—. El forense de San Juan estaba allí y dijo que el cuerpo llevaba en el agua unas cuarenta y ocho horas.

Miré a Luis, pero no parecía estar escuchando nuestra conversación. Miraba otra vez al mar, con los ojos protegidos por las gafas de sol, y me pregunté si se habría quedado dormido.

Diana desapareció el domingo por la mañana. Podría haber muerto en cualquier instante entre ese momento y el domingo por la noche, justo cuarenta y ocho horas antes de que la encontraran. ¿Cuánto tiempo puede permanecer sumergido en el agua un cuerpo? ¿Había estado ahí todo el tiempo, lastrada hasta que una cuerda se rompió? No había visto ninguna cuerda, pero eso no quería decir que no la hubiera.

Kalise entró en el Blue Dahlia y se acercó a nuestra mesa.

—Señorita Locke, señor Caruso, si me disculpan, necesito a la señorita Crawford.

Brie parecía emocionada. Le di las gracias a Luis por desayunar conmigo.

—Cuando quieras, Mia, cuando quieras —dijo él.

Se levantó, se estiró, saludó a Brie con una reverencia y se fue tranquilamente hacia la playa.

Al salir del Blue Dahlia, miré a Brie. Ella se señaló a sí misma e hizo un gesto con la mano, indicando que quería que la buscara más tarde, probablemente para que le contase lo que supiera sobre la muerte de Diana.

Quizá lo hiciera.

CAPÍTULO DIEZ

> «No. Nunca pidas perdón por algo que no hiciste mal. Di "lo siento", pero nunca "perdona". Si te pasas la vida pidiendo perdón, nunca ganarás confianza».
>
> J. T. ELLISON, *Good Girls Lie*

Kalise me guio por el camino que llevaba a las oficinas del resort, en silencio.

—¿Alguna novedad sobre lo que le pasó a Diana Harden? —pregunté.

—Si tiene alguna pregunta o inquietud, puede hablar con el gerente del resort.

—¿Es ahí a dónde vamos ahora?

—Vamos a la oficina de seguridad. No hay nada de que preocuparse. Es solo que el señor Garmon, nuestro jefe de seguridad, necesita su declaración.

—¿Y la policía?

—Estamos cooperando estrechamente con la policía de San Juan, por supuesto —dijo Kalise.

—Entonces, ¿por qué no es la policía la que me toma declaración?

Me miró como si la pregunta fuera extraña.

—St. Claire es una isla privada. Gino Garmon es nuestra policía.

Aquello me sorprendió, y esperaba una explicación más detallada, pero Kalise no dijo nada más en el resto de trayecto hasta llegar al edificio de seguridad, al sur del edificio principal. Estaba apartado del resto de dependencias, parcialmente oculto tras arbustos floridos y una valla de bambú. Kalise pasó su credencial por el lector de la puerta y esta se abrió.

Un vigilante de seguridad nos sonrió. Llevaba pantalones caqui y el polo estándar del St. Claire con la palabra «Seguridad» bajo el logotipo, en vez de su nombre.

—Gracias, Kalise. Ya me encargo yo a partir de aquí —dijo.

Kalise me hizo un gesto con la cabeza y se marchó.

El vigilante me llevó. Avanzamos, dejando atrás varios despachos pequeños hasta llegar a una sala de conferencias al final del amplio pasillo.

Gino Garmon, el jefe de seguridad, era tan atractivo como recordaba de cuando lo vi en la playa: rasgos italianos marcados, cuerpo firme y musculoso. Pero seguía siendo un imbécil, me recordé a mí misma. Estaba sentado a la mesa con un hombre que llevaba un traje de verano de color gris claro y una corbata rosa claro. Era Tristan, el que había ayudado a Trina en la tienda de regalos con la maleducada de Sherry Morrison. El Tristan que, según los cotilleos del personal de la noche anterior, se acostaba con Kalise.

Gino me lanzó una mirada sin sonreírme. Tristan se puso de pie, sonrió y me tendió la mano:

—Señorita Crawford, gracias por venir tan pronto. Soy Tristan Dubois, el gerente del St. Claire. —Tenía un porte impecable y un ligero acento francés.

No acababa de imaginarme a la alta, morena y elegante Kalise con el pálido y delgado Tristan, que era más bajo que ella y que, aunque vivía en una isla, parecía como si no hubiera pasado ni un minuto tomando el sol. Por no mencionar que, además, tenía unas entradas pronunciadas y un aire de director de funeraria.

Tal vez no estaba siendo justa al juzgar los libros —o a las personas— por su portada. Y Tristan tenía una sonrisa cálida y agradable que me habría tranquilizado si Gino no me estuviera mirando con ese ceño fruncido.

—Por supuesto —contesté, algo tarde—. Ayudaré en todo lo que pueda.

Tristan dijo:

—Ya conoce a Gino Garmon, nuestro jefe de seguridad. Tan solo tenemos unas cuantas preguntas que hacerle, pero, por supuesto, usted no es sospechosa de la muerte de la señorita Harden.

Me sorprendió ese comentario y que sintiera la necesidad de decirlo en voz alta. Yo ni siquiera estaba aquí cuando ella desapareció.

—Pensé que estaría la policía —comenté.

—St. Claire es una isla privada —dijo Gino—. Yo soy la policía.

Definitivamente, ese tipo no me gustaba un pelo. Ese tono y el lenguaje corporal gritaban intimidación. Enderecé la espalda y me obligué a no dejarme amedrentar por él. Me descubrí jugando con las puntas del pelo, enroscando los mechones para formar rizos apretados alrededor de mis dedos. Un hábito nervioso. Me obligué a parar, y crucé las manos encima de la mesa que tenía delante.

Con un tono más conciliador, Tristan dijo:

—Por supuesto, estamos trabajando estrechamente con el Departamento de Policía de San Juan. Ellos han recuperado el cuerpo y están llevando a cabo la autopsia, y también dirigen la investigación en San Juan. Pero no tiene por qué preocuparse por nada de eso. Solo necesitamos una línea temporal de lo sucedido para dejar constancia. ¿Puedo ofrecerle algo de beber? ¿Agua? ¿Té helado? ¿Una copa con alcohol, tal vez?

¿Estaba intentando descolocarme? Intenté imaginarme siendo interrogada por la policía en Nueva York y que me ofrecieran una copa de vino. Casi se me escapa la risa.

—No, gracias —respondí—. Un poco de agua, a lo mejor.

Tristan se acercó a un minifrigorífico, sacó una botella de agua,

me la puso delante y volvió a sentarse, regalándome una sonrisa alentadora. Quizá a Kalise le gustaba porque en realidad era un buen tipo.

Gino preguntó:

—¿Qué ocurrió anoche? ¿Cómo encontró el cuerpo? ¿Dónde estaba? ¿Qué escuchó? ¿Qué vio?

Se acabaron las bromas y el ambiente se puso tenso, y enseguida me trasladé mentalmente a la noche anterior. ¿Qué fue exactamente lo que dije? ¿Qué había dicho Jason? Supuse que ya habrían hablado con él, pero ¿y si todavía no lo habían hecho?

«¿Por qué te preocupa? Di la verdad y punto».

—Oí a la señora Kent gritar —contesté—. Quiero decir, en ese momento no sabía que era ella. Pero oí un grito y corrí hacia allí.

—¿Dónde se encontraba usted?

—En la laguna, al final del sendero Luz Luna Bahía —respondí.

—¿Sola? —preguntó Gino con una sonrisa burlona.

Por supuesto que había hablado con Jason, ya que Jason era un empleado del resort. O tal vez recordaba haberme visto la noche previa, vestida solo con la camiseta y ropa interior. Además, Jason me había cogido de la mano. ¿Estaba poniéndome roja? Dios mío, recé por que no estuviera sonrojándome. Pero, cuanto más quería evitarlo, más caliente me notaba la cara.

—Al principio, sí estaba sola. Luego, Jason Mallory, uno de los camareros de aquí… —Obviamente sabían que Jason era camarero. «Déjate de rodeos», me dije a mí misma—. Eh… Jason apareció justo cuando me estaba preparando para irme. Estábamos hablando cuando oímos el grito.

—¿Qué vio en la playa? —preguntó Gino.

—Los Kent estaban muy alterados. Había un cadáver enrollado entre un montón de algas. Y Jason dijo que parecía la huésped desaparecida, Diana Harden. En ese momento, llegó usted con un empleado de seguridad y nos indicaron que nos retiráramos.

Gino me miró fijamente. ¿De manera intencionada, para incomodarme aún más? Tristan, con un tono mucho más amable y

sereno, hizo unas preguntas para aclarar algunas cosas; en concreto, me preguntó qué hora era, si había tocado el cuerpo y si había visto algo más que pudiera ser útil.

Cuando ninguno de los dos tuvo más preguntas, pregunté:

—¿Cómo murió?

Los dos me miraron. Tristan, con una expresión neutral, y Gino, con un atisbo de… ¿enfado? A mí me parecía una pregunta lógica.

—Quiero decir, ¿fue un accidente o la mataron?

—No hemos recibido información de San Juan sobre la causa de la muerte —sentenció Tristan. Se puso de pie e indicó que yo hiciera lo mismo—. Muchas gracias por su tiempo.

Me acompañó hasta la puerta. Gino siguió sentado a la mesa escribiendo en su bloc de notas.

—Lamento mucho todo esto —continuó Tristan mientras salíamos —. Entiendo lo traumático y perturbador que debió de ser lo de anoche, y me han dado permiso para ofrecerle un paquete de tres noches con todos los gastos pagados para que lo utilice cuando lo desee.

—No es necesario.

«¡Cállate! —Prácticamente me grité a mí misma mentalmente—. ¿Vacaciones gratis? ¿Aquí? ¿En St. Claire?».

«Deja de ser tan conciliadora», me dije a mí misma.

Tristan me sonrió y añadió:

—En nombre de St. Claire, lamentamos profundamente los inconvenientes que ha experimentado durante su estancia. Si hay algo en lo que yo o cualquier miembro del personal podamos ayudarla, no dude en contactar conmigo directamente. —Se llevó la mano al bolsillo del pecho y sacó una tarjeta de presentación—. Este es mi número personal. Estoy disponible en cualquier momento, ya sea de día o de noche.

Un momento, ¿no dormía? ¿No comía? ¿Estaba de guardia las veinticuatro horas, los siete días de la semana?

Acepté la tarjeta.

—Gracias —contesté. Tenía preguntas sobre Diana y su

asesinato, pero nada que Tristan pudiera responder.

—Sé que Gino puede ser intimidante. Siento mucho si se ha sentido incómoda —añadió Tristan—. Fue policía en los Estados Unidos y trabaja bien con el Departamento de Policía de San Juan. Espero que esto no haya sido más que un fatídico accidente. Si fue un asesinato, por favor, tenga la seguridad de que la policía liderará la investigación, y nosotros ayudaremos en todo lo que podamos.

Eso me hizo sentir un poco mejor, aunque Gino seguía sin caerme bien. Si el culpable era alguien de aquí, al resort le convenía encubrir el asesinato.

«Asesinato. Nadie dijo que fuera un asesinato».

Podría haber sido un accidente, como dijo Tristan.

En ningún momento creí que lo fuera.

CAPÍTULO ONCE

> «Es un error capital teorizar antes de tener datos. Sin darse cuenta, uno empieza a maquillar los hechos para que se ajusten a las teorías, en vez de adaptar las teorías a los hechos».
>
> SIR ARTHUR CONAN DOYLE, *Un escándalo en Bohemia*

Pensando en todo lo que Gino y Tristan me habían dicho, me dirigí hacia mi habitación con el piloto automático y me topé con Andrew Locke y su novia. Literalmente. Si hubiera tenido una bebida en la mano, se me habría caído encima de la camisa de él.

—Cuánto lo siento —dije, con la mano apoyada en el pecho del hombre para evitar caerme.

Tenía un pecho firme y muy agradable, y deduje que lo había tocado un poco más de la cuenta, sobre todo por la mirada furiosa que me lanzaba Sherry.

Andrew me devolvió una sonrisa cálida y me sostuvo el codo para ayudarme a mantener el equilibrio.

—No pasa nada —contestó—. Mia, ¿verdad?

—Sí, hola —respondí.

¿Había escrito Diana sobre Andrew en el libro? ¿Qué nota era? Había escrito sobre el valor de una casa en Arizona, y allí era donde

vivían Andrew y Brie. No me acordaba de los detalles. ¿Podría haber estado chantajeando a Andrew? ¿O a su novia?

—Esta es mi novia, Sherry Morrison —comentó—. Mia llegó en el ferri con David y Doug —añadió dirigiéndose a Sherry—. Los conociste ayer.

—Encantada de conocerte —respondí de forma automática—. No sé dónde tengo la cabeza. No suelo estar tan distraía. —Sabía exactamente dónde tenía la cabeza: pensando en un asesinato.

—Yo también suelo soñar despierto mucho por aquí —dijo Andrew.

Entonces me di cuenta de cuánto se parecían Andrew y Brie. Los dos tenían el pelo negro y esos ojos azules vibrantes. Parecía muy amable y sincero, y era muy atractivo. Ojalá fuera unos años más joven. Ojalá no tuviera novia.

—Cariño, no deberíamos llegar tarde a la cita con los Stockton —dijo Sherry. Su tono era amable, pero entrelazó los dedos con los de Andrew de forma posesiva.

—Aquí no hay horarios —contestó Andrew con ligereza—. ¿Quieres acompañarnos? —me preguntó.

La invitación me sorprendió, y claramente a Sherry también, aunque ocultó bien su irritación. Si no la hubiera estado mirando, no lo habría percibido.

—Sí —dijo con una sonrisa falsa—, ¿por qué no?

Sin duda, su voz era más agradable que su expresión.

—Oh, bueno, gracias, pero no puedo. —Aunque de repente quería hacerlo. No sabía por qué Sherry me daba la sensación de estar… ¿celosa? ¿De mí? ¿Por qué?—. Igual más adelante —añadí.

—Claro que sí —respondió Andrew—. ¿Nos vemos en el *luau*[5] esta noche?

—Seguro —dije, aunque no tenía ni idea de a qué se refería, ya que no había visto el programa del resort de ese día—. Pues hasta luego.

Se alejaron, y vi a Sherry mirarme por encima del hombro. Después, se aseguró de besar a Andrew en la mejilla mientras

caminaban de la mano hacia el Blue Dahlia.

Nunca quise ser ese tipo de chica: una mujer tan territorial con su novio que tiene que hacer un despliegue público de afecto para demostrar su poder femenino. Obviamente, las muestras de cariño en público de los Kent eran exageradas, pero no creía que la mujer se lanzara sobre el marido para avisar al resto de las mujeres de que se mantuvieran alejadas.

Me olvidé de ese encuentro y seguí por el sendero hacia mi cabaña.

La puerta estaba abierta.

Por un instante me preocupó que alguien hubiera entrado, y que estuvieran buscando el libro o esperando para matarme, como a Diana Harden…

«¡Para!», me dije a mí misma. Tenía demasiada imaginación. Me acerqué con cautela, por si acaso.

Entonces vi el carrito de la limpieza y a dos empleadas con pantalones cortos negros y polos blancos que estaban limpiándome la habitación con eficiencia.

—Hola —saludé.

—Señorita Crawford —dijo una de las empleadas—, solo tardaremos diez minutos.

—No tengan prisa —respondí—. Me sentaré en la terraza.

Caminé por la habitación y cogí el libro de mi mesita de noche, junto con las notas que había tomado la noche anterior cuando no podía dormir. Se me erizó la piel mientras las limpiadoras me observaban salir por la puerta corrediza. ¿Habrían leído lo que escribí? La primera página era bastante incriminatoria:

Diana Harden: llegó el viernes a St. Claire. ¿Quién más estaba aquí? ¿Iba alguien con ella en el ferri del domingo por la mañana? ¿Volvió a la isla antes de que la mataran? ¿Quién es su novia?

Incluso la noche anterior pensaba que era un asesinato, no un accidente. Ahora estaba segura de que la habían matado, aunque Tristan dijo que no tenían el informe de las autoridades de San Juan.

La noche previa copié en mi cuaderno todo lo que Diana había escrito por medio de claves o código, y después anoté mis pensamientos sobre lo que podría haber querido decir e incluí los fragmentos y las palabras que ella había resaltado en el texto. Releí el comentario sobre la casa en Arizona.

¿Dinero o amor? Dinero, por supuesto. Él posee una pequeña fortuna. ¿Conoce él todos los trapos sucios de la nueva novia que se acaba de echar?

Después, escrito con una pluma diferente, decía:

112 — estimado neto 80-90 millones $, residencia en Arizona 5 millones $, casa de vacaciones 3 millones $

Residencia en Arizona. Ese tenía que ser Andrew Locke, ¿no? A menos que hubiera alguien más de Arizona en esta pequeña isla. Y quizá el comentario anterior sobre los trapos sucios de una nueva novia se refería a alguien completamente diferente…, como la novia de Trevor, CeeCee. ¿Qué significaba el «112»? ¿Era el número de una habitación? Sería fácil comprobarlo.

—Hemos terminado, señorita Crawford —anunció una de las empleadas.

Me sobresalté, pues estaba totalmente absorta en mi trabajo.

—Ah, disculpe. Gracias —le respondí con una sonrisa que parecía falsa.

Ella miró el libro y frunció el ceño, luego se fue con su compañera, susurrándole algo al oído. ¿Había visto ese libro antes?

¿Estaba sospechando de mí?

Estaba pensando demasiadas cosas por tan solo una mirada. Aun así, las observé a través de la pared de cristal hasta que se fueron antes de volver al libro.

«112». Tenía que ser el número de una habitación. No podía ser de una cabaña, porque las cabañas tenían letras, yo estaba en la «K». En cambio, en el edificio principal había habitaciones. Entré en mi cabaña y levanté el teléfono, leí las instrucciones para llamar a una habitación y marqué.

—Recepción de St. Claire. ¿En qué puedo ayudarle, señorita Crawford?

—Eh…, estaba intentando comunicarme con la habitación 112.

—No hay habitación 112; por eso su llamada se ha redirigido a la recepción principal. ¿A quién intenta localizar?

No supe qué decir. Tenía que mentir. Se me da fatal mentir.

—¿Luis Caruso? Hemos desayunado juntos esta mañana. Quería hacerle una pregunta. Quizá me equivoqué de número.

—Puedo dejarle un mensaje al señor Caruso —dijo el recepcionista.

Dios, estaba completamente perdida.

—Se trata de algo… personal. Estuvimos hablando bastante y…, bueno…, solo dígale que he llamado y que lo buscaré. —Sonaba patética. Le di las gracias al recepcionista y colgué.

Hasta ahí mi carrera como detective privada. En una de mis series favoritas, Elvis Cole mentía genial cuando investigaba. ¿Por qué no podía mentir como Elvis Cole?

Así que el número «112» no era una habitación. Volví a la terraza y cogí el libro. Estaba a solo unos capítulos del lugar donde Diana había dejado la tarjeta de presentación como marcapáginas. Pasé la página y fruncí el ceño.

«Capítulo veintinueve».

Las páginas debían de haberse quedado pegadas. Las enrollé entre mis dedos para intentar separarlas, pero no estaban pegadas, sino que lo que sucedía era que faltaba la última hoja del capítulo

veintiocho.

¿Por qué habría arrancado Diana una hoja? Estaba leyendo el libro y también escribiendo en él, lo cual era evidente por algunos de sus comentarios sobre los personajes y la trama.

¿Habría sido alguna de las empleadas? Lo dudaba, pero era posible.

Entonces, me acordé de lo que pasó el día anterior.

Después de haberme lanzado al agua para intentar «salvar» a los recién casados, vi a alguien agachado junto a mi tumbona de la playa. Cerré los ojos e intenté recordarlo, creía que era un hombre, o esa fue mi impresión, pero no estaba segura. Veía borroso por el agua (y por la vergüenza que sentía), y estaba al menos a treinta metros de distancia. Tan solo tuve la sensación de que era un hombre, pero ni siquiera podía asegurar con certeza su raza. Vestía una chaqueta ligera y pantalones conos. En ese momento no me había dado cuenta de que habían arrancado la hoja, pero tampoco había leído hasta ahí.

¿Pudo ser aquel desconocido la persona que arrancó la hoja?

Eso parecía más probable que el que fueran las empleadas, por muy descabellado que sonara.

—¡Mia! ¡El cotilleo!

Grité y pegué un salto que hizo que tirase tanto la silla como la mesa. El libro de Diana y el cuaderno se deslizaron por las baldosas y yo caí de culo.

Era Brie, llevaba pantalones vaqueros conos y la parte de arriba del bikini. Venía de la playa.

—Maldita sea —dije recogiendo los muebles.

—Perdón —contestó Brie, sin sonar para nada arrepentida.

Recogió el libro. Intenté arrebatárselo de las manos mientras recogía mi cuaderno. Ella retrocedió y volví a caer de culo cuando intenté compensar el movimiento.

—¿Qué estás leyendo? —preguntó Brie.

Se sentó en la silla que yo no había tirado y abrió el libro.

—Es mío —contesté.

Coloqué bien la silla y estiré la mano para que me lo devolviera, pero no lo hizo.

—Este libro ha visto tiempos mejores —comentó mientras les quitaba la arena a las páginas.

Si le daba demasiada importancia al libro, ella sentiría más curiosidad, así que intenté desviar su atención y le pregunté:

—¿Qué quieres saber?

—La policía: qué dijeron, qué dijiste tú, qué saben. Necesito los detalles.

—Allí no estaba la policía.

—¿Cómo que no estaban allí? —Brie levantó la vista del libro y valoré si podía arrebatárselo antes de que lo alejase de mí. No me arriesgué—. ¿No fue por eso por lo que Kalise te llamó? ¿Para que hablaras con la policía sobre el cadáver?

—Tristan me dijo que St. Claire tiene su propia seguridad porque es una isla privada. En San Juan están haciendo la autopsia, pero Gino Garmon está investigando aquí en la isla, en colaboración con la policía, supuestamente.

—¿En serio? —Brie resopló—. Venga, hombre, como si alguna vez hubiera investigado un crimen real.

—Tristan dijo que había sido policía.

No sabía dónde había trabajado Garmon antes de venir a St. Claire. Quizá en algún departamento pequeño en medio de la nada, o quizá le despidieron por ser un incompetente. O mintió en su currículum, o tal vez…

—¿Qué escribes? Qué raro. —Brie frunció el ceño mientras pasaba las páginas.

Recordé el comentario semicodificado que podría referirse a su padre. ¿Lo entendería Brie? Quizá.

Al final, le arrebaté el libro y lo sostuve en el regazo.

—Yo no —dije—. Creo que… —Vacilé un segundo. ¿Debería darle pistas? Brie era una niña; bueno, iba a empezar a estudiar en la universidad, pero seguía siendo una adolescente. De todas formas, Brie estaba aquí cuando estuvo alojada Diana, y ya había

demostrado ser observadora. Tal vez podría ayudarme a resolver algunos misterios.

Me lanzó una mirada sospechosa, así que lo solté de golpe:

—Creo que el libro era de Diana Harden. La mujer que desapareció.

—La muerta —me corrigió Brie sin rodeos.

—Sí.

Brie asintió con la cabeza.

—La vi con un libro. Me pareció ver que escribía en él, y ahora tú dices que ella escribió en ese libro. —Volvió a intentar cogerlo, pero yo lo aparté. Se quejó—. La leche.

—Primero, déjame que te lo explique. —Quería a alguien en quien confiar, pero ¿cómo explicaba mi teoría?—. Diana escribía sobre personas que están aquí en el St. Claire, tanto gente del personal como huéspedes.

Se le abrieron los ojos de par en par:

—¿De verdad? Ahora sí que me lo tienes que enseñar.

—Escribía en una especie de código, y no creo que sea conveniente.

Brie me miró incrédula.

—Tengo dieciocho años —sentenció con tono firme.

Lo abrí por la mitad y leí uno de los comentarios.

—«A la vez con una mujer florero y una tonta sexualizada. ¿Mucho Viagra?». Luego escribió un año, «2012», y dibujó algo que parece una hilera de casas. —Al decir que «2012» era un año, me pregunté si me estaba equivocando. Quizá el número significaba otra cosa.

—Tal vez este tipo tiene dos mujeres en diferentes partes del país —añadió Brie resoplando.

—O varias amantes —dije yo. Pasé un par de páginas y leí—: «¿Cuánto me pagará para que le guarde su secreto?». —Miré a Brie y le comenté—: Ese comentario no tiene dibujo, pero tiene un número, «522». Pensé que sería un número de habitación, así que intenté llamar, y no es una habitación.

—Buena suposición —opinó Brie—. Estamos en una cabaña. No tenemos número, sino que se la llama «la *suite* Jasmine».

—Parece que escribe lo primero que le viene a la mente cuando conoce a una persona. Hay varias anotaciones que parecen registrar el patrimonio neto de ciertas personas. Son muy imprecisas, pero soy planificadora financiera. Reconozco la jerga.

—¿No hay nombres?

—No, solo estos números y algunos garabatos —contesté, y pasé al principio del libro para leer el comentario al que llevaba toda la noche dándole vueltas—. Rodeó un pasaje sobre la heroína del libro, y luego escribió: «Parece mi tipo. Espero que no esté demasiado enfadada conmigo…».

—Hostia —murmuró Brie—. Parece algo personal.

—Hay un corazón al lado, así que creo que se refiere a una novia, o quizá simplemente le gustan las pelirrojas. La heroína es pelirroja. —Me mordí el labio. Había estado pensando en una posibilidad toda la noche, y ahora parecía tan evidente que me preguntaba si no estaría exagerando.

—¿Qué? —preguntó Brie—. Se te ha ocurrido algo.

—Amber es pelirroja. En el libro, más adelante, Diana escribió que su número uno iba a llegar tarde, otra vez, con ese pequeño corazón al lado del comentario.

—¡Dios mío! ¿Crees que Diana y Amber eran pareja? —dijo Brie emocionada.

—Jason mencionó que Diana estaba enfadada porque su novia se estaba retrasando en llegar a sus vacaciones. Pero igual estoy leyendo demasiado entre líneas. —Me reí por mi juego de palabras sin querer.

—¿No ves las noticias o qué? —preguntó Brie—. A Amber Jones se la ha visto con los tíos y tías más guapos.

No estaba al día en lo que a la cultura popular se refiere, salvo con libros y autores populares. Además, no llamaría «noticias» a los cotilleos del entretenimiento.

—No sabía que era una actriz tan famosa.

Brie se rio.

—Es una extra. Sale diciendo un par de frases sueltas en películas, pero, sobre todo, hace de víctima en series de asesinatos, en las que lo único que tiene que hacer es tumbarse en una mesa y aparentar ser un cadáver.

Visualicé el cuerpo de Diana y me estremecí sin querer.

—Bueno. —No sabía qué decir—. Supongo que podríamos buscar sus cuentas en redes sociales y ver si Amber y Diana han estado juntas. —Me acordé de la discusión que tuvo Amber con Parker—. ¿Sabes algo de un tío de unos treinta años que parece un niño rico mantenido? Delgado, de pelo rubio oscuro. Me pareció un gilipollas. Se llama Parker. Él y Amber discutieron ayer. Después, le escuché a él hablar con su padre por teléfono.

—Parker Briggs. Un gilipollas de manual.

—Oí que le decía a su padre que Amber y él estaban intentando arreglar su relación.

—¿De verdad? Puede ser. —Arrugó la nariz—. No lo sé.

—¿Han estado aquí antes?

Brie se encogió de hombros.

—No los había visto nunca. Pero todos los años venimos las mismas dos semanas, justo después de que acaben las clases. Cuando mi padre jugaba al béisbol, veníamos en diciembre, que es una época muy agradable. Bueno, ahora también es agradable, pero en junio empieza la temporada de huracanes. —Debí de poner cara de pánico, porque Brie se rio y añadió—: Esta semana no hay ninguna tormenta importante prevista.

Aquello me alivió. Había visto demasiadas fotos de huracanes y sus consecuencias. No quería experimentar uno.

Pasé las páginas del cuaderno y empecé a apuntar nombres y días.

—Diana desapareció el domingo. Amber llegó en el ferri conmigo el martes, pero Parker ya estaba aquí. ¿Sabes cuándo llegó él?

—El lunes —contestó Brie—. Dicen que hizo una reserva de última hora y le dijeron que no había nada disponible. Montó un

numerito, y Tristan dejó disponible una habitación. Siempre tienen una o dos para gente como Briggs. St. Claire prospera gracias a esos gilipollas elitistas, los que tiran el dinero y tienen poder para saltarse las normas.

—Conozco a esa clase de personas, pero aquí no todo el mundo es así.

Se encogió de hombros.

—Mitad y mitad.

—Hablé con Nelson y Anja Stockton. Parecen muy majos.

—Gilipollas que quieren parecer elitistas.

—Y David y Doug vinieron conmigo en el ferri. Fueron amables.

Ella se encogió de hombros:

—Claro, los conocí hace un par de años. Son majos, pero Doug es un pesado. Se asegura de que todo el mundo sepa que su marido salvó la carrera de mi padre. Va por ahí soltando el nombre de todos los jugadores de béisbol a los que David les hizo la cirugía de Tommy John para reconstruirles el ligamento del codo[6].

Y habla de sus casas y vacaciones, y a mí me dan ganas de preguntarle: «Doug, ¿qué intentas compensar?».

Para ser adolescente, Brie no solo era observadora, sino también perspicaz.

Apunté algo sobre Briggs:

—Entonces, Parker llegó el lunes. Y vosotros ¿cuándo llegasteis?

—El viernes.

—Diana también llegó el viernes, ¿verdad?

—Sí. Vinimos en el mismo ferri.

Miró lo que estaba escribiendo.

—¿Qué haces?

¿Qué debería decir?

—Venga, cuéntamelo —insistió—. Parece una línea temporal.

—Diana estuvo aquí dos días antes de desaparecer. Si de verdad estaba chantajeando a alguien, ¿a quién? Y…

Brie se inclinó hacia delante.

—Y ¿crees que alguien de la isla la mató?

Quise moderar su entusiasmo, aunque yo estaba igual de emocionada.

—Quizá —contesté con cautela—, pero también pudo haber sido un accidente.

—¿De verdad crees eso?

Negué con la cabeza.

—Yo tampoco.

—¿Qué hizo Diana el viernes y el sábado? —pregunté—. Quiero decir, el domingo por la mañana se fue a San Juan. Eso, según el periódico, lo confirmó la policía de San Juan. Dijiste que fue al *spa* el viernes, ¿verdad?

Brie asintió con la cabeza.

—Y pasó mucho tiempo tumbada en la playa. Allí es donde más la veía, leyendo ese libro. —Se quedó callada. Sin duda, estaba pensando en algo concreto.

—¿Qué has recordado? —pregunté.

—Nada —respondió rápido.

Algo era, desde luego.

—Brie, no te cortes. Te he contado mi teoría.

—¿Y si te dijera que vi a Gino Garmon manteniendo una conversación acalorada con Diana el sábado por la noche?

—¿La noche antes de que desapareciera?

—Sí.

—¿Escuchaste sobre qué discutían?

—No. Era tarde y yo estaba en el muelle. Es un sitio tranquilo. No hay nadie allí, pero está prohibido que los huéspedes vayan allí después del anochecer. Estaba sentada en la parte trasera del ferri mirando las estrellas, y ellos estaban en la playa, junto al muelle. Oí un grito. Pensé que me habían visto, pero, cuando miré, eran Gino y Diana. Él estaba enfadado. Ella se reía. Luego ella se enfadó y le empujó. Primero se fue él. Pero no pude oír de qué hablaban.

Y ahora Gino investigaba la muerte de Diana. Aquello parecía un gran conflicto de intereses.

—¿Qué sabes de CeeCee y Trevor? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.

—No creo que ninguno de los dos haya estado aquí antes. Llegaron tarde el viernes por la noche.

—¿Puedes averiguar si Trevor está casado?

Brie sonrió.

—Eso es pan comido. —Sacó el móvil y luego suspiró.

—¿Qué pasa?

—Sherry. Mierda. —Brie puso los ojos en blanco—. Mi padre piensa que tenemos que pasar tiempo juntas haciendo cosas de chicas. Me acaba de mandar un mensaje recordándome que tengo que volver dentro de quince minutos para «hacer algo». ¿Como qué? ¿Hablar? No la soporto.

Recordé mi breve encuentro con ella hacía un rato.

—Es un poco posesiva con tu padre.

—¿Verdad? —dijo Brie—. Tú también te has dado cuenta. Es que ha tenido dos maridos, ¿sabes? No me fío de ella.

Se me ocurrió una idea.

—Esta tarde voy a ir de excursión con CeeCee. Hemos quedado en el bar. No sé por qué acepté, salvo porque me dio un poco de pena porque es muy simpática y su novio se pasa el día trabajando. ¿Por qué no te vienes con Sherry? —¿No te importaría?

—Me harías un favor.

Brie sonrió.

—¡Lo va a detestar! Perfecto. —Tecleó rápido con los pulgares. Yo era rápida, pero Brie me ganaba—. Ahora no puede echarse atrás, porque no le va a decir que no a mi padre. —Giró el móvil para que pudiera leer los mensajes.

PAPÁ: Recuerda que tú y Sherry tenéis una tarde de chicas.😎

No llegues tarde.🕐

BRIE: 😐

PAPÁ: Dale una oportunidad a Sherry. Es importante para mí.



BRIE: Lo sé.

BRIE: Oye, hay una ruta de senderismo que quiero hacer. Es superfácil, así que dile que se ponga calzado cómodo, ¿vale?

PAPÁ: ¡Buena idea! Se lo diré. 😄 Quedaré con David y Doug. Os veré cuando volváis. 💕

Me reí y le devolví el móvil.

—A tu padre le gustan los *emojis*.

Brie suspiró de forma dramática.

—Me arrepiento de haberle enseñado a usarlos. Le he dicho que menos es más, pero, bueno, él pertenece a esa generación rara que hay entre la generación X y los *millennials*.

—Tenemos que investigar un poco —comenté—. Si sabemos más cosas sobre la gente de la isla, igual podemos descifrar lo que significa la escritura abreviada de Diana.

—¿Como qué?

—El pasado de Trevor y quizá el de Gino Garmon. ¿Dónde fue policía? Y si Amber y Diana estaban juntas.

—¿Sabes de alguien más sobre el cual escribiera? —Brie le echó un vistazo al libro.

—Quizá, pero todavía estoy uniendo las piezas. —Si Diana había escrito sobre Andrew y Sherry, no quería que Brie leyera nada sin que yo supiera exactamente a qué se refería.

—No soy tu chica para todo —dijo Brie—. Piensa en mí como la doctora Watson. Si voy a ayudarte, y ten en cuenta que te doy mil vueltas usando internet, quiero saber lo que tú sabes.

Volvió a girar el móvil y apareció una publicación de Instagram de Amber Jones y Diana Harden cogidas del brazo en un evento benéfico.

Me quedé atónita y le quité el móvil.

—¿Cómo lo has encontrado tan rápido?

—¿Qué puedo decir? Lo de investigar en internet lo llevo en la sangre.

La foto era de un evento benéfico para niños que se había celebrado en Nueva Orleans seis meses antes. Estaba publicada en la página de la ONG, y solo mencionaban el nombre de Amber.

Brie recuperó el móvil.

—Voy a ver qué encuentro sobre Parker Briggs.

—Ten cuidado con él —contesté.

De repente me pregunté si deberíamos estar haciendo esto. Estaba arrastrando a una chica de dieciocho años a algo que podría volverse peligroso.

Porque alguien había matado a Diana Harden.

—Por supuesto —respondió ella.

—Hablo en serio. Si tengo razón y Diana estaba chantajeando a alguien en St. Claire, esa persona sigue aquí, ya que todos los que estaban en la isla el domingo siguen estando registrados como huéspedes.

Mis palabras calaron hondo.

—Vale, lo pillo —dijo Brie mientras se ponía de pie—. Me pondré en modo sigilosa total. —Ya estaba a mitad del patio cuando se giró y me lanzó una sonrisa—. ¿Sabes una cosa sobre los adolescentes? Aquí nadie nos presta atención.

CAPÍTULO DOCE

> «Las mujeres pueden ser tan peligrosas como los hombres».
>
> HOLLY JACKSON, *Asesinato para principiantes*

Llegué un poco antes al Blue Dahlia, con la esperanza de que Jason estuviera en la barra. En su lugar, estaba trabajando la misma chica de esta mañana. Intenté no mostrar mi desilusión.

—¿Qué le apetece, señorita Crawford?

Todavía me desconcertaba que todo el personal se supiera mi nombre, aunque no los hubiera visto nunca.

—Voy a hacer una caminata. No tengo mucha hambre, pero tengo la sensación de que debería comer algo.

—Tengo justo lo que necesita. Nada de alcohol. Lo llamo «Explosión de Energía de Callie». Está delicioso, y también va bien para la resaca.

—No tengo resaca, pero me tomaré uno. —Intentando no parecer demasiado interesada, pregunté—: ¿Cuándo entra Jason?

—Se suponía que me iba a reemplazar a la una, pero tenía que hablar con seguridad, así que dijo que llegaría tarde. —Bajó la voz y me miró de reojo—. Se supone que no deberíamos hablar de lo que pasó anoche.

—Yo estuve allí —dije.

Callie asintió con la cabeza.

—Eso me han contado. Es horrible. —Echó un vistazo a su alrededor, se inclinó hacia mí y dijo en voz baja—: Escuché a la policía hablar en el muelle esta mañana a primera hora. Dijeron que la habían estrangulado.

Visualicé el pañuelo que tenía alrededor del cuello.

—O sea que no fue un accidente.

—Pudo tal vez caerse de un barco de alguna manera y enredarse con algo.

—Pero ¿no habría avisado entonces el capitán o algún pasajero a las autoridades?

—La policía está interrogando a todos los propietarios de barcos en San Juan. Es donde estaba cuando desapareció.

¿Es que todos se creían eso, menos yo? Puede que no fuera una experta en temas náuticos, pero no podía imaginarme un cuerpo flotando desde San Juan hasta aquí… de una isla pequeña a otra más pequeña a veinte millas de distancia, separadas por una gran extensión de agua.

—¿Tal vez alquiló un barco? —le pregunté a Callie—. Porque no creo que su cuerpo pudiera haber llegado flotando hasta aquí.

Callie abrió los ojos de par en par, y me di cuenta de cómo debió de sonar mi comentario. Antes de que pudiera rectificar, dijo:

—Ay, pues no lo había pensado. Sí, pudo haberlo hecho, pero, Dios, espero que no, porque, entonces, ¿cómo murió? ¿Sabes? Si la estrangularon aquí… —Se estremeció—. Estoy segura de que la policía lo averiguará.

—Sí, yo también —dije, aunque no lo creía.

Porque no era la policía la que estaba investigando aquí, en el St. Claire, sino Gino Garmon, el jefe de seguridad, una persona a la que habían visto discutiendo con la víctima la noche antes de que desapareciera. Si Diana había alquilado un barco el domingo, ¿por qué no se había enterado la policía en los dos días que llevaba desaparecida?

Aun así, esto era el Caribe. Todo el mundo actuaba con una

relajación y una tranquilidad más notables que en cualquier otro lugar que hubiera visitado. Incluso mi abuela, que convertía la diversión en un arte, habría pensado que en esta isla todo era demasiado relajado. Habría sido la temeraria que habría aceptado las clases de ala delta de Jason solo para experimentar el subidón de adrenalina.

Callie me entregó un batido energético para llevar justo cuando CeeCee entraba en el Blue Dahlia. Iba vestida con unos pantalones cortos de senderismo de color caqui y una camiseta de tirantes ajustada bajo una camisa fina desabrochada. Llevaba unos botines de senderismo monos, un sombrero grande, unas gafas de sol enormes y una mochila de diseño sobre los hombros.

Sentí que yo no encajaba, al llevar una camiseta, pantalones cortos y zapatillas de deporte desgastadas.

—¡Hola, Mia! —dijo ella con entusiasmo—. ¿Estás lista? ¡Qué emoción!

—Estoy lista, pero ¿te parece bien que Brie y Sherry vengan con nosotras? También querían hacer senderismo.

Vi a Sherry acercándose al bar penosamente. Sin duda, no estaba contenta. Brie iba un par de pasos por delante de ella, con una sonrisa picara.

—¡Por supuesto! —contestó CeeCee—. ¡Cuantas más, mejor!

Cada frase era una exclamación. Simplemente, resultaba agotador escuchar a CeeCee.

Brie se acercó y enseguida empezó a hablar:

—¿Vais a subir a la cima también? Genial. —Me guiñó un ojo—. Sherry, Mia y CeeCee vienen con nosotras. Esto va a ser divertido.

Sherry me miró a mí, luego a CeeCee y después a Brie. ¿Sospechaba que habíamos hecho este plan por ella?

—Sí —contestó al cabo de un momento—. Claro.

CeeCee aplaudió.

—¡Por aquí, chicas!

Nos guio a través del edificio principal y salimos por la parte trasera al inicio del sendero de la montaña.

—No es divertido hacer senderismo sola, ¡y ahora es una fiesta!

—¿A Trevor no le gusta hacer senderismo? —pregunté.

—Claro que le gusta, pero siempre está muy ocupado con el trabajo. No tiene mucho tiempo libre.

Ojalá hubiera tenido tiempo para investigar un poco sobre Trevor. Ni siquiera sabía cómo se apellidaba. CeeCee no parecía encajar con él, así que suponía que o bien era un divorciado ligando con una mujer más joven, o estaba casado y le era infiel a su mujer.

Ella tenía que saber si él estaba casado, ¿no? No llevaba anillo, pero ¿viajaría una mujer tan lejos con un hombre sin saber su estado civil? Tal vez. No todas las mujeres carecían del gen de la espontaneidad como yo, ni se pasaban el día viendo documentales de crímenes reales e imaginándose cómo una aventura podría acabar increíblemente mal. A veces pensaba que debería ser obligatorio ver *Atracción fatal* para todas las personas mayores de dieciocho años.

Eché un vistazo hacia atrás. Brie y Sherry estaban solo un par de pasos por detrás de nosotras. No hablaban. Crucé la mirada con Brie. Ella sabía cuál era el objetivo: averiguar todo lo posible sobre Trevor para saber si Diana lo estaba chantajeando. Asintió con la cabeza y nos alcanzó.

—CeeCee, me encantan tus botines. ¿Dónde te los has comprado?

Ella miró hacia abajo y se rio.

—¡Los tengo desde hace años! ¿A que son monos? Me los compré en una tiendecita de Charleston cuando estuve allí por trabajo.

—¿Qué tipo de trabajo? —pregunté.

Vaciló, como si no se esperara la pregunta.

—¿En aquel entonces? Mmm, trabajaba para una decoradora.

Brie empezó a charlar con CeeCee, así que me quedé atrás, con Sherry.

—Esto es precioso —dije señalando los árboles en flor que bordeaban el sendero.

—Sí —concordó Sherry.

—Es la primera vez que me voy de vacaciones en años —añadí.

Sherry me lanzó una mirada de reojo.

—Y has venido aquí sola.

—Mi novio y yo lo dejamos hace unos meses.

—St. Claire no es lugar para solteros —contestó—. Aquí no creo que encuentres un nuevo novio.

El comentario fue cortante y maleducado, y lo cierto es que no sabía cómo responder.

—No estoy buscando una relación —contesté, y sonó más a la defensiva de lo que quería. Forcé un poco la voz para parecer alegre —. Solo he venido a relajarme.

Ella resopló y se detuvo para hacer una foto. Yo seguí caminando, sin importarme dejarla atrás. Sherry gritó:

—¡Brie, mira estas flores! ¡Vamos a hacer una foto para tu padre!

Brie le hizo un gesto con la mano.

—¡Quizá más tarde! —Y continuó su conversación con CeeCee.

Yo iba justo detrás de ellas cuando Brie preguntó:

—¿Cómo os conocisteis tú y Trevor? Él es muy serio, y tú eres muy divertida.

CeeCee sonrió.

—Trevor no siempre es tan serio. Es que está cerrando un acuerdo importante por unos terrenos y tiene que conectarse a un montón de reuniones. Nunca debió cambiarse a la contabilidad de caja. Le toca pasar por un montón de trámites para demostrarle su patrimonio al banco.

Su comentario me sorprendió. CeeCee no parecía una persona que entendiera las ventajas y desventajas de la contabilidad de caja frente a la contabilidad de devengo, pero tenía razón en que determinar el patrimonio neto era mucho más difícil con la contabilidad de caja. Quizá era algo que había aprendido al trabajar con la decoradora.

—¿Fue ahí donde os conocisteis? —preguntó Brie—. ¿En el trabajo?

—Supongo que sí, ¡más o menos! Trabajo para un servicio de *catering*, y servimos en una de sus reuniones corporativas. —Se llevó las manos al pecho—. ¡Fue amor a primera vista!

De la decoración al *catering* Brie y CeeCee se pusieron a hablar sobre el clima de la isla, y Sherry seguía estando diez pasos por detrás, así que intenté limitarme a disfrutar de la caminata. Pensé en lo que había dicho CeeCee y me pregunté qué quería decir con ello. Puede que entendiera mucho más de lo que aparentaba. Tal vez no era tan…, bueno… «Tonta» era una palabra cruel. Pero, ¿por qué querría una persona inteligente comportarse como si no lo fuera?

Quizá estaba dándole demasiadas vueltas a la conversación.

Oí a CeeCee hablar del crucero al atardecer del día siguiente y de que esperaba que Trevor terminase de trabajar para que pudieran ir juntos.

—No quiero ir sola —comentó—. Se supone que es muy romántico. Si cierra ese gran acuerdo, estará contento, ¡y nos divertiremos!

Había leído sobre ese crucero al atardecer y, al igual que CeeCee, pensé que parecía demasiado romántico como para ir sola.

Sherry dijo:

—Qué pena que sea solo para parejas, Mia. El crucero es uno de los puntos fuertes de St. Claire.

No me había dado cuenta de que me había alcanzado. Se aseguró de mirarse la mano izquierda y de inclinar los dedos desnudos de una manera llamativa y artificial. De pronto, me di cuenta de que esperaba que Andrew le propusiera matrimonio. ¿Sería esa la razón por la que él la había traído a la isla? Miré a Brie. ¿Acaso ella también lo sospechaba?

Ni Brie ni yo soportábamos a Sherry, pero intenté ser objetiva. Sherry Morrison era muy guapa, tenía la piel impecable y cremosa, unos ojos oscuros grandes y una estructura ósea perfecta. Era más alta que yo y siempre iba vestida de manera impecable, incluso cuando llevaba ropa informal. La vestimenta, las joyas y el maquillaje eran en todo momento los adecuados para la ocasión;

nunca le sobraba ni le faltaba nada.

Dejamos el sendero al llegar a la cima del pico que estaba más al norte, una zona plana de aproximadamente el tamaño de un campo de fútbol.

Se veía todo.

Hacia el sur estaba la mayor parte de la isla: frondosa y verde, con destellos de color en los sitios en los que un árbol en flor había empezado a crecer. Más abajo estaba el complejo turístico, dispuesto como un juguete infantil, con el edificio principal presidiendo la miríada de cabañas y bungalós, y el azul de la piscina brillando bajo el sol.

Al este se veía el mar, tranquilo y vibrante; tan claro y luminoso en algunos puntos que casi se alcanzaba a ver la arena del fondo. La costa se extendía durante unos cuatrocientos metros, hasta que el azul claro daba paso al azul oscuro, allí donde la costa caía de forma abrupta hacia las profundidades.

El mar envolvía el extremo norte de la isla como si fuera un guante. Había agua por todas partes, lo cual hacía que me sintiera aislada. Una visión fugaz de mí misma, de pie aquí en esta isla en medio del océano, me provocó una sensación de vértigo y pequeñez: era una mota de polvo en el vasto universo.

El viento soplaba a nuestro alrededor; sin embargo, había una zona de pícnic con mesas de madera maciza. Unos carteles nos advertían que no nos acercáramos al lado norte del claro, por el peligro de caídas empinadas y las rocas de abajo. No tenía ninguna intención de acercarme a ningún borde del claro.

Me di cuenta de que este era el acantilado desde donde Jason había hecho ala delta. Desde allí se veía el muelle que daba al sur, donde desembarqué el día anterior.

—He traído *snacks* —comentó CeeCee mientras abría su gran mochila—. Me los prepararon en el restaurante. ¿A que es genial? —Sacó recipientes con fruta, sándwiches y ensalada de pasta y los colocó encima de una de las tres mesas—. ¡Y champán! Hay suficiente para todas.

Destapó la botella y soltó una risita cuando las burbujas se desbordaron.

—Perdón.

CeeCee parecía inofensiva, salvo por ese comentario tan fuera de lugar y su extraño conocimiento sobre finanzas.

—Ha sido un buen detalle —dije. La caminata me había abierto el apetito; las crepes ya eran un recuerdo lejano.

—Sabía que estaría muerta de hambre —dijo CeeCee mientras abría los recipientes—. Coged lo que queráis.

Brie se acercó al borde del acantilado. Me puso nerviosa. Tenía el móvil en la mano y estaba haciendo fotos. Sherry fue con ella, y, mientras CeeCee charlaba, observé cómo Sherry sacaba el móvil y se hacía un selfi con Brie. Sherry se reía, parecía que se lo estaba pasando en grande, pero, en cuanto se apagó la cámara del móvil, volvió a tener un semblante serio. Le dijo algo a Brie. Brie se encogió de hombros y se dio la vuelta.

Sherry se sentó en el banco que teníamos enfrente CeeCee y yo.

Cogí uno de los platos y me serví dos pequeños sándwiches triangulares, algo de fruta y una buena ración de ensalada de pasta, la cual tenía un aspecto delicioso.

—Sherry, deberíamos reunirnos todos antes de irnos —dijo CeeCee—. Trevor es muy fan del béisbol.

—Claro —respondió Sherry con una sonrisa a CeeCee—. Sería divertido.

Era mucho más amable con CeeCee que conmigo. ¿Porque yo estaba soltera y sin compromiso? ¿Me consideraba una rival?

Miré a mi alrededor y pensé que podría ser divertido ir allí con Jason. No trabajaba por las mañanas, así que tal vez podríamos almorzar temprano. En realidad, no lo conocía, y, aunque casi nos habíamos besado, sentía que necesitaba conocerlo un poco mejor antes de lanzarme a lo loco y acostarme con él.

Me puse colorada al pensarlo.

De repente, CeeCee dijo:

—¡Mia! No me dijiste que fuiste tú quien encontró el cadáver

anoche.

Fue tan inesperado que tardé un segundo en procesar lo que había dicho.

—¿Yo? No. A ver, yo estaba allí, pero no fui yo quien la encontró.

—He oído que era Diana Harden —comentó—, la huésped que desapareció. Le dije a Trevor que algo le tuvo que pasar.

—Seguro que fue un accidente —dijo Sherry.

—¿Alguna de vosotras la conocía? —pregunté.

CeeCee asintió con la cabeza. Tenía los ojos abiertos de par en par mientras mordía un trozo de mango.

—Llegamos el viernes, pero más tarde que los demás. Trevor tenía una reunión, así que el resort tuvo la amabilidad de enviarnos un helicóptero el viernes por la noche. Hay un helipuerto en la cima de la montaña.

Miré a mi alrededor y no vi nada.

—Allí —añadió CeeCee, señalando hacia el sur. Yo seguía sin ver nada entre los árboles—. Nos dijeron que lo usa, sobre todo, Ethan Valentine, pero a veces deja que los *vips* lo usen. Estaba muerta de miedo. No me gusta volar, y un helicóptero es mil veces más peligroso que un avión. Pero diez minutos después ¡ya estábamos aquí!

—¿Ella venía también en el helicóptero? —pregunté, y luego recordé que Brie había dicho que Diana llegó en el ferri con ella.

—No. Solo Trev y yo. Pero era muy tarde y tenía hambre, así que fuimos al restaurante, y Diana estaba allí sola. Leyendo, pero también…, bueno…, no fue muy amable.

—¿A qué te refieres? —pregunté intrigada.

—Acabábamos de pedir y estábamos bebiendo vino, un *prosecco* delicioso, riquísimo, y ella se acercó a hablar con Trevor. Me ignoró por completo, salvo…, bueno…, me lanzó una mirada muy fea. Lo sé, lo sé, parece totalmente infantil, pero fue muy desagradable, y casi me pongo a llorar. —Parpadeó y nos miró a Sherry y a mí.

—¿Trevor y Diana se conocían? —pregunté.

—Sssíííí. —Alargó la palabra como si dudara en decir algo.

Insistí:

—¿De qué?

CeeCee se mordió el labio.

—Bueno, Trevor dijo que se habían visto una vez porque tenían amigos en común, pero que en realidad no la conocía. Comentó que ella quería hacer negocios con él, pero que el proyecto era demasiado pequeño para su empresa. Ellos solo trabajan con proyectos grandes. No recuerdo los detalles. No me contó mucho más, pero, cuando le dijo que no, ella se enfadó mucho. —Frunció el ceño—. No entiendo por qué la gente es tan mala siempre. Mi madre siempre decía que, si no vas a decir nada agradable, lo mejor es que cierres el pico.

Intenté no parecer demasiado interesada, pero no pude evitarlo.

—¿Qué dijo Diana?

La miré con atención, deseando que me lo contara, pero sin insistir, para no parecer más entrometida de lo que ya estaba siendo.

—Bueno, en realidad no dijo nada. Fue como si simplemente me excluyera por completo de la conversación. Me dio la espalda.

—Qué maleducada —comentó Sherry.

«Mira quién fue a hablar», pensé.

—Era como si yo no existiera —añadió CeeCee—, y sé que no debería haberme afectado, pero estaba cansada, y ella fue muy desagradable, y se lo comenté a Trevor. Me prometió que no volvería a molestarnos.

¿«Prometió»? Me pregunté qué sería lo que dijo —o lo que hizo— para mantener a Diana alejada de CeeCee.

—Y —continuó— no nos molestó más. —Asintió con la cabeza con fuerza y vació la copa de champán.

Llegué a la conclusión de que Diana y Trevor se conocían de antes de que coincidieran en la isla. Sabía algo sobre él… y sobre sus negocios. ¿Lo chantajeó? Quise volver a revisar sus anotaciones. Quizá había alguna pista que se me había escapado. Si escribió sobre él y daba algún detalle, tal vez podría descifrar su código.

Sherry se levantó y caminó hacia Brie, y entonces Brie vino

directamente hacia nosotras y se dejó caer a mi lado.

—Mira —dijo, y me enseñó las fotos que había hecho con el móvil.

—Qué bonitas —contesté—. Me gusta cómo has encuadrado el resort aquí. Tu cámara es mejor que la mía.

—Igual es que soy mejor fotógrafa —dijo entre risas.

—Lo eres —concedí—. Yo apunto y disparo, y a veces tengo suerte.

Brie me enseñó una aplicación que tenía en el móvil y me explicó cómo la usaba para editar las fotos. CeeCee le pidió a Brie que le enseñara a hacerse *selfis* mejores, y Brie estuvo encantada de hacerlo. Inclinó la cabeza hacia mí, sostuvo el móvil en alto y dijo:

—¡Sonríe!

Clic, clic.

—El truco está en hacerlo desde arriba, no desde abajo. Pero tienes que poner el brazo así —hizo ese gesto—, para que no se forme un ángulo raro y la cámara no se desenfoque.

CeeCee practicó poniendo labios de pato y posturas sexis y coquetas.

—¡A Trevor le van a encantar! —exclamó.

Brie dijo:

—Nada de poner morritos. Eso es muy de 2010.

—¿Qué? —Titubeó CeeCee.

—Sonríe bien. Así. —Brie hizo una demostración.

—¿En serio? —CeeCee la imitó y luego miró la foto—. ¡Tienes razón! ¡Mucho mejor! —Se inclinó y abrazó a Brie—. ¡Gracias!

—A veces, ser la más joven del grupo tiene sus ventajas.

CAPÍTULO TRECE

> «Un buen detective nunca pasa por alto los pequeños detalles».
>
> ROBERT CRAIS, *El último detective*

La caminata para bajar de la montaña fue mucho más rápida, y las cuatro nos separamos en la cascada que había en el edificio principal.

—¿Nos vemos luego en la fiesta que hay en la playa, Mia? —dijo Brie.

—Allí estaré —respondí.

En realidad, no tenía otra opción, ya que todos los restaurantes estaban cerrados por el *luau* caribeño semanal. Era última hora de la tarde y el complejo turístico estaba sorprendentemente tranquilo. El personal preparaba la fiesta en la parte de la terraza que había junto a la piscina. Un par de personas que no conocía estaban sentadas en el Blue Dahlia (Jason seguía sin estar detrás de la barra), y dos familias con niños comían juntas en el restaurante.

Quería averiguar qué sabía Trina, la mujer que dirigía la tienda de regalos, sobre el origen de mi libro. ¿Cómo había acabado en la mesa de lecturas de playa gratuitas? ¿Lo encontró el personal de limpieza en la habitación de Diana? ¿Lo dejaron en la playa o en uno de los bares? Me imagino que, si el asesino hubiera sabido que el

libro existía, lo habría destruido como posible prueba.

«Alguien arrancó una hoja del libro. Esa persona podría haber matado a Diana y luego haberse llevado la prueba».

Entré en la tienda de regalos y me quedé paralizada. Amber Jones estaba hablando con Trina en un tono elevado.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

El tono de la conversación me puso tensa. Durante los cuatro años que estuve en la universidad, trabajé en una librería local y detestaba a los clientes engreídos y desagradables que hablaban con aire de superioridad, ya fuera conmigo o con cualquier otro miembro del personal. ¿Cuándo desapareció la cortesía general de nuestra cultura?

—El personal de limpieza dijo que los libros que se dejan los huéspedes te los traen a ti —dijo, y señaló a Trina con el dedo para enfatizar ese «a ti».

Trina carraspeó.

—Señorita Jones, sí, los libros que se dejan los huéspedes se colocan en esa mesa. —Hizo un gesto hacia el cartel de ¡«Lecturas de verano»!—. Pero no hacemos inventario ni sé de dónde…

—Eso es inaceptable. ¡Hablé con la directiva de la limpieza y ellos tampoco llevan ningún registro! ¡Este resort es un completo desastre!

—Puedo contactar con el señor Dubois. Estoy segura de que él puede ayudar…

—Nadie ha sido capaz de ayudar.

Amber se giró de golpe y casi se choca conmigo al salir. Ni una disculpa. Me miró como si fuera culpa mía que no estuviera atenta a por dónde iba ella.

Trina me sonrió, pero tenía los ojos vidriosos.

—¿Puedo ayudarla, señorita Crawford?

—¿Estás bien? —pregunté.

Asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

Eché un vistazo hacia donde había ido Amber. Caminaba por el amplio pasillo de baldosas en dirección sur, hacia el camino que

llevaba al muelle. Entonces se detuvo, sacó el móvil y en apariencia empezó a escribir un mensaje.

Me replanteé el plan. ¿Amber estaba buscando el libro de Diana? ¿Sabía que Diana había estado escribiendo en él? Si Amber sabía lo del libro y entendía su valor, entonces seguro que también estaba al tanto de los chantajes de Diana.

¿Por qué no se me había ocurrido esa conexión esta mañana? Si Diana Harden estaba chantajeando a personas que estaban en la isla, y Amber era su amiga, como había supuesto Brie, tenía sentido que Amber supiera en qué andaba metida Diana.

¿Eso convertía a Amber en cómplice? ¿También corría peligro? Y ¿dónde encajaba Parker Briggs en todo esto?

—¿Necesita algo? —dijo Trina.

—Sí, perdona, acabo de volver de una caminata. Estoy un poco despistada. —Sonreí intentando parecer natural, mientras empezaba a encajar los pequeños detalles—. Quería comprar regalos para mi asistente y mi abuela, pero quizá no tenga hueco en la maleta. ¿Hacéis envíos?

—Sí, aquí empaquetamos lo que desee y lo enviamos al día siguiente. ¿Quiere seguir mirando, o ya sabe qué quiere llevarse?

—Voy a seguir mirando —respondí.

Quería comprar regalos, pero eso no era lo más importante que tenía en mente. Tenía un ojo puesto en Amber y a la vez intentaba averiguar cómo sacarle información a Trina.

«Sé valiente —me dije—. Imagina que eres Elle Woods».

—¿Has oído algo sobre lo que le pasó a Diana Harden? —pregunté mientras hojeaba distraídamente un libro colorido sobre la historia del St. Claire. Al ver la expresión de sorpresa en su rostro, enseguida añadí—: Sé que la mataron y…, bueno…, supongo que estoy un poco asustada. —Imprimí un matiz de preocupación en la voz para disimular mi entusiasmo—. Yo vi su cadáver en la playa. Hablé con Tristan y fue muy amable, pero no tenía nada nuevo que decirme al respecto. En fin, seguro que me estoy imaginando algo mucho peor de lo que pasó en realidad.

Trina echó un vistazo detrás de mí, luego hacia un lado, y se inclinó hacia delante hasta que su rostro quedó a pocos centímetros del mío.

—La estrangularon —susurró—. Y llevaba el mismo vestido con el que se fue de la isla. Así que creen que la mataron en San Juan.

—¿Y flotó hasta aquí? Diría que hay demasiada distancia. —No me lo creía. El sentido común me decía que la habían matado en la isla o cerca de la orilla.

—Mi compañera de cuarto trabaja en la limpieza y escuchó al capitán del ferri contar que la señorita Harden le dijo que no la recogiera, que volvería en un taxi acuático porque no sabía cuánto tiempo iba a tardar. La policía habló con los conductores de taxis acuáticos. Ninguno la trajo de vuelta, pero también hay barcos privados. Así que creemos que la señorita Harden contrató a alguien y acabó muerta.

—Pero ¿quién mataría a una huésped sin conocerla de nada? —pregunté. Pensé en varios motivos: un asesino en serie, un violador, un accidente encubierto…

Trina susurró:

—Sé que está muerta y me da pena, pero era desagradable. Extremadamente exigente, y trataba al personal como si fuésemos sirvientes. Quiero decir —añadió rápido—, estamos encantados de atender a todos los huéspedes en lo que necesiten.

—Sé a lo que te refieres. Yo trabajé en venta de cara al público.

Ella se mordió el labio y pareció preocupada.

—No debería haber dicho nada.

Le dediqué una sonrisa tranquilizadora. Por el rabillo del ojo, vi cómo Amber se guardaba el móvil en el bolsillo y prácticamente salía del edificio principal como una bala y bajaba por el sendero de grava que bordeaba la carretera.

—No pasa nada, no diré nada. Aquí todo el mundo ha sido más que hospitalario. Debería ducharme y cambiarme antes de la cena. Ya volveré a comprar los regalos.

Seguí el camino que había tomado Amber, oí que Trina me

llamaba a lo lejos para decirme que mi habitación estaba en la otra dirección. Levanté la mano para hacerle ver que la había oído, pero seguí a Amber. Era fácil reconocerla por su vestido veraniego azul brillante y su sombrero blanco. Al ser pelirroja, parecía una bandera estadounidense andante.

De repente, Gino Garmon se interpuso en su camino. Me detuve en seco y rápidamente me escondí detrás de una planta enorme, con la esperanza de estar lo bastante lejos como para que no me vieran y, al mismo tiempo, deseando estar más cerca para oír lo que decían.

Espié entre las hojas grandes de platanera. Parecía que estaban teniendo una discusión acalorada. Gino llevaba gafas de sol y tenía la boca apretada en una línea firme, y Amber tenía los brazos en jarras, como si le estuviera echando una bronca. Después, él dio un paso adelante y dijo algo. Ella no se echó atrás. No parecía intimidada, y le dio un toque en el pecho mientras hablaba con firmeza. Seguidamente, lo apartó con un gesto y siguió por el camino que llevaba a los muelles.

Él la miró marcharse, después le dio un puñetazo a un carrito de golf y dejó una abolladura visible. Sacudió la mano con una mueca de dolor.

¿De qué iba todo esto?

Quería seguir a Amber, pero si lo hacía Gino me vería. Cuando Gino volvió a la oficina de seguridad, a Amber ya no se la veía, y no sabía qué camino había tomado.

Me sonó el móvil mientras caminaba de regreso a mi cabaña. Contesté la llamada de un número desconocido.

—¿Hola?

—¿Señorita Crawford? —preguntó una voz femenina.

—¿Sí?

—Le habla Anita, del *spa*. Tenía usted una cita para un masaje a las cuatro de la tarde con Ginger. ¿Va a asistir?

Se me había olvidado por completo que había reservado esa cita la noche anterior, antes de ir a la laguna. Eran las cuatro y cinco,

pero dije:

—¡Sí! Lo siento, estaba andando un poco.

Inmediatamente, me encaminé hacia el *spa*.

—No hay problema. Le diré a Ginger que llegará usted en breve.

Después de escuchar al personal que Diana había hecho llorar a Ginger, había concertado la cita con la esperanza de poder hacerla hablar sobre Diana.

Entré en la sala de espera decorada con una gama relajante de colores verdes y grises suaves. Las ventanas que iban del suelo al techo daban a un jardín bien cuidado. Un arroyo de agua caía plácidamente en forma de cascada por una pared, y una música tenue con sonidos de la naturaleza salía de unos altavoces ocultos. Vi una cámara colocada de forma discreta detrás de un helecho colgante.

Un momento después de entrar, se abrió una puerta y una mujer menuda y de origen asiático dijo:

—Soy Anita. Sígame, por favor.

Caminamos por un pasillo ancho con puertas correderas de bambú. Los aromas de aceites y lociones me acariciaban la nariz. Anita abrió una de las pocas puertas que tenían pomo. Entramos en una habitación con sillas cómodas, una zona de bebidas con agua fría y una botella de champán en una cubitera de hielo, y otra cascada de agua que discurría por la pared.

—Por esa puerta —señaló a la izquierda— está el vestuario. Deje la ropa en un armario y póngase una de las batas que están colgadas en la pared. Por esa puerta —señaló recto— están los aseos y las duchas privadas. Puede darse un baño si quiere. Cuando esté lista, el gabinete de Ginger se encuentra justo enfrente, en la habitación cuatro. Ella la estará esperando.

—Gracias —contesté.

Me serví un vaso de agua con limón y bebí con avidez. Después entré en el baño. Era un baño que tenía de todo: tenía dos duchas de tipo lluvia separadas por una pared de bloques de vidrio translúcido para dar privacidad. Había plantas por todas partes, y la

claraboya proporcionaba la suficiente claridad natural como para no tener que encender la luz.

Me di una ducha rápida porque me sentía pegajosa, luego usé una de las toallas enormes para secarme. Entré en el vestuario y casi grité.

Sherry Morrison estaba allí vistiéndose.

—Lo siento. No sabía que hubiera nadie aquí.

Me regaló una media sonrisa que parecía falsa.

—Acabo de salir de un masaje —dijo.

—¿Qué tal? —pregunté intentando sonar amigable. Quería ser educada, aunque no podía evitar pensar en los comentarios negativos de Diana que sospechaba que iban dirigidos a Sherry.

—Increíble. Vine el primer día y fue para morirse. Volveré el viernes para un cambio de imagen completo. —Me miró de arriba abajo, de la cabeza a los pies. Me sentí superincómoda, envuelta en la toalla.

—Fue divertido hacer la caminata contigo y Brie —contesté.

—Vamos al grano —dijo Sherry clavándome una mirada fría—. Sé perfectamente lo que estás tramando.

—¿Lo que yo qué? —Estaba totalmente perdida.

—Esa imagen de niña inocente no me la trago. Te has hecho amiga de Brie pensando que eso te daría ventaja con Andrew. Es mío, y tienes que apartarte.

Me quedé sin palabras. ¿De dónde se habría sacado la idea de que me interesaba Andrew Locke? ¿Porque habíamos hablado? ¿O porque Brie y yo nos llevábamos bien?

No me esperaba esta confrontación y no supe cómo contestar. Recordé la caminata. Es cierto que Brie ignoró un poco a Sherry, pero ¿pensaba Sherry que yo tenía algo que ver con eso?

—Conozco a las mujeres como tú, Mia —añadió con brusquedad —. Solteras que vienen a St. Claire con toda la intención de encontrar a un *sugar daddy*. Eso no lo vas a conseguir con mi novio.

—No quiero a tu novio.

—Necesito crear un vínculo con Brie, y tú te estás interponiendo.

—No es mi intención —dije intentando que no me temblara la voz —. Brie y yo nos llevamos menos años, y…

—Ay, por favor. No eres tan joven. Mantente alejada de Brie, y de Andrew también. Lo digo en serio.

Aquel atisbo de rabia fría en su rostro me desconcertó. Antes de que pudiera responderle, se marchó.

Temía que mi percepción de Sherry Morrison estuviera influenciada por los sentimientos que Brie tenía hacia la novia de su padre, pero estaba claro que Brie tenía motivos para no soportarla, independientemente de que saliera con su padre o no. Puse a Sherry en la lista de personas sobre las que buscar información en Google cuando volviera a mi cabaña.

Alguien que se sentía tan amenazado por una desconocida podría tener la ira suficiente como para matar a una persona.

Tardé un minuto en relajarme después de la confrontación con Sherry antes de cruzar el pasillo hacia el gabinete de Ginger.

—Disculpa por llegar tarde —le dije a la menuda morena de ojos claros—. Me he duchado porque me notaba pegajosa tras la caminata.

—No se preocupe —respondió con una voz suave y tranquilizadora. Hizo un gesto para que me desnudara y me tumbara en la camilla—. Cuando reservó el masaje, indicó no tener alergias a ningún aroma, ¿cierto?

—Correcto.

—¿Tiene alguna preferencia? ¿O prefiere aceites sin perfume?

No había pensado en los aromas. No sabía qué decir. ¿Se suponía que tenía que probar una muestra, como cuando eliges un color de esmalte para la pedicura? Casi nunca usaba perfume.

—¿Tiene planes para esta noche? —preguntó Ginger al ser consciente de mi indecisión.

—El *luau*… y después he quedado con una persona en la playa. —Me pregunté qué le gustaría a Jason.

—¿Un momento romántico? —preguntó.

—Eso espero —contesté antes de poder callarme—. Bueno, no sé, algo… ¿quizá ligero y fresco?

—Justo tengo ese aceite —dijo—. Es mi mezcla especial. Lo llamo jazmín marino. No es demasiado fuerte, pero es maravillosamente calmante cuando le añado un toque de lavanda. Es fresco y romántico.

—Confío en ti —dije, con la esperanza de no equivocarme al confiar.

—Tal vez esté más cómoda con una toalla —sugirió Ginger mientras señalaba una pila de toallas blancas y esponjosas que había en una estantería.

Me di cuenta de que esperaba que me tumbara. Hacía años que no me daban un masaje, pero me alegraba que la masajista fuera una mujer. Respiré hondo y sonreí.

—Estoy bien —dije. Me quité la bata y me tumbé bocabajo en la camilla, que tenía un hueco abierto para la cara, de modo que la columna permanecía recta.

En cuanto las manos pequeñas y fuertes de Ginger empezaron a frotarme los músculos, solté un gemido.

—Está tensa —comentó Ginger—. Relájese, despeje la mente. Piense en el mar, en el suave vaivén de las olas.

Mientras hablaba, movía las manos despacio y con firmeza sobre los músculos de la parte superior del cuerpo. Era increíble. Y el aceite era perfecto, floral y salado, no demasiado fuerte y muy relajante. Casi se me olvida el objetivo principal de la cita.

Quince minutos después, cuando Ginger me dijo que seguía tensa, encontré la oportunidad para preguntarle por Diana.

—Supongo que estoy tensa por lo de anoche.

—Ah, ¿sí?

—Estaba en la playa cuando los Kent encontraron el cuerpo de Diana Harden.

Dejó de mover las manos. Después, se aclaró la garganta y dijo:

—Debió de ser horrible.

—Y estoy intentando olvidarlo, pero no puedo.

—Me lo imagino —dijo Ginger mientras pasaba de mis hombros a mi brazo derecho—. Relájese, señorita Crawford.

—Ella vino aquí antes de desaparecer —contesté.

—Mmmm —respondió Ginger de forma vaga.

—¿La atendiste tú?

—Ajá —afirmó Ginger—. Si quiere relajarse, debe vaciar la mente.

Subió tanto el volumen de los sonidos de la naturaleza que para hacerle preguntas prácticamente habría tenido que ponerme a gritar. Al final de la hora, no me había contado nada que yo no supiera ya. No tenía ni idea de qué había dicho o hecho Diana para hacer llorar a esa mujer tan dulce.

Por fin me relajé, como si me estuviera derritiendo sobre la camilla. Cuando Ginger terminó, estaba medio dormida. Con un tono suave y tranquilizador, dijo:

—Quédese aquí unos minutos. Volveré enseguida con un batido refrescante.

—Mmm… —musité, pues no era capaz de hablar.

Pensé en lo que habían dicho los recién casados sobre un masaje en pareja, y entonces me imaginé a Jason en la camilla de al lado, con una sonrisa en los labios, los ojos entrecerrados y desnudo. En vez de sentir nervios o inseguridad, sonreí al recordar que la noche anterior casi nos besamos, y cómo hizo que me sintiese cómoda y deseada. Quizá era por la isla, quizá por la libertad de poder hacer algo espontáneo sin pensar en todas las formas en que podría salir mal. Ni siquiera me molestaba demasiado el hecho de no haber conseguido cotillear con Ginger sobre Diana.

Mi mente decidió pensar en Amber y la conversación que tuvo con Trina, en la que le exigía información sobre un libro. Recordé con claridad que en el Sky Bar las tres empleadas habían hablado sobre recoger las cosas de la habitación de Diana tras su desaparición. Si el libro hubiera estado en su habitación, lo habrían guardado junto a sus pertenencias.

Eso sugería que el libro había aparecido en otro sitio. Tal vez, en la playa. Aquello tenía sentido por las páginas dañadas y la arena. Pero ¿por qué Amber pensaba que debería estar en la tienda de regalos?

Al ser jefe de seguridad, Gino tendría acceso a las pertenencias de Diana. Quizá por eso Amber habló con él. ¿Le habría dejado revisar los objetos personales de Diana? Al no encontrar el libro, quizá habló con el personal de limpieza, luego fue a la tienda y después volvió a quejarse a Gino porque seguía sin aparecer.

Era yo quien tenía el libro de Diana.

Debía tener más cuidado con él.

Volví a mi habitación para prepararme para el *luau* caribeño. En realidad, no sabía casi nada acerca de lo que Diana estuvo haciendo aquí, aparte de que era probable que estuviera chantajeando a gente de la isla. Ahora estaba muerta. ¿Era ir demasiado lejos suponer que la habían matado porque había chantajeado a la persona equivocada? No lo creía. Sin embargo, como no entendía la mayoría de las abreviaturas de Diana, no sabía exactamente a quién había chantajeado o intentado chantajear. El hecho de que llevara un registro del patrimonio neto de los huéspedes que conocía no significaba que los hubiera chantajeado con un secreto oscuro y profundo por el que matarían para mantenerlo enterrado.

Mientras me echaba un poco de maquillaje en la cara, me pregunté qué sentido tenía escribir en un puñetero código tan absurdo. Sin duda, ese día se me había pegado un poco el sol, y me sentaba bien. Cuando estaba terminando de echarme el bronceador, me acordé de la hoja perdida —mejor dicho, la hoja robada—. Se me ocurrió una idea.

Me vestí corriendo. Luego saqué el libro y mi cuaderno de la caja fuerte. Después de haberlos dejado a la vista cuando vino el personal de limpieza, decidí ser más discreta.

Me dirigí al capítulo veintiocho. No sabía quién había arrancado la

hoja, ni por qué, pero supuse que era porque Diana había escrito algo sobre esa persona, y solo estaba en esa página. No sé cómo se enteró esa persona, pero había una razón para que arrancase la hoja, y quería saber cuál era.

Y sabía cómo hacer que las palabras aparecieran mágicamente.

Me llevé el libro al escritorio y saqué un lápiz que había en el fondo de la funda de mi portátil, luego encendí la lámpara. Todos los programas de crímenes que veía usaban este truco.

Incliné la página bajo la luz para ver si conseguía detectar alguna marca en el papel. Había algo, pero no podía leerlo. Con cuidado, froté el lápiz sobre el papel, luego volví a ponerlo debajo de la luz y me esforcé por leer lo que Diana había escrito.

Había dos tipos de marcas. Unas, en los márgenes del anverso de la hoja arrancada. Casi no podía diferenciar las letras, faltaban demasiadas y las sustituí por una equis con la esperanza de que algo me llamara la atención. Pero la equis también podía significar un espacio.

Las anoté, pero no tenían sentido.

77 xxx malv 50 $ xxx xx 522 xxx carxxx

Los números estaban mejor definidos que las letras, quizá porque ella escribía con letra inclinada. Los aparté para echarles un ojo más adelante.

En la parte inferior del reverso de la hoja —en lo que habría sido el final del capítulo—, Diana había escrito una lista de números:

11
19
157
52
210

No tenía ni idea de qué significaban. ¿Eran la combinación de una caja fuerte? La caja fuerte de mi habitación se abría con un código de seis dígitos.

¿Quizá había una caja fuerte en el hotel con una combinación tradicional? Todavía no creía que los números llegaran a los cientos. Los números de lotería tampoco suelen ser tan altos.

Podría haber mezclado los números para ocultar su significado, pero había demasiados dígitos como para que fuera un número de la Seguridad Social o un teléfono. A menos que fuera un código internacional, ya que normalmente tienen dos o tres dígitos. En algunos países, encajarían doce dígitos.

Era posible, pero ¿por qué escribirlo en cinco líneas? El número «11» podría ser de Canadá o los Estados Unidos, pero entonces sobraría un número.

La última marca era una cara feliz. Dos líneas para los ojos, una curva para la boca y un círculo que los rodeaba. Era la marca más profunda que había en la página, justo al lado de los números.

Los números tampoco coincidían con ninguno de los otros números escritos en el libro, como el «77» o el «522».

Dejé a un lado el cuaderno. Fuera cual fuera el significado de esos números, era lo último que Diana Harden había escrito en este libro.

La fiesta estaba a punto de empezar, pero no quería llegar la primera, así que cogí un vaso de agua y me senté en la terraza con el portátil. Después de trasnochar y de la caminata de por la tarde, estaba agotada. Podría quedarme aquí dormida escuchando el mar. Tal vez ni siquiera iría al *luau*.

Abrí el portátil, y casi se me iban los dedos solos para meterme en la cuenta de la oficina únicamente con el fin de asegurarme de que todo estaba yendo bien. Era responsable del dinero de otras personas, y, aunque confiaba en Braden y le había dejado instrucciones claras para gestionar a todos los clientes, tenía esa sensación molesta de necesitar comprobar dos veces todas las

cuentas.

O, mejor dicho, tres veces, porque ya las había revisado dos veces el día antes de irme, cuando debería estar haciendo la maleta.

«Para», me dije a mí misma. En vez de entrar en la página web del trabajo, abrí el buscador y tecleé: Sherry Morrison.

Mala idea. Había muchas Sherry Morrison por ahí.

Escribí: Sherry Morrison Andrew Locke.

Pum. El primer enlace era de una revista de cotilleos deportivos que mostraba una foto de Sherry y Andrew en un partido de fútbol americano el pasado noviembre.

El pie de foto rezaba:

> Exlanzador de los Dodgers y los Bravos, Andrew Locke, anima a los Coks, equipo en el que su mejor amigo y antiguo compañero de universidad, Richie Dunn, es el entrenador interino de la línea ofensiva. Locke aparece con su novia, Sherilyn Morrison, decoradora de interiores.

En diez minutos, había reunido un buen listado de artículos en los que se mencionaba a Sherry, o, más bien, a su novio de turno y a ella. Se la había relacionado con nueve deportistas profesionales en los últimos diez años. Cuatro de ellos, entre los que se incluía Andrew, eran jugadores retirados.

Indagué un poco más. Me intrigaba por qué ninguna de esas relaciones había durado. Fue entonces cuando encontré tres anuncios de compromiso distintos. El primero fue de su primer matrimonio, cuando ella tenía veintiún años, y acabó en divorcio tres años después. El segundo compromiso se canceló públicamente cuando su prometido —un jugador profesional de fútbol americano— le fue infiel. El tercer compromiso se convirtió en su segundo matrimonio… y él murió. Habían estado casados dos años y dos días cuando él murió de un infarto durante un crucero romántico para parejas en el que celebraban su aniversario.

Sherry se había enfrentado a los hijos adultos y a la exmujer de

su segundo marido durante el proceso de herencia, pero el testamento era irrefutable, y ella tan solo recibió una pequeña parte del patrimonio: la casa y un millón de dólares. No es que un millón fuera poca cosa, pero, si tenemos en cuenta que aquel hombre era un jugador de fútbol americano retirado valorado en más de cien millones, lo que recibió era una fracción diminuta del total.

En una revista de cotilleos entrevistaron a la hija del difunto esposo, la cual despotricó sobre Sherry diciendo que fue la culpable de la muerte de su padre.

No fue un accidente. Fue un asesinato.

Pero no hubo ninguna investigación formal. Un artículo indicaba que la causa de la muerte fue un paro cardiaco súbito. En la autopsia se encontraron indicios de enfermedad cardiaca.

Todos los artículos mencionaban que Sherry era decoradora de interiores y que tenía una sociedad limitada que se llamaba Prestige Design Group, pero la página web estaba vacía y llevaban años sin actualizarla.

Un divorcio y un marido muerto en diez años. El primer matrimonio duró tres años, y el segundo, dos. ¿Sería Andrew Locke el tercero?

No quería contárselo a Brie, pero, al mismo tiempo, ¿no sabría Andrew que su novia estaba divorciada y viuda? Me parecía un tema que podría salir en una conversación, ya que son cosas que se saben. Yo no necesariamente querría saber cosas de las exnovias de mi novio, pero sin duda me gustaría saber si se había casado alguna vez. Eso parecía importante.

Quizá Brie lo sabía. Quizá a su padre no le importaba. Pero me llamaba la atención que Diana hubiera escrito sobre Sherry en el libro, y no de manera favorable. Escribía como si conociera los trapos sucios concretos de Sherry.

¿Dinero o amor? Dinero, por supuesto. Él posee una

pequeña fortuna ¿Conoce él todos los trapos sucios de la nueva novia que se acaba de echar?

No podía saber a ciencia cierta que aquello que había escrito Diana se refiriese a Sherry, pero ¿qué otro huésped vivía en Arizona y se había traído a su novia a la isla?

Quizá tuviera que investigar un poco más sobre la señorita Sherilyn Morrison, decoradora de interiores.

Me sonó el móvil porque me llegó un mensaje. Aquello me sobresaltó porque estaba totalmente atrapada leyendo cotilleos en internet. Era Brie. Para mi sorpresa, me sentí culpable —y protectora — por lo que había descubierto sobre Sherry.

¿Dónde estás? Tengo un cotilleo.

Solté un suspiro profundo, y se me levantó el flequillo. Supongo que al final sí que iba a ir al *luau*. Le contesté:

Estoy vistiéndome. Llego en un rato.

CAPÍTULO CATORCE

> «Él le hacía sentirse más confiada. La hacía más… ella misma. O, por lo menos, la ella misma que deseaba ser».
>
> JULIA QUINN, *Seduciendo a Mr. Bridgerton*

El *luau* caribeño semanal de St. Claire era espectacular y, según el folleto que tenía en la habitación, uno de los eventos de los que más hablaban los huéspedes.

Y podía entender por qué.

El personal había transformado el amplio patio que separaba la piscina de la arena con un sinfín de lucecitas entrelazadas en los árboles y los senderos, y había velas flotando en la piscina, que estaba iluminada desde abajo con un tono turquesa. Antorchas *tiki* enmarcaban el camino que llevaba del edificio principal a la fiesta. El sol estaba bajo, justo sobre la montaña, pero aún no se había puesto y derramaba una hermosa mezcla de rosas, naranjas, púrpuras e índigos por el cielo.

Me imaginé celebrar allí mismo la recepción de mi boda, en la playa, a la luz de cientos de antorchas, con los aromas increíbles de pescado al vapor y filetes a la barbacoa haciéndome salivar.

Obviamente, necesitaba un marido para tener una recepción de boda. Ni siquiera tenía novio.

A causa de la fiesta, todos los restaurantes y bares del resort habían cerrado pronto. Se habían instalado seis barras temporales, además del bar principal de la piscina, que estaba abierto. Era un evento para conocer gente, una celebración de la isla. Comida y bebida sin fin, y una banda en vivo traída de San Juan.

Me quedé apartada porque me sentía un poco desubicada. La fiesta estaba en pleno apogeo cuando llegué. Al parecer, todos los huéspedes estaban allí. Docenas de personas que no conocía se mezclaban entre sí, había grupos de cuatro y seis personas charlando y bebiendo champán o bebidas afrutadas. Cada vez más personas se unían a los grupos mientras yo lo observaba todo. No reconocí a nadie.

Todos iban vestidos con el estilo isleño chic: los hombres, con camisas blancas, y las mujeres, con bonitos vestidos cruzados, algunos con flores, otros de colores lisos, y en cualquier caso todos les resaltaban la piel bronceada por el sol. Las joyas brillaban bajo las luces parpadeantes, y eso hacía que volviera a preguntarme cuánto de aquello sería real y cuánto falso.

Busqué a Jason con la mirada y lo vi en una barra temporal que había al otro lado, preparando lo que parecía un martini. Su sonrisa cálida y sexi; sus movimientos seguros mientras agitaba, servía y colocaba las copas sobre las servilletas; su actitud relajada, incluso cuando atendía rápido a una pareja mayor. Sentí un cosquilleo en el estómago. Ahora entendía a qué se referían los libros con eso de las «mariposas en el estómago». Él giró la cabeza, como si supiera que alguien lo observaba. Atribuí mi rubor a la calidez de la antorcha *tiki* que tenía al lado. Cuando se dio cuenta de que le miraba, sonrió todavía más. ¿Estaría pensando en cuando casi nos besamos? ¿Estaría pensando en lo que podría pasar esta noche? Inconscientemente, me humedecí los labios; cuando me di cuenta, recé para que no lo hubiese percibido. A fin de cuentas, estaba a casi veinte metros de mí.

Entonces me guiñó un ojo, y supe que me había visto, que sabía exactamente lo que yo estaba pensando y que eso le complacía. Me

hizo señas para que me acercara; caminé hacia él como si tirase de mí con un hilo invisible.

Ya casi había llegado cuando una pareja me cortó el paso, y entonces escuché mi nombre.

—¡Mia! Ya estás aquí. Por fin.

Brie me agarró del brazo y me alejó de Jason, me alejó de la copa que tanto necesitaba después de una tarde tan ajetreada.

No tuve ocasión de protestar, pero le cogí una copa de champán a un camarero que pasaba por allí mientras Brie abría paso entre la gente hasta que encontró un sitio libre en el que sentarnos, parcialmente apartadas del resto de la gente, en un sofá. Tropecé, me dejé caer en aquel enorme sofá, lleno de cojines, y la copa no se derramó de milagro.

—¿Qué? —dije por fin.

—Estaba deseando contarte lo que he descubierto, pero mi padre insistió en que pasáramos tiempo en familia después de la caminata, lo cual estuvo bien, porque Sherry estaba haciéndose un masaje. —Puso los ojos en blanco—. Así que solo estábamos mi padre y yo. ¡Pero esto es importante!

Quise contarle lo que Sherry me había dicho en el *spa*, pero decidí guardármelo por ahora. Si yo estaba desencaminada en lo que pensaba sobre Sherry, no quería causar problemas a su familia. En vez de contárselo, le pregunté:

—¿Qué has averiguado?

Miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie cerca que pudiera escucharnos.

—Primero —dijo con voz baja pero emocionada—, Trevor Lance está casado. Es su segundo matrimonio. Dejó a su primera esposa, a la que conoció en la universidad y con la que tuvo dos hijos, hace siete años por Krystal Kline, una modelo de ropa de baño y lencería. Ella cumple treinta el mes que viene. Él tiene cincuenta y uno.

—Pensaba que estaba casado, pero…

—Y —me interrumpió Brie— Krystal está en Europa esta semana, en la despedida de soltera de su mejor amiga. ¿Y se trae aquí a la

amante? —Me miró muy fijamente—. De todos modos, no creo que CeeCee lo sepa, ¿no te parece?

Me costó un segundo seguir lo que estaba pensando. Intentaba imaginarme a Trevor con una modelo de trajes de baño. Era guapo para ser un hombre mayor, pero nunca entendí por qué mujeres inteligentes y guapas se casaban con hombres que podían ser sus padres. Excepto por una motivación financiera evidente.

—No lo sé —contesté—. Puede ser. Es más lista de lo que parece a veces. ¿Cambiaría algo el hecho de que ella supiera que está casado?

—Bueno, sí, si Trevor mató a Diana.

—Eso es mucho decir, y sería un móvil débil —comenté.

—El adulterio es un móvil de peso —replicó Brie.

—Aunque ella lo sepa, supongo que él no querrá que su mujer se entere —me aventuré—. ¿Has averiguado algo más sobre él?

Se encogió de hombros.

—Vive a caballo entre Hilton Head, Carolina del Sur, y Dallas, Texas. Es un gran promotor inmobiliario, Lance & Wong Development, y viaja mucho. Hay muchos artículos de negocios sobre él haciendo esto y aquello. Solo los leí por encima.

De eso podía encargarme yo. Si Diana había chantajeado a Trevor, tal vez no fuera por su aventura extramatrimonial. Por lo que CeeCee había oído, me preguntaba si Diana sabía más sobre los negocios de Trevor de lo que él quería que supiera. Diana había dibujado casitas junto a una de sus anotaciones sobre una persona que tenía una aventura. Si ese comentario se refería a Trevor y CeeCee, ello me daría una pista más para descifrar su código.

—Investigaré su empresa —afirmé, pero Brie ya no me estaba escuchando.

—Gino Garmon —dijo Brie—. Él es el culpable. Él fue quien mató a Diana.

Casi me atraganto con el champán. Miré por el borde de la arboleda para asegurarme de que nadie hubiera escuchado a Brie; las personas que estaban más cerca se encontraban a unos cinco

metros. Yo no podía oírlas, así que esperaba que ellas tampoco nos oyeran.

—Shhh —le advertí—. ¿Por qué dices eso?

—Tenías razón en que Gino fue policía. Ocho años en Miami. Lo investigaron por haberse quedado dinero de las redadas. Renunció, pero creo que porque lo obligaron a retirarse. Quizá no pudieron demostrarlo, o no quisieron pasar por un juicio largo, o no sé. Pero el blog de crímenes en el que leí sobre el tema daba por hecho que robaba.

—¿Y no pudieron demostrarlo?

—Quizá lo usaba para comprar drogas. O tenía una mujer en un apartamento caro, o se compró un Tesla. No sé. Pero, si robaba, tal vez Diana lo sabía.

Eso me parecía un poco exagerado.

—Esa información habría salido a la luz antes de que lo contrataran como jefe de seguridad —comenté.

—Puede ser. —Se encogió de hombros—. Igualmente sigue siendo sospechoso.

No entendía por qué algo que ya se sabía podría ser un motivo para chantajear a Garmon.

—¿Sabes cuándo empezó a trabajar aquí?

Brie pensó un momento.

—Vino a presentarse a mi padre mientras nos registrábamos en recepción hace cuatro años.

—¿Algo más?

—¿No es suficiente?

—La información es pública, y es probable que él diera explicaciones o superase la revisión de antecedentes porque no había pruebas, o quizá su jefe lo recomendó bien. Eso no es suficiente para chantajearlo. Espera. —Se me ocurrió una idea.

—¿Qué? —Brie se inclinó hacia delante.

—Si la policía de Miami no tenía pruebas que demostrasen que él se quedaba con el dinero, pero aun así él tuvo que dejar el puesto, a lo mejor había otra razón. ¿Vino directamente aquí desde Miami?

—No, hay un vacío de dos años.

—¿Qué hizo durante esos dos años?

—Oooh, buena pregunta. Preguntaré…

—No. No le preguntes a nadie. Él está investigando la muerte de Diana.

—Y eso hace que sea doblemente sospechoso.

Brie estaba tan segura de que Gino Garmon era un asesino que empezó a contagiarme. Quizá porque era un imbécil y me daba mala espina. Pero necesitábamos algo más, aparte de que tal vez había sido un corrupto cuando era policía.

—Investiga todo lo que puedas sobre él en redes sociales, pero no hagas preguntas —le dije—. Si él es culpable, ello te podría poner en peligro. —Me bebí el champán de un trago y pregunté—: ¿Has encontrado alguna cosa sobre Parker Briggs?

—No mucho. No me dio tiempo. Su familia tiene una fundación, y Briggs está metido en todo tipo de proyectos, como financiar ideas o algo así.

—¿Es un inversor de capital de riesgo? —sugerí.

—Sí, tal vez.

—Las finanzas son lo mío. Investigaré. —No sería difícil. Me encantaría hacerlo yo misma, pero, como estaba de vacaciones y sin acceso a todos mis recursos, se lo pediría a Braden. No le importaría tener esta tarea extra.

—Entonces, ¿de qué te has enterado tú? —preguntó Brie.

Decidí hablarle de mi encuentro con Sherry en el *spa*, pero restándole importancia.

—Me encontré con Sherry cuando terminó su masaje —dije.

Brie puso los ojos en blanco.

—Cree que intento interponerme entre ella y tú porque me gusta tu padre.

Al decirlo, me di cuenta de lo absurdo que sonaba y empecé a reírme.

—Y ¿te gusta? —preguntó Brie en serio.

—¡No! —Miré a Jason.

Brie sonrió y me dio un golpe juguetón en el brazo.

—Estoy de broma —añadió—. Sherry no para de decirme «Deberíamos ir de compras, hacernos la *manipedi* y todo eso». ¿Acaso parezco una chica que se hace la *manipedi*? Y yo compro por internet, que no se entera… Solo lo dice para contentar a mi padre. Está deseando que me vaya a la universidad.

—También presencié una discusión entre Amber y Gino. No sé de qué hablaban, pero Amber buscaba un libro. Creo que era el libro.

—¿Lo ves? Otra vez Gino. Tiene que estar metido en el ajo. —Frunció el ceño—. ¿Amber sabe lo del libro?

—Diana debió de contárselo, pero no sabe qué libro es, pues, cuando me vio con él en la playa, ni se inmutó.

—Debes tenerlo bajo llave.

—Lo tengo en la caja fuerte.

—Gino está en seguridad y, si se entera de que tienes el libro, ese es el primer sitio en el que lo buscará. Escóndelo donde a nadie se le ocurriría buscarlo.

—No hay muchos sitios.

Las dos nos pusimos a pensar.

—Lo sé —dijo Brie—. Entonces, pégalo con cinta adhesiva detrás del tocador. La gente mira en los cajones e incluso debajo, pero no creo que a nadie se le pase por la cabeza mirar detrás del tocador.

No pude evitar sonreír.

—Parece que ves muchas series policiacas.

Ella se encogió de hombros y respondió:

—Es sentido común, nada más.

Era buena idea. Si alguien se empeñaba, podría encontrarlo, pero, salvo llevar el libro conmigo a todas partes, era la siguiente mejor opción.

Miré hacia donde estaba Jason trabajando. Tenía un pequeño grupo a su alrededor y parecía que disfrutaba de su trabajo.

—¿Sabes algo de Luis? —le pregunté a Brie.

—Sí, es genial.

—¿Vive en la isla todo el año? Parece demasiado mayor para

trabajar.

—Es un anciano. No trabaja aquí, aunque a veces echa una mano. Tiene libre acceso a todo porque es el tío abuelo de Ethan Valentine. Al menos, eso es lo que dicen por ahí. Luis nunca ha comentado nada, y, si le preguntas por Ethan, solo sonríe, asiente con la cabeza y te ignora.

Aquello me sorprendió.

—Luis vive en la casa de Ethan —continuó Brie—, la casa grande que hay en los acantilados, al sur. Nunca he estado allí. Está prohibido. Escuché que una pareja una vez caminó hasta allí, y, cuando regresaron, les dijeron que ya no eran bienvenidos en la isla. Les devolvieron todo el dinero y los echaron de aquí el mismo día.

—Me parece un poco excesivo.

—Ethan Valentine vive totalmente recluido, como un ermitaño friki. Si te digo la verdad, no creo que esté allí casi nunca. Viene y va sin que nadie sepa cuándo. Tiene un yate y un helicóptero, y Kalise dijo que es piloto, así que pilota él mismo. Luis vive allí a tiempo completo, tiene un carrito de golf con el que va de aquí para allá. Al menos, eso es lo que he averiguado en los últimos años desde que Ethan compró la isla.

—Y ¿Ethan nunca viene aquí, aunque sea su resort?

—No —contestó Brie—. Está en su casa o fuera de la isla. Dirige una megaempresa. Quizá no tan grande como las de Elon Musk o Jeff Bezos, pero grande.

En realidad, no había pensado mucho sobre Ethan Valentine y en que era dueño de la isla. No parecía importante, pero era extraño.

—Se rumorea que, cuando compró la isla, quería cerrar el resort —dijo Brie—. Kalise y Tristan, que llevan aquí toda la vida, prepararon una propuesta para revitalizar el lugar y se la presentaron a su equipo. Valentine vio el vídeo y dijo que adelante. Así que Kalise y Tristan gestionan el resort. Kalise dice que es lo mejor de ambos mundos: siente que es su resort porque Valentine no se mete en la gestión del día a día. Cuando ella quiere algo, hace una propuesta, se la manda a él, y él responde con un pulgar arriba

o abajo. Ni siquiera se han conocido en persona.

—Me pregunto si le contaron a Valentine lo del asesinato —reflexioné.

Brie se encogió de hombros y preguntó:

—¿Qué es lo que miras tanto? —Estiró el cuello para ver mejor.

—No estoy mirando nada —mentí, y prácticamente me puse colorada.

Sí, estaba mirando a Jason, que estaba al otro lado. No lo veía todo el rato entre la multitud, pero de vez en cuando la gente se apartaba y podía verlo trabajar.

Era muy entretenido verlo.

—Dios mío. Estás colada por Jason.

—¡No! —Ahora sí que me sonrojé.

—Sí que lo estás. No puedes dejar de mirarlo. —Brie asintió con la cabeza—. Es guapo. Dale caña.

—Para ya.

Sonrió y añadió:

—¿Cuántos años tienes, treinta? ¿Y eres una mojigata?

—No, y no.

Levantó una ceja.

—Cumplo treinta años mañana y no soy una mojigata. Solo soy selectiva.

—Has elegido bien. Lo apruebo.

—No necesito tu aprobación.

No quería hablar de mi vida sexual con una adolescente.

—¿Cuál es nuestro siguiente paso? —preguntó Brie.

—¡Hola, señoritas!

Di un pequeño grito cuando Jason apareció desde detrás del toldo. ¿Habría oído lo que Brie y yo decíamos? Imposible, hacía dos minutos estaba al otro lado de la playa, en la barra.

Brie se rio y dijo:

—¿Eso es para nosotras?

Jason llevaba dos copas de champán en una mano y un plato de aperitivos en la otra. Los dejó en la mesita: gambas, champiñones

rellenos, trocitos de bistec, queso y galletas.

—Gracias —dije.

Brie cogió su copa mientras se levantaba.

—Voy a buscar a mi padre. Nos vemos. —Se despidió moviendo los dedos hacia nosotros, y me dejó a solas con Jason.

Justo lo que yo quería. Pero no con tanta gente delante.

«¿Qué piensas hacer? ¿Saltar encima de él aquí, en el sofá?».

Quizá.

—¿No estás trabajando?

Se sentó donde había estado Brie y luego se acercó a mí. Nuestras rodillas se rozaron.

—Tengo derecho a un descanso de diez minutos de vez en cuando.

—Ah. Gracias. —Bebí un sorbo y cogí un trozo de queso sobre una delicada galleta—. Fui a hacer senderismo por los acantilados de los que saltaste ayer.

—No salté. Volé. O, técnicamente, planeé.

Sin querer, me estremecí al recordar el miedo que había pasado, aunque entonces no sabía quién era él.

—¿Hablaste con la policía sobre el cadáver? —pregunté sin querer ser tan directa.

—Aquí se está encargando Gino Garmon de la investigación. Pero estoy seguro de que algo pasó en San Juan. Nadie la trajo de vuelta a la isla.

—¿No te parece raro que la seguridad de St. Claire lleve la investigación de un asesinato?

Pareció sorprendido.

—¿Asesinato? No saben qué le pasó a Diana. ¿Por qué crees que la mataron?

Había olvidado que yo había hecho esa suposición, pero Trina había escuchado que a Diana la estrangularon. Quizá Gino no le había trasladado esa información al resto del personal.

—Bueno…, era joven. Doy por hecho que estaba sana. Se fue, desapareció y la encontraron muerta. Y… escuché que la policía cree

que la estrangularon. —Ya estaba, conseguí decirlo sin delatar a Trina.

—He oído ese rumor —contestó él—, pero la policía no lo ha confirmado. Pudo haber sido un accidente. En San Juan hay problemas de delincuencia, aunque la policía hace un buen trabajo manteniendo la violencia fuera de las zonas turísticas. ¿No te preocupa que pueda pasar algo aquí?

Me cogió de la mano y pareció preocupado de verdad.

—No, solo tengo curiosidad. Realmente quiero saber qué le pasó. —Miré nuestras manos entrelazadas y deseé que no tuviera que volver al trabajo.

—Si te prometo averiguarlo mañana, ¿al menos intentarás disfrutar del *luau* esta noche? —Me apretó la mano—. ¿Por favor?

—Me lo estoy pasando bien. —Sonreí para demostrarle que sí, que me lo estaba pasando genial. No sé si se lo creyó—. Me gusta observar a la gente —admití—. No me van mucho las multitudes, pero te prometo que estoy disfrutando y tengo muchas ganas de ir a la laguna esta noche.

Él sonrió, se inclinó hacia delante hasta que sus labios casi tocaron los míos. Si me movía un centímetro, se rozarían. Contuve la respiración.

Jason susurró:

—Puede que llegue un poco tarde por el *luau*, pero no más allá de la medianoche. Te lo prometo.

—¿Debería llevar algo?

Qué pregunta tan tonta.

—El bañador es opcional.

Entonces me besó. Sus labios eran cálidos, sabían a la sal de la brisa marina, con un toque de coco. Eran perfectos.

Oh, Dios, absolutamente perfectos.

Puede que incluso llegara yo a gemir en voz alta. Le toqué el hombro, quizá para asegurarme de que no me lo estaba imaginando. Tal vez para no caerme. Era cálido y musculoso, y, si no hubiera cien personas al otro lado de la carpa, no sé lo que habría hecho.

Entonces se levantó y dijo, con sinceridad:

—Ojalá tuviera más tiempo, pero tengo que volver al trabajo. Te veo esta noche.

Me guiñó un ojo y se marchó. No dije ni una palabra. No podía. Me había dejado sin aliento.

Maldita sea. Me gustaba el camarero temerario. Mucho.

Jason regresó a la barra y relevó a Callie. Se giró y me miró, me dedicó su media sonrisa ganadora, y yo le devolví el saludo. Luego volvió a estar ocupado sirviendo a los demás.

A regañadientes, aparté la mirada y volví a centrarme en la multitud.

Jane y Amanda me dirían que saliera a la pista de baile, que hablara y que socializara. En cambio, me quedé allí sentada, bebiendo champán y observando a la gente. No estaba triste, ni me sentía excluida. No mentí cuando le dije a Jason que no me gustaban las multitudes. Lo que me gustaba era observar.

No tardé en darme cuenta de que no todos estaban felices o socializando.

Anja y Nelson estaban de pie a un lado, distantes, ella con vino, él con cerveza, sin hablar con nadie ni entre ellos. Aquello me pareció extraño, teniendo en cuenta que habían estado todo el tiempo pegados (aunque no tanto como los recién casados) desde que llegamos. Recordé el comentario sobre el error de Anja y, al rememorar las anotaciones de Diana, me pregunté si ella podría haberlos chantajeado, incluso aunque hubiera desaparecido antes de que llegaran. Alguien como Nelson Stockton podría aparecer en las revistas del corazón. Quizá Diana sabía que estaban planeando ese viaje.

David y Doug estaban sentados juntos en el borde del *luau* con un grupo grande de personas, y todas ellas bebían y reían.

CeeCee y Trevor estaban sentados con los recién casados, con quienes, según me pareció, formaban un cuarteto extraño. Por primera vez, los Kent no se estaban manoseando.

No veía a ningún miembro del personal de seguridad, ni siquiera

a Gino Garmon. Kalise se movía con fluidez de grupo en grupo, como la coordinadora de ocio y tiempo libre perfecta que se aseguraba de que todo el mundo lo pasara bien. Tristan ayudaba al personal en la abarrotada barra de la piscina. Los camareros se deslizaban con gracia entre la multitud, que parecía no prestarles atención cuando cogían copas de champán o comida de las bandejas.

No veía a Amber ni a Parker. No había visto a Amber desde esta tarde, cuando se marchó tras discutir con Gino, y no había visto a Parker desde la tarde del día anterior, antes de ir al Sky Bar. El resto de las personas a las que había conocido, y muchas a las que no, estaban allí.

Me acerqué al bufé y me serví un poco de todo, luego me dirigí hacia donde estaban David y Doug. Ellos eran agradables, y no tendría que hablar. Podría limitarme a escuchar al numeroso grupo. En vez de cruzar por la abarrotada pista de baile, rodeé la fiesta por el borde. Entonces escuché una voz conocida.

Sherry.

«Hoy no he podido escaparme», decía. No la vi, ni tampoco a la persona con la que hablaba. Hizo una pausa de unos segundos y luego añadió: «Yo te contraté. Harás lo que yo te diga». Estaba hablando por teléfono con alguien. Aún no podía verla; estaba detrás de una celosía cubierta de enredaderas. «A mediodía, mañana, en el mismo sitio».

Seguí caminando antes de que acabara viéndome y me perdí el final de la conversación.

Su tono había sido…, bueno…, frío. Frío y completamente profesional. Me preocupaban Brie y su padre, porque Sherry estaba tramando algo.

O tal vez la llamada no tenía nada de malo. Quizá hablaba con un proveedor de su empresa de diseño de interiores. Sin duda, tenía la imaginación desatada. Había un asesino en la isla, así que veía —y escuchaba— maldad en todas las conversaciones.

Eso no significaba que Sherry estuviera tramando algo.

Tampoco significaba lo contrario.

CAPÍTULO QUINCE

> «Sé que la forma más astuta de mentir es decir la cantidad justa de verdad… y luego quedarse callado».
>
> ROBERT A. HEINLEIN, *Forastero en tierra extraña*

Antes de salir para la laguna, anoté lo que me había contado Brie; después, le mandé un correo a Braden, mi ayudante, y le pedí que investigara las empresas y los informes financieros públicos de Trevor Lance y Parker Briggs. Hice una búsqueda rápida sobre ambos, pero había demasiada información como para procesarla a lo largo de la noche. Guardé algunos artículos para leerlos más adelante; entre ellos, uno sobre el divorcio y el segundo matrimonio de Trevor Lance. Su exmujer, mayor que él, era atractiva y tenía clase. Su mujer actual era guapísima y tenía una carrera que iba viento en popa como imagen de una importante línea de productos cosméticos. Y, a pesar de todo eso, él estaba en la isla con otra mujer.

No entendía a los hombres. A veces, tampoco quería entenderlos. Estaba a punto de apagar el portátil cuando vi un mensaje de mi jefe, así que lo abrí. En realidad, leer el mensaje no contaba como trabajar, me dije a mí misma. Probablemente sería una nota para desearme que me divirtiera, o un mensaje grupal

sobre una nueva ley que influiría en nuestra industria.

Hola, Mia:

Acabo de recibir el borrador de nuestro nuevo membrete. Ron y yo también hemos decidido que era hora de actualizar nuestro logotipo, y ¿qué mejor momento para hacerlo que al incorporar a una nueva socia? ¿Qué te parece? Por supuesto, no lo aprobaremos sin tu visto bueno.
Espero que estés disfrutando mucho en St. Claire. Gayle y yo estuvimos allí hace dos años por nuestro trigésimo aniversario y fue ideal.

Stuart

En el mensaje había un archivo JPEG adjunto. Tardó un par de segundos en cargarse, pero después vi la nueva imagen corporativa de McMann & Cohn.

Era un diseño más contemporáneo que el logotipo anterior, aunque seguía transmitiendo esa imagen sobria de «Nosotros cuidaremos de su dinero». La clásica tipografía con serifas había sido sustituida por una fuente igual de elegante, pero menos rígida.

McMann Cohn
C r a w f o r d

Una línea fina separaba a los socios originales de mi nombre, pero el mío estaba espaciado de manera que aportaba equilibrio a ambos lados de la línea.

En una segunda imagen aparecía la página de inicio de nuestra web, que incorporaba el nuevo membrete, además de nuestras áreas de especialización: Asesoría financiera, Planificación patrimonial y Preparación de impuestos.

La paleta de colores era la misma: el típico verde y negro de los

bancos, pero le habían añadido un toque dorado que destacaba de forma profesional.

Me quedé boquiabierta. Ya estaba decidido. ¿Acaso podía decir que no ahora?

Me quedé atónita al ver mi futuro tan claramente definido. Cerré el mensaje sin responder.

Me vibró el móvil y me hizo volver de golpe al presente. El número fijo de Amanda apareció iluminado en la pantalla.

—¿Amanda? —contesté, confusa y sorprendida.

—Braden —dijo mi ayudante—. ¿Por qué te sorprendes? Me acabas de mandar un correo.

—Son las once pasadas. No esperaba que lo vieras hasta mañana.

—Aquí en la húmeda y lluviosa ciudad de Nueva York son las diez —respondió él.

No había tenido en cuenta la diferencia horaria.

—¿Por qué estás mandando correos de trabajo mientras estás de vacaciones? —preguntó.

Al fondo, Amanda gritó:

—¿Por qué estás trabajando, Mia?

—No estoy trabajando —respondí antes de que Braden pudiera repetir la pregunta de Amanda.

Cuando contraté a Braden hace tres años, supe que no solo era mi ayudante ideal, sino que también era perfecto para mi mejor amiga. Habíamos desarrollado una relación simbiótica porque compartíamos una base de inversión fiscalmente conservadora, y confiaba en él de forma plena. Y, si me convertían en socia, Braden recibiría un ascenso y un aumento de sueldo, lo cual les beneficiaría tanto a él como a Amanda, ya que querían formar una familia.

Debía tener en cuenta el destino y el sustento de otra persona, además del mío. Tenía que aceptar el ascenso.

—El señor Cohn dijo que nada de trabajar mientras estés en St. Claire —recordó Braden.

—No estoy trabajando.

—Entonces, ¿qué es esto de Trevor Lance y su empresa, Lance & Wong? ¿Y Parker Briggs?. Creo que me suena ese nombre.

—No es trabajo —insistí—. No puedo explicártelo en detalle. Es una especie de proyecto personal. —Lo dije con un tinte de duda porque no sabía muy bien qué decir. Mi idea era enviar el correo, que Braden llevara a cabo la investigación y me mandara los datos. No quería tener que dar explicaciones.

¿Me ayudaría Braden si le dijera «Creo que han matado a una mujer porque estaba chantajeando a alguien, y Lance y Briggs son dos de mis sospechosos»?

—¿No quieres contármelo?

Parecía un poco dolido.

—Estoy ayudando a una amiga. ¿Me echas una mano, por favor?

—Por supuesto —contestó él—. Te conseguiré la información antes de mañana a mediodía. Según mi huso horario.

—Ya que te tengo al teléfono, ¿puedo consultarte otra cosa?

—¿Qué necesitas?

—Hipotéticamente —dije—, si un policía estuviera desviando dinero de redadas antidroga, pero nunca encontraran el dinero y no tuviera un problema de drogas, ¿cómo podría ocultarlo? He pensado en algunas opciones, como guardar el dinero en una caja de seguridad a nombre de un amigo o familiar, invertirlo a través de una empresa fantasma, mantener a una amante que nadie conozca…

—¿Esto es por un libro que estás leyendo?

Vacilé.

—Eh…, sí —mentí.

No se me da bien mentir. No sé si Braden lo notó en mi tono de voz, pero me alegré de que no pudiera verme la cara.

—Todas esas opciones son posibles —dijo—. Pero supongo que, si un policía está robándoles a delincuentes, es porque tiene algún vicio. Si no son las drogas… ¿Estás segura?

—Bastante segura.

—Entonces, debe de necesitar el dinero para otra cosa que no

sea fácil de rastrear.

—Algo ilegal —contesté.

—Eso supongo. Ya ha cometido un delito, ¿no? ¿Qué más da uno más?

—Como prostitutas —pensé, y no me di cuenta de que lo había dicho en voz alta.

—¿Por qué estás leyendo? —dijo Amanda de fondo, esta vez más cerca—. ¿Hace falta que llame a Jane?

—No —respondí, dándome cuenta de que Braden me había puesto en altavoz.

—Hablo en serio, Mia. Te lo dije: nada de libros. Se supone que debes divertirte. Conocer gente. ¿Qué pasó con ese adonis maya buenorro del que hablabas el otro día?

—No quiero escuchar esto —dijo Braden.

—¿Te lo estás pasando bien, o estás escondida en tu habitación leyendo? —exigió saber Amanda.

—Me lo estoy pasando bien —contesté—. Esta noche he ido a una fiesta en la playa y he hablado con mucha gente.

—¿Y el semidiós? —preguntó.

—Sabes perfectamente que os lo contaré todo cuando vuelva. De hecho, tengo una cita para bañarme en la playa de noche dentro de unos minutos.

—¡Madre mía! —chilló—. Sí que tengo que llamar a Jane.

Nos despedimos y suspiré. Mis amigas podían llegar a ser agotadoras. Esperaba tener algo que contarles sobre Jason cuando volviera.

«¡Hola, chicas! Me tiré a un camarero guapísimo y resolví un asesinato».

Pensé en todas las formas ilegales en las que Gino Garmon podría haberse gastado el dinero que había robado.

Presuntamente robado.

Ojalá supiera de cuánto dinero estábamos hablando, pero Brie dijo que no se mencionaban cantidades en los artículos de prensa. Si se llevaban el dinero antes de que se registrase como prueba, no

cabía hacer otra cosa que especular. Mi suposición era que se quedaba con lo que fuera fácil. Unos cientos de dólares de cada escena…, quizá unos miles.

Drogas, prostitución, apuestas…

Apuestas.

Cogí el libro de Diana y hojeé los primeros capítulos hasta que encontré lo que recordaba haber leído el día anterior.

Totalmente arruinado. Él ayudará.

El número «77» estaba subrayado. ¿Qué significaba? ¿Quizá una cantidad de dinero?

¿Se refería Diana a Gino Garmon? Si era cierto que se llevaba el dinero de las redadas de drogas, ¿por qué no tenía un duro? ¿En qué se lo había gastado? ¿Podría haberlo perdido todo apostando? Eso tenía mucho más sentido que el que se lo hubiera gastado en prostitutas y drogas.

¿Ayudaba a Diana? ¿Formaba parte de su plan de chantaje?

Quizá… quizá los dos chantajearon a alguien juntos y él no quería compartir el dinero. ¿Alguna de las personas a las que Diana había estado siguiendo le pagó a ella y —quizá— Gino la mató por el dinero?

Pero ¿quién iba a tener cien mil dólares en efectivo por ahí tirados en una isla? Lo más probable era que fuera una transferencia electrónica o algo de valor. Como joyas.

«77»… ¿Esa era la forma abreviada que usaba Diana para referirse a Gino?

Estaba a punto de descubrir algo. Tal vez los números sí se referían a personas. Si descubría quién era una de ellas —si suponía que el «77» era Gino—, quizá podría descifrar quiénes eran las demás.

Eché un vistazo rápido a mis notas. Había nueve números diferentes sin el símbolo del dólar. ¿Había chantajeado Diana —o planeado chantajear— a nueve personas?

Los apunté en una hoja aparte. Entonces me vibró el móvil.

Las doce menos cuarto de la noche. Hora de encontrarme con Jason. Escondí el libro, metí el bloc de notas en la funda del portátil y me marché.

CAPÍTULO DIECISÉIS

> «Habrá momentos en tu vida en que tus instintos te dirán que hagas algo que desafíe la lógica, trastoque tus planes y pueda parecerles una locura a los demás. Cuando eso suceda, hazlo. Escucha tus instintos e ignora todo lo demás. Ignora la lógica, ignora las probabilidades, ignora las complicaciones y simplemente ve a por ello».
>
> JUDITH MCNAUGHT, *La orquídea blanca*

No sé por qué estaba tan nerviosa.

Era una mujer profesional de (casi) treinta años, inteligente, guapa y con buena conversación. Era lo bastante madura como para tomar mis propias decisiones, coquetear con hombres atractivos e incluso tener un lío de una noche.

Nunca en mi vida había tenido un lío de una noche.

Pero mi intuición me decía que me dejara llevar con Jason, porque él era justo lo que necesitaba. Esta era mi primera y última aventura antes de quedarme encadenada a un escritorio durante el resto de mi vida.

Entonces me recordé a mí misma que en realidad no había

aceptado el ascenso. No tenía por qué aceptarlo. Podía seguir haciendo lo que hacía para la empresa, esto es, ocuparme de las cuentas que ya llevaba sin asumir cuentas más grandes ni más responsabilidades.

Aunque ¿a quién pretendía engañar? Ya había visto el nuevo logo. Por supuesto que aceptaría. Me merecía ese ascenso. Rechazarlo sería no solo descabellado, sino también propio de alguien que tuviera pocas luces. ¿Cuándo volvería a tener otra oportunidad como esa? Nunca. Sería socia de pleno derecho, con todo el prestigio, el reconocimiento y la relevancia que conlleva que tu nombre esté no solo en la puerta, sino también en el encabezado del membrete. A los treinta años.

Volví a recordarme a mí misma que me lo había ganado. Me había deslomado trabajando durante cinco años, no solo porque me gustara mi trabajo —que me gustaba de verdad—, sino también porque quería ascender hasta este puesto precisamente. Cohn y McMann ya tenían cincuenta años. Se jubilarían dentro de los próximos diez años, y yo dirigiría toda la empresa e incorporaría a socios júniores, tal y como Stuart Cohn me había fichado a mí hacía cinco años.

¿Me casaría? ¿Tendría algún niño? ¿Me vería obligada a vivir de forma indirecta a través de Amanda y Jane porque no tendría tiempo para salir, enamorarme y tener una vida fuera del trabajo?

Todos esos pensamientos volvieron a pasárseme por la cabeza mientras me sentaba en el borde de la laguna, mientras el agua me rozaba los pies y me hacía cosquillas. Pensé que tal vez me estaba poniendo melancólica porque dentro de trece minutos iba a cumplir treinta años.

No me sentía como una treintañera. A veces, me sentía como si tuviera veintiún años e intentase averiguar qué quería hacer con mi vida, y otras veces como si tuviera cuarenta e ideas fijas y ganas de decirle a todo el mundo que se apartara de mi camino.

Aunque tenía un sueño, casi nunca pensaba en él y nunca se lo había contado a nadie. Era una idea absurda, totalmente

irresponsable, impracticable, imposible. No era un sueño propio de una planificadora financiera austera en lo económico a la que personas adineradas confiaban su dinero.

Poco a poco la luna empezó a salir de entre las nubes que había sobre la laguna. Las lentas olas brillaban. Durante una fracción de segundo, me sentí completamente en paz, lo cual era muy extraño, dado que, por una parte, estaba a punto de tomar una decisión vital importante y, por otra, la noche anterior había encontrado un cadáver.

Este sitio era más mágico que cualquier otro en el que hubiera estado jamás, con la cueva abierta, el agua en calma y, sobre todo, la belleza sobrecogedora de la laguna a la luz de la luna.

Este era exactamente el sitio en el que tenía que estar en ese momento. Allí sentía que podía reconocer de verdad mi sueño, un sueño que nunca podría hacerse realidad. Me dieron ganas de lanzar una moneda al agua y pedir un deseo. Pero no sabía qué desear.

En vez de eso, cogí una concha, una concha rosa inusualmente bonita de unos siete centímetros de largo, ancha y abierta en un extremo, en espiral terminada en punta en el otro. Era única e imperfecta. Mientras la observaba, me imaginé lo que de verdad quería: mi sueño imposible y alocado que nunca perseguiría ni podría perseguir. A regañadientes, lancé la concha al agua, y con ella el sueño.

Los dejé marchar. Sabía quién era y lo que debía hacer con mi vida.

—¿En qué estás pensando?

Grité y me levanté de un salto, tropecé y acabé cayéndome de culo. Jason tenía una expresión de disculpa, aunque se esforzaba por no reírse.

—Lo siento. Pensé que me habías oído acercarme.

Mi nivel de adrenalina se disparó.

—¡Me cago en…! —exclamé, y casi no me salían las palabras porque todavía estaba recuperando el aliento.

Ahora sí que se echó a reír, se agachó y me ayudó a levantarme.

No me soltó las manos.

—En serio, lo siento —dijo en voz baja—. Estabas tan guapa sentada aquí, a la luz de la luna, que me dejaste sin aliento.

—Disculpas aceptadas —respondí con el corazón todavía acelerado, aunque ya no por el susto.

Él metió la mano en la cesta de pícnic que tenía a sus pies y sacó una magdalena.

—Feliz cumpleaños.

Me quedé mirándola y parpadeé para contener las lágrimas. Lo último que me esperaba era una celebración de cumpleaños. Se sacó una vela pequeña del bolsillo, la clavó en la magdalena y la encendió.

—Son las doce y cinco. Pide un deseo —añadió.

No sabía qué desear. Acababa de dejar que mi sueño se adentrara en el mar, pero quizá… podía desear olvidarme del mundo exterior durante el resto de la semana. Tal vez podía olvidarme de Diana Harden y de las personas que podrían haberla matado, olvidarme del drama con Sherry Morrison, olvidarme de todo lo que estaba pasando con esas personas a las que no volvería a ver jamás. Quería limitarme a dejarme llevar y pasarlo bien hasta que volviera a la realidad el martes siguiente.

Soplé la vela.

Él me besó.

Un beso delicado, prometedor. Y luego otro. Sonreí cuando se apartó, y no me sonrojé. Sabía lo que quería.

Jason extendió una manta sobre la arena y luego empezó a sacar cosas de la cesta. Dio una palmadita en la manta para indicarme que me sentase allí.

—Come —me dijo señalando mi magdalena.

Sacó otra magdalena y le dio un buen mordisco.

Uno pensaría que después de todo lo que había comido en el *luau* no tendría sitio para una magdalena, pero sí que lo tenía. Era de un chocolate intenso, con un toque de ron y cereza.

—Está increíble —dije con la boca llena.

—Soborné al pastelero.

De alguna manera, aquello me hizo feliz. Que Jason, el camarero, hubiera sobornado a un compañero para que me hiciera una magdalena de cumpleaños.

—Tengo diez más en mi apartamento —comentó—. Todas para ti.

Algo se removió en mi interior. Sabía exactamente lo que quería decir. Al menos, eso esperaba.

Sirvió dos copas de champán y luego chocó su copa con la mía.

—Feliz cumpleaños, Mia Crawford.

Bebí un sorbo, reconfortada, emocionada y eufórica.

—Bueno, ¿en qué pensabas a la luz de la luna con esa expresión tan melancólica en la cara?

—No es importante.

—Parecías triste. Nadie debería estar triste en St. Claire.

—Me han ofrecido ser socia. Soy asesora financiera, ya sabes, y es una gran oportunidad.

—¿Y eso te pone triste? ¿Que tu empresa haya reconocido tu talento y quiera recompensarte?

—No. Claro que no. Es lo que he querido desde que empecé. Me gustan los socios, la gente que trabaja allí. Es una gran empresa. Y se me da bien mi trabajo. Muy bien.

—¿Pero? —insistió.

Miré al agua y pensé en la concha que había lanzado allí. Así me despedí de mis sueños.

—¿Alguna vez has tenido muchas ganas de hacer algo, pero sabías que era poco práctico e irresponsable siquiera intentarlo porque nunca funcionará? —pregunté.

—Me estás confundiendo, así que tú también debes de estar confundida.

—No sé cómo explicarlo. Probablemente tú no te lo pensarías dos veces, igual que cuando saltaste por el acantilado.

—Planeé —me corrigió—. Saltar sería peligroso. Abajo hay rocas.

Intentaba hacerme sonreír, quitarle hierro al asunto, pero no lo consiguió.

—Desahógate —añadió—. A lo mejor eso te ayuda a hacer las paces con lo que sea que te está atormentando.

—Estar aquí me ha ayudado —contesté. No quería contárselo a Jason, ni a nadie. Pero… Jason era la persona más segura a quien contárselo. Después de esta semana, no volvería a verlo jamás—. Este lugar es mágico.

—Abracadabra —dijo mientras me tocaba los labios con dos dedos—. Cuéntame tu sueño. Será nuestro secreto.

No tenía intención de decir nada, pero entonces empezaron a salirme muchas palabras de la boca, y ello me sorprendió.

—Quiero tener una librería. —Ahora que las palabras estaban fuera, no podía hacerlas desaparecer—. Siempre he adorado los libros. Mi primer recuerdo es de mi padre leyéndome. Me pasaba horas en la biblioteca y me gastaba todo el dinero de mis cumpleaños en libros, en una pequeña librería de Connecticut, donde me crie. Me encanta hablar de libros y compartir mis historias favoritas con todo el que quiera escucharme. Estoy en dos clubes de lectura y grabo reseñas de libros en vídeo, y, cuando no estoy trabajando, estoy leyendo.

»Pero las pequeñas empresas fracasan en una proporción altísima —continué—. Las librerías son incluso más complicadas. Solo el alquiler ya es prohibitivo porque el margen de beneficio es bajo o inexistente. La mayoría de los negocios nuevos fracasan en tres años. Me quedaría sin ahorros, acabaría endeudada, y todo desaparecería. Nunca me recuperaría. —Me encogí de hombros—. Así que no es más que un sueño.

—Ningún sueño es solo un sueño —dijo Jason—. Dime cómo sería tu tienda. ¿Dónde estaría?

—Nueva York es demasiado cara, pero sería el lugar ideal —contesté. No tenía intención de extenderme, pero Jason parecía tan interesado en lo que yo estaba contando que no pude evitarlo—. Me gustaría ser la propietaria del edificio; quizá vivir arriba. Me gustaría que fuera un sitio con el ambiente de Tribeca o Greenwich Village, con esos edificios con encanto, con tiendas a pie de calle, ese

ambiente de barrio. Pero no en una zona tan cara. Al entrar, lo primero que veríamos serían libros que la gente quiera leer, nada pretencioso, nada político, sin aires de superioridad. Quiero libros divertidos, novelas de misterio, romances, biografías que te hagan sentir bien. Quiero libros de cocina, novelas de aventuras y libros de autoayuda inspiradores. Y una gran sección infantil con pufs donde los niños puedan sentarse, y donde los padres se sientan cómodos dejando a sus peques mientras ellos hojean libros tranquilamente. Todas las semanas, habría una hora en la que leer cuentos, quizá con una autora infantil que venga a leer su libro favorito. Habría también una cafetería donde los amigos puedan charlar tomando un café, una sala privada que parezca una biblioteca de casa, donde puedan reunirse clubes de lectura o grupos de escritores. Quiero… —Me detuve de golpe al darme cuenta en ese momento de cuánto rato llevaba hablando.

—Sigue —me animó Jason.

Negué con la cabeza.

—No puede ser.

—¿Por qué no?

—Porque tendría que pedir un préstamo e invertir todos mis ahorros, y el negocio fracasaría a los tres años. Y, entonces, ¿quién cuidaría de mi abuela? Tendría que empezar desde cero, reconstruirme, y jamás volvería al punto en el que estoy ahora. Tengo una gran oferta que me garantiza estabilidad económica para el resto de mi vida. Sería irresponsable y una locura rechazarla por un capricho que está condenado al fracaso.

—¿De verdad lo está?

Quizá no en el mundo de Jason, de ala delta y vida isleña, pero ¿en el mundo real?

—Por supuesto —contesté.

—¿Y si sale bien?

—Es mucho más probable que fracase a que salga bien. No lo entiendes.

Al principio, no dijo nada y me preocupó haber herido sus

sentimientos.

—Lo siento —dije, y lo decía de verdad—. Somos personas que vemos el mundo de forma distinta. Tú eres valiente y atrevido, y saltas, bueno, planeas, desde montañas por pura diversión. No tienes a nadie de quien ocuparte, solo de ti mismo. Yo no soy valiente. Soy…, bueno…, cauta. Y no pasa nada. Si hiciera algo impulsivo, estaría preocupada a todas horas; probablemente acabaría teniendo una úlcera y mordiéndome las uñas. —Intenté sonreír, pero me quedó muy forzado.

Jason rellenó nuestras copas de champán y luego dijo:

—Me encanta que seas responsable y que pienses en los demás, como, por ejemplo, en tu abuela. Me encanta que la cuides y te asegures de que sea feliz en su vejez. La familia…, bueno…, es importante, ya sea una sola persona o una gran familia. Pero, Mia, la vida está para vivirla. No hay una única manera correcta de hacerlo. El mundo necesita a personas como tú, que mantengan el timón firme. Y el mundo necesita personas como yo para mostrarle a gente como tú todas las posibilidades que existen. —Me cogió la mano y la besó—. ¿Y si te pareces más a mí de lo que crees? Quizá por eso tu sueño es tan vívido. A lo mejor tienes dos angelitos sobre los hombros. No los llamaremos ángel y demonio porque los dos son buenos. Uno te dice que sigas con lo que ya conoces, lo que has probado y es lo seguro. Te dice que se te da muy bien ser la capitana de tu barco, manteniéndolo en rumbo, avanzando, navegando con cuidado entre los obstáculos para llegar a buen puerto y sentir que has vivido una vida plena. Y el otro te dice que saltes del barco, que te subas a un velero hacia aguas desconocidas, y dejes que el viento te lleve de un lado a otro, porque tal vez es el viaje en sí lo que hace que la vida merezca la pena.

Se inclinó hacia mí, dudó un instante, tenía los labios a apenas un centímetro de los míos. Contuve la respiración, hipnotizada por sus palabras, por cómo me miraba, por sus ojos oscuros fijos en los míos… y entonces me besó, con un ligero sabor a chocolate y champán. Tenía unos labios cálidos, resueltos y absolutamente

deliciosos.

—Quizá —susurró a la altura de mis labios— tu camino no te permite arriesgarte con alguien como yo. —Volvió a besarme.

—O quizá —dije con la voz ronca mientras mi cuerpo se inclinaba hacia él— tú eres el riesgo que necesito.

Dejé la copa sobre la arena; se volcó, pero me dio igual. Él también dejó la suya. Lentamente, me recostó sobre la manta, tenía sus labios sobre los míos, y sus manos se deslizaban por los laterales de mi vestido veraniego. Las bajó más hasta rodearme el trasero, lo cual me provocó un gemido de anticipación por lo que sabía que sería el mejor encuentro sexual de mi vida.

—No llevas nada debajo del vestido —dijo con un tono de ligera sorpresa.

—Tú me dijiste que fuera valiente —susurré.

Llevé las manos a su rostro. Tenía la barba áspera porque no se había afeitado.

Esta vez, cuando nos besamos, algo cambió en mi interior, como si hubiese tomado una decisión sin saber que la estaba tomando. Todos mis músculos se relajaron al rodearle el cuello con los brazos, y su cuerpo se amoldó al mío como si lo hubieran hecho para encajar justo ahí, conmigo. La sensación era embriagadora, hipnótica, familiar y completamente nueva a la vez.

Sin apresurarse, Jason fue desabrochándome el vestido, una de sus manos me cubría un pecho, me hizo jadear y luego suspirar. Me besó el cuello, bajó por la garganta hasta alcanzar el otro pecho. El calor de su aliento, la humedad de su lengua, el sonido de mi propio pulso resonando en mis oídos me hicieron susurrar su nombre, para mi sorpresa. Animado por mí, Jason siguió rindiendo homenaje a mis pechos, bajando delicadamente los tirantes del vestido hasta dejarme libre. Si me levantaba, se me caería el vestido y me quedaría completamente desnuda.

Pero él no tenía prisa. Su cuerpo estaba esculpido con músculos tensos, definidos, y, mientras me exploraba, yo también lo hacía. Su piel, su pelo, sus hombros. Con la lengua me recorrió el pecho, subió

hasta la piel tan sensible que está debajo del cuello, hasta detrás de la oreja. Me mordisqueó suavemente el lóbulo, y un calor abrasador me recorrió todo el cuerpo.

—Dios mío —jadeé.

—Esto no ha hecho más que empezar —dijo él con una sonrisa en la voz. Me miró, me besó y me observó—. Eres preciosa e inteligente. Mi combinación favorita.

Me sonrojé. O quizá me ruboricé por completo, porque, si en ese momento me hubiera sugerido hacer el amor en la playa, no habría dudado ni un segundo en complacerle.

—Te estás sonrojando —dijo con asombro—. Eres perfecta.

—¿Perfecta? —Tragué saliva—. Parece una frase ensayada.

—No es una frase ensayada. —Volvió a besarme el cuello—. La belleza está en los ojos del que mira, y yo veo que eres perfecta.

Posó sus labios sobre los míos, deslizando la lengua apenas lo justo para provocarme. Mientras su boca libraba una guerra juguetona con la mía, con las manos me recorría la espalda hasta llegar al trasero y me atrajo contra su cuerpo, todavía vestido.

Ahora fue él quien gimió, y yo sonreí. No era la única que estaba preparada del todo para algo más que unos besos.

Separó su boca de la mía, pero yo lo acerqué de nuevo, pues no quería que se apartara.

—Mia —dijo, y mi nombre sonó como una melodía.

Miré hacia arriba. La luna estaba justo encima de nosotros, bañando nuestros cuerpos como si fuera plena luz del día. Nunca había sido exhibicionista, pero en ese momento no quería irme. Sin duda, no quería alejarme de Jason.

—Quiero que sepas que no suelo hacer esto —añadió.

—¿Humm?

—No tengo relaciones con las huéspedes.

—Shhh —susurré, temiendo de pronto que quisiera echarse atrás.

—Pero te deseo.

Me dio un vuelco el corazón.

—Solo quería que supieras que esto es nuevo para mí.

—¿No me digas que eres virgen? —bromeé.

Profirió una carcajada profunda y contagiosa, y se dejó caer sobre mí.

—No, no lo soy. —Entonces me hizo rodar para ponerme encima de él y atrajo mi boca hacia la suya.

Me incorporé y me senté a horcajadas sobre él. La luz de la luna y el sudor hacían que la piel de Jason brillara y resultara aún más sexi que la primera vez que lo vi. Tenía el vestido subido hasta la cintura, y él aún llevaba puestos los pantalones cortos, pero esperaba que no los llevase mucho más tiempo. Me puso las manos sobre los pechos, y yo me eché hacia atrás para disfrutar de este momento.

Me merecía dejarme llevar. Me merecía ser libre y no pensar en el mañana, ni en mi trabajo, ni en las decisiones que tenía que tomar. Me merecía disfrutar de que me amasen y me mimasen y…

Y deslizó los dedos por debajo de mi vestido y me tocó entre las piernas. Fue muy íntimo y atrevido.

—Oh. Dios. Mío.

No recordaba haber sentido nunca olas de deseo tan abrumadoras. Cada caricia me generaba una nueva sensación, y quería más.

—¿Puedo…? —empezó a decir Jason.

—Sí. Lo que quieras. Ya.

¿Le había contestado? No estaba segura. Esperaba que pudiera leerme la mente. Jason me tumbó, sentí su peso sobre mí, sus labios y cómo hacía magia con los dedos dentro de mí hasta el punto de que pensé que iba a perder la cabeza por completo antes de que tuviera la oportunidad de desabrocharse los pantalones cortos.

Entonces, dejó de mover los dedos.

—No. No pares.

Me moví para recuperar la conexión con él. Pero sus dedos ya los había retirado. Acercó la boca a mi oído.

—Hay alguien aquí.

Me quedé helada.

Poco a poco, Jason fue bajándome la falda del vestido y subiéndome la parte de arriba, me ajustó los tirantes sobre los hombros y me besó.

—No pasa nada —dijo—. No he acabado contigo, pero no queremos tener público.

Me abotonó el vestido y sentí un escalofrío. No sabía si era por el deseo que aún persistía en mi interior, por la promesa de más, o por miedo a que nos descubrieran.

Entonces escuché voces y reconocí al hombre.

Nelson Stockton.

Jason me ayudó a sentarme y Nelson y su mujer, Anja, salieron del sendero y llegaron al claro.

—Lo sentimos —dijo Nelson en voz baja, una voz que rebotó ligeramente contra las rocas—. No podíamos dormir.

—No pasa nada —respondió Jason con tono áspero.

Me puse colorada. Sí, ahora me encontraba vestida gracias a Jason, pero estaba claro lo que habíamos estado haciendo y lo que habíamos estado a punto de hacer. ¿Cuánto tiempo llevaban allí?

—Nos iremos —dijo Nelson.

Anja me sonrió.

—Lamentamos mucho haberos molestado.

—Solo estamos hablando —dije débilmente.

Jason me rodeó la cintura con el brazo y dejó claro que eso no era lo único que estábamos haciendo. Seguro que llevaba el pelo hecho un desastre. Me notaba el vestido raro, como si los botones estuvieran mal puestos.

—Seguid con vuestra conversación —añadió Anja con humor—. Vamos, Nelson. —Lo cogió de la mano y se fueron por donde habían venido.

En cuanto desaparecieron de nuestro campo de visión, Jason rio y enterró la cara en mi cuello.

—Por los pelos.

—¿Y si volvemos a mi cabaña? —propuse sin reírme.

Me miró fijamente.

—¿Estás segura?

—Deja de preguntármelo. Estoy segura. Al menos, allí nadie nos pillará.

Dio un salto, me ayudó a levantarme y recogió rápidamente el pícnic, sin importarle si se metía arena en la cesta junto con los restos de champán y las migas de la magdalena. Cogió la cesta con una mano y la mía con la otra, y recorrimos a paso rápido el sendero. Entonces, tomó un desvío.

—Por aquí iremos más rápido —me dijo.

No puse pegas.

Al cabo de unos minutos, llegamos a mi cabaña.

—Nunca te pierdes, ¿verdad? —pregunté.

—Nunca —contestó—. Lo he intentado, pero mi sentido de la orientación nunca falla.

Tenía un tono triste, como si a veces quisiera perderse.

—Es divertido —añadió.

—¿El qué? —pregunté mientras sacaba la llave de mi bolso de playa.

—Intentar perderse.

—¿Lo dices en serio?

—Conduzco a algún sitio donde nunca he estado y simplemente me quedo observándolo todo. Sin destino, sin mapa. Recorro caminos sinuosos. Me he quedado atrapado un par de veces, pero nunca me he perdido.

—Pero siempre puedes sacar el móvil y saber dónde estás.

—Hay que tener disciplina para resistirse. Es parte del viaje.

Empujé la puerta para abrirla.

—Lo admito —dijo Jason—: no tengo la disciplina suficiente como para resistirme a ti ahora mismo. —Me besó justo cuando cerraba la puerta.

—Me alegro —contesté, y lo llevé de la zona de estar a la habitación principal.

Ahogué un grito.

Mi habitación estaba hecha un desastre. La cama no tenía sábanas, los cajones se encontraban abiertos, los cojines del sofá estaban por ahí tirados. La puerta corredera de cristal estaba entreabierta. El espejo que había sobre el tocador estaba hecho añicos.

Corrí hacia el tocador y miré detrás de él.

El libro había desaparecido.

CAPÍTULO DIECISIETE

> «Todos los secretos del mundo están contenidos en los libros. Lee por tu cuenta y riesgo».
>
> LEMONY SNICKET

Jason se sentó conmigo en la terraza mientras Gino y su equipo de seguridad hacían fotos y recogían pruebas. Encontraron algunas huellas dactilares, que mandaron a San Juan. Probablemente fueran mías. Si hubiera decidido destrozar una habitación, habría usado guantes.

Jason se mantuvo fuerte. Tras el susto inicial de que el libro hubiera desaparecido, lloré hasta darme cuenta de que no habían destrozado ninguna de mis pertenencias. Después, me sentí confundida. ¿Cómo sabía alguien que yo tenía ese libro o por qué era importante? Para cuando Gino y su equipo llegaron, estaba frustrada y enfadada por la violación de mi espacio.

Les dije que no faltaba nada, salvo un libro de bolsillo usado que me había llevado gratis de la tienda de regalos. No les conté que lo había escondido detrás del tocador. Tampoco mencioné que el libro pertenecía a Diana Harden, ni que ella había escrito notas sospechosas en los márgenes y que pensaba que estaba chantajeando a gente de la isla. No confiaba en Gino. Tenía secretos,

y uno de esos secretos podía ser el asesinato.

Además, él no me creyó. Me preguntó por qué iba nadie a robarme un libro de bolsillo barato, en lugar del portátil. Así que me callé mi teoría de que alguien me había visto con el libro, sabía que contenía información para llevar a cabo chantajes y me lo había robado.

Tristan llegó poco después que Gino. El gerente parecía desconcertado y llevaba puestos unos pantalones de pijama, junto con una camisa mal abotonada que se había puesto a toda prisa.

—No sé qué decir —empezó a explicarse Tristan cuando salió a la terraza, donde estábamos sentados Jason y yo—. Nunca ha pasado nada igual en St. Claire.

El asesinato era peor que un allanamiento, pero no lo dije, ya que la versión que daban todos los empleados de St. Claire era que «Diana Harden desapareció en San Juan».

Tristan siguió diciendo:

—Esta misma noche vendrá mi mejor equipo de limpieza para ordenar esto. —Miró por encima del hombro hacia el espejo roto y frunció el ceño.

Jason preguntó:

—Tristan, ¿no hay otra habitación en la que podáis alojar a la señorita Crawford?

—Por supuesto. Si le resulta más cómodo alojarse en el edificio principal, puedo prepararle una habitación…

—Me quedaré aquí —contesté—. Gracias.

—¿Está segura? —Tristan parecía preocupado. ¿Le daba miedo que alguien con malas intenciones volviera o que yo pusiera una mala reseña en Trip Advisor?

—Sí —respondí—. Le agradezco que envíe personal para ayudarme a limpiar.

—Usted no hará nada —sentenció mientras me ponía una mano en el brazo—. Me siento fatal. Simplemente… no sé cómo, ni quién, ni…

—Tristan —dije—, no pasa nada. —Parecía realmente afectado y

quise tranquilizarlo—. No le culpo a usted, sino solo a la persona que entró aquí.

—Es usted demasiado comprensiva —contestó—. Deme una hora. No notará que alguien estuvo aquí. Ahora mismo, Kalise le está creando una nueva tarjeta de acceso para que se sienta segura. Jason, ¿puedes quedarte con la señorita Crawford hasta que terminemos?

—Por supuesto —respondió Jason con la mano en mi codo.

Cuando Tristan volvió adentro a hablar con Gino, Jason dijo:

—¿Por qué no te vienes a mi casa? Dormiré en el sofá, si así estás más cómoda.

La oferta me agradó, pero la rechacé.

—Estoy bien. Solo muy enfadada. —Muy muy muy enfadada. Y un poquitito preocupada. ¿Quién sabía que ese libro era importante?

—Puedo quedarme aquí —sugirió.

—En cualquier otra circunstancia, me encantaría, pero no sería buena compañía ahora mismo. —Le cogí de las manos.

Maldita sea, con lo cerca que había estado de tener lo que sabía que habría sido el mejor encuentro sexual de mi vida, por la forma en que me besaba y por cómo usaba las manos, y ahora ese momento se había esfumado. Quizá pudiéramos recrear la magia de la laguna antes de que me marchara, pero en esos instantes estaba muy cabreada. La idea de que alguien hubiera asaltado mi espacio y hubiera estado rebuscando entre mis cosas tal vez debería haberme asustado, pero en vez de miedo lo único que sentía era rabia.

—¿Estás segura de que no faltaba nada más? ¿Por qué alguien iba a llevarse un libro y no tus joyas o el ordenador?

Porque el libro contenía información, información que podría apuntar al asesino de Diana. Pero no lo dije.

—No lo sé —murmuré, me sentí un poco culpable por no contarle la verdad a Jason.

Nos sentamos en la terraza y vimos cómo Tristan le daba instrucciones al equipo de limpieza. El equipo de seguridad se fue con Tristan, pero Gino se quedó en medio de la habitación

observándolo todo. Lo miré. No mostró ninguna señal de haber estado aquí antes, pero no me fiaba de él.

Me entró un escalofrío, y Jason me rodeó con el brazo al interpretarlo como señal de que tenía frío y no de que me diera miedo Gino.

—Siento mucho que haya pasado esto —comentó.

En ese momento, vi un destello de ira en la expresión de Jason. Hasta ahora no había mostrado nada más que calma y preocupación. Le toqué el hombro. Tenía los músculos tensos. La rabia no había desaparecido; simplemente estaba enterrada. Era una faceta de Jason que no me esperaba. Estaba el Jason divertido, el romántico, el apasionado, el preocupado, y ahora, el Jason enfadado.

Jason Mallory era mucho más que un camarero sexi, temerario y amante de la diversión.

Estuve a punto de contarle todo sobre el libro de Diana, incluida mi teoría de que el chantaje siempre es un buen móvil para el asesinato. Pero… me quité la idea de la cabeza. Porque lo cierto es que no tenía pruebas de nada, ni siquiera de que Diana hubiera escrito algo en ese libro.

Aun así, quería contarle algo, así que, tras pensármelo un par de veces, acabé diciéndole:

—Cogí el libro de la tienda de regalos, y alguien había escrito en los márgenes. Quizá las notas eran importantes para quien las escribió.

Frunció el ceño.

—¿Qué tipo de notas?

Me encogí de hombros porque me sentía mal por mentirle.

—Parecían una especie de código personal en clave. Números, letras y garabatos que no tenían sentido.

—¿Y lo compraste aquí, en nuestra tienda de regalos?

—Estaba en la mesa de libros gratuitos. Dejé el que había leído en el avión y escogí ese.

Al menos, sí le conté una cosa que era verdad.

—Y ¿por qué esa persona no te pide simplemente que le devuelvas el libro? —preguntó Jason.

«Porque está muerta», pensé. Pero me limité a encogerme de hombros.

—Deberías contárselo a Gino —continuó Jason—. Ello podría ayudarle a averiguar quién lo hizo.

—No me cree.

—Sí te cree. Antes era policía y ahora desconfía de todo el mundo. —Jason me cogió de la mano y la besó, y luego se inclinó y me besó—. ¿De verdad estás bien? —susurró.

—Sí. —Lo estaría cuando todo el mundo se largase de mi habitación—. Sigue siendo mi cumpleaños, así que estaba pensando en ir al crucero mañana al atardecer, si es que vas a estar trabajando ahí.

—Sí, estaré trabajando. —Sonrió. Todavía parecía preocupado, pero había recuperado un poco su ánimo habitual—. Terminaré media hora después de que amarren el barco. Se me ocurre una idea de lo que podemos hacer después del crucero.

—A mí también —dije.

Sonrió con picardía.

—Eso también, pero me refería a otra cosa más. Te encantará. Te lo prometo. —Me besó otra vez. Y otra vez. Ya no estaba tensa.

—Haré que cumplas con tu palabra —contesté.

Cuando el equipo de limpieza terminó, les di las gracias y se fueron. Jason y Gino también se marcharon. Cerré la puerta con doble llave y eché el pestillo de seguridad. Seguidamente, comprobé que las puertas de cristal estuvieran cerradas, bajé las persianas y me dejé caer de bruces sobre la cama.

Estaba agotada.

Cogí el móvil que estaba en la mesita para enviarle un mensaje a Brie.

Pero me detuve.

Brie sabía que yo iba a esconder el libro detrás del tocador —ella misma me lo había sugerido—. Quizá había entrado a robarlo y lo

había dejado todo patas arriba para que pareciera que lo había hecho otra persona, y así yo no sospechara de ella.

No quería creerlo. No le había dejado ver el libro porque no quería que leyera la información que podría tener que ver con su padre y Sherry, así que tenía un motivo para no enseñárselo. Pero ¿habría roto ella el espejo? No me parecía tan violenta. El ladrón de la playa que arrancó la hoja no tenía motivo, pues ya había conseguido lo que quería. A menos que pensara que el libro contenía más información sobre lo que Diana había escrito acerca de él.

No obstante, cualquier persona sobre la que Diana hubiera escrito podría haberme visto leyendo el libro en la playa y haber ido a la habitación a buscarlo. Quizá Amber se dio cuenta de que lo tenía yo.

Dejé el móvil a un lado. La decisión sobre Brie estaba pendiente. Prefería hablar con ella cara a cara antes que por mensaje.

Me desnudé y me duché. No sentía que corriese peligro. El ladrón —o la ladrona— se había llevado lo que quería. Seguía teniendo mis apuntes, aunque no había anotado todo.

Me envolví en un albornoz, me recosté en el montón de almohadas de la cama y repasé mi cuaderno. Las primeras páginas eran listas de libros que estábamos tanteando usar para el club de lectura y notas sobre libros que había leído para mis reseñas en vídeo. No fue hasta la mitad del cuaderno cuando copié lo que Diana había escrito, junto con mis preguntas e impresiones.

Brie sabía dónde había escondido el libro, pero también sabía que tenía un cuaderno. Amber sabía del libro de Diana, pero no sabía que lo tenía yo, a menos que alguien le hubiera contado que lo cogí de la tienda de regalos…, o que me hubiera visto con él. Quizá Amber le había pedido ayuda a Gino, y eso era de lo que hablaban antes. Tal vez él reconoció el libro. A lo mejor la persona que arrancó la hoja en la playa decidió más tarde que quería el libro entero.

O también pudo ser alguien que tuviera más que perder. Alguien que me había visto con el libro y sabía el valor que tenía.

Al final, apagué las luces e intenté dormir. Ojalá hubiera aceptado

la propuesta de Jason de quedarse a pasar la noche en mi habitación. Cerré los ojos e intenté recordar la laguna, la manta sobre la arena, los besos a la luz de la luna, cómo me había tocado Jason, haciéndome sentir como si fuera la única persona en el mundo…

«Alguien me había robado el libro».

Joder. Ni siquiera podía preparar bien mi subconsciente para disfrutar de un sueño satisfactorio.

Me levanté, encendí las luces, comprobé todas las puertas (otra vez) y volví a la cama con mi cuaderno.

Miré los números de la página que el ladrón de la playa había robado. Seguía sin saber qué significaban, pero, si el ladrón había conseguido la hoja que quería, ¿por qué volver y llevarse todo el libro?

Diana Harden estuvo chantajeando no a una, sino a varias personas. Y el libro era la clave para saber quién era su objetivo. Y yo lo había perdido.

Ella había ido a San Juan por alguna razón. Yo necesitaba saber qué razón era esa. ¿Había ido porque había quedado con alguien en San Juan? De ser así, ¿con quién? Alguien debió de verla y de hablar con ella. Alguien debía de saber qué hizo en la isla grande.

Saqué el portátil y miré los horarios del ferri. Salía de St. Claire cada tres horas a partir de las siete de la mañana. Obviamente, no iba a subirme a ese ferri, pues eran ya más de las tres de la madrugada. Me apunté para el siguiente.

No sabía si descubriría algo en San Juan, pero me parecía lógico que la aventura de Diana ese domingo tuviera algo que ver con su desaparición y posterior asesinato.

Pasé a la última página que había escrito. Yo había rodeado el número «77» y escrito: «¿Es el "77" la abreviatura que utilizó Diana para referirse a Gino Garmon?».

¿Por qué me parecía que estaba en lo cierto? Por los comentarios… o porque…

Pasé la página de mi cuaderno y escribí el alfabeto. Luego anoté

números junto a las letras correspondientes, del uno al veintiséis.

G = 7.
Gino Garmon = 77.

¿Funcionaría así con todos los números?

Cogí los dos números que más aparecían, el «112» y el «2012». «112» podría ser «KB» o «AL». «AL»: Andrew Locke. Ese número también estaba en la página que tenía las notas de Diana sobre una casa en Arizona y los trapos sucios de su novia.

Entonces, «2012» sería «TL». Trevor Lance, lo cual encajaba con lo que ella había escrito sobre un acuerdo futuro, si es que de verdad había hecho negocios con él o quería hacerlos, según lo que CeeCee había dicho.

Otro número era el «522». Si había descifrado bien el código, ¿sería Ethan Valentine?

Se me aceleró el corazón. Había descifrado el código de Diana. Todavía tenía mucho que analizar, y, sin tener el libro para consultarlo, sería difícil hacerlo únicamente con mis notas y lo que recordaba.

Volví a la lista de cinco números que me había desconcertado. Quizá también se referían a personas.

11 = AA
19 = AI
157 = OG
52 = EB
210 = BJ

No se me ocurría nadie que hubiera conocido o de quien hubiera oído hablar en la isla con esas iniciales, pero era un punto de partida. Quizá podría encontrar la manera de acceder a la lista de huéspedes registrados o a la lista del personal.

Me sonó el móvil y reprimí un pequeño grito.

Lo cogí. No reconocía el número. Las llamadas basura llegaban a

la isla. Estuve a punto de no contestar, pero normalmente no había llamadas basura a esas horas de la noche.

—¿Hola?

—¿Cómo estás?

Era Jason. Sonreí en la penumbra.

—Durmiendo con las luces encendidas. O, mejor dicho, sin dormir.

—Si quieres, en diez minutos estoy ahí.

Me dio un vuelco el corazón y casi le digo que sí. Pero estaba cansada y tenía planes para el día siguiente: averiguar quiénes eran esas personas y si alguna tenía motivos para matar a Diana.

—Estaré bien —contesté—. Pero gracias de todos modos.

—He hablado con Tristan. Cree que solo han querido intimidarte, y que tal vez sea una broma pesada.

—Creo que… —vacilé, volví a desear haberle contado más cosas sobre el libro— quizá quien dejó el libro en la tienda solo quería recuperarlo. —No tenía mucho sentido.

—Le he contado lo del libro. Tristan hablará con Trina mañana.

Por un momento me habría gustado que no lo hubiera hecho, pero quizá así descubriría si Trina le había contado lo del libro a alguien.

—Me lo he pasado bien esta noche —dije—. Tengo muchas ganas de que llegue mañana por la noche.

—¿Quieres decir esta noche? —Rio suavemente—. El crucero al atardecer es una de mis cosas favoritas de aquí. Espero que lo recuerdes siempre.

—Quizá si estuviéramos solos tú *y yo* —comenté.

—A lo mejor antes de que te vayas puedo hacer que eso pase.

El corazón me dio un brinco.

—Buenas noches, Jason.

—Buenas noches, Mia.

CAPÍTULO DIECIOCHO

> «Todos los que guardan un secreto tienen ganas de contarlo».
>
> GILLIAN FLYNN, *Lugares oscuros*

Me desperté demasiado temprano, teniendo en cuenta que tenía mucho sueño, pero aproveché para desayunar bien y beberme varias tazas de un café delicioso y fuerte.

Tenía un plan: averiguar qué sabía la policía sobre el viaje de Diana a San Juan. No confiaba en Gino, y la policía de San Juan podría tener información valiosa. Aquello, sumado a lo que había sacado del libro de Diana, me hacía confiar en que descubriría qué le había pasado.

Mientras iba de camino al ferri, me sonó el móvil. En la pantalla apareció el nombre del contacto. Era mi abuela.

Como me sobraba bastante tiempo, me senté en un banco con vistas al mar y contesté.

—Hola, abuela —dije.

—Mia, ¿eres tú?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—¿Que qué ha pasado? ¡Pues nada! ¡Feliz cumpleaños, cariño!

Sonreí. Nunca se olvidaba de los cumpleaños, ni de ninguna otra ocasión especial.

—Gracias.

—¿Qué haces? No estarás sentada en tu habitación del hotel leyendo, ¿verdad?

—No, abuela. Y no es una habitación de hotel. Es una cabaña preciosa a pie de playa, con una cama enorme, mi propia terraza y un *jacuzzi*.

—Cuando vivía en Nueva Zelanda (ay, madre mía, creo que eso era cuando tu padre tenía unos cuatro años), teníamos una casa a pie de playa. La habitación era diminuta, apenas cabía la cama y una mesa, pero las vistas eran increíbles. Me encantaría volver, aunque probablemente ya no siga allí —comentó—. ¿Qué estás haciendo ahora mismo?

—Estoy esperando el ferri que va a San Juan. Es una isla más grande que está a unos veinte minutos en barco.

Acababa de llegar el ferri de la mañana. Se bajaron varias personas. La mayoría eran trabajadores, y entonces vi a Anja Stockton. Debió de ir a primera hora de la mañana.

—¿Con alguien?

—Sola. Voy a hacer un poco de turismo e iré de compras.

—¿Sola? —repitió mi abuela—. Cariño, ¿no te lo estás pasando bien?

—Sí, me lo estoy pasando bien. Te lo prometo.

—Mia, ¿qué te dije…?

—Abuela, no tienes que preocuparte por mí. —Tenía claro que no iba a contarle lo del allanamiento, ni lo de la mujer estrangulada que apareció en la playa, pero sabía que no se rendiría hasta que le dijera algo—. Esta noche voy a ir a un crucero con cena al atardecer.

—¡Ohhh! Parece una forma maravillosa de celebrar tu cumpleaños. Me prometiste que te abrirías más.

Recordé cómo besaba Jason. Sí, estaba claro que me había abierto, pero, si le hablaba a mi abuela de Jason, la llamada se eternizaría.

—Y eso hago —repuse.

—¿Seguro? ¿No me mientes?

—Nunca te mentiría.

—Pero no estás publicando nada en Instagram. Vi ese *reel en* el que hablabas sobre un libro, y es lo único que has publicado. ¿Cómo sé yo que te lo estás pasando bien si no compartes nada? ¡Me meto a Instagram cinco veces al día, y nada!

Brie había encontrado las redes sociales de Diana. ¿Había publicado Diana algo cuando estuvo en la isla que me ayudara a entender sus notas crípticas?

—Vale, publicaré algo.

—Todos los días. Quiero ver la isla.

—Ahora subiré una foto del paisaje. Métete dentro de cinco minutos.

—Gracias, cariño.

Anja Stockton caminaba sola cerca del agua, a unos diez metros de mí. Parecía alterada, como si hubiera estado llorando. Esperaba que no le hubiera pasado nada malo, y pensé en las razones por las que podría haber ido a San Juan tan temprano. ¿Acaso Nelson estaba enfermo? ¿Le habría pasado algo a alguien de su familia?

—¿Estás bien? —le pregunté a mi abuela—. ¿Necesitas algo?

—Estoy bien. El cine París organiza un fin de semana dedicado a Cary Grant, y el viernes por la tarde ponen *Atrapa a un ladrón*, que es mi favorita, y luego *Charada* después de cenar, la favorita de Martha, así que Martha, su hermana y yo iremos a pasar el día allí.

—Parece divertido —dije, y lo decía en serio. Me encantaban las películas de cine clásico. A fin de cuentas, mis gatos se llamaban Nick y Nora—. A ver si puedes enterarte de cuándo harán un maratón de *La cena de los acusados*. Iré contigo.

—Dalo por hecho. Ahora ve a divertirte, ¿vale? Te quiero, corazón.

—Yo también te quiero, abuela.

Colgué y le hice una foto al mar y luego otra a la zona de la piscina. Publiqué las dos instantáneas con una frase sobre el sitio más bonito del mundo. Sabía que a mi abuela le encantarían esas imágenes.

Reanudé mi camino hacia el ferri. Entonces vi a Anja sentada en un banco a tan solo unos pasos de donde yo estaba, en el lado de la playa pegado al sendero. Mi reloj me decía que aún tenía tiempo, así que me acerqué y le dije:

—Hola, Anja, ¿estás bien?

Me miró. No pude verle los ojos, ya que llevaba unas grandes gafas oscuras, pero tenía la cara con rojeces y húmeda. Llevaba un sombrero de ala ancha y un pareo con estampado de cebra que abrazaba sus elegantes curvas. Los enormes anillos de compromiso y de boda de diamantes brillaban cuando le daba el sol en las manos.

—Ay, Mia. Estoy hecha un desastre.

Me senté, aunque no me invitara a hacerlo.

—Se me da bien escuchar —contesté.

Tal vez fuera una falta de educación entrometerme, pero Anja estaba muy triste. Esperaba que no fuera por su marido; ya lo sé, sé que los matrimonios tienen problemas. Pero a mí me encantan los finales felices, y a ellos dos se los veía muy felices juntos.

Ella esbozó una sonrisa débil, se quitó las gafas, se pasó los dedos por debajo de los ojos rojos e hinchados, volvió a ponerse las gafas de sol y suspiró profundamente. Pasó un minuto entero, y, cuando ya pensaba que no debía insistir, dijo en voz baja:

—Han sido un par de semanas duras.

—Lo siento, no quería meterme donde no me llaman, pero no me gusta ver a la gente tan triste, sobre todo en un sitio como St. Claire.

—No te estás entrometiendo. Es muy amable por tu parte, y la verdad es que estoy muy cansada de guardar secretos. —Hizo una pausa—. No encajo aquí. Nelson tampoco, pero a él no le importa. Es una de las razones por las que lo quiero tanto. A mí, por desgracia, me importa demasiado lo que piense la gente. Estoy intentando no darle importancia.

—¿Alguien te ha dicho algo? ¿Alguien ha sido desagradable contigo?

—¿Aquí? No, St. Claire es un lugar encantador, aunque no acabo de tener la sensación de encajar.

Metió la mano en su gran bolso y sacó una revista de entretenimiento muy conocida, abierta por la mitad en un artículo. Una foto de Anja ocupaba una de las páginas. Sin duda, era de una sesión profesional. En una esquina había un recuadro con una Anja mucho más joven, con el pelo voluminoso y demasiado maquillaje, que sonreía de oreja a oreja, llevaba un vestido azul largo, y posaba junto a un chico joven muy alto y robusto con un esmoquin blanco que le quedaba demasiado ajustado. El fondo de la foto gritaba «fiesta de graduación».

Me puso la revista en las manos.

—Si Nelson supiera que esta mañana he ido a San Juan solo para comprar esta basura, se enfadaría muchísimo.

El titular proclamaba:

LA HIJA SECRETA DE ANJA BENOIT STOCKTON
CON EL DEFENSA DE LA NFL JAMAL WALLACE

—No hace falta que lo lea. No sigo cotilleos sobre famosos.

Pero la vista se me fue a las palabras y frases clave y pude hacerme una idea de la historia. Anja y Jamal habían sido novios en el instituto, y ella se quedó embarazada y dio al bebé en adopción.

—Nelson y yo sabíamos que esta historia saldría a la luz. Él hizo todo lo posible por impedirlo, pero, cuando no pudo, me trajo a St. Claire para protegerme de la prensa rosa y los periodistas.

—No entiendo por qué la gente siente la necesidad de hurgar en el pasado de otras personas.

—Es culpa mía.

—Para tener un bebé hacen falta dos personas —dije.

—No lo digo por eso. —Pero sonrió—. Jamal era un chico encantador. Crecimos con pocos recursos, pero yo tenía mi físico, y Jamal, el fútbol. Quería casarse conmigo y cuidarnos, pero sabía que nuestras vidas se quedarían atrapadas para siempre en Zachary,

Luisiana. No era un mal sitio para tener una familia, pero teníamos sueños, y un bebé no encajaba en esos sueños. Por eso le dije que había tenido un aborto espontáneo y, después, me fui a vivir con mi prima a Atlanta, tuve al bebé y lo di en adopción. Terminé mis estudios allí e ignoré a Jamal. Los jóvenes de ahora dirían que le hice *ghosting*. Yo me sentí como un fantasma[7] durante esos dos años.

Se quedó mirando al mar. Quise decir algo, pero no sabía qué. Tener un hijo fuera del matrimonio ya no era un escándalo, y tampoco es que lo fuera hace veinticinco años. Aun así, era muy joven en aquel entonces.

—¿Sabes qué? —dije—. Todo esto no es asunto de nadie.

Ella se rio, y su respuesta me sorprendió:

—Todo es asunto de todos.

Volví a echarle un vistazo al artículo y vi que tenía un claro sesgo contra Anja. La idea principal era que una joven de veinticinco años llamada Rosemary Jackson estaba buscando a sus padres biológicos y encontró a su padre, Jamal Wallace, a través de una base de datos de genealogía. Se reunieron con el beneplácito de sus padres adoptivos, y Jamal se quedó destrozado porque la madre biológica le había dicho que había tenido un aborto espontáneo. La investigación reveló que la madre biológica era Anja Benoit, ahora apellidada Stockton, una modelo exitosa.

—Jamal tiene motivos para estar molesto —dijo ella.

—No lo creo —respondí. Podía entender a las dos partes. Sentía empatía por el hombre al que le mintieron y también comprendía las razones de Anja para mentir.

—Tomé decisiones por él sin hablar nada de esto con él. Es un buen hombre que quería hacer lo correcto, y yo le mentí. Es algo que me ha pesado en la conciencia durante años. Hasta que no conocí a Nelson, no empecé a perdonarme.

—Por cierto…, escuché parte de la conversación que tuviste con Nelson el otro día. Él estaba molesto.

—Sí. Como te decía, hizo todo lo posible para que no saliera el

artículo, amenazó con demandar a la revista y se ofreció a pagarles. Pensó que me haría daño que esto saliese a la luz. Incluso hubo una mujer que dijo que podía enterrar la historia por un precio. Nelson iba a pagarle, pero yo me opuse. Todo esto me ha hecho daño, pero no por la razón que él piensa. Durante años pensé en contactar con la agencia de adopción para decirles que, si mi hija quería conocerme, yo estaría dispuesta a ello. Pero no lo hice. No me arrepiento de haberla dado en adopción. No podía darle la vida que merecía cuando tenía diecisiete años y sus padres son buenas personas. En cambio, sí me arrepiento de haberle mentido a Jamal. El miedo es una emoción muy poderosa. Por eso lo postergué todo durante años, y luego va y pasa esto.

Me quitó la revista de las manos y miró la foto de ella con Jamal.

—¿Has pensado en buscarla ahora?

Anja no dijo nada y pensé que quizá mi pregunta había sido muy directa. Después de un momento, dijo en voz baja:

—¿Y si me odia por lo que hice?

—¿Y si no? —contesté.

Anja se recostó y cerró los ojos.

Recordé el libro de Diana y la gran suma de dinero con el número «1419» subrayado. Nelson Stockton. ¿Sería Diana la mujer que dijo que podía enterrar la historia por un precio? Esta historia llevaba semanas en marcha. Nelson y Anja no se encontraban en la isla cuando Diana desapareció, y no tendría sentido que esta última chantajeara a Nelson por el asunto de Anja, cuando aquello ya era un secreto a voces. Pero ¿y si Diana tenía contactos en la editorial? ¿O si iba a entregar información a la prensa en caso de que él no le pagara? Tal vez Diana Harden llevaba tiempo chantajeando a gente, mucho antes de que la asesinaran en St. Claire.

—Gracias por escucharme —dijo Anja.

—No hay de qué —contesté—. Ha sido horrible que hayan sacado esta noticia así, pero al menos ya está afuera. Ahora puedes valorar tus opciones y decidir cuál será tu siguiente paso. Y, por si sirve de algo, Nelson te quiere y te apoya.

Ella sonrió.

—Es un buen hombre. Conoce a Jamal, que era un novato cuando Nelson estaba en su último año de jugador profesional. Dijo que organizaría una reunión entre nosotros. Pero Nelson sufre porque estoy triste.

—¿Cómo supiste que Nelson era el indicado? —pregunté rápido, antes de poder arrepentirme.

—Por muchos pequeños detalles —dijo ella—. Estuvo casado quince años y tiene hijos, gemelos, ya adultos. Nos conocimos en un evento benéfico, muchos años después de que su mujer falleciera en un accidente. Yo estaba dando un discurso para recaudar fondos destinados a deportes juveniles en barrios desfavorecidos. Él también estaba sentado a la mesa principal y convenció al organizador para que le cambiaran de sitio, con el fin de sentarse a mi lado. Cuando me miró, sentí un cosquilleo. —Se rio, tímida—. Para entonces, yo ya llevaba años siendo una modelo exitosa y portavoz de causas benéficas. En mis planes siempre había estado casarme y tener hijos, pero sentía que era algo que no me pasaba por lo que le hice a Jamal. La mujer de Nelson había fallecido hacía ya una década, y él me contó que esa noche ella le habló. Él había pensado en limitarse a mandar un cheque y quedarse en casa. Pero ella le dijo que fuera al evento porque conocería a alguien que le cambiaría la vida. —Sonrió, y no pude evitar sonreír también—. Lo amo. Así de simple. No es sofisticado, tiene sus defectos, claro, y le importa demasiado el deporte, pero, cuando me mira, sé que me quiere. Me siento en paz cuando estoy con él.

—Es perfecto para ti. —Pensé en cómo trataba de explicarles a mi abuela y a mis amigas lo que quería en un hombre. No quería que fuera perfecto, sino perfecto para mí.

—Lo es —coincidió ella—. Hablando de perfección, siento mucho que anoche interrumpiéramos tu momento romántico con Jason.

Casi me ahogué en un suspiro.

Ella se rio y me cogió de la mano.

—Cariño, eres adorable. Y él no es capaz de quitarte los ojos de

encima.

Aquello me sorprendió y contesté:

—¿Qué?

—Cada vez que entras en su campo visual, te sigue con la mirada. Está enamorado.

No supe qué decir.

—Creo que solo es deseo —dije, pero luego me corregí—. Quiero decir, tanto él como yo disfrutamos de la compañía del otro, pero él vive aquí, yo tengo una carrera en Nueva York, y solo estamos divirtiéndonos.

—Cielo, diviértete todo lo que quieras. El trabajo es importante, pero no podemos olvidarnos de que también somos mujeres que anhelan el amor.

¿Amor? ¿Amor? Yo no estaba pensando en amor. Pensaba en un lío de una noche, en sacar esa lujuria por Jason y desahogarme, y luego volver a Nueva York, aceptar mi ascenso y seguir con mi vida.

—Te he asustado —dijo Anja mientras me apretaba la mano y sonreía cálidamente—. Nunca sabes cuándo Cupido dará en el blanco.

CAPÍTULO DIECINUEVE

«El problema de juntar dos más dos es que a veces da cuatro, y a veces da veintidós».

DASHIELL HAMMETT, *El hombre delgado*

No era la única persona en el ferri.

Sherry Morrison estaba bebiéndose una mimosa en la cabina. Miraba por el ojo de buey opuesto, distraída. Nuestra conversación —o, mejor dicho, su conversación— en el *spa* me había puesto nerviosa. Mientras caminaba con cuidado por la cubierta para evitar que Sherry me viera, vi a CeeCee corriendo por el muelle, con su bolso gigante rebotándole en la cadera.

—¡Esperadme!

Llegó sin aliento y se desplomó en una silla de cubierta.

Me escabullí rápidamente hacia la proa del barco con la esperanza de que ninguna de las dos me viera. Lo último que quería era quedarme atrapada en un grupo social. Por suerte, había otra pareja a bordo, y CeeCee se puso a hablar con ellos.

El viaje a San Juan duró menos de media hora en mar abierto, y, cuando atracamos, dejé que todo el mundo desembarcara antes de subir la corta y empinada colina que llevaba a la comisaría de policía.

Primero lo importante: averiguar qué sabía la policía de San Juan sobre la muerte de Diana.

No tardé en darme cuenta de que la ficción policiaca no siempre es fehaciente.

¿Cuántos libros había leído en los que la heroína entra en la comisaría y con su encanto consigue la información? ¿O en los que espera a que el sargento se aleje y echa un vistazo rápido al ordenador para tener todas las respuestas?

Fui educada. Amable. Incluso coqueteé.

No conseguí nada. Nada[8]. Cero.

El jefe de policía, responsable de la investigación, no se encontraba en ese momento en la comisaría. El policía que estaba sentado tras el escritorio —que parecía más joven que Brie— ni siquiera quiso admitir que Diana había sido asesinada.

—Si necesita información, hable con el jefe de seguridad de St. Claire, el señor Garmon. ¿Quiere que le dé su contacto? —me dijo en un inglés muy limitado.

No, no quería su contacto. Pero no dije nada de eso. Sonreí, le di las gracias por su tiempo y salí de allí.

El intento con la policía de San Juan había sido un fracaso.

Pero no me vine abajo. ¿Qué hizo Diana cuando vino a San Juan? Debía de tener un propósito aquí. ¿Con quién habló? Alguien tenía que haberla visto.

Volví al muelle y le enseñé la foto de Diana a la gente que trabajaba en los puestos. Todos fueron amables; bueno…, todos querían venderme algo. Rechacé educadamente sus ofrecimientos y volví a preguntar. Cuando nadie reconoció haber visto a Diana en tiendas o restaurantes, pregunté por taxis acuáticos privados. ¿La policía ya había investigado eso el lunes y martes, justo después de su desaparición? ¿Empezarían a sospechar de mí por estar haciendo preguntas?

Estaba segura de que encontraría respuestas en San Juan; sin embargo, después de dos horas hablando con casi toda la gente que encontraba en el distrito comercial, no tenía nada. Estaba exhausta. Las cuestas me estaban destrozando las pantorrillas, y lo único que quería era sentarme en mi *jacuzzi* con una botella grande de vino.

Me encontraba sola el día de mi cumpleaños, centrada en el último día de vida de una mujer muerta. ¿Dónde estaba mi determinación de la noche anterior de dejar todo a un lado esta semana para dedicarme únicamente a mi placer y felicidad?

«Han entrado en tu habitación y te han robado el libro», me recordé a mí misma.

Recorrí una calle estrecha sintiéndome realmente triste, mientras me preguntaba a la vez cuál debería ser mi siguiente paso. Alguien tenía que haber visto a Diana en esta isla. Era una rubia estadounidense guapa. No pasaría desapercibida.

Me detuve en la esquina y vi un restaurante en la colina con unas vistas increíbles de la bahía. Estaba muerta de hambre. Empecé a subir la cuesta, pero dudé al ver a una mujer que me sonaba sentada en la terraza del restaurante.

CeeCee. Aunque solo la veía de perfil, no había duda: tenía esa abundante melena de color rubio platino, el pelo recogido en una alta coleta saltarina, y los grandes pechos enmarcados por un ajustado vestido de verano. Almorzaba con una mujer mayor que ella bajo una amplia sombrilla. El restaurante quedaba bastante lejos del muelle y fuera de la principal zona turística.

¿A lo mejor tenía una amiga que vivía allí? ¿O de forma espontánea había invitado a una desconocida a almorzar? Me parecía algo propio de ella. Sin embargo…, su forma de comportarse era diferente. No estaba usando las manos de la manera exagerada con que solía comunicarse. La observé reclinarse con una copa de vino y una sonrisa relajada. La otra mujer tenía cincuenta y tantos, llevaba un corte *bob* y tenía el pelo de color rubio ceniza, el rostro alargado y estrecho, y llevaba un vestido de verano elegante. Parecía una mujer adinerada.

Saqué el móvil e hice una foto porque ella me resultaba conocida, aunque no recordaba haberla visto en St. Claire.

CeeCee se giró hacia la calle como si hubiera notado que alguien la observaba. Inmediatamente me metí en una pequeña tienda llena de gente para que no me viera.

—La mayoría de los taxis acuáticos privados no salen del área del muelle —dijo una voz femenina grave con un fuerte acento extranjero.

Me sobresalté al ver a una mujer corpulenta sentada en un banco en el balcón de la tienda de regalos. Tenía sesenta y tantos años y la piel arrugada y bronceada.

—¿Cómo dice?

—Bertha, la mujer de la calle de abajo, me ha dicho que está usted buscando un taxi privado. La vio venir hacia aquí. Ella sabe inglés, pero no habla mucho. Así que supuse que vendría a preguntarme.

Le enseñé la foto que tenía de Diana en el móvil.

—¿Vio a esta mujer el domingo?

No respondió a mi pregunta. En vez de eso, me dijo:

—Los chicos jóvenes que quieren ganar dinero rápido con los turistas no trabajan en los muelles. La policía y las empresas de flete los ahuyentarían.

—¿Dónde están entonces? ¿En otro muelle?

La mujer se rio.

—No tienen licencia. Van de aquí para allá.

—Necesito saber quién llevó a esta mujer a St. Claire el domingo.

La desconocida me miró tanto tiempo que me puse incómoda. ¿Me estaría mintiendo? ¿Intentaba estafarme? ¿Hacerme pagar por la información? A estas alturas, prácticamente le daría cualquier cosa.

—¿Hay algo que le guste? —me preguntó mientras extendía la mano para abarcar su pequeña y abarrotada tienda.

Efectivamente, quería dinero.

Caminé por la tienda llena de gente. La mayoría de las cosas eran baratijas: cositas sueltas y con precios el triple de caros que su valor real. Lo cierto es que me pongo de los nervios cuando pago de más por algo.

Pero el dinero manda.

Vi una camiseta turquesa brillante con una sirena recostada en

una roca que llevaba gafas de sol. «Nadé con sirenas en San Juan, Islas Vírgenes, EE. UU.».

A mi abuela le encantaría y se la pondría. En realidad, no estaba tirando el dinero a la basura al comprar esa camiseta hortera si mi abuela le iba a sacar partido, ¿verdad?

La mujer sonrió y sacó un lector de tarjetas portátil. Le entregué mi tarjeta de crédito. Registró la compra, metió la camiseta en una bolsa y me la devolvió.

—En Fish Bay, Crusty organiza viajes especiales —comentó.

—¿Dónde queda Fish Bay?

—Al bajar la cuesta, gire a la izquierda en la señal de ceda el paso, ande un kilómetro y medio, luego suba la colina, la carretera hace una curva, y después…

—¿Hay Uber en la isla?

—Algo mejor.

Dio un silbido tan fuerte que me zumbaron los oídos; luego levantó el brazo bien alto. Estaba apoyada tan al borde del balcón que pensé que se iba a caer por la barandilla.

Un chico alto y flaco que iba en un bicitaxi, con un asiento que se caía a cachos, llegó hasta la puerta. El asiento del pasajero no tenía cinturón de seguridad. Me imaginé que saldría volando por un acantilado si él perdía el control.

—Mi nieto, Jorge. Veinte dólares.

Le volví a dar la tarjeta. La pasó por el lector. Pensaba que sería más seguro no llevar efectivo, pero ahora ya no estaba tan segura.

Convencida de que iba a despeñarme por una carretera estrecha y serpenteante, me subí al asiento a regañadientes y me agarré fuerte mientras Jorge bajaba la colina hacia la zona comercial principal. Me agaché para evitar que me viera CeeCee; sin embargo, cuando miré hacia el restaurante, ni ella ni su acompañante estaban bajo la colorida sombrilla.

Me incorporé y miré alrededor.

—Sabes que vamos a Fish Bay, ¿verdad? —le dije al chico, porque no íbamos por la dirección que me había indicado su abuela.

—Sí —contestó—. Este camino es más rápido.

Lo de «rápido» era relativo. Nos quedamos atrapados detrás de coches que sorteaban peatones, bicicletas y otros vehículos en el centro del pueblo. Me di cuenta de que había dado un gran rodeo, ya que la comisaría estaba a mi izquierda y el muelle en el que me había dejado el ferri estaba a la derecha. Saqué una visera que llevaba en el bolso porque el sol me estaba dando en toda la cara; lo único que evitaba que me diera un golpe de calor era la brisa fresca del mar.

Jorge condujo rápido por algunas curvas que hicieron que viera mi vida pasar ante mis ojos, pero enseguida llegamos a una carretera flanqueada por árboles y arbustos, salpicada de casitas, restaurantes y claros desde donde se veía el agua.

El sitio era bonito y más auténtico que el lujoso St. Claire, pero con un aire más áspero.

Volvimos a reducir la velocidad cuando delante de nosotros se cruzaron unos peatones rumbo a la playa. El sol brillaba en la bahía en calma, donde los veleros iban y venían.

Sherry se plantó justo delante de la bicicleta de Jorge, y yo me agaché rápidamente en el asiento. Sherry parecía molesta, y yo no quería que me viera. Podría pensar que la estaba siguiendo, y, después de su comportamiento tan exagerado de la tarde anterior en el *spa*, no quería tener un enfrentamiento con ella allí.

—¡Mira por dónde vas, idiota! —le gritó a Jorge.

—Lo siento, lo siento mucho —respondió él.

—No ha sido culpa tuya —le dije automáticamente, aunque no sé si me escuchó.

Miré por encima del asiento y vi cómo Sherry se subía a un taxi. Giraron en la siguiente esquina.

—¿Señorita? —preguntó Jorge—. Señorita, ¿está bien?

—¿Puedes seguir a ese taxi?

¿Lo había dicho en voz alta? Casi me da la risa.

—Sí, ¿ese? —Señaló hacia donde el taxi de Sherry se había metido.

—Sí, por favor. Te pagaré. —Tenía que haber algún cajero automático en la isla.

Él accedió.

Luego pensé: «¿Cómo voy a volver a tiempo antes de que salga el ferri?».

Debería haberlo pensado mejor. Cuanto más nos alejábamos de las zonas turísticas, más dudaba de mi juicio. ¿Por qué quería seguir a Sherry?

«Porque ha estado actuando de forma sospechosa, además de por la llamada de anoche».

Miré el reloj. Eran las 12:30. La reunión había terminado. Pero parecía enfadada y el taxi no volvía al muelle.

Seguramente no fuera nada.

O podría ser algo.

¿Qué estaba haciendo? Yo no era policía. Ni investigadora privada. Ni siquiera era *Miss* Marple, que seguramente tendría la sensatez de no andar paseando en bicicleta por la otra punta de una isla extranjera con un desconocido, siguiendo taxis a sitios aislados donde no se le había perdido nada.

Yo era una planificadora financiera que leía demasiados misterios. Estaba dándole demasiadas vueltas a la desaparición de Diana. Podría haber sido un accidente.

«Claro, murió estrangulada "accidentalmente" con su propio pañuelo».

Quizá sus notas no tenían nada que ver con chantajes.

«Pero alguien me ha robado el libro».

Ya era demasiado tarde para echarse atrás. Quería saber qué estaba haciendo Sherry.

Y, si soy sincera, me lo estaba pasando bien.

Lo bueno de San Juan —al menos desde mi perspectiva, en la parte trasera de una bici impulsada por pedales siguiendo a un vehículo que funcionaba con gasolina— era que las carreteras eran estrechas y concurridas, y nadie conducía rápido porque había curvas cerradas. Jorge perdió de vista el taxi un par de veces, pero

no se desanimó en nuestra persecución, y siempre lo volvía a ver; normalmente, porque el taxi se quedaba atascado en el tráfico.

Ahora estábamos en una zona natural, cerca de la cima de una colina, donde se juntaban tres caminos. Alrededor había árboles y arbustos verdes y frondosos, y no se veía el mar.

El taxi había aparcado cerca de un camión de comida, pero Sherry no estaba dentro. ¡Mierda! ¿Qué podría estar haciendo allí? No había ningún comercio cerca al que pudiera haber ido, aparte del camión de comida.

—Lo siento —le dije a Jorge—. No debería haberte hecho venir hasta aquí.

—No pasa nada —contestó, aunque parecía cansado.

—Ahora probablemente estemos demasiado lejos de Fish Bay —comenté.

—No, es por ahí —señaló—, todo cuesta abajo hasta Fish Bay. ¿Preparada?

—Sí, ¡ay, espera!

Sherry salió por la parte de atrás del camión de comida. Junto a ella había un hombre delgado, de cabello oscuro, que llevaba gafas de sol y tenía bigote. Parecía enfadado y nervioso, ¿o eso era solo lo que me decía mi intuición al intentar rellenar el vacío de información?

Sherry le extendió un sobre, él lo cogió e inmediatamente se lo metió en el bolsillo. No, no era nada sospechoso darle un sobre a un desconocido en medio de la isla de San Juan. Ella le gritó. Tenía una expresión firme, de enfado y decisión. Él se quedó allí de pie, escuchándola, y no le cambió la cara. Asintió con la cabeza mientras ella seguía diciéndole cosas y después él le dijo algo. No podía leerle los labios, lo cual habría sido una habilidad muy útil.

Sherry volvió andando al taxi, entró en el vehículo, el conductor arrancó y salieron de allí.

—¿Ya hemos terminado? —preguntó Jorge.

—Sí —respondí.

De la forma más discreta posible, le hice una foto al desconocido.

Él se sacó el sobre del bolsillo y sacó un fajo grueso de dinero en efectivo. Lo contó, hizo un gesto de asentimiento para sí mismo y guardó el dinero. Tiró el sobre en el bidón de basura que había afuera del camión de comida, luego entró en el camión, bajó las persianas y, al cabo de un minuto, se marchó.

—¿Lo conoces? —le pregunté a Jorge mientras él empezaba a pedalear en dirección contraria.

Se encogió de hombros.

—No, señora. ¿El camión? Sí[9]. Es… de un negocio que tiene muchos camiones de comida.

Me recosté y me pregunté qué estaría tramando Sherry Morrison… y si eso iba a hacerle daño a Brie.

Quince minutos después, Jorge salió de un camino sinuoso y de bajada hacia una zona plana con vistas a una bahía pequeña y estrecha. Se detuvo bajo un gran árbol frente a un comercio que parecía una casa con un cartel en el que podía leerse «Fish Bay Fish Tacos».

—Aquí está Crusty —dijo—. Comida riquísima y barata.

—Mmm, ¿puedes esperarme? Te pago cuando vuelva a casa de tu abuela.

—Hay cajero automático —contestó a la vez que señalaba un cartel en la cristalera de un restaurante en el que se podía leer «cajero automático» en color rojo.

—De acuerdo, sacaré dinero. ¿Puedes esperarme?

Él sonrió, puso los pies encima del manillar y se recostó en el asiento.

Entré al restaurante. No había aire acondicionado. Una barra larga separaba la cocina de la zona de comedor en la que había varias mesas pequeñas y desparejadas. Había varias personas comiendo y ninguna parecía ser turista.

—¿Quéquierecomer? —La joven habló tan rápido que unió las palabras y me costó entenderla.

Miré el menú escrito a mano en una pizarra. Dos platos del día ya se habían agotado.

—¿Cuatro tacos especiales? Y, mmm, ¿dos botellas de agua?

No sabía qué llevaban los tacos, pero aquel sitio, aunque hacía mucho calor, olía genial.

La chica anunció el pedido, me cobró y colocó dos botellas de agua pequeñas en el mostrador. El agua costaba más que los tacos.

—Necesito hablar con Crusty.

Deseaba con todas mis fuerzas que Crusty no fuera el hombre de aspecto intimidante que estaba detrás del mostrador preparándome los tacos.

—Vale. —No dijo nada más.

—Y ¿está aquí?

—No.

—¿Dónde puedo encontrarlo? La abuela de Jorge… —dije, y me di cuenta de que no le había preguntado su nombre— me comentó que podría encontrarlo aquí.

—Sí. —Me devolvió la tarjeta de crédito.

—¿Cuándo? —pregunté, ya un poco exasperada.

Se encogió de hombros.

—Ahora está en el barco. ¿En veinte minutos? ¿Quiere que lo llame?

—Estaría fenomenal —contesté.

El cocinero tocó una campana, y la chica recogió una canasta con mis tacos sin mirarlos. Me los llevé hasta el cajero automático y saqué doscientos dólares. Tal vez Crusty me pediría dinero a cambio de la información. Después salí. Sin duda, hacía mucho más fresco que dentro. Trepé hasta el asiento de la bicicleta y le entregué a Jorge una de las botellas de agua, dos tacos y dos billetes de veinte dólares. Se merecía cada centavo.

—Gracias[10] —dijo.

Me comí los tacos. Estaban recién hechos y deliciosos.

Habíamos aparcado sobre la base irregular de un *mampoo* enorme, el tronco grueso y las raíces resquebrajaban la tierra en

varios sitios entre nosotros y la ensenada. Era bastante agradable, pensé mientras observaba los barcos. Jorge se bebió el agua, se recostó y cerró los ojos. El sombrero le cubría parte del rostro.

No sabía qué hacer, aparte de esperar y reflexionar sobre lo que había descubierto, que, para ser sinceros, no era mucho. Había venido aquí para seguir los pasos de Diana Harden… y solo había descubierto que CeeCee estaba almorzando con una amiga, y que Sherry Morrison le había dado dinero a un hombre que tenía un aspecto sospechoso. Seguía sin saber por qué Diana había venido a San Juan ni qué había hecho cuando estuvo aquí. Esperaba poder regresar a St. Claire con tiempo suficiente para ducharme y cambiarme para el crucero al atardecer, y detener toda esta investigación poco productiva y disfrutar de la noche con Jason. Se me pusieron los pelos de punta al recordar cómo hacía que me sintiera… Me lo merecía, ¿no? Merecía una noche en la que soltarme y no pensar tanto en todo.

—Ahí está —dijo Jorge, interrumpiendo mi ensoñación.

Señaló hacia la ensenada. Un chico trepaba las rocas desde la orilla abajo. Una caña de pescar le sobresalía de la mochila y cargaba con esfuerzo una nevera grande.

—Ese es Crusty —añadió Jorge.

Crusty entró en el restaurante. Al cabo de un minuto, el chico salió sin la nevera y se subió junto a mí en el bicitaxi, invadiendo mi espacio personal. No debía de tener más de doce años.

—Soy Crusty —dijo—. ¿Y usted?

—Mia —respondí automáticamente.

—¿Necesita que la lleve?

Saqué el móvil y le enseñé la foto que tenía de Diana Harden.

—¿Sabes si alguien la llevó a St. Claire el domingo?

Miró la foto y no supe cómo interpretar su expresión facial.

Luego dijo:

—Cincuenta.

—¿Cincuenta qué?

—Cincuenta pavos.

—¿Por qué?

—Le diré quién la llevó de vuelta.

Podría estar estafándome, y sería culpa mía si perdía el dinero, pero tenía un presentimiento…

Solo tenía billetes de veinte. Le di dos y dije:

—Cuarenta. Nada de mentiras, ¿vale?

Se guardó los billetes en el bolsillo y dijo:

—La llevé yo.

Entrecerré los ojos.

—¿Me estás mintiendo?

—No —respondió—. Me pagó doscientos por llevarla, y cincuenta para que no se lo contara a nadie. No he dicho nada, pero me he enterado de que ha muerto.

—Deberías habérselo dicho a la policía.

Se encogió de hombros.

—Yo no la maté.

—Y la llevaste a St. Claire.

—Sí.

—¿A qué hora?

Volvió a encogerse de hombros.

—No sé. ¿Al atardecer? Mi madre se enfadó porque llegué a casa cuando ya era de noche. No me dejan estar en el agua de noche. Pero, uf, por doscientos cincuenta dólares, mereció la pena la paliza que me pegaron.

—¿Y la dejaste en el muelle?

Vaciló.

—Crusty, esto es importante. ¿La llevaste al muelle principal o la dejaste en otro sitio? ¿Tal vez quedasteis con otro barco?

Estaba mirándome el bolso pequeño que llevaba cruzado.

—No más dinero —dije tajante—. ¿Quieres que le cuente a la policía que hay un niño llamado Crusty que estafa a turistas?

Frunció el ceño, pero Jorge se rio.

—Es buena tía, Crusty —dijo.

—Por favor, cuéntamelo —añadí firme.

Crusty suspiró.

—Quería ir al muelle privado de Ethan Valentine, en el lado sur de la isla.

No me esperaba esa respuesta.

—¿En serio?

—Sí, digo la verdad. La dejé justo ahí, en el muelle. Lo juro por Dios. Es la verdad. —Se hizo la señal de la cruz.

Le creí. No tenía motivos para mentir.

CAPÍTULO VEINTE

> «¿Fue una amenaza o una advertencia con buenas intenciones?».
>
> CAROLYN KEENE, *El rancho Shadow*

CeeCee no estaba en el ferri que volvía a St. Claire, pero Sherry Morrison, sí. No debió de verme por la mañana, porque pareció sorprendida cuando subí a bordo justo antes de que el barco zarpara.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con un tinte de acusación en la voz.

Sonreí y levanté la bolsa con la nueva camiseta para mi abuela.

—De compras. Quería alejarme un rato y ver los paisajes. ¿Y tú? —Intenté mantener un tono de voz despreocupado y solo ligeramente interesado. No creía que me hubiera visto siguiéndola por la montaña, pero no estaba segura.

—Igual —contestó con una mirada helada.

No vi ninguna bolsa en la cabina, pero no hice ningún comentario.

El capitán bajó del puente de mando y dijo:

—¿Ustedes son las únicas huéspedes que regresan? —Miró hacia el muelle como si esperase a alguien más.

—¿Tenemos que esperar a los demás? —soltó Sherry—. Tengo

que prepararme para el crucero de esta noche.

—Por supuesto que no —respondió él con calma—. Hay otro ferri dentro de dos horas.

—Podemos esperar —contesté, sobre todo para irritar a Sherry—. Quiero decir, después de lo que le pasó a Diana Harden, quizá deberíamos hacerlo.

El capitán sonrió y negó con la cabeza.

—No, no hace falta. Volveré dentro de dos horas. Zarparemos en unos minutos, y Gregory bajará con los refrescos.

Volvió al puesto de mando, y Sherry me miró fijamente.

—No tenías por qué ofrecerte a esperar. Tengo planes esta noche, joder.

—¿No te preocupa que hayan asesinado a una mujer?

—Para nada. Seguramente cabreó a la persona equivocada.

Esta mujer no me gustaba ni un pelo, pero me mordí la lengua. Podía no caerme bien, pero también desconfiaba de sus acciones. Me pregunté si Diana habría intentado chantajear a Sherry. Quizá para eso era el dinero…, para pagar un asesinato por encargo.

Un escalofrío me recorrió la espalda solo de pensarlo.

Los motores arrancaron y, un momento después, nos alejábamos del muelle. Gregory, el camarero, bajó con copas de champán y una bandeja de aperitivos. Servían el champán como si fuera agua.

Me disculpé, salí a la cubierta y observé cómo San Juan se iba haciendo cada vez más pequeño mientras nos alejábamos de la bahía y cogíamos velocidad. Esa vez no había llevado ningún libro. Nunca salía de casa sin uno, y, aun así, esa mañana ni se me había pasado por la cabeza. La desaparición y el asesinato de Diana me tenían absorbida, y quienquiera que robó el libro me había arrastrado aún más dentro del misterio. Pero esa noche… esa noche era para Jason y para mí. Estaba emocionada… y un poco asustada. Había química entre nosotros —los dos lo sentíamos—. Sonreí, me apoyé en la barandilla y cerré los ojos. El viento me revolvía el pelo. Ojalá Jason estuviera allí y estuviéramos los dos solos.

Escuché algo —metal contra metal, tal vez—, abrí los ojos y me

di la vuelta.

Grité y solté la copa. Se hizo añicos sobre la cubierta de madera. Sherry estaba justo detrás de mí, tan cerca que podría haberme empujado por la borda.

—No quería asustarte —dijo con un tono que transmitía justo lo contrario.

Gregory salió de la cabina, vio el cristal roto y soltó:

—Señorita Crawford, señorita Morrison, tengan cuidado. Voy a por la escoba.

Y se fue deprisa.

Sherry me miró fijamente.

—No te metas en mis asuntos. Aléjate de mi familia. —Hablaba en voz baja y con un tono amenazante.

—¿Familia? —repetí, aunque pensaba en sus «asuntos». Me había visto seguirla. Sentí un nudo en la garganta. ¿Dónde estaba Gregory con la escoba?

Sonrió. Fue una sonrisa falsa y cruel.

—Futura familia.

Luego volvió a la cabina. Me dejó desconcertada y bastante preocupada.

Andrew nos esperaba en el muelle cuando el ferri atracó. Desde la cubierta observé cómo Sherry corría hacia él y lo besaba con la pasión de los Kent, los recién casados. Él respondió del mismo modo, le pasó un brazo por la cintura y caminaron por la playa hacia el resort.

Tenía mucho en lo que pensar.

Me subí a la lanzadera y, cuando me dejó en la rotonda, fui directamente a mi cabaña, no sin esquivar tres conversaciones.

Doug estaba tan hablador como siempre, pero rechacé la invitación de tomar algo junto a la piscina con la excusa de tener «dolor de cabeza». Brie intentó hacerme señas para que me detuviera, pero le hice un gesto con la mano, ya que todavía no

tenía ganas de entablar esa conversación, aunque sabía que tarde o temprano tendría que preguntarle si había cogido el libro.

Y la señora Kent, la mitad femenina de los recién casados salidos, que, para mi sorpresa, no estaba con su marido. En tres días no los había visto separados ni una sola vez.

—¿Has oído algo sobre lo que le pasó a esa pobre mujer? —me preguntó al cruzarnos, cuando ella salía del estudio de yoga con la piel brillante por haber hecho ejercicio.

Vale, esquivé dos conversaciones y media.

—No —respondí sin dejar de caminar.

Ella se giró y se puso a andar a mi lado.

—Hablé con una de las limpiadoras y me dijo que a la mujer la asesinaron. —Susurró «asesinaron» como algunos susurran la palabra «cáncer».

—Eso dicen —contesté intentando transmitir que estaba ocupada sin parecer maleducada.

—He oído que esa mujer se había alojado en tu habitación —añadió la señora Kent.

Aquello hizo que me detuviera en seco. Me giré hacia ella.

—¿En serio?

—¿No te parece inquietante? —preguntó.

Si ella había descubierto que Diana había estado en mi *suite*, tal vez fuese algo que ya se sabía. Información de la que disponía el personal.

Quizá Brie no fue la persona que se llevó el libro. Quizá fue Sherry, ya que no le habría costado averiguar en qué cabaña se alojaba Diana. O alguien que supiera lo que Diana estaba escribiendo en el libro y estuviera buscándolo en su habitación.

Pero ¿por qué en la habitación y no en el equipaje guardado? Recordé que el personal, la primera noche que estuve en el Sky Bar, comentó que el servicio de limpieza había recogido la habitación de Diana porque no había hecho el *check-out*. Pensé que quizá Amber le había pedido a Gino que revisara la maleta…, o que Gino le permitió hacerlo. Si ella no encontró el libro allí, el siguiente paso

lógico sería registrar la habitación.

Muchas teorías, pero pocas pruebas que las sostuvieran.

—Inquietante, sí —coincidí—. ¿Estás bien después de lo de la otra noche?

La señora Kent suspiró.

—Sí, gracias. Me llevé un buen susto.

—Y con razón —contesté mientras miraba hacia el camino que llevaba a mi puerta—. Me tengo que ir, pero ¿quizá os vea en el crucero esta noche?

—Allí estaremos —respondió, y me saludó con la mano mientras yo me dirigía a mi cabaña.

Me senté en el escritorio y encendí el portátil. Tenía pensado investigar sobre Ethan Valentine y profundizar más sobre Sherry Morrison, pero dudé mientras pensaba en lo que implicaba que Diana Harden se hubiera alojado en mi *suite* antes que yo.

Cualquiera podría haberme visto leer el libro de Diana en la playa —como Sherry Morrison—, pero eso no significaba que todo el mundo me hubiera visto leyéndolo, ni que supieran qué era, en caso de que me hubieran visto. Si el culpable sabía que Diana había escrito en ese libro y no lo encontraba entre sus pertenencias, podría haber pensado que estaba en la habitación. Lo cual, en ese caso, exculparía a Brie.

Había pensado que quizá Brie se lo había llevado simplemente porque fue ella quien me dijo dónde esconderlo. No tenía por qué pegarlo en la parte trasera del tocador, pero era buena idea, teniendo en cuenta mis sospechas sobre Gino. ¿Le estaba dando yo a Brie el beneficio de la duda solo porque me caía bien?

No podía evitar pensar en todos esos misterios que he leído en los que el compañero traiciona al protagonista. Brie ya se había autodenominado «doctora Watson». No he leído todos los relatos de sir Arthur Conan Doyle, pero no creo que Watson haya traicionado nunca a Sherlock Holmes.

Yo no soy Sherlock. Aun así, me costaba creer que Brie hubiera destrozado de esa forma mi habitación y roto el espejo. Fue una

acción mezquina que rozaba la amenaza.

El ladrón o la ladrona, al no encontrar el libro entre el equipaje de Diana, pudo pensar que ella lo había escondido. Eso ponía a Gino y Amber en los primeros puestos de mi lista de sospechosos.

Estaba a punto de escribirle a Brie para preguntarle si podíamos vernos antes del crucero al atardecer, cuando vi que me había enviado un mensaje hacía veinte minutos:

> ¿Estás enfadada? Tenemos que hablar.

Le contesté que nos veríamos dentro de una hora en el Blue Dahlia. Así me daría tiempo suficiente para prepararme antes del crucero. Me respondió con el *emoji* del pulgar hacia arriba.

Brie podría haberse llevado el libro, pero ahora me parecía poco probable. Me había proporcionado información sobre Gino Garmon, sobre la relación entre Diana y Amber, y sobre la situación matrimonial de Trevor Lance. Si hubiera querido verlo, me lo habría pedido.

Después de mi experiencia con la policía de San Juan, me planteé contactar directamente con Ethan Valentine. Pero ¿y si él estaba implicado? Crusty dijo que había llevado a Diana al embarcadero privado de Valentine la noche en la que ella desapareció. Tal vez debería hablar con Tristan. Él sabría decirme si Valentine había estado en la isla el domingo. Si no estuvo, entonces no podía tener nada que ver con el asesinato. O podría hablar con Luis, el tío de Valentine. Dudaba que un octogenario hubiera estrangulado a nadie.

Me giré hacia el ordenador y busqué a Ethan Valentine.

El primer enlace que apareció fue su biografía en la página web de Valentine Enterprises. Era sorprendentemente breve para tratarse del dueño de una empresa valorada en miles de millones de dólares. Fundó la empresa con el objetivo de apoyar a creadores de videojuegos, y ofrecía toda una gama de servicios que abarcaban desde depuración de código de programas informáticos hasta

marketing y distribución. Compraba proyectos en el mercado independiente y los preparaba para su distribución masiva. No había ni una mención a que hubiese pasado tres años sabáticos en una isla, y las revistas del sector lo describían como alguien solitario pero implicado en su negocio.

Hice clic en la pestaña de imágenes, y aparecieron fotos de tres hombres distintos llamados Ethan Valentine, ninguno de los cuales parecía ser un genio de la informática. El periódico estudiantil del MIT había escrito un pequeño artículo sobre él:

> Ethan Valentine, estudiante de informática e ingeniería, le vendió un programa de compresión de datos que desarrolló en el instituto a Roland Briggs, dueño de la fortuna Briggs y antiguo alumno del MIT. Aunque los detalles de la venta no han salido a la luz, se rumorea que Briggs pagó una cifra de al menos ocho dígitos por el programa. No hemos podido contactar con Valentine para comentar la noticia, pero su compañero de cuarto, John Douglas, dijo que Valentine no tenía planeado volver al MIT en otoño. «Ethan tiene más ideas que nadie, y piensa usar esa venta como capital inicial para su propia empresa».

Briggs. Aquello no podía ser una casualidad, ¿verdad?

Hice una búsqueda rápida sobre Roland Briggs y, efectivamente, era el padre de Parker Briggs, el hombre con el que había hablado, el que había discutido con su exnovia y actual amiga de Diana Harden: Amber Jones.

Se trataba de una conexión que no podía pasar por alto.

No tenía tiempo para profundizar en artículos financieros, así que los guardé en el escritorio para leerlos más adelante.

Acababa de ponerme un vestido nuevo cuando Braden me llamó.

—Has contestado demasiado rápido —dijo Braden.

—Estaba vistiéndome para ir a una cena en un crucero al

atardecer —le informé.

—Entonces, no te robaré mucho tiempo. He investigado a las dos empresas que me pediste. El noventa por ciento de Lance & Wong Development, LLC[11], corresponde a su empresa inmobiliaria comercial, AV Properties and Trust, que cuenta con activos por debajo de los 16 000 millones de dólares y un valor de mercado de 17 500 millones, según *Forbes*. Tienen varios proyectos importantes en marcha, pero los dos más grandes son uno de cien millones en Dallas y otro de 120 millones en Nashville.

Un valor de mercado de 17 500 millones probablemente situaría la empresa de Lance entre las veinte más grandes del país.

—¿Algo turbio en su modelo de negocio? —le pregunté a Braden.

—Los han demandado seis veces, pero solo perdieron una vez, por despido improcedente e incumplimiento de contrato contra una pequeña empresa de hormigón de Houston. Tienen una reputación variada en el mundo inmobiliario.

—¿Y el otro diez por ciento de su negocio?

—No me fijé mucho, pero puedo hacerlo.

—No, está bien —dije, aunque no estaba segura de si esa parte sería importante o no—. ¿Y sobre Briggs?

—Parker Briggs es la oveja negra de la familia —contestó Braden —. Hasta donde he podido ver, nunca ha tenido un trabajo de verdad. Supuestamente trabaja con su padre, Roland Briggs, pero hay más artículos acerca de sus fiestas y líos que sobre su actividad profesional. Es el típico niño rico malcriado —añadió con desdén—. Ya sabes cómo son.

Sí, lo sabía. Varios clientes nuestros tenían hijos como Parker Briggs.

—Y ¿Roland dirige el negocio familiar?

—Sí, junto con su hija Abigail Briggs Horowitz y el marido de esta, que es el abogado de la empresa.

—También es filántropo, ¿no?

—Exacto. El Briggs Family Trust salió en un reportaje la semana pasada por la reforma del hospital infantil de Nueva Orleans.

Diana Harden era de Nueva Orleans. Ningún detective de novelas creía en las casualidades.

—Ah, ¿sí? —dije.

—Son de allí. Al menos, el padre y los Horowitz viven allí. No sé en el caso Parker. Se mueve mucho, y se le suele ver por Nueva York, Miami y Los Ángeles. Es donde más problemas parece haber tenido.

—¿Dirías que el negocio de la familia Briggs está en buena forma?

—Tienen calificaciones A en todos los frentes, y tanto Roland Briggs como su hija poseen buena reputación.

—Gracias. —Dudé un momento, y luego solté la pregunta—: ¿Sabes algo sobre Ethan Valentine? Empezó cuando Briggs le compró un *software* de compresión de datos.

—¿El de Valentine Enterprises? No mucho. Valentine mantiene un perfil muy bajo, pero… —Escuché cómo se ponía a teclear—. Su empresa va muy bien. Hay algunos miembros del consejo descontentos porque es muy hermético, pero crearon y ahora producen uno de los videojuegos más populares del mundo. Es una especie de *Carmen Sandiego* mezclado con *Elige tu propia aventura*, pero con armas y explosiones. Van a sacar una edición nueva a finales de año. Las reservas ya han superado las de la edición anterior.

De fondo escuché que Amanda decía:

—¡Dile que deje de trabajar y se divierta!

—No estoy trabajando —contesté.

—No nos lo creemos ninguno de los dos —respondió Braden.

—De verdad que no —repetí—. De hecho, tengo que colgar ya y terminar de prepararme. —Iba a llegar tarde a mi cita con Brie.

Escuché ruido al otro lado de la línea. Entonces Amanda se puso al teléfono:

—Quiero fotos —exigió.

—¿Para demostrar que me lo estoy pasando bien?

—Sí.

Me reí.

—Veré qué puedo hacer. Adiós. —Colgué y apagué el portátil.

No sabía qué tenía que ver Ethan Valentine con Diana Harden o Parker Briggs, si es que tenía algo que ver. Pero había alguna conexión con ambos, y ahora se me había despertado mucho la curiosidad.

Estaba sorprendentemente nerviosa mientras me maquillaba y me arreglaba el pelo. Ya está, pensé. Iba a aparcar a un lado el asesinato de Diana Harden, a dejar de preocuparme por posibles sospechosos y a centrarme solo en Jason.

No sabía por qué estaba tan nerviosa.

CAPÍTULO VEINTIUNO

> «Si hay una explicación para lo que estoy haciendo ahora mismo, es esta: me he vuelto completamente loca».
>
> VERONICA MARS

Brie estaba sentada en una tumbona en el borde del patio, bebiendo un líquido rosa. Me senté en la silla de al lado.

—Lo siento. Estaba hablando con la oficina y se me fue el santo al cielo. —Miré el reloj—. Vale, tengo veinte minutos antes de que salga la lanzadera hacia el ferri.

—¿Vas al crucero?

—Sí. Jason está trabajando, y es mi cumpleaños, así que…

—Ay, feliz cumpleaños.

—Gracias. Treinta ya. No me siento distinta. —Creía que me sentía y comportaba como si tuviera treinta desde el momento en que empecé a trabajar en McMann & Cohn, hacía cinco años. Me salté la diversión de la veintena. Aquel pensamiento me deprimió.

Brie miraba fijamente el agua mientras se bebía el daiquiri.

—¿Qué pasa? —le pregunté.

—Creo que mi padre va a pedirle matrimonio a Sherry esta noche. Estoy…, bueno… Es una mierda. Una mierda de las grandes.

—¿Sabes mucho de ella? ¿De su pasado? —La cabeza me iba a

mil.

Sherry no era quien decía ser. Por cómo se comportaba conmigo, por sus movimientos por la isla a escondidas, por lo de pagarle en efectivo a un tipo turbio a cambio de vete a saber qué.

Brie se encogió de hombros.

—Lo suficiente como para saber que es horrible. No quiero que mi padre se case con ella. Sé que va a por su dinero. Bueno, no es que lo sepa, pero lo creo, y su último marido está muerto, y no quiero que mi padre…, que…

Se le quebró la voz, y le dije:

—¿Le has dicho a él cómo te sientes?

—¡Sí! No. Más o menos. Quiero decir, Sherry es la primera mujer que ha traído aquí. Pero creo que tiene dos caras. Es divertida, agradable y muy natural cuando está con mi padre, pero, cuando él no está, es maquiavélica. Arrogante. Criticó al personal de limpieza diciendo que era mediocre, dijo que no pagamos mil dólares al día para vivir rodeados de basura. Mi padre paga mil dólares al día. No ella. No creo que tenga más dinero propio que el que consiguió de sus maridos.

—Dos caras —murmuré.

—¿Qué?

—Diana escribió en el libro que iba a encontrarse con «Dos Caras» el domingo a las ocho. Quizá no eres la única que piensa que Sherry tiene dos caras.

—A lo mejor tienes razón. Pero no podemos demostrarlo. —Brie tenía razón, pero no descarté la idea—. Lo que pasa es que hemos estado juntos mi padre y yo durante años, y no quiero que se quede solo.

—Confía más en él —dije. Dudé, y luego le conté lo que Sherry me había dicho en el *spa*—. Pensaba que yo estaba coqueteando con tu padre y que me había hecho amiga tuya para acercarme a él.

—¿Qué?

—Luego la vi hoy en San Juan y se comportaba…, bueno…, de manera sospechosa. —No le conté a Brie lo que Sherry dijo en el

ferri, ni cómo intentó asustarme a propósito. Todavía no estaba segura de si solo fue una advertencia leve o una amenaza seria—. La seguí.

—¿La seguiste hacia dónde?

—La vi en un taxi. Quedó con un tipo sospechoso en medio de la nada y le dio un sobre con dinero en efectivo.

—¡Sabía que tramaba algo! ¿Y?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—Mia —dijo Brie, y se mordió el labio—, por favor, no te enfades conmigo.

—Tú cogiste el libro de Diana de mi habitación. —Me sentí aliviada al instante. Eso significaba que no había desaparecido.

Brie frunció el ceño.

—¡No! ¿Por qué iba a hacer eso? ¿Lo has perdido?

—Han entrado en mi habitación. Lo han puesto todo patas arriba y se han llevado el libro. Lo había pegado con cinta adhesiva detrás del tocador, justo como tú me sugeriste. Dime la verdad: ¿lo tienes tú?

—No —respondió. Luego desvió la mirada—. Pues vaya mierda.

Me dio un vuelco el corazón.

—De verdad esperaba que fueras tú. Me habría enfadado, pero también me habría alegrado de que no se hubiera perdido.

—Yo no lo cogí —insistió—. Pero… sí que entré en tu habitación anoche. La puerta de la terraza no estaba cerrada con llave. No debería haberlo hecho, ¡lo sé! Pero quería ver lo que no querías que viera.

Aquello me creó confusión.

—¿A qué te refieres?

—Ayer estaba claro que no querías que leyera el libro, y pensé que podría haber algo escrito sobre mi padre que no quisieras que yo supiera. La puerta no estaba cerrada con llave. No toqué nada más. Miré detrás del tocador. Estaba ahí. Lo leí y volví a dejarlo exactamente donde lo encontré.

Parecía decir la verdad.

—¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

—Diez minutos, doce como mucho. Te vi salir, esperé un par de minutos y entré, pensando que estarías fuera al menos una hora.

No me gustaba que Brie hubiera vulnerado mi espacio y quebrantado mi confianza, pero la creí.

—Vale —contesté.

—Lo siento —dijo con sinceridad—. ¿De verdad te lo han quitado?

—Sí. —Eso me hizo volver a pensar en Amber, Sherry o Gino. Gino me había visto con el libro en la playa. Quizá, como Amber había preguntado por él, Gino decidió buscarlo por su cuenta.

Empezó a dolerme la cabeza. Me froté las sienes. Podría ser alguien en quien aún no había pensado, alguien más a quien Diana estuviera chantajeando.

—A lo mejor se te pasa un poco el enfado conmigo cuando descubras que no lo hemos perdido todo —dijo Brie, y sacó el móvil. Deslizó el dedo por las imágenes y me lo tendió—. Hice fotos de todas las páginas en las que Diana había escrito.

Me puse muy contenta y no pude evitar sonreír.

—Te lo perdono todo si me las envías.

Lo hizo enseguida, luego me enseñó una de las páginas y comentó:

—Esto es sobre mi padre —dijo señalando una de las primeras notas que había en el libro, una en la que aparecían los valores de las propiedades y el patrimonio neto.

—Eso creo —respondí—. ¿El número «112»? He descifrado su código; al menos, parte de él. «112» es Andrew Locke. «2012», Trevor Lance. «77», Gino Garmon. «1419», Nelson Stockton. Hay más, pero no puedo descifrar algunos sin una lista de huéspedes y empleados.

—¿Crees que estaba chantajeando a todas estas personas? —preguntó Brie.

Asentí con la cabeza.

—O, al menos, planeaba hacerlo.

—Y ahora está muerta. —Brie se reclinó y se terminó el daiquiri —. Leí lo que escribió sobre mi padre y Sherry. Diana creía que Sherry está con mi padre por su dinero. Yo siempre he pensado que es una interesada. Quizá se le están acabando las reservas, o está a punto de perder su casa. Nada de eso es importante si se casa con mi padre y se lleva la mitad de todo lo que tiene. Lo usará. Mi padre es un tipo estupendo, generoso y la mejor persona que conozco. Pero es demasiado confiado. Está perdidamente enamorado de ella. Va a proponerle matrimonio. Y no sé qué hacer. Si le pasara algo, me moriría.

Brie estaba a punto de romper a llorar. Me conmovió y entendí por qué había entrado en mi habitación para hojear el libro. Si mi padre estuviera vivo, yo también querría asegurarme de que la persona que entrara en su vida le quisiera de verdad.

—Ya pensaremos algo —dije.

—¿Me ayudarías? ¿Aunque haya traicionado tu confianza?

No me caía bien Sherry; en cambio, Brie sí.

—Por supuesto que te ayudaré. —Miré el reloj—. La lanzadera sale en dos minutos. ¿Te vienes conmigo? Quiero enseñarte una cosa.

Caminamos hacia la rotonda que había a la salida del vestíbulo. Le enseñé la foto que le había hecho a CeeCee y a la mujer que estaba con ella almorzando.

—Creo que conozco a esta mujer. La he visto, pero no sé quién es.

Le pasé mi móvil a Brie.

—Ah, sí. Creo que… sí. Esa es la primera mujer de Trevor Lance. ¿Te acuerdas? Te enseñé un artículo en el que hablaban de su nueva mujer, la modelo que ahora está en Europa, y había una foto de su primera mujer, pero de cuando era mucho más joven.

Ahora sí me acordaba. Entrecerré los ojos mirando la imagen.

—¿Estás segura?

—Al noventa y nueve por ciento —dijo devolviéndome el móvil.

Pensé que tenía razón. También había visto una foto de la ex en

uno de los artículos sobre Trevor que había leído la noche anterior.

—¿Para qué iba a reunirse su amante con la exmujer? —me pregunté en voz alta.

—No entiendo a nadie. Son todos unos idiotas —contestó Brie.

No podía estar más de acuerdo.

Se subió una última persona a la lanzadera. Henry me saludó, y levanté un dedo para pedirle que esperase un momento.

—Mañana por la mañana repasemos estas páginas y mis anotaciones. Tal vez, entre las dos descubramos a quién más chantajeaba Diana y qué sabía sobre Sherry, ¿de acuerdo?

—Si la empujas por la borda, no me enfadaría —bromeó Brie.

Me reí, aunque no debería haberme reído.

—Por cieno, mira —dijo Brie, señalando el lugar donde arrancaba un sendero señalizado como «St. Claire Peak».

Amber Jones —ataviada con unos pantalones chinos, camiseta y zapatillas deportivas— estaba ahí golpeando el suelo con el pie y con los labios apretados. No podía verle los ojos, pues estaban ocultos tras las gafas oscuras, pero sin duda estaba esperando a alguien. Mientras la observábamos, Parker Briggs se acercó a ella, la cogió del brazo, y ella le apartó la mano. Él también vestía con ropa informal y calzado adecuado para caminar. No daban la sensación de ir a dar un paseo romántico.

—¿No me habías dicho que pensabas que Amber estaba buscando el libro de Diana? —preguntó Brie—. Quizá se lo llevó ella.

Mientras los observábamos, Amber rebuscó en el bolso y se adentraron en el sendero. Los tenía demasiado lejos como para ver qué sacaba del bolso, pero parecía un libro. Del tamaño de uno de bolsillo, como el que me habían robado.

—Están tramando algo —comenté—. Creo que ese es mi libro.

Henry tocó la bocina e hizo un gesto hacia su reloj. Doug me hacía señas desde la lanzadera para que me diera prisa.

—Me tengo que ir —dije, todavía indecisa sobre qué hacer. Jason estaba en ese crucero. Quería pasar tiempo con él y ya le había dicho que iba a ir—. Vigílalos cuando vuelvan, ¿de acuerdo?

—Los seguiré.

—No. Eso es demasiado peligroso. No sabemos qué planean. —Pero estaba claro que Amber quería el libro por una razón. ¿Qué tenía ese libro para que fuera tan valioso? ¿Por qué subían a la montaña a última hora del día? ¿Qué había allá arriba?

—Ven conmigo —dijo Brie.

Henry tocó la bocina otra vez y gritó:

—¡Diez segundos, señorita Crawford!

—Creía que querías que empujara a Sherry por la borda —bromeé.

—No quiero que te echen de la isla.

Me mordí el labio. Bueno, en el crucero, Jason estaría trabajando y probablemente no tendría mucho tiempo para mí. Y todos los demás iban en pareja. Yo me quedaría sentada en la barra mirándolo, sin acabar de encajar, sin nada que hacer y sin ningún libro que leer.

—De acuerdo —contesté. Debía de haberme vuelto completamente loca ya que iba a renunciar a pasar tiempo con Jason para subir una montaña siguiendo a dos posibles ladrones—. Vamos.

Me dirigí a Henry:

—Lo siento, no puedo ir. Me ha surgido un imprevisto.

Parece que le molestó. Intenté disculparme otra vez, pero Brie me arrastró del brazo. Ya habíamos perdido de vista a Amber y Parker.

Mientras la lanzadera se alejaba sin mí, le mandé un mensaje a Jason.

«Me ha surgido un imprevisto. Lo siento mucho. Luego te llamo».

No esperé su respuesta y guardé el móvil. Por alguna extraña razón, seguir a Amber y Parker no me daba miedo ni me intimidaba. No le había mentido a mi abuela ni a Amanda: estaba pasándomelo bien. Odiaba admitirlo porque probablemente era lo más arriesgado que había hecho nunca, pero desentrañar este misterio era lo más divertido que había acometido en años, más aún ahora que tenía

una compañera.

Nos dirigimos hacia el sendero.

CAPÍTULO VEINTIDÓS

> «A veces tenemos que arriesgarnos mucho si queremos descubrir quiénes somos».
>
> MEG CABOT, *Queen of Babble*

Árboles frondosos con hojas grandes y pesadas sombreaban el sendero de St. Claire Peak. La tierra húmeda me hizo estornudar, y rápidamente me tapé la boca con la mano, esperando que Amber y Parker no me hubieran oído.

—No te preocupes —susurró Brie—. Están demasiado lejos como para oír nada.

Brie no podía saberlo a ciencia cierta, pensé.

Señaló el sendero de tierra compacta. Como estaba húmedo, era fácil seguir sus huellas.

El sendero serpenteaba montaña arriba en una pendiente constante. Lo notaba en las pantorrillas, todavía doloridas por la caminata del día anterior y por haber recorrido San Juan esta mañana.

A mitad de camino, el sendero se bifurcaba. Ninguno de los dos caminos estaba señalizado.

—¿Por cuál vamos? —preguntó Brie.

Solo habíamos tardado quince minutos en llegar hasta allí, así que todavía había suficiente luz como para ver con claridad.

Podíamos seguir hacia el sur o girar a la derecha. El camino de la derecha era más empinado, y el del sur, más estrecho. Ambos parecían algo cubiertos por la vegetación.

—Por el de la derecha —añadió Brie, respondiéndose a sí misma —. ¿Ves? Aquí están las huellas.

En la tierra húmeda se veían claramente las huellas. Parker llevaba puestos unos náuticos. Era fácil ver parte del logo de Sperry en varios puntos del camino. Amber llevaba unas zapatillas Chacos. Reconocí el diseño porque yo misma tenía un par.

Me impresionó.

—Qué buen ojo tienes, Brie.

—Cuando mi padre jugaba al béisbol, me mandaba a campamentos de verano. Aprendí cosas muy útiles.

Aunque todavía faltaban dos horas para que se pusiera el sol, cuanto más avanzábamos, más oscuro se volvía el sendero. En algunos tramos, una barandilla señalaba un borde particularmente peligroso. En otros, nos abrimos paso entre densos arbustos. Las luces del sendero aún no se habían encendido, así que tuvimos que prestar mucha atención para no desviarnos y tomar sin querer un camino sin señalizar. Las luces exteriores del resort se encendían una hora antes del atardecer, y tenía la esperanza de que estas también. Si no, tendríamos que usar las linternas de los móviles para volver.

—¿A dónde lleva este sendero? —le pregunté a Brie en voz baja, en parte, por el entorno y, en parte, porque no sabía lo lejos que estaban Amber y Parker.

—Tras recorrer tres cuartas partes del camino, hay un mirador. Después, hay tres senderos. Uno suele estar cerrado. Ese va al helipuerto y, más allá, a la casa de Ethan Valentine. Otro cruza la montaña, deja atrás el lago y luego baja a West Beach. He ido hasta allí muchas veces, pero normalmente volvemos en barco. El camino para bajar está bien, pero cuesta mucho subirlo.

—¿Y el tercer sendero?

—Al Sky Bar.

Fruncí el ceño.

—No es por donde subimos la otra noche.

—Es la ruta más larga y tiene las mejores vistas.

—La ruta oscura y aterradora —murmuré.

—Por la mañana es bonita —dijo Brie.

Las voces que oímos delante de nosotras hicieron que nos detuviéramos. Brie se agarró de mi brazo.

Al principio, no pudimos entender lo que decían. Hice un gesto para que Brie se quedara, y yo me fui acercando poco a poco por el sendero teniendo cuidado de dónde ponía los pies, y con la esperanza de poder escuchar algo. En vez de quedarse donde estaba, Brie me siguió.

—Te estás inventando todo esto sobre la marcha, ¿verdad, Amber? —dijo Parker.

—No me lo estoy inventando —replicó Amber con brusquedad—. Ella escribió usando código. Es una suposición fundamentada. ¿Acaso tienes alguna idea mejor?

—De acuerdo, pero Amber, te juro que, si no encontramos esos documentos pronto, me las pagarás.

—Venga, cállate —contestó ella, y su voz se fue alejando a medida que seguían andando.

Quise seguirlos, pero el sendero se ensanchaba y se hacía más empinado. Podrían vernos.

—¿Qué piensas? —le pregunté a Brie.

—Están buscando los documentos de los que los oíste hablar el otro día.

—Claro, pero ¿por qué iba a esconder Diana unos documentos al aire libre? Se estropearían, ¿no?

Brie se encogió de hombros.

Aunque no sabía qué buscaban, me habían robado el libro, y quería ver qué estaban haciendo. Seguimos subiendo hasta llegar a una bifurcación.

—¿Por dónde va el camino que lleva a West Beach? —pregunté.

Ella señaló y añadió:

—Está prohibido pasar por ahí de noche. Es muy peligroso.

—Entonces, ¿por dónde se han ido? Seguro que hacia el Sky Bar, ¿no? —dije—. Si están buscando papeles, allí estarían protegidos de las inclemencias del tiempo.

Tenían que estar bien escondidos si nadie del personal los había encontrado.

—Espera —contestó Brie, y desapareció por el camino que llevaba a la playa.

Volvió al cabo de un minuto.

—No vuelvas a hacer eso —le dije.

—Se han ido por ahí. Tenemos que seguirlos.

Me mordí el labio y miré a mi alrededor, tratando de inventarme una excusa para volver.

—Vamos —insistió Brie—. Tenemos más de una hora antes de que se ponga el sol, y casi dos antes de que oscurezca del todo.

—Vale —contesté con reticencia—. Pero volvemos antes de que empiece el atardecer oficialmente. No quiero perderme aquí arriba, ni caerme por un acantilado. —Y quizá aún podría salvar la noche con Jason.

Brie se llevó la mano a la sien, en forma de saludo militar, y se puso en marcha.

—¿Qué será tan importante —me pregunté en voz alta— como para que Parker haya venido hasta St. Claire a buscarlo?

Brie se encogió de hombros.

—¿Dinero? ¿Documentos financieros? A Diana le gusta chantajear a la gente. Quizá ella tenía algo con lo que chantajearle a él.

Parker y Amber no estaban en la isla cuando Diana desapareció, así que no eran los asesinos, pero ¿matarían por esos papeles?

En mi mente, di vueltas a todas las posibilidades.

Quince minutos después, aún no los habíamos alcanzado, no podíamos oírlos, y empezaron a aparecer señales de advertencia a lo largo del camino.

¡PELIGRO! CAÍDAS PRONUNCIADAS MAS ADELANTE

¡PELIGRO! NO HAY BARRERAS DE SEGURIDAD

ACCESO AL LAGO SOLO APTO PARA EL PERSONAL DE ST. CLAIRE

—Tenemos que volver —dije.

—Todavía no —respondió Brie.

¿Acaso Brie quería matarse? Yo no. Por eso no practico ala delta, hago caso a todas las normas de tráfico y presto atención a las señales que advierten de los peligros.

Brie se paró en seco y casi me choco con ella.

—¿Q-qué…? —Entonces casi me quedo sin respiración.

Debajo de nosotras estaba el lago de montaña del que hablaban las señales de advertencia. Era el sitio más bonito de una isla llena de lugares preciosos.

El volcán estaba inactivo desde hacía miles —quizá cientos de miles— de años (solo tuve una clase de geología en la universidad y no presté mucha atención). Parecido al lago del Cráter de Oregón, pero mucho mucho más pequeño. Al este había una pared de roca lisa y empinada que terminaba en el punto más alto de la isla. Al oeste, una cascada; de ahí venía el sonido del agua que llevaba tiempo escuchando. En las frondosas orillas del lago, había árboles y arbustos de todos los tamaños, intactos. Era como retroceder en el tiempo.

Con todo, lo que hacía que esta escena fuera especialmente bonita era la puesta de sol, que iluminaba los acantilados con colores espectaculares, tan brillantes y relucientes que casi me cegaba, sobre todo si lo comparaba con el oscuro sendero por el que habíamos llegado.

—Solo hay una forma de franquear el lago —dijo Brie con solemnidad, tan fascinada como yo por el paisaje que teníamos ante nosotras. Señaló hacia la orilla sur, donde había una pequeña cala—. He nadado por esa zona. Hay allí una laguna genial. Desde aquí no se ve muy bien. Pero está prohibido nadar prácticamente en todo el

lago porque la cascada es peligrosa, sobre todo después de una tormenta. El agua cae directa al mar.

Miré fijamente y vi un cable que cruzaba el lago. Parpadeé. ¿No sería una tirolina?

Seguí con la vista el cable grueso hasta que vi un claro que se encontraba a tan solo quince metros de nosotras, donde había una estructura de metal y madera en la que el cable estaba sujeto en varios puntos, y acababa convirtiéndose en un único cable enrollado más grueso.

—Ni de coña —dije.

Brie siguió mi mirada y luego sonrió y exclamó:

—¡La tirolina! A mí también me daba miedo la primera vez, pero es muy divertido. Solo tienes que acordarte de soltar el arnés y saltar cuando queden entre unos seis y quince metros para llegar a la orilla. Si no, tocarás tierra y podrías romperte algún hueso. Pero es una pasada.

—Jamás —respondí. Calculé que de un lado a otro habría, al menos, una distancia de unos doscientos setenta metros, o quizá más.

—Las vistas son increíbles —comentó Brie—. Tienes que probarlo. Aterrizas en esa laguna. Desde ahí, solo hay que hacer una caminata corta hasta West Beach, y allí un barco nos llevará de vuelta al resort.

—Por encima de mi cadáver —murmuré, luego entrecerré los ojos y me protegí del sol—. Espera…, ¿hay gente por allí?

Brie se puso la mano en la frente como visera y entrecerró los ojos.

—Han dado toda la vuelta andando. ¡Imbéciles! No van a poder subir de noche, no sin jugarse el cuello. Tendrán que ir por el camino largo.

El destello de un recuerdo me sobresaltó. Saqué el móvil, pero las imágenes que me había enviado Brie no se habían descargado todas.

—Brie, deja que vea tu móvil. Lo del libro.

Me miró extrañada, luego sacó el móvil, abrió una carpeta de imágenes y me lo pasó, acercándose para mirar mientras yo repasaba las páginas del libro fotografiadas. Había cincuenta y siete fotos, lo que quería decir que Diana había escrito en cincuenta y siete páginas —en cincuenta y ocho, si contaba la hoja que arrancaron—. Me detuve al llegar a una página que tenía una palabra subrayada. «Luna». Recuerdo que cuando la vi me pareció raro que solo hubiera subrayado una palabra. Seguí pasando páginas y me detuve.

—¡Ahí!

También estaba subrayada la palabra «laguna».

—No lo pillo —dijo Brie.

—Diana subrayaba o rodeaba palabras al azar en el libro. ¿Y si no eran al azar? Sabemos que los números representaban a personas de la isla. ¿Y si las palabras que rodeaba también significan algo? —Señalé hacia el lago y vi que el sol ya se estaba metiendo tras el horizonte y proyectaba sombras extrañas a nuestro alrededor—. Hay otra laguna en la isla. He estado allí. Está más cerca del resort. —Por otra parte, quizá Amber y Parker ya habían pasado por allí, o la palabra «laguna» tan solo formaba parte del código.

—Hay al menos una docena de palabras subrayadas —comentó Brie—. ¿Cómo vamos a saber lo que significan?

—Deberíamos volver —sentencié—. Apuntémoslas todas y quizá entonces veamos la solución de forma clara.

—Ellos ya lo han hecho —dijo Brie señalando al otro lado del lago, hacia la laguna, donde ya no se los veía—. Saben lo que están buscando.

—Diana estuvo aquí dos días. ¿Habría subido hasta aquí para esconder unos papeles? En algún momento tendría que recuperarlos, ¿no?

—Puede ser, pero Amber cree que están aquí arriba.

—O tal vez intenta convencer a Parker de eso. Ya no nos da tiempo a llegar allí y volver antes de que se haga de noche. Tengo claro que no quiero caerme al lago.

—Tienes razón —concedió Brie.

—El lugar más lógico para guardar cualquier documento sería entre sus pertenencias, las cuales recogió el personal de limpieza. Ese sería el primer sitio en el que buscar. Amber no encontró ni los papeles ni el libro, así que entró en la cabaña donde se había alojado Diana, esto es, mi habitación, porque pensaba que Diana había escondido algo allí.

—Pienso igual, ¿y?

—Si tienes que guardar algo importante o valioso, ¿no lo llevarías cerca de ti? Quizá la mataron por esos documentos, y el asesino los tiene.

—¿Y Amber y Parker están detrás de una pista falsa?

—Es posible. —Lo que significaba que nosotras también estábamos tras una pista falsa.

—O ella los escondió y le dijo a Amber dónde, y por eso Amber se está tomando tantas molestias por encontrarlos —añadió Brie.

—Eso también puede ser —convine—. Lógicamente, se trataría de un lugar que nadie descubriría por casualidad, pero de fácil acceso para un huésped. —Estiré el cuello, pero Amber y Parker ya no se veían—. ¿Crees que estarán bien?

—Claro —dijo Brie—. Hay otra forma de subir al Sky Bar desde West Beach, pero será una caminata infernal, sobre todo de noche.

No me caían bien, pero no quería que les pasara nada malo.

—Si cuando lleguemos al resort no han vuelto, deberíamos decirles a Tristan o a Kalise dónde los hemos visto.

—Pueden dormir en la playa —propuso Brie—. Se lo merecen por ser tan sibilinos.

—No tentemos a la suerte —contesté a la vez que señalaba todos los carteles que avisaban del peligro—. Tenemos que irnos.

—Vayamos por el camino del Sky Bar —dijo Brie—. Esta noche el bar está cerrado por el crucero, pero el camino es más fácil y está mejor iluminado.

—Estoy completamente de acuerdo —contesté.

Retrocedimos hasta llegar a la bifurcación de los tres caminos, y

luego nos dirigimos hacia el norte, hacia el Sky Bar.

El camino era, en gran parte, recto y llano. Las luces del suelo se encendían a medida que avanzábamos, y vi cosas que indicaban que había alguna obra: un claro a la izquierda, una caja de herramientas grande con un candado y una malla naranja que bloqueaba parte del terreno. Había un montón de ramas y hojas enormes apilado a un lado y cubierto con lonas.

—¿Qué están haciendo aquí arriba? —pregunté.

Brie se encogió de hombros.

—Mi padre dijo algo de que están construyendo una torre de telefonía móvil. Hay un par de islas privadas cerca y supongo que no tienen buena señal de internet. St. Claire está en el centro y tiene el pico más alto, así que tendría sentido construir aquí una torre. Y, de paso, St. Claire tendría mejor cobertura.

—Yo no he tenido problemas con la señal en el resort. —Pero recordé que no tenía señal cuando grabé el vídeo para la reseña en el Sky Bar la otra noche.

—Es un poco irregular: va y viene —dijo Brie—, pero en las habitaciones suele ir bien. En cualquier otro sitio, ya depende de la suerte que tengas. Vaya, mira el atardecer.

Gracias al claro, se podía ver el mar desde el sendero.

—Da pena que vayan a poner una torre de telefonía móvil aquí —comentó Brie—. Se cargará las vistas.

Observamos cómo el sol iluminaba el cielo por el oeste.

—Oye, ¿quieres que nos hagamos un selfi? —preguntó Brie. Sacó el móvil y me indicó que me diera la vuelta.

No se me daba muy bien hacer selfis, pero Brie sabía lo que se hacía, así que lo pasamos bien. Hizo varias fotos y sonrió.

—¿Ves? Sales bien.

—¿Me haces una a mí para que pueda mandársela a mis amigas y a mi abuela? Me ha llamado hoy y quiere que publique más fotos en las redes sociales.

Brie se rio.

—Mi abuela ni siquiera sabe usar su *smartphone*.

—Yo le enseñé a la mía —dije—, y a veces creo que ella sabe usar el suyo mejor que yo.

Brie me hizo unas cuantas fotos. Luego dijo:

—Vale, relájate, suéltate. No es una foto para la graduación.

Puse los ojos en blanco y Brie se rio.

—¡Oh, oh! Haz un círculo en el cielo con los brazos. ¡El sol está en el ángulo perfecto! Vale, vale, da un paso atrás. Uno más. ¡Listo! Lo estás clavando. Ahora agáchate y levanta la mano como si lanzaras un beso, pero mira hacia el sur. Sí, baja un poco la mano. ¡Perfecto!

—¿Vas a estudiar Fotografía en la universidad? —pregunté.

—No, Medicina. Lo de las fotos es una afición.

—¿Medicina? —contesté. No sé por qué aquello me sorprendió.

—Sí. Quiero curar el cáncer.

—Eso está genial.

Brie se encogió de hombros.

—Alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué no yo?

Me puse de pie, pero se me resbaló un pie. Luego el resto del cuerpo siguió al pie, y grité.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

> «Todos hacemos cosas de las que nos arrepentimos. Forma parte de crecer».
>
> SUE GRAFTON, *F de fugitivo*

Me caí de golpe sobre un lecho de hojas húmedas, que por suerte amortiguaron la caída, pero me cubrieron de barro.

Miré hacia arriba y al principio no veía nada. Después, el cielo dejó de estar borroso y tenía un color azul que se fue oscureciendo conforme se iba poniendo el sol rápidamente.

Sentí que me quedaba sin aire. Intenté llamar a Brie, pero no pude emitir sonido alguno, sino solo un jadeo ahogado. Me zumbaban los oídos. Evalué las posibles lesiones. Podía mover los brazos sin que me dolieran. Bien. ¿Las piernas? Perfectas. ¿El cuello? Lo moví despacio hacia delante y hacia atrás. Sentí un pequeño pinchazo, pero nada grave. Me estiré y me toqué las costillas y no sentía un dolor fuerte que avisara de que tuviera una costilla rota o fisurada.

—¿Mia? ¡Mia!

—Estoy bien —dije con un susurro. Tosí, me aclaré la garganta y grité hacia arriba—: ¿Brie? ¡Estoy bien!

Me puse de pie, y se me hundieron los pies en el barro y me pesaban las piernas. Puag.

—¿Puedes salir de ahí? —preguntó Brie.

—Quizá —dije.

El agujero tenía unos tres metros y medio de profundidad, pero era demasiado ancho como para trepar por los lados. Incluso aunque Brie me tendiera la mano, yo no iba a poder agarrarla, y había muchas probabilidades de que acabara cayendo ella también al agarrarme.

Saqué el móvil y encendí la linterna. Tuve que intentarlo dos veces porque tenía los dedos mojados y resbaladizos. Busqué una escalera, algún apoyo o cualquier cosa con la que subir y salir de ahí.

Nada.

Estaba atrapada.

No quería quedarme atrapada. Tenía que haber una solución.

—¿Ves alguna escalera por ahí arriba? ¿Te acuerdas de la obra que hemos visto? Echa un vistazo por allí.

—Ahora mismo vuelvo.

Brie se alejó. Yo me quedé de pie en medio del barro sintiéndome absoluta, total y completamente tonta.

—¿Mia? —me llamó Brie unos minutos después.

—No te acerques mucho —contesté—. No quiero que te caigas tú también.

—No hay escalera ni cuerda. A lo mejor si me tumbo puedo sacarte.

—No —dije—. Está demasiado hondo.

Era el agujero que habían hecho para la base de la torre de telefonía móvil. Había una malla naranja de advertencia alrededor de las herramientas, pero la malla que debía cubrir este agujero… estaba abajo, en el fondo, donde no servía de nada.

—Tienes que buscar ayuda —dije—. No le digas a nadie que estábamos siguiendo a Amber.

—Claro que no. Seré lo más discreta posible. Íbamos de excursión y ya se estaba haciendo tarde, así que acortamos el camino por aquí. Un accidente en toda regla. ¿Estás segura de que

estás bien?

—No tengo nada roto, salvo mi orgullo.

—No tardaré mucho —dijo Brie—. Intentaré pillar cobertura en el Sky Bar. ¿Tienes el móvil? ¿Y linterna?

—Sí. Está al cincuenta por ciento de batería. Ve.

Cuanto más rápido fuera a buscar ayuda, antes saldría yo de allí.

—Vale —contestó Brie, y después solo oí el ruido de sus pasos alejándose hasta desaparecer.

Tenía ganas de llorar. Era mi trigésimo cumpleaños y estaba atrapada en un hoyo lleno de barro en la cima de una montaña, cuando, en cambio, debería estar en un crucero con el hombre más sexi de la isla.

Miré al cielo, que ya estaba oscuro. Las estrellas brillaban intensamente. Si no hubiera estado atrapada en el fondo de un hoyo de tres metros y medio de profundidad, las habría disfrutado.

¿Cómo había sido tan tonta? Había seguido a Amber y Parker hasta lo más profundo de la isla, dos personas que no se llevaban bien y que habían entrado a mi habitación y me habían robado el libro. Fui a San Juan a hablar con la policía como si yo fuese una detective. Me subí a un bicitaxi con un chico que no conocía para seguir a Sherry por toda la isla. Él podría haberme dejado en medio de la nada, o algo peor. Había arrastrado a una chica universitaria de dieciocho años al meollo de este misterio y también la había puesto en peligro. Literalmente ¿había visto un cadáver y me creía que podía resolver el crimen? ¿Por qué estaba yo más interesada en descubrir qué le había pasado a Diana —y qué era lo que estaba haciendo en la isla— que en explorar lo que sentía por Jason Mallory?

La imaginación no solo se me había disparado, sino que había aterrizado en Marte y luego había hecho una excursión a Júpiter. Gino Garmon no era un asesino. Era el jefe de seguridad. Había sido policía en Miami y estaba más que capacitado para llevar a cabo la investigación de un asesinato. Y solo porque Diana Harden le hubiera pagado a un chico para que la llevara al muelle de Ethan

Valen tiñe no significaba que este último la hubiera matado. Probablemente, ni siquiera estaba en la isla. ¿Y toda esa gente a la que Diana podría haber estado chantajeando? ¿Y si yo estaba equivocada? ¿Y si el código de sus anotaciones y sus abreviaturas no tenían nada que ver con chantajes y solo eran cotilleos de mal gusto?

CeeCee era la típica novia trofeo de un idiota de cincuenta años en plena crisis de la mediana edad. Me había montado una película a raíz de su comentario casual sobre la contabilidad. ¿A quién le importaba que ella se hubiera reunido con la exmujer de Trevor Lance? Quizá la ex solo le estaba dando una advertencia a CeeCee. ¡Y yo estaba haciendo que mi asistente en Nueva York investigara a Trevor Lance y Parker Briggs! Le estaba haciendo perder el tiempo, y el mío también.

¿Quién me creía yo que era? ¿*Miss* Marple? ¿Verónica Mars? Más bien era como el torpe del inspector Clouseau, pues tropecé y caí en un hoyo.

Pero, a diferencia del torpe detective francés adorable, yo no estaba preparada para resolver un crimen.

Era una mujer adulta con un trabajo de adulta. No tenía tiempo para *mai tais*, ni para camareros sexis, ni para resolver crímenes. Yo no era esa persona.

Yo era Mia Crawford, contable pública certificada, asesora financiera, inteligente, responsable y diligente.

Iban a poner mi nombre en la puñetera puerta.

No paraba de llorar y lo único que podía hacer era sentir pena de mí misma.

No quería que mi nombre estuviera en esa puerta. Dejaría de tener vida. Pero, si no aceptaba el ascenso, ¿quién sería?

No saber mi futuro me daba mucho más miedo que seguir el camino que ya había trazado. Era más seguro hacer lo que siempre había planeado.

Tenía la sensación de que había pasado una hora desde que me caí en el hoyo, literalmente, desde que toqué fondo, pero cuando

miré el móvil solo habían pasado quince minutos desde que Brie se había ido a buscar ayuda. Había una buena caminata de veinte minutos cuesta abajo hasta el resort, y a oscuras tardaría más. Así que iluminé el hoyo e intenté no sentir asco. Empujé un montón de hojas caídas a un rincón y me senté encima de ellas. Las hojas y yo nos fuimos hundiendo poco a poco en el barro.

Cuando saliera de allí, le contaría a seguridad lo del libro de Diana, que Amber lo robó de mi habitación y lo que creía que Diana Harden había estado haciendo. Les enseñaría las páginas que Brie fotografió y les hablaría del chico que trajo a Diana de vuelta a la isla. De esa manera, dejaría de jugar a ser Nancy Drew.

Me quedaban cinco días más en esta isla. Al día siguiente por la mañana iba a olvidarme de todo lo relacionado con Diana Harden, de los chantajes, de Amber y del infiel de Trevor Lance. Iba a nadar, beber, comer y tirarme a Jason Mallory. Quizá pudiera tener un lío de cinco noches. Quería tener encuentros sexuales en la playa, en el mar y en mi *jacuzzi*. Quería emborracharme, divertirme y dejar de pensar en Diana Harden.

Después, volvería al mundo real, aceptaría mi ascenso y me olvidaría por completo de St. Claire.

—¡MIA! ¡MIA!

Habían pasado cuarenta y dos minutos desde que Brie bajó hasta el resort y volvió con ayuda.

—Sigo aquí —contesté desde el pozo.

Las luces del sendero de arriba proyectaban sombras extrañas a mi alrededor. Luego las luces se hicieron más intensas y alguien iluminó con un foco el fondo del hoyo. Me tapé los ojos con la mano.

Escuché a Brie hablar, pero no entendí lo que decía. Después, varias personas se acercaron al borde.

—Aguante, señorita Crawford.

No pude verle la cara, pero, por la voz, parecía Henry, el chico para todo que hacía de chófer de la lanzadera, recepcionista y guía

turístico.

—No puedo hacer mucho más —murmuré—, pero gracias.

—Vamos a bajar una escalera. ¿Está herida? ¿Necesita ayuda para subir?

—Estoy bien. Solo sucia —dije, y, aunque tenía frío y hambre, no lo mencioné.

Al cabo de un minuto, dos hombres bajaron una escalera y la apoyaron contra el borde del hoyo.

—Está bien —dijo Henry—, puedo bajar y ayudarle.

—Estoy bien —respondí, y empecé a subir la escalera. Dolorida y magullada, pero no tenía nada roto.

Cuando llegué arriba, dos hombres que no reconocía me tendieron las manos y me ayudaron a salir.

Tristan se acercó rápidamente y dijo:

—¡Había una malla de seguridad bloqueando toda esta zona! ¿Qué ha pasado?

—Aquí no había nada —dije. Miré a Brie. ¿Qué les habría contado exactamente?—. La red terminaba por allá —señalé—. Lo siento, no vi el hoyo. Estábamos haciendo fotos y…

¿Por qué me estaba disculpando? No era culpa mía. De acuerdo, fui una torpe y no miré por dónde pisaba, pero la red terminaba unos seis metros más allá.

—Me alegro mucho de que no se haya hecho nada grave.

Brie dijo:

—Habíamos salido a andar, ya estaba oscureciendo, y me conozco este sendero como la palma de la mano, así que dije: «Acortemos por aquí y volvamos por el camino del Sky Bar».

—El resort está instalando una torre de telefonía móvil. En teoría, ya debería estar lista, pero hemos tenido algunos…, bueno…, eso no viene al caso. En nombre de St. Claire, lo siento mucho.

Fue entonces cuando vi a Gino Garmon.

—La pregunta es ¿qué hacen aquí arriba? —dijo Gino—. Se suponía que debían estar en el crucero al atardecer.

Me sorprendió su tono áspero.

—Mmm, cambié de opinión —respondí débilmente.

Él entrecerró los ojos.

—Gino —dijo Tristan—, cuidado con el tono, ¿vale? La señorita Crawford acaba de pasar por una experiencia traumática. No ha sido culpa suya.

Brie añadió:

—Además, en el crucero todo eran parejas. Mia y yo pensamos que sería más divertido quedarnos aquí.

—Por supuesto, lo entendemos perfectamente. No hay razón para disculparse, y esta noche bloquearemos este camino. Me alegra mucho que no haya resultado herida.

Pensé que la razón por la que podía estar molesto tenía más que ver con la responsabilidad legal que con mi accidente. Me había regalado tres días gratis por encontrar un cadáver; ¿qué me daría ahora por caerme a un hoyo que no estaba señalizado?

Caminé de forma rígida hacia los tres carritos de golf que estaban al principio del sendero; Estábamos mucho más cerca del Sky Bar de lo que había pensado.

Henry dijo:

—Señor Dubois, Tim y yo cerraremos el sendero y pondremos la red esta noche.

—Gracias —respondió Tristan—. Llamadme antes de marcharos, por favor.

Gino me cogió del brazo.

—Déjeme ayudarla, señorita Crawford —dijo con lo que solo podía describirse como un gruñido.

—Estoy bien —contesté. Pero no me soltó y me condujo rápidamente hacia un carrito.

—Tristan, voy a llevar a la señorita Crawford con la enfermera para que la examinen —dijo Gino.

—Gracias, Gino —respondió Tristan—. Señorita Crawford, por favor, avíseme si necesita algo.

—No necesito ver a ninguna enfermera —comenté mientras Gino, con no demasiada delicadeza, me escoltaba hasta el carrito. Él se

subió al lado del conductor y yo miré hacia atrás, a Brie. Tenía los ojos abiertos de par en par, sin saber muy bien qué pasaba. Le dije que se diera prisa, pero Gino arrancó antes de que ella pudiera alcanzarnos.

—Dígame qué estaban haciendo en realidad aquí arriba —dijo Gino.

—Ya se lo he dicho.

Él bajaba la montaña demasiado rápido. Sin duda, el camino estaba construido para un vehículo más ancho, pero el carrito de golf era pequeño, no contaba con cinturones de seguridad, y yo podía imaginarme perfectamente cayendo por el borde. No pensé que fuéramos a morir…, pero, sin duda, estaba más empinado que una caída de casi cuatro metros en un pozo lleno de barro.

—Hoy recibí una llamada de mi buen amigo Juan Diego, el jefe de policía de San Juan. Me sorprendió saber que una de las huéspedes de St. Claire estuvo preguntando por la muerte de Diana Harden. No registraron su nombre, pues tienen cosas más importantes que atender que complacer a estadounidenses entrometidas, pero todos los hombres allí presentes se fijaron en esa mujer guapa de pelo rubio color miel y grandes ojos marrones. Y usted fue una de las únicas cinco personas que viajaron hoy a San Juan.

El estómago se me retorció como el envoltorio de un caramelo mientras mi vida entera me pasaba por delante de los ojos por tercera vez en el mismo día. Mi padre, mi abuela y Jason, con quien se suponía que tendría un lío en la isla antes de volver a mi vida normal. ¿Iba a morirme antes de acostarme con él?

—No se entrometa en mi investigación —gruñó Gino interrumpiendo mi fantasía inducida por el miedo—. Esto no es asunto suyo, y, si descubro que me ha mentido en algo, no hay nada, absolutamente nada, que yo vaya a dejar de hacer para descubrir qué es lo que está tramando en realidad.

Llegó al resort y detuvo el carrito.

No me gustaba tener miedo, pero tampoco me gustaban los

hombres que se esforzaban por intimidar a las mujeres. Tuve que usar todas mis fuerzas para mirarlo a los ojos cuando dije:

—No sé de qué está hablando, señor Garmon. Iré sola, andando, hasta mi cabaña.

Salí del carrito, me sorprendió que me funcionaran las rodillas y me fui directa a mi habitación.

Sentí que Gino me clavaba la mirada en la espalda durante largo largo rato.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

> «Un día besarás al hombre de tu vida, y descubrirás que esta es algo que importa poco».
>
> KAREN MARIE MONING, *Fiebre sangrienta*

Cuando puse el móvil, que estaba casi muerto, a cargar, vi que tenía cuatro mensajes de Brie. Cada frase iba en un mensaje separado.

madre mía ¿estás bien?
en serio menudo capullo
no puedo ir mi padre ESTÁ enfadado
luego hablamos

Los dos primeros los había mandado hacía media hora, cuando Gino me apartó de los demás. Los dos últimos, hacía apenas un par de minutos. Sobre todo, me sentí mal por poner a Brie en esta situación, pero estaba demasiado abrumada por los acontecimientos de la noche y de los últimos dos días, como para pensar en otra cosa que no fuera una ducha con agua caliente. Necesitaba desconectar de verdad.

El espejo del baño no era mi amigo. Barro seco por todas partes, hojas en el pelo, y mi vestido —que acababa de estrenar— era una

causa perdida, pues estaba manchado y rasgado. ¿Por qué no me había cambiado cuando Brie y yo decidimos seguir a Amber y Parker? Me encantaba ese vestido.

Abrí la llave de la maravillosa ducha de lluvia, me quité la ropa y, casi llorando, lo tiré todo a la basura. Me metí bajo el chorro de agua caliente e hice una mueca cuando el agua entró en contacto con docenas de pequeños cortes, pero no me moví hasta que el agua no corrió clara. Me lavé despacio el cuerpo y el pelo mientras le daba vueltas a lo que había dicho Gino y a cómo su sutil amenaza me había asustado y enfadado a la vez.

Cuando estaba atrapada en el fondo de ese maldito agujero, estaba decidida a contarles todo lo que sabía a Gino y Tristan, con el fin de acabar con ello. Sin embargo, ¿cómo podía contarles lo que sabía del libro de Diana si Gino era quien la había matado? En realidad, no podía asegurar que él la hubiera matado. Quizá solo era imbécil. Pero ¿por qué defendía tan firmemente la teoría de que la habían asesinado en San Juan?, ¿para que no pusieran el foco sobre él? Y, si le hablaba del joven que había llevado a Diana de vuelta a la isla, ¿se convencería de que Diana murió en St. Claire, o, por el contrario, pondría yo al chico en peligro al contárselo?

Él tenía un motivo y tenía la posibilidad de hacerlo, y su comportamiento era bastante sospechoso. Me había intimidado a propósito, y no podía ignorar la acalorada conversación que tuvo con Amber, ni la discusión que Brie presenció entre él y Diana. Además, estaba la amenaza. Sobre todo, estaba la amenaza, la amenaza de que haría cualquier cosa para descubrir «lo que estaba tramando». Aquello podía ser simplemente el berrinche de un machote, pero la forma en que lo dijo dejaba claro que quería asustarme.

Y, sin duda, no me podía fiar de su buen amigo Juan Diego, el jefe de policía de San Juan.

¿Escucharía Tristan lo que yo tenía que contarle? No había mostrado otra cosa que preocupación por mi bienestar y por el de su personal y sus huéspedes. Mi miedo inicial de que pudiera estar dispuesto a encubrir un asesinato porque sería mala publicidad para

su negocio me parecía ahora endeble. Era más lógico pensar que querría que las cosas se solucionaran rápida y silenciosamente para evitar esa mala publicidad. Necesitaba pensar cómo acercarme a él con lo que sabía.

Luego estaba Sherry. ¿Dónde encajaba su extraño comportamiento? Entendía su inseguridad y su actitud sobreprotectora hacia su novio. Hay personas que son posesivas por naturaleza. Sin embargo, en el *spa* se había pasado conmigo, y luego me intimidó en el ferri. Estaba metida en algo y la pregunta era si se trataba de algo peligroso. ¿La había chantajeado Diana y por eso contrató a ese tipo siniestro en San Juan para matarla?

Aunque no sabía bien qué debía hacer, al menos sí sabía lo que no debía hacer, y eso ya era un avance, ¿no?

Comería. Dormiría. Quizá por la mañana se me ocurriría una solución.

Me arrepentía, para empezar, de haber cogido ese maldito libro. Si nunca hubiera leído los pensamientos de Diana, si nunca hubiera sospechado que chantajeaba y si no hubiera seguido a Amber y Parker montaña arriba, en ese mismo momento estaría desnuda con Jason Mallory.

Cuando salí de la ducha, me sentía más humana. Me sequé, me unté el cuerpo con una loción corporal de lavanda y *karité*, y luego me cepillé el cabello y me lo dejé suelto, dejé que me cayera mojado sobre la espalda tras envolverme en uno de los mullidos albornoces del resort.

Un golpe seco en la puerta hizo que diera un brinco.

Apreté el albornoz contra mi cuerpo y miré por la mirilla.

«¿Andrew Locke?».

Abrí la puerta.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Tenemos que hablar sobre mi hija —dijo. Hizo un ademán de entrar, luego dudó y preguntó—: ¿Puedo pasar?

Asentí con la cabeza. Entró y se quedó de pie en la pequeña sala de estar. Se le veía incómodo. Le hice una ofrenda de paz.

—Brie es genial —afirmé—. Me cae muy bien. Supongo que conectamos porque a las dos nos ha criado nuestro padre.

Estaba nerviosa, así que empecé a irme por las ramas. Entendía que estuviera molesto al enterarse de que su hija había tenido problemas con la seguridad del resort a raíz de pasar tiempo conmigo.

—No quiero dramatizar, pero estoy muy preocupado por lo que ha pasado esta noche. Mi hija me dijo que estabais dando una caminata, pero no me contó que iba a salir del complejo del resort, y yo no sabía dónde estaba. Podría haberse hecho daño, podríais haberos hecho daño las dos. He hablado con Tristan de este asunto. Él asume que la culpa de lo que ha pasado ha sido suya y del resto del personal por no haber señalizado de forma clara el hoyo. No te estoy echando la culpa. Ha sido un accidente, y a Brie no le ha pasado nada. Aun así, creo que deberíais pasar menos tiempo juntas.

Parpadeé, pues no sabía qué responder. Me estaba reprendiendo de la forma más amable posible, así que en realidad no había nada que decir. Si se hubiera enfadado de forma desproporcionada, podría haberle dicho sin problemas que Brie era una persona adulta capaz de tomar sus propias decisiones sobre con quién se relacionaba, pero estaba actuando como un padre, y pensé en mi propio padre y en lo mucho que se había preocupado siempre por mí. Él habría hecho exactamente lo mismo que Andrew.

Por eso, asentí con la cabeza, dándole la razón.

—Gracias, Mia.

Abrí la puerta para que saliera y luego dije:

—Lo cierto es que disfruto pasando tiempo con Brie. Estas vacaciones son poco habituales para mí, y he venido sola. Ella es una de las pocas personas que se han tomado la molestia de integrarme. No era mi intención excederme.

—Te lo agradezco —respondió, y luego sonrió—. Brie es una chica estupenda, ¿verdad? Sé que ya tiene dieciocho años y que pronto irá a la universidad, pero sigue siendo mi niñita. No le hizo

mucha gracia que trajera a Sherry al viaje, pero espero que, ahora que nos vamos a casar, acabe aceptándola. Sherry no puede sustituir a su madre, eso ya lo sé, y Brie también lo sabe. Es un nuevo comienzo para los dos.

Los temores de Brie eran ciertos: Andrew le había propuesto matrimonio a Sherry.

—Enhorabuena —contesté automáticamente—. No sabía que estabais prometidos.

—Desde esta noche. Ha sido algo espontáneo, pero hace semanas que tengo el anillo, y parecía el momento adecuado. Espero que Brie logre forjar una relación con Sherry como la que ha tenido contigo. —Me extendió la mano, y yo se la estreché—. Me alegro de que estés bien, Mia.

Se marchó, y yo cerré la puerta y eché el cerrojo. Vale, había mucho que procesar de una conversación tan breve. «Aléjate de mi hija, que es una chica estupenda; por cierto, me voy a casar».

Un poco raro, pero lo dijo todo de forma muy amable. ¿Pensaría que yo era una mala influencia? Se me escapó una risita. Yo, Mia Crawford, estaba haciendo algo incorrecto, ilegal e inapropiado. Ni siquiera era capaz de tener un lío de una noche sin problemas.

No, simplemente estaba preocupado por Brie y por todas las cosas malas que podrían haberle pasado en una isla que ya había escupido un cadáver.

Me dolía la cabeza. Mañana sería buen momento para tomar decisiones.

Me quedaban cinco minutos para pedir algo de comer al servicio de habitaciones antes de que cerraran la cocina. Debería tener un hambre atroz, pero seguía teniendo el estómago revuelto, hecho un nudo, entre la intimidación deliberada de Gino, Andrew Locke actuando como padre protector, y el haber estado atrapada en un agujero lleno de barro durante lo que parecieron horas, aunque solo transcurrieron cuarenta y dos minutos. Pedí una ensalada de gambas y una botella de pinot gris porque no quería ir a un restaurante ni a un bar para comer sola, y, menos aún, que se

acercara alguien a preguntarme qué había pasado.

Tenía un mensaje de voz en el móvil. Rompí a llorar mientras escuchaba a Amanda, Braden, Jane y su prometido cantándome el cumpleaños feliz. Al final se echaron a reír, y yo sonreí entre lágrimas.

—¡Menos mal que no has contestado porque, de haberlo hecho, habríamos cogido el próximo avión rumbo a St. Claire! —dijo Jane.

—¡Te queremos, Mia! —vociferó Amanda—. Haz fotos. Queremos saber todos los detalles.

—¡Adiós! —dijeron los cuatro al unísono, y luego se hizo el silencio.

Me invadió una oleada de emociones complejas e inesperadas y me quedé mirando el móvil.

Había venido a esta isla en busca de una semana de sol, mar y sexo. Todo el mundo me había dicho que sería facilísimo encontrar a un chico con el que tener algo sin compromiso. Y entonces apareció Jason, que dijo que tenía planes para esta noche, que daba unos besos de ensueño, y, en vez de encontrarme con él en un crucero romántico, me había puesto a perseguir a dos personas porque creía que habían entrado en mi habitación y me habían robado el libro.

¿Era posible que estuviera tan insegura y tan poco convencida de mi decisión de dejarme llevar que, inconscientemente, hubiera saboteado la única oportunidad que tenía de disfrutar del momento y no pensar en el futuro?

No obstante…, yo detestaba de verdad a las personas como Diana Harden, personas que usaban los errores de los demás en su contra. Cuando leí por primera vez sus anotaciones, admiré su atrevimiento y sus observaciones. Ahora me daba cuenta de que era conflictiva. Por otra parte, tampoco se podía decir que la mayoría de las personas a las que chantajeaba fueran mejores que ella.

Entonces me acordé de Anja Stockton, que había tomado una decisión difícil, pero a fin de cuentas hizo lo que creyó que era mejor para ella y su bebé. No merecía ser humillada, chantajeada ni amenazada. ¿Y el resto de las personas a las que Diana estaba

chantajeando? Quizá habían cometido un error. Quizá había algo más en sus historias, igual que había más en la de Anja.

Después, pensé en Sherry, y si la información que Diana tenía sobre ella la había llevado a cometer un asesinato.

¿Diana merecía morir por eso? ¿Por qué me importaba?

Me quedé bajo el marco de las puertas correderas, que estaban abiertas, escuchando las olas. Oía música a lo lejos, en el Blue Dahlia. Risas lejanas. Y en ese momento me di cuenta de que sí, me importaba. No me gustaba lo que sabía sobre Diana Harden, pero no merecía que la estrangularan. Recordé las notas personales que había escrito, sobre haber sido engañada y traicionada. Aunque eso no justificara sus acciones, sí explicaba que quisiera desenmascarar a mentirosos y tramposos.

¿Qué secreto podía ser tan oscuro y tan peligroso como para que el asesinato fuera la única forma de mantenerlo guardado?

Llamaron a la puerta y solté un grito. Me regañé a mí misma. Debía de ser el servicio de habitaciones. Estaba muy alterada de tanto pensar en asesinatos. Cerré y eché el pestillo a las puertas de cristal y me acerqué a la mirilla. Tuve que mirar dos veces.

«Jason».

Abrí la puerta.

—Yo… Jason. Hola.

«Tranquila, Mia. Estate tranquila».

—¿Estás bien? Me he enterado de lo que ha pasado esta tarde noche. —Me levantó la barbilla con la mano y me miró de cerca. Ese gesto tan íntimo me sorprendió y me reconfortó—. Tienes rasguños —comentó mientras me tocaba uno de los cortes de la mejilla—. ¿Has ido a ver a la enfermera? Si quieres, puedo pedirle que venga.

—Estoy bien —contesté, aunque la voz me salió aguda. Su forma de tocarme fue más tierna e íntima de lo que me esperaba—. Siento haber cancelado lo de esta noche. Qué bien que hayas venido.

—No puedo quedarme —confesó—. Ojalá pudiera. —Parecía realmente preocupado, como si de verdad le importara lo que me había pasado.

—¿Tienes que trabajar?

—Tristan ha convocado una reunión de todo el personal esta noche. Quiere averiguar cómo quedó al descubierto el agujero y determinar protocolos de seguridad mejores. Podría haber pasado algo mucho peor. ¿Seguro que no necesitas que venga la enfermera?

—No tengo nada roto. Solo me siento torpe y tonta.

—No fue culpa tuya.

Él no había estado allí. No sabía que Brie y yo habíamos estado siguiendo a dos ladrones.

—No sabes cuánto me arrepiento de no haber ido al crucero.

—Te he echado de menos —dijo con una sonrisita. Me estaba pasando los dedos por la nuca, jugueteando con mi pelo, y, después, me rozó la mandíbula. Casi me olvidé de respirar. Desde luego, no quería que parase—. Pasé por la cocina y vi que habías pedido servicio de habitaciones, así que le dije al personal que yo te lo traía. —Señaló un carrito que había junto a él que yo no había visto. Porque ¿qué mujer en su sano juicio se fijaría en otra cosa cuando Jason Mallory la tocaba?—. ¿Puedo pasar?

Asentí con la cabeza, sorprendida, conmovida y sintiéndome conquistada.

Jason empujó el carrito hacia el interior y lo colocó junto a las puertas de cristal.

—Puedes dejarlo fuera cuando termines. El personal pasa a recoger entre las doce y la una, y otra vez por la mañana.

—Gracias —contesté.

—Me alegro de que estés bien —añadió—. Feliz cumpleaños.

Me miró como si pudiera verme al cien por cien, por dentro y por fuera. Me dio un vuelco el estómago, entreabrí los labios, y no podía quitarle los ojos de encima.

—En serio, me gustaría quedarme —susurró, mientras me acariciaba la mejilla.

—A mí también me gustaría que pudieras quedarte —dije con un tono de seguridad tranquila.

Había algo en Jason… que despertaba en mí sentimientos que no

sabía que tenía. Un anhelo profundo de algo… más. De algo diferente a aquello con lo que me había conformado hasta ese momento.

De alguien que fuera perfecto para mí.

Ese pensamiento me golpeó de lleno, y lo aparté rápidamente, porque lo que teníamos era una aventura de vacaciones, no una relación duradera. No podía serlo.

Su sonrisa, ligeramente ladeada, hizo que esos cosquilleos que tenía en el estómago me subieran hasta la garganta.

Y, entonces, me besó.

Un suspiro de satisfacción me salió de la garganta al tiempo que cerraba los ojos, y, en ese momento, solo estábamos Jason y yo. Su mano en mi cara, sus labios tocando los míos, y mi cabeza vacía de cualquier pensamiento que hubiera tenido jamás. Me limité a sentir… Después, ajustó el beso, y se convirtió en un beso más profundo, más cálido, más ardiente. Se me fueron las manos a sus hombros, luego a su cuello, a las puntas de su pelo, a unos rizos suaves que se enredaban entre mis dedos. Olía tan bien, a coco, ron especiado y mar.

—Mia —susurró contra mis labios, y luego se apartó. Tenía los ojos vidriosos, la respiración entrecortada, y entonces supe que aquello no era solo cosa mía. Él también lo sentía, esa atracción, esa necesidad que yo deseaba desesperadamente satisfacer—. No quiero irme.

—Yo no quiero que te vayas.

—Pero tengo que irme. Joder.

—El deber te llama.

Entonces, me atrajo hacia sí, y eso no fue solo un beso. Fue… más. Más pasión, más deseo, más intimidad. Pegó su cuerpo al mío, y sentí cada músculo, cada parte firme y sólida de él, y gimió.

—Joder —susurró—. Mañana. —Otro beso—. Te lo prometo.

—Te tomo la palabra —susurré y dejé caer las manos a los lados.

Se miró el reloj, volvió a soltar otra palabrota y me besó de nuevo.

—Si no me voy ya, se va a liar gorda.

—Vete —dije, pero por dentro pensé: «Quédate».

—Dulces sueños, Mia. —Y se fue.

Aflojé el cinturón del albornoz porque tenía demasiado calor. «Joder» era la palabra exacta. Hacía mucho mucho tiempo que no me besaban así. Nunca. Nunca me habían besado con tanta intensidad como para hacerme creer que, durante cada segundo, ese hombre de verdad quería estar conmigo.

Fue aterrador y emocionante en todos los sentidos.

Me serví una copa de vino y le di un buen trago. Me obligué a bajar el ritmo cardiaco. Fardé un minuto en hacerlo. Vale. Mañana. Se suponía que la expectación era algo bueno, ¿no?

La madre que parió a Tristan Dubois por convocar una reunión del personal por la noche. Si no fuera por eso, Jason y yo estaríamos haciendo el amor en ese mismo momento. Me senté y me serví más vino, luego levanté las campanas de los platos. La ensalada de gambas hizo que me rugiera el estómago. Tenía más hambre de lo que pensaba. El segundo plato era pan con mantequilla. Y el tercero, una pequeña tarta de frutas con una tarjeta dirigida a mí.

Abrí el sobre.

Querida Mia:

Mañana por la noche libro. Nos vemos en el embarcadero a las seis de la tarde para que disfrutes, aunque sea con retraso, de tu crucero privado al atardecer. No te arrepentirás.

Con cariño,

Jason

No sé por qué no dejaba de mirar ese «Con cariño, Jason».

No teníamos nada en común. Él era un camarero al que le gustaba el riesgo y que no hacía planes de futuro. No tenía planes para casos de posibles desastres.

Yo no corría riesgos. Tenía mi futuro planeado hasta que me muriera. Tenía planes para todos los desastres imaginables.

Él vivía en el paraíso. Yo vivía en Nueva Jersey y tenía que desplazarme a Nueva York cada día para ir a trabajar porque era más barato que alquilar un apartamento allí.

«Con cariño, Jason» no era más que una firma, como la que yo podría escribir en una nota dirigida a una amiga. Era algo informal. No significaba nada.

Pero ese beso, ese beso perfecto y delicioso, sí significaba algo. Ese beso fue… Joder. Fue todo lo que siempre había querido en un beso. Fue «el beso». El beso que había estado esperando toda mi vida.

Ningún hombre me había besado nunca como Jason Mallory.

Y, cuando me marchara de St. Claire, sabía que no volvería a encontrar a un hombre que supiera besar de esa forma.

CAPÍTULO VEINTICINCO

> «La vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa que la mente del hombre pueda inventar».
>
> SIR ARTHUR CONAN DOYLE, *Un caso de identidad*

Un ruido molesto y constante irrumpió en mi subconsciente y me sacó de un sueño profundo. Gemí, conseguí abrir los ojos un poco y miré el reloj digital: las 8:03.

Volví a taparme la cabeza con la almohada, pero un golpeteo atravesó las capas de plumas y algodón.

Me incorporé, dejé caer la almohada y oí mi nombre al otro lado de las puertas de cristal. Había bajado las persianas con la esperanza de dormir. Me dolía todo el cuerpo mientras me arrastraba hasta el botón para subirlas.

Brie estaba allí y me hizo señas para que le abriera la puerta.

Me crujieron las rodillas al recorrer los tres metros de distancia. Abrí la puerta, me giré, volví tambaleándome hasta la cama y me desplomé sobre ella bocabajo.

—Voy a hacer café —dijo Brie mientras se dirigía a la pequeña cocina.

—No deberías estar aquí —repuse con voz ronca.

—Estoy muy enfadada con mi padre —comentó Brie—. No sabía

que iba a hablar contigo hasta que Sherry me lo contó. Habría venido anoche, pero discutimos y…, bueno…, se van a casar.

Parpadeó para contener las lágrimas.

—Me lo contó —respondí.

—Le dije que no estaba bien comportarse como un neandertal y avergonzarte, y avergonzarme a mí, como lo hizo.

—Fue amable y se disculpó, pero estaba preocupado. Y tiene razón: si te hubieras caído y te hubieras hecho daño…

—No me caí, no me hice daño, tú no estabas allí, y te juro que Gino exageró muchísimo las cosas.

—Y ¿por qué Gino habló con tu padre?

—Porque es un imbécil.

Le conté lo que Gino me había dicho la noche anterior, cuando me traía de vuelta al resort, y su amenaza velada.

—Me parece increíblemente enfermizo —comentó Brie.

—Tu padre tiene razón. No puedes meterte en esto, y eso que ni siquiera sabe lo que estamos haciendo. ¿Se lo has contado? —Sentí alivio cuando Brie negó con la cabeza, aunque en parte deseaba una tercera opinión neutral sobre lo que sabíamos.

—No. Mi padre es un buen hombre, pero está muy comprometido con la ley y el orden. Me diría: «Deja que se encarguen las autoridades». Y luego se pondría completamente de parte de Gino por la sencilla razón de que es quien está al mando.

—¿Qué opinas sobre Tristan? —pregunté.

Brie se encogió de hombros.

—Es majo. En realidad, no lo conozco. Puedes pensar que es falso porque siempre está preguntando si todo está bien y si estás contenta, y siempre está pidiendo que, por favor, vuelvas y que si pueden hacer algo más para que tu visita sea perfecta. Es un pelota de manual. Pero también es amable cuando no tendría por qué serlo. Como anoche, que me condujo hasta el resort y parecía interesado de verdad por mí, pero no en plan raro. —Se detuvo un momento—. Cuando Ethan Valentine compró la isla y lo reformó todo, y vinimos por primera vez después de la reforma, Kalise le

contó a mi padre que tanto ella como Tristan tenían mucha autonomía para tomar decisiones para que el resort funcionara, pero que, si fracasaban, no iba a haber una segunda oportunidad. Creo que lo de tu caída en el agujero le afectó de verdad.

Entendía el razonamiento de Valentine. Era un emprendedor y esperaba resultados. No trabajaba en el sector hotelero, así que mantendría o contrataría a los mejores para dirigir el negocio. Si este fracasaba, se asumían las pérdidas. No te gastas tanto dinero después de que algo salga mal. No se tienen en cuenta los costes no recuperables a la hora de tomar decisiones empresariales. Era una regla básica que yo también seguía cuando aconsejaba a mis clientes.

—Es mucha presión —continuó—, pero este año Kalise parece más tranquila, así que creo que las cosas van bien. Y el resort ya lo tiene todo reservado para el año que viene.

—¿Cómo lo sabes?

Brie sonrió con picardía.

—La gente dice muchas cosas cuando no sabe que estoy escuchando.

—¿El resort funcionaba bien antes de que Valentine lo comprara?

Se encogió de hombros.

—Estaba viejo. Había un montón de habitaciones que no se podían alquilar por problemas de fontanería, y las cabañas eran cutres. Pero la playa es preciosa, la piscina siempre ha estado bien, y es un lugar privado. Veníamos porque mi padre y yo tenemos muchos recuerdos aquí. Ahora, además de haber reformado el resort entero, hay muchas más actividades que se pueden hacer aquí, el Sky Bar es nuevo, han añadido más senderos, han reformado todas las cabañas, tienen los cruceros al atardecer, el *luau*, excursiones de pesca, la comida es mejor, han ampliado el *spa*. Mañana nos vamos a una isla deshabitada a hacer *esnórquel*. Lo hice el año pasado y fue increíble. Deberías venirte.

Dudé al pensar que era probable que su padre no lo aprobase. Brie pareció adivinar lo que pensaba y dijo:

—Mi padre y Sherry también vienen. Y… —Se mordió el labio y miró su taza.

—¿Y? —le insistí al ver que no terminaba la frase.

—Necesito averiguar qué está tramando Sherry. Tristan parece falso, pero no lo es. Ella parece sincera, pero es falsa. No quiere a mi padre, pero él no se da cuenta. Mi padre se siente solo porque yo me voy a ir de casa, y por eso le ha propuesto matrimonio. Ella le dice lo que él quiere oír.

—Lo ha seducido.

—¡Exacto! Él no es tan mayor; solo tiene cuarenta y dos años. No estoy en contra de que vuelva a casarse, pero no quiero que sea con ella.

Me pregunté si de verdad me creía lo que ella decía. Tal vez a Brie le pareciera que ninguna mujer era lo bastante buena para su padre. Habían estado los dos solos desde que ella tenía cinco años. Aun así, los antecedentes y el comportamiento de Sherry eran sospechosos.

—Quizá deberías contarle a tu padre lo que sientes —le sugerí.

Brie resopló.

—Pues sí, pero no. Qué incómodo.

—No tiene por qué ser así. Podrías decir algo como «Papá, quiero que seas feliz, pero no creo que Sherry sea la mujer que pueda darte lo que quieres».

Se puso blanca.

—Oh, Dios, no —dijo temblando, como si estuviera imaginándose esa conversación—. Bueno, quizá tú puedas ayudarnos.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Haz que rompan.

No pude evitar reírme.

—Eso no va conmigo.

—No digo que te lances sobre él —añadió Brie poniendo los ojos en blanco—, sino que encuentres algo sobre ella.

—Ya lo encontramos.

—Pero él ya sabe todo eso. Quiero decir, ella pintó como algo

totalmente normal que esté divorciada de un tipo rico y que su segundo marido rico muriera por «causas naturales» —aclaró haciendo comillas con los dedos—. Pero eso no es normal. Creo que se gastó todo su dinero y anda buscando al siguiente tipo rico que la mantenga. No puedo permitir que ese sea mi padre.

—¿Crees que Diana sabía algo de Sherry que esta no quería que tu padre supiera? —pregunté.

Brie asintió con la cabeza y sacó el móvil. Leyó:

—«¿Dinero o amor? Dinero, por supuesto. Él posee una pequeña fortuna. ¿Conoce él todos los trapos sucios de la nueva novia que se acaba de echar?».

Era uno de los primeros comentarios que Diana había escrito y le seguían detalles financieros.

—Habla de mi padre —continuó Brie—. Está hablando de mi padre y de Sherry. Si usamos tu código, Sherry sería el «1913», número que escribió dos veces. ¿Lo has visto? —Brie me mostró la pantalla del móvil.

Diana había escrito: *Pequeña fortuna de 1913 con paciencia*.

—¿Y si —dijo Brie— Diana se acercó a Sherry y la chantajeó? ¿Recuerdas que te dije que Sherry y yo fuimos al *spa* el sábado y vimos a Diana allí?

—Sí —contesté rememorando vagamente la conversación.

—Bueno, Sherry estaba tensa y le dijo a Diana que se pondrían al día más adelante.

—Y tú le preguntaste a Sherry si la conocía. —Me estaba acordando de la conversación—. Y te dijo algo sobre unos negocios de hacía años y te cambió de tema.

—Exacto. Pero ¿qué tipo de negocio? Sherry tiene una empresa de decoración de interiores en Arizona y casi no trabaja en eso, y Diana vendía antigüedades en Nueva Orleans o algo así. Pero tienen la misma edad. Fíjate en esto.

Brie repasó las capturas de pantalla y encontró una que había subrayado. Entonces, giró el móvil para que yo pudiera leer.

Había un símbolo que me resultaba vagamente familiar. Parecían

letras griegas. Luego Diana había escrito: «Campanas de boda en un futuro cercano. Por los viejos tiempos, esperaré para cobrar. Estoy deseando contárselo a mi #1».

—Creo que el «#1» es Amber —dijo Brie.

—Creo que tienes razón —contesté—. Mencionó que su «#1» llegaba tarde.

—Estos son símbolos griegos: «delta» y «gamma». Hay una hermandad universitaria que se llama así, «Delta Gamma». He investigado un poco.

—¿Fueron a la misma universidad?

—No, pero las dos tienen treinta y dos años y son miembros de la misma hermandad, aunque de universidades diferentes. Podrían haberse conocido, o al menos saber la una de la otra, ¿no? Y Diana debía de saber algo grave sobre Sherry. —Brie hizo una pausa y añadió—: ¿Crees que Sherry la mató?

Yo ya había sospechado de Sherry por su comportamiento. Pero ahora que Brie lo decía en voz alta… quizá.

—No lo sé —respondí por fin—. ¿Si el secreto era lo bastante grave…? —Me froté los ojos y serví más café—. Ayer, en San Juan, la seguí.

—Sí, me lo contaste. Le dio dinero a un tipo sospechoso.

—Eso, y, en el ferri de vuelta, en el que solo estábamos ella y yo, me dijo que dejara a su familia en paz.

—¡Qué mujer! —exclamó Brie—. Yo no soy familia suya. No puedo dejar que se case con mi padre. Tengo que contarle a él lo del tipo raro.

—No tenemos pruebas. Apenas tenemos indicios circunstanciales. Quizá si encontramos pruebas de que conocía a Diana y no dijo nada, podrías decir algo, pero no tenemos nada sólido que lo demuestre.

—¿Y lo de ir a San Juan ayer? Totalmente improvisado. Y no volvió con nada, es decir, no se fue de compras. A mi padre le dijo que había ido a hacer turismo, pero ¿fue a pagarle a un tipo? ¿Por qué?

—No lo sé. No digas nada porque no tenemos suficiente información. —Yo empezaba a parecer un disco rayado, repitiendo lo mismo todo el rato—. Quizá pueda investigar su situación económica, pero tengo que pensar cómo hacerlo.

—Puedo conseguir lo que quieras.

—No puedo acceder legalmente a sus cuentas sin su permiso, y no voy a perder mi licencia. Hay cosas que son de dominio público. Lo único es que no sé si podré encontrar algo que ayude a fortalecer tu caso.

—No quiero que mate a mi padre —contestó Brie—. Y de verdad creo que podría hacerlo si no consigue todo lo que quiere.

Parecía realmente asustada.

—Déjame ver qué puedo averiguar —aclaré—. Tenemos tiempo antes de la boda, ¿verdad?

—Hablan de casarse en agosto, justo antes de que me vaya a la universidad. Dentro de seis semanas.

—Qué pronto.

—Muy pronto. Por eso necesito que los separes.

—Brie…

—No te estoy diciendo que seduzcas a mi padre, ni nada por el estilo.

—Oh, vaya —dije de forma sarcástica poniendo los ojos en blanco.

—Pero lo cierto es que a ella no le caes nada bien. Tal vez encontremos la forma de hacerla explotar para que mi padre vea quién es en realidad. Lo pensaré.

Cambié de tema y pregunté:

—¿Cómo averiguamos si Ethan Valentine está en la isla? ¿Quizá podemos probar con su tío Luis?

Brie se encogió de hombros.

—Luis es genial, pero es un poco…, no sé…, un viejo raro. Habla usando acertijos casi todo el rato. Kalise cree que está senil. Está preocupada por él.

—No he visto síntomas de senilidad en él —contesté. Conozco lo

suficiente a los amigos y vecinos de mi abuela de su urbanización de personas mayores para distinguir entre los que simplemente son despistados y los que muestran las primeras señales de alzhéimer—. ¿Tristan tendrá su agenda?

—Oh, seguro que sí.

—Quizá podamos consultarla.

—¿Para qué?

—Si Ethan Valentine estuvo aquí el domingo, Diana podría haber hablado con él, y, entonces, tal vez fue la última persona que la vio con vida.

—¿Crees que la mató él? —exclamó Brie.

—No. No lo sé. No lo conozco. Pero ella fue a su muelle privado y luego nunca más se la volvió a ver. Quizá él estaba en casa y le dijo que se largara o que abandonara la isla porque había invadido su privacidad. O quizá no estaba en casa. —Me quedé pensando un momento—. ¿Qué sabes sobre cómo funciona la oficina del resort?

—No tienen mucho personal. Están Tristan, Kalise y otros dos, creo, a tiempo completo en la oficina. Luego está la seguridad. Hay tres guardas de seguridad en servicio a la vez, pero están ubicados en otro edificio.

—Necesitamos información.

—Quieres colarte.

—Quizá. —No me podía creer que estuviera sugiriendo algo tan… furtivo.

—Buena idea. Me apunto.

—Podríamos meternos en un lío.

—Solo si nos pillan. —Brie se levantó de un salto—. Déjame averiguar quién está en la oficina y a qué hora se va, y te mando un mensaje.

—Solo quiero comprobar la agenda de Ethan Valentine —aclaré —. Si él estaba allí cuando pasó lo de Diana, creo que tendríamos que contarles a las autoridades que un chico llevó a Diana de vuelta a la isla. Y, si Valentine no estaba en la isla en ese momento, quiero conseguir sus datos de contacto. Tal vez, con todos sus recursos, él

pueda averiguar por qué fue Diana a su casa.

Cuando Brie se fue, me vestí y me dirigí al Blue Dahlia. El puesto de crepes ya no estaba, pero cogí una magdalena y un café del bufé, luego me senté en un rincón y volví a leerme mis apuntes. Decidí reunir toda la información que pudiera sobre Diana Harden y su libro, y después hablaría con Luis y Tristan para decidir si debíamos trasladarle esa información al reservado dueño del resort.

Revisé en mi móvil la cuenta de Instagram de Diana Harden. No había publicado mucho cuando estaba en la isla —solo cinco fotos en los dos días que estuvo aquí—. Aun así, dichas fotos contaban una historia. La cuestión era que no sabía exactamente qué historia era esa.

Una foto de sus pies con las uñas pintadas mientras descansaba en una tumbona en la playa con el mar brillante al fondo.

Una del resort, una foto bastante aburrida, en la que salía ella de frente y en la que el resort parecía una mansión rodeada de árboles.

Una dalia blanca en un jarrón, tomada sin duda en el bar, con una avispa en el centro como protagonista. Era la foto más artística.

Una mujer fumando sola detrás del resort. No se le veía la cara, y las sombras ocultaban detalles, pero era muy delgada, tenía el pelo corto y parecía llevar el uniforme del St. Claire.

La última foto la hizo de noche, y necesité un momento para darme cuenta de que estaba tomada desde el final del muelle, mirando hacia el resort, para intentar captar la isla entera sin centrarse en ningún detalle en concreto.

Lo curioso era que todas las fotos se publicaron el mismo día: el domingo.

Pero eso no significaba que las hubiera hecho el día en el que desapareció.

Ninguna de las publicaciones tenía pie de foto, así que no había pistas que sacar de ahí. Supongo que se percibe como algo artístico publicar una foto sin descripción ni *hashtags*, pero era frustrante

cuando necesitaba más pistas sobre a quién estaba chantajeando Diana, y sobre dónde habría escondido los documentos tras los que iban Amber y Parker.

Miré por el bar y tardé un poco, pero encontré el jarrón que salía en la foto de Diana. Lo examiné. ¿Quizá había dejado pistas en estos sitios? Cogí el jarrón; pesaba más de lo que parecía. No había nada debajo, nada escrito, ni un papel, ni mensajes de ningún tipo. Lo dejé donde estaba. O bien iba totalmente desencaminada, o Amber ya había encontrado cualquier mensaje que Diana hubiera dejado.

—¿Se te ha perdido algo?

Me sobresalté, me di la vuelta rápidamente y me puse la mano en el pecho.

—¡Luis! Qué susto.

Él sonrió.

—Lo siento. ¿Te vienes a tomar algo conmigo?

—Son las diez de la mañana.

—En la isla vamos con otro horario —contestó, y lo seguí hasta la barra.

Callie se acercó y dijo:

—¿Qué le pongo, Luis?

—Un café con un chorrito de Jack, por favor.

Callie puso una taza en la barra, la llenó con café de aroma intenso y vertió Jack Daniel's en un vaso para chupito de gran tamaño. Me sonrió.

—¿Lo mismo para usted?

—Solo el café, con azúcar.

Callie me puso delante una taza humeante y disfruté del aroma antes de dar un sorbo.

El «chorrito» de Luis era el vaso de chupito entero.

Quizá no tendría que colarme furtivamente en la oficina si lograba que Luis hablara.

Bajé la voz y dije:

—Tengo un par de preguntas.

¿Por qué estaba tan nerviosa?

—Puede que tenga respuestas —dijo sonriendo.

—Pues yo, eh… —Me aclaré la garganta—. Siento curiosidad por saber si tuviste algún encontronazo con Diana Harden, la huésped a la que asesinaron.

Aquello sonó fatal.

—¿Un encontronazo? No sé a qué te refieres.

—Bueno… ayer, cuando fui a San Juan, descubrí información que creo que la policía no sabe.

—Ah, ¿sí?

No sabía si solo estaba siendo educado, o si le interesaba de verdad.

—Di con un chico que me dijo que llevó a Diana al muelle de Ethan Valentine el domingo por la tarde, a eso del atardecer.

—Ah, ya veo.

Pero no añadió más, así que continué.

—¿Ethan Valentine es tu sobrino nieto?

—Sí, lo es.

—El otro día estaba leyendo un libro, uno que alguien se llevó de mi habitación. Alguien, creo que fue Diana, había escrito en los márgenes, y comentaba que tú eras una persona cotilla. ¡Lo escribió ella, no yo! —Añadí rápidamente.

Él se rio y me alivió que no se lo tomara como un insulto.

—Sí, entiendo por qué podría pensar eso.

Sin embargo, al igual que antes, no dio detalles.

—Y, bueno, como Diana fue al muelle de Valentine, me preguntaba si tú la habrías visto. O si el señor Valentine estaba en la isla.

—El señor Valentine. —Luis rompió a reír. Le brillaban los ojos—. Ay, mi querido Ethan.

Qué comentario tan raro.

—¿Sabrías decirme si estuvo en su casa el domingo por la noche? A lo mejor…, bueno…, no estoy insinuando nada, pero tal vez él podría saber algo.

—No estaba en casa —contestó Luis—. Pero yo sí vi a la señorita

Diana.

—¿En serio? —Eso no debería sorprenderme, ya que Brie dijo que Luis vivía en la casa de Ethan de los acantilados. Pero ¿cómo es que la policía no lo sabía?

—Sí. Subió las escaleras. La saludé. No fue muy amable. Tocó la puerta con fuerza, y yo le dije que no había nadie. No se lo tomó bien y se fue.

—Pero tú estabas ahí —dije, un poco confundida.

—Sí, estaba disfrutando de la puesta de sol desde la terraza. A lo mejor podrías acompañarme algún día antes de que te vayas. No hay mejores vistas en la isla, y eso que en esta isla hay muchos sitios con vistas maravillosas.

—Es muy amable por tu parte —dije. Me mordí el labio—. ¿Le contaste a alguien que viste a Diana esa noche?

—Claro que sí.

Al ver que no decía nada más, le pregunté:

—¿A la policía?

—¿A la policía? No. Nadie me interrogó. No lo pensé hasta que encontraron el cuerpo. Entonces, se lo conté a Gino, claro.

¿Gino se lo habría contado a la policía de San Juan? ¿Para qué iba a hacerlo si fue él quien la mató? La mayoría de las pruebas contra Gino apenas eran circunstanciales; pero esta información sí era comprometedora.

En ese momento, Trevor Lance entró a toda prisa en el bar. Parecía agotado y también enfadado.

No tardó ni un segundo en plantarse delante de mí.

—Mia, ¿verdad? —preguntó con tono exigente.

—Sí —respondí casi sin pensar.

—¿Dónde está CeeCee?

Invadió tanto mi espacio personal que pude ver cómo le palpitaba una vena del cuello.

—Yo… no lo sé.

—¿Lo sabes o no? Ayer fuiste con ella a San Juan, y no ha vuelto. ¿Qué ha pasado?

Abrí la boca, pero no me salían las palabras.

Callie se acercó.

—¿Le pongo algo, señor Lance?

Él levantó la mano para hacerla callar. Aquel gesto tan maleducado hizo que recobrara la compostura.

—Trevor —contesté—, yo no fui con CeeCee a San Juan. Coincidimos en el ferri, nada más.

—Me dijo que os ibais de compras, a comer fuera, y que volveríais tarde. Me pareció bien porque yo tenía trabajo. Pero no volvió. El capitán dice que no regresó, y te juro que, si no me dices dónde está, voy a…

Jason apareció justo detrás de mí y extendió la mano, lo cual obligó a Trevor a dar un paso atrás.

—Tristan me ha dicho que está en contacto con la policía de San Juan —comentó Jason—. Gino, nuestro jefe de seguridad, está reconstruyendo los movimientos de CeeCee. La encontraremos.

—¿Igual que encontrasteis a Diana Harden? —soltó Trevor.

Me di cuenta de que estaba más enfadado que preocupado.

—¿CeeCee y usted discutieron? —pregunté antes de darme cuenta de que había abierto la boca para formular la pregunta.

Jason y Trevor me miraron, sorprendidos de que me atreviera a preguntar.

—No. Y eso no es asunto tuyo.

—Entonces, ¿por qué está tan enfadado? A lo mejor debería ir usted mismo a San Juan a buscarla.

Se le puso la cara roja y añadió:

—Tienes muchas cosas que explicar…

—La señorita Crawford no le debe ninguna explicación, señor Lance —intervino Jason con firmeza—. Apártese y, si tiene alguna pregunta, hable con Tristan.

Parecía que Trevor estaba a punto de pegarle a Jason. Al final, se marchó hecho una furia.

Jason se giró hacia Callie para decirle:

—Llama a Tristan. Cuéntale lo que acaba de pasar.

Ella asintió con la cabeza y cogió el teléfono.

Jason me miró con esos ojos verdes suyos, que ahora estaban cargados de preocupación.

—¿Estás bien? No te ha hecho nada, ¿verdad?

Negué con la cabeza y pregunté:

—¿Qué ha pasado? ¿De verdad ha desaparecido?

—No conozco los detalles. Tristan ha estado llamando a todo el mundo que se le ocurre durante todo el día. ¿Tú tenías trato con ella?

—Hablamos un par de veces. Era extrovertida y muy amable. —Me mordí el labio.

—¿Qué estás pensando? ¿Dijo algo? ¿Lance le hizo algo?

Negué otra vez.

—No lo sé. Pero… ayer estaba en un bicitaxi haciendo un, eh…, *tour* por la isla —mentí—, y la vi almorzando con una mujer que creo que es la exmujer de Trevor.

Jason frunció el ceño. Estaba confundido. Después, entrecerró los ojos.

—¿Cómo de segura estás de que era ella?

—Vi una foto antigua de la exmujer. Brie y yo estábamos cotilleando sobre Trevor y CeeCee y lo buscamos en internet. Estoy casi segura de que era ella.

—Se lo diré a Tristan. No tienes por qué involucrarte en esto. —Me acarició los brazos con las manos—. Estás temblando.

—Ha sido muy inesperado, pero ya estoy mejor.

—Ha estado totalmente fuera de lugar. No se le permitirá volver aquí.

—Debe de ser agradable que Tristan confíe en tu opinión.

Jason sonrió.

—Se me da bien ver a las personas por dentro. Pero la dirección escucha a los empleados. Es algo que valoro. De lo contrario, quizá no habría seguido tanto tiempo aquí. —Me besó—. ¿Seguro que estás bien?

Me acababa de besar en público. En el bar. Un sitio en el que

todo el mundo podía vernos. ¿No le preocupaba meterse en líos con los jefes?

—Sí —dije sin saber muy bien qué pensar de todo esto—. Estoy deseando que llegue esta noche.

—Yo también. —Volvió a besarme—. Voy a ayudar a Tristan y a Gino a encontrar a CeeCee, y a decirle a Tristan con quién comió. No sé si será relevante, pero llegaremos al fondo del asunto. Nos vemos luego, a las seis. No llegues tarde.

—No llegaré tarde —contesté, y sonreí mientras él se alejaba.

Me di la vuelta con la esperanza de que Luis siguiera sentado en el taburete, pero se había marchado.

Le pregunté a Callie:

—¿Dónde ha ido Luis?

Ella se encogió de hombros.

—No me he dado cuenta. Es probable que se haya ido a echarse su siesta de media mañana. —Sonrió—. Él viene y va. A veces, paso días sin verle. Otras veces se pasa horas sentado debajo de un árbol. Es raro, pero le tengo mucho cariño. St. Claire no sería lo mismo sin Luis.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

> «Un robo exitoso es un acto anónimo. Carece de marca».
>
> V. E. SCHWAB, *La vida invisible de Addie LaRue*

Llamé al *spa* para ver si podían darme cita antes de mi encuentro con Jason esa noche. No tenían ningún hueco, pero la recepcionista me dijo que, si quería hacerme una manicura y pedicura, podía ir a las cinco, hora a la que solían cerrar. Le di las gracias, pero lo rechacé, pues no quería llegar tarde a la cita con Jason. En vez de eso, me apunté a una clase de yoga que empezaba dentro de una hora, y luego fui a la tienda de regalos a comprar unos detalles para mis amigas, mi abuela y la persona que cuidaba de mis gatos. Trina prometió enviarlos a la mañana siguiente.

Doblé la esquina hacia el estudio de yoga. Mi idea era ir con tiempo para estirarme y relajarme, y casi me choco con un Doug visiblemente alterado.

—Hola —dije—. ¿Estás bien?

Parpadeó y suspiró.

—Ha sido un día largo.

No eran ni las once de la mañana.

No me había olvidado de lo amable que había sido Doug cuando llegué. Odiaba ver a alguien tan triste, sobre todo en un sitio tan

bonito.

Dejando a un lado mis planes de hacer yoga, le cogí del brazo y le dije:

—¿Un café?

Me miró como un cachorrito triste.

—¿Quizá un *bloody mary*?

—Hecho.

Fuimos al bar que estaba al lado de la piscina. A esa hora no había mucha gente; solo familias jóvenes con niños disfrutando del agua. Cruzamos el puente que llevaba al bar. En este bar podías sentarte en una plataforma en medio de la piscina o nadar hasta él y pedir tu bebida. Eramos los únicos en la barra.

El camarero, un hombre mayor de piel morena con el pelo blanco muy corto y un bigote perfectamente recortado, se acercó con una sonrisa.

—Hola, Charlie —saludó Doug—. ¿Nos pones dos *bloody marys*, por favor?

—Marchando, señor Butcher.

—«Doug». Te he dicho que me llames «Doug».

Doug sonrió y se giró hacia mí mientras Charlie preparaba las bebidas.

—No quiero volver a este sitio jamás.

—¿Qué ha pasado?

—Mejor pregúntame qué es lo que no ha pasado. Llevamos viniendo cinco años, y ahora a David le molesta que pasemos demasiado tiempo con nuestros amigos. ¡Precisamente por eso es por lo que venimos! Nunca antes había supuesto un problema para él.

—¿Has hablado con David del tema? ¿Tiene algún motivo concreto por el que esta vez le moleste?

—No, porque a David no le gusta hablar. Le gusta mandar. Informar. Explicar. Y dar las cosas por sentadas.

—¿Qué te ha dicho exactamente, Doug?

—¡Nada!

Esperé a que Charlie nos pusiera los *bloody marys* delante. El zumo de tomate no es algo que me entusiasme. Saqué el apio del vaso de plástico grande y le di un mordisco para probar la mezcla. No estaba mal. Le di un sorbito.

Doug se bebió un tercio del suyo de un trago y dejó el vaso. Entonces, le dije:

—No estoy casada, y hace tiempo que no tengo una relación seria, pero ¿estás seguro de que David no dijo nada más? Puede que no lo explicara con detalle, pero algo te habrá dicho para que pienses que eso es lo que le molesta.

—Literalmente, me dijo: «¿Por qué estamos a todas horas con Jim y Josh?». Y no es verdad.

—Dime tres cosas que hayáis hecho tú y David solos.

—No entiendo qué quieres decir —respondió con tono algo cortante.

—A lo mejor quiere pasar más tiempo contigo a solas.

—Somos animales sociales. Nos gusta estar con gente.

—¿Quizá tú eres más sociable que David?

—Y por eso me quiere —contestó Doug a la defensiva—. Porque, si no fuera por mí, David solo se dedicaría a trabajar y nunca se divertiría.

—Piensa que quizá él es más introvertido, y las personas introvertidas necesitan tener tiempo para recargarse. Te lo digo por experiencia —añadí—: estar rodeado de gente a todas horas y tener que estar siempre activo es agotador.

Doug frunció el ceño, le dio un mordisco a una loncha de beicon gruesa y masticó.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Me estás diciendo que tú y David no habéis hecho nada solos?

—Claro que sí. —Puso morros.

—¿Por ejemplo?

—Anoche estuvimos en el *jacuzzi*. Solos.

—Esa es una cosa.

Doug arrugó la nariz y añadió:

—Nos fuimos de excursión el miércoles por la tarde. Fue precioso. Después… —Se detuvo.

—¿Después qué?

—Bueno, Jim y Josh iban al gimnasio y fuimos con ellos.

—¿Lo teníais planeado?

—No, y ni siquiera me gusta ir al gimnasio. Lo sugerí porque David se queja si no entrena todos los días.

—Hasta ahora es una cosa y media —aclaré.

—¿Por qué no puede hablarlo conmigo?

—Deberías hablar tú con él —contesté.

Pensé en todos los malentendidos que surgían entre personas que conocía, malentendidos que se resolverían simplemente con que alguien se atreviera a hacer una pregunta.

—No debería tener que hacerlo —murmuró.

—Nadie dijo que el matrimonio fuera fácil —le dije.

Me acordé de Anja y Nelson, y de lo mucho que se apoyaban en los momentos difíciles. Pensé en Henry y su mujer, que se habían labrado una nueva vida trabajando en la isla tras criar a sus hijos. Y en Braden y Amanda, los cuales se complementaban el uno al otro.

Pero yo no estaba casada y nunca había tenido una relación seria del todo. La mayoría de lo que sabía lo había aprendido leyendo novelas románticas, y eran de ficción, por lo que distaban mucho de ser manuales para tener una relación duradera y satisfactoria.

—Solo digo —continué— que tú podrías tener razón y David también, o los dos podríais tener parte de razón. Sin embargo, si no resolvéis el problema cuando aparece, iréis acumulando frustración. Dicho de otro modo, no deberías estar aquí hablando conmigo, sino que es con tu marido con quien deberías hablar.

No podía creerme que estuviera dando consejos sobre relaciones. Yo, Mia Crawford, cuya última relación solo duró un año porque nos veíamos, como mucho, dos veces al mes.

Aun así, no era un mal consejo.

—Tienes razón —contestó Doug.

—Ve —le dije.

Se acabó el *bloody mary* de un trago y me dio un abrazo.

—Eres buena persona, Mia.

—Tú también.

Cuando me quedé sola, le di un sorbo a mi bebida y disfruté del ambiente: los niños chapoteando en la piscina, las risas, el sol… Me había perdido la clase de yoga por ese encuentro improvisado con Doug, pero me encantaba observar a la gente desde el bar de la piscina, sobre todo cuando no estaba abarrotado.

—¿Otro más? —preguntó Charlie señalando mi *bloody mary* vacío.

—Por ahora voy bien —dije, y me comí el último trozo de apio.

Pensé en Adam. ¿Por qué no me había afectado la ruptura? ¿Porque no me importaba de verdad? Me caía bien…, pero no sentía nada profundo por él. Nunca hubo verdadero peligro de que me rompiera el corazón, porque no me importaba lo que pasara con la relación.

Con Jason, sí que me importaba lo que sucediera. Aunque sabía que era algo temporal, sentía una cosa dentro de mí que no podía explicar.

Le di las gracias a Charlie y me levanté del asiento. Entonces vi a Amber Jones caminando deprisa por la playa desde la orilla norte, cerca de donde apareció el cuerpo de Diana. Estaba hecha un desastre, muy distinta de la actriz elegante que había conocido en el ferri hacía tres días. De hecho, llevaba la misma ropa que la noche anterior, cuando Brie y yo la seguimos. Para regresar desde el norte habría tenido que rodear prácticamente toda la isla. ¿Había pasado la noche en la selva? ¿Dónde estaba Parker Briggs? Tenía intención de contarle a alguien que Brie y yo los habíamos visto al otro lado del lago, pero se me olvidó por completo después de caerme en el agujero.

Me dirigí directamente hacia Amber. Al principio no me vio y casi se choca conmigo. Se detuvo en seco, como si acabara de darse cuenta de que me acercaba.

—Amber, ¿qué te ha pasado? —pregunté.

Me dio un empujón en el pecho con el dedo.

—¡Tú!

—¿Yo?

—No creas que no sé lo que estás haciendo, Mia. —Pronunció mi nombre como si fuera un insulto.

—¿Qué he hecho?

Entrecerró los ojos.

—¿Dónde está?

¿Se refería al libro? Estaba segura de que ella y Parker habían sido quienes se lo llevaron de mi habitación. ¿Estaba equivocada?

—¿Dónde está qué?

—¡Ya sabes de qué hablo! No te hagas la tonta.

—De verdad que no. —Sentí frío y calor a la vez. Si no habían sido ellos, ¿quién se había llevado el libro?

—Encontraste el archivo, ¿verdad? Te juro que, si no lo devuelves, te voy a…

—¿Archivo? ¿Qué archivo? —pregunté, más enfadada que intimidada.

Y totalmente confundida. Ni siquiera sabía qué documentos había escondido Diana. ¿Por qué demonios Amber pensaba que los tenía yo?

Gruñó, apretó los puños y dio un pisotón con fuerza en la arena, pero se quejó de dolor. Fue entonces cuando me di cuenta de que iba descalza y tenía los pies llenos de cortes.

—Amber, no tengo lo que crees que tengo —aclaré.

—No te creo —susurró.

—Tú me robaste el libro —contesté decidida a poner las cartas sobre la mesa. Hice una pausa, esperando que lo negara o que diera alguna explicación; no hizo ninguna de las dos cosas—. Las dos sabemos que Diana estaba chantajeando a gente de la isla —añadí —, pero no encontré nada. Fuera lo que fuera lo que estaba haciendo, no dejó pistas muy claras. Así que adelante, quédate con el libro, me da igual. Pero deberías pensar en qué fue lo que le pasó, porque alguien la mató. Y, por si no habías caído en la cuenta, todas

las personas que estaban en la isla el domingo siguen estando registradas como huéspedes.

Menos CeeCee, pensé de repente, como si me hubiera picado una avispa. CeeCee había desaparecido el día anterior. Igual que Diana. ¿Estaba muerta…, o estaba huyendo? ¿Huyendo de Trevor…, o escapando de la ley porque era la asesina?

Amber me miró con un destello de preocupación. Luego dijo:

—Mantente al margen. Esto no es asunto tuyo. —Vaciló un momento, y luego suavizó la voz—. Y, si encuentras el archivo, te compensaré bien si me lo devuelves.

—¿Por qué es tan importante ese archivo?

—Digamos que Diana se llevó algo cuyo valor ni ella ni yo comprendimos del todo. Y necesito recuperarlo cuanto antes.

«Para dárselo a Parker», pensé, aunque no lo dije. Diana se había llevado un archivo de Parker, y él lo necesitaba antes de encontrarse con su padre el lunes, deduje. Diana y Amber estaban metidas en todo esto desde el principio, pero no calcularon las consecuencias de sus actos. ¿Pretendían chantajear a Parker? Mi apuesta era que sí. O… tal vez querían chantajear a otra persona con el contenido del archivo de Parker. Sin embargo, al estar Diana muerta, y el archivo, extraviado, Amber estaba en el punto de mira.

—Como ya te he dicho, no tengo ningún archivo. Buena suerte.

Amber se marchó a paso firme.

—¿Qué ha sido todo eso? —Brie apareció detrás de mí y me hizo saltar del susto.

Le conté lo que me había dicho Amber y lo que yo creía que significaba.

—Creo que ha pasado la noche fuera.

—Eso parecía —contestó Brie—. Vamos, no tenemos mucho tiempo.

—¿Para qué?

—¿Quieres saber cómo encontrar a Ethan Valentine? Tenemos que hacerlo ahora. Hay una reunión de personal dentro de cinco minutos. Es nuestra mejor oportunidad para entrar en la oficina de

Tristan y encontrar los datos de contacto de Valentine.

Vacilé al darme cuenta de que todo esto se nos estaba yendo de las manos muy rápido.

—¿Qué? —preguntó Brie—. Creía que este era el plan.

—Sí, pero…

—No hay peros. Lo haremos. —Luego se dio la vuelta y empezó a andar como si supiera que la seguiría.

Y eso fue lo que hice.

CAPÍTULO VEINTISIETE

> «Estar muerto significa no tener que hacer nunca nada furtivo».
>
> LAWRENCE BLOCK, *Los ladrones no pueden elegir*

Estaba nerviosa. Nunca había entrado sin permiso en una oficina.

Brie me guio por el edificio principal. Las oficinas de administración estaban en un bloque de una sola planta situado al sur del edificio principal y conectado a este por unos soportales. Había dos carritos de golf aparcados bajo el techo.

—¿Las reuniones de personal no deberían ser en las oficinas?

—Hay demasiado personal. Están en la biblioteca, en el segundo piso.

Aquello hizo que me parase en seco.

—¿Hay una biblioteca? ¿Con estanterías llenas de libros, sillones cómodos y música relajante?

—Síííí. —Brie me miró con desconfianza—. Está abierta para los huéspedes, menos cuando tienen reuniones de personal.

—Guau.

—Ahora no, pero, si quieres, te la enseño después.

—Ojalá lo hubiera sabido antes.

—Concéntrate, Mia.

Volví a prestarle atención al edificio de administración. Parecía

cerrado.

—¿Cómo vamos a entrar? —Miré a mi alrededor. La puerta principal estaba a la vista de cualquiera que pasara por allí, tanto desde la rotonda como desde las ventanas orientadas al sur—. Cualquiera podría vernos entrar.

—¡Deja de señalar lo evidente! —respondió Brie con brusquedad —. Tranquila. Hay más de una entrada. Vamos a pasar por delante y luego cogeremos el sendero que está al otro lado del edificio y que lleva a la parte de atrás.

—La oficina de seguridad está por ese lado.

—Ellos también están en la reunión de personal, menos un chico. Mientras no llamemos la atención, ni se dará cuenta de que estamos aquí.

—¿Y si se da cuenta?

—El camino rodea la parte trasera del resort. Solo estamos dando un paseo en un día precioso como el de hoy.

Brie enlazó su brazo con el mío y yo me quejé.

—Odio este plan.

—Confía en mí.

A estas alturas no tenía otra opción.

—¿Dónde está todo el mundo? —pregunté al darme cuenta de que no escuchaba voces, ni risas, ni chapoteos en la piscina.

—En la reunión del personal. Ya te lo he dicho.

—No, me refiero a los demás.

—Ah. Pues hay una clase de buceo en el muelle, y Kalise llevó un grupo de excursión al lago St. Claire. Pero sí, está todo tranquilo.

—Parece que te enteras de todo lo que pasa.

Brie se encogió de hombros.

—Como te dije, venimos todos los años y la isla no es muy grande.

En la oficina de seguridad, una persona estaba sentada en un escritorio. Levantó la vista cuando pasamos. Me quedé paralizada. Brie sonrió y le saludó con la mano, y seguimos andando.

Él le devolvió el saludo, casi sonrojado. Era joven, no tendría más

de veinte años, pensé, y me di cuenta de que Brie se puso recta y se metió un mechón de la melena detrás de la oreja mientras pasábamos.

Brie tenía más encanto natural que yo para coquetear.

—¿Vas a quedar con él? —susurré.

—No —respondió cortante, pero lo miró.

Yo también. Él bajó la mirada a su escritorio, fingiendo estar ocupado.

—Es mono.

Ella se encogió de hombros y luego me guio hacia un patio pegado al edificio de administración. Bajo las ventanas crecían setos con flores bien cuidados y las enredaderas trepaban por celosías sujetas al estuco.

Brie enseguida agarró el pomo y abrió la puerta lateral.

—¿No la tienen cerrada con llave? —pregunté.

—Shhh —dijo, y entramos.

La puerta se cerró detrás de nosotras.

Estábamos en lo que parecía ser una sala de descanso para el personal. Había un par de mesas, un sofá, una nevera y una encimera. Mientras mis ojos se acostumbraban al cambio de la luz del sol a la iluminación interior, escuché atentamente.

Aparte del zumbido de los electrodomésticos, no había ningún ruido.

Brie atravesó rápido la sala y se adentró en el pasillo. El edificio de administración prácticamente no tenía paredes, había mucho espacio alrededor de cada escritorio enorme y una mesa de conferencias central con capacidad para ocho personas. Al fondo, había una oficina con puerta, y allí fue donde me llevó Brie.

La puerta estaba abierta, pero la luz apagada.

—Tú consigue la información. Yo vigilaré por si vuelve alguien —mandó Brie.

—¿Y si aquí hay cámaras y ya nos han pillado? —susurré.

—He comprobado que no hay. No sé cuánto tiempo tenemos, así que vamos.

Cruzó la oficina y se colocó a un lado de la puerta principal para que no la vieran si alguien se acercaba.

Ahora o nunca, pensé. Había suficiente luz ambiental como para no tener que encender la luz, algo que tal vez podría llamar la atención.

La oficina de Tristan estaba impecable: había en ella un escritorio con carpetas ordenadas, un ordenador y un teléfono. Una impresora encima de un mueblecito archivador cerrado con llave. La silla era ergonómica. No me senté en ella. El corazón me palpitaba tan fuerte que notaba el latido en los oídos hasta tal punto que pensé que, si Brie se ponía a gritar, a lo mejor ni la oiría.

La pantalla del ordenador se encendió cuando toqué el ratón. Gracias a Dios no estaba protegido con una contraseña, pues dudaba que cualquier persona menor de cincuenta años usara ya un archivador de tarjetas rotativo.

Me apresuré a abrir la pestaña de contactos y busqué a Ethan Valentine. Le hice una foto a la pantalla, en la cual aparecieron su nombre, una dirección de Miami, la dirección de St. Claire, un número de teléfono con el prefijo de Miami y un correo electrónico. Eso era todo.

Cerré esa pestaña y abrí el calendario de Tristan con la esperanza de encontrar información sobre la agenda de Valentine. No había nada que mencionase a Valentine. Me sentí como una intrusa y cerré el calendario. Eché un vistazo hacia la puerta y vi que Brie seguía de guardia con una actitud despreocupada, como si estuviera esperando a que volviera Tristan para poder hablar con él.

¿Cómo podría saber si Valentine estaba en la isla sin tener que ir hasta su casa? Hice clic en el buscador y repasé lo que creía que sería su agenda. No había nada que me llamara la atención. Entonces, me dirigí al correo electrónico de Tristan y…

Estaba protegido con una contraseña.

Estaba a punto de dejarlo cuando vi una carpeta llamada «Empleados». Aunque dudé, al final, la abrí. Dentro había archivos relacionados con todos los empleados, ordenados por apellido y

nombre. No debería hacerlo… pero lo hice. Encontré el expediente titulado «Garmon, Gino» y lo abrí.

Había varios documentos, entre los que se incluían la solicitud de empleo, referencias e informes sobre su rendimiento. Abrí su solicitud y la repasé. Había estado en Miami dos años antes de comenzar a trabajar aquí. Había sido investigador privado durante esos dos años… ¿Sería un trabajo real o una tapadera? Porque ¿acaso no necesitaría un tiempo para sacarse la licencia y conseguir clientes? ¿No le gustó ser investigador, o solo se trató de un empleo temporal mientras encontraba algo mejor? Les hice una foto a las referencias, cerré el documento y abrí el informe de rendimiento más reciente.

—Mia Mia Mia. —Escuché a Brie susurrar mi nombre varias veces.

Levanté la vista y me hizo una señal para que me acercara.

Hice una foto solo de la primera página que apareció, cerré el programa y salí corriendo de la oficina, nerviosa.

—Por aquí —susurró Brie, y giramos hacia la sala de descanso justo cuando dos personas entraban por la puerta principal charlando.

Brie abrió la puerta trasera y salimos. Giró a la derecha y nos alejamos de los edificios por el sendero que rodeaba la parte de atrás del resort.

—Mierda —murmuré—. No ha durado nada.

—Habrá sido una reunión rápida de personal —dijo ella—. ¿Encontraste su agenda?

—No, pero ya tengo los datos de contacto de Valentine. Y estaba leyendo el expediente de Gino Garmon cuando diste la voz de alarma.

—¿Y hay algo?

—Fue investigador privado durante dos años antes de conseguir este trabajo. Tengo sus referencias. A lo mejor me pongo en contacto con esas personas para ver si alguien sabe por qué dejó la policía.

En cuanto perdimos de vista los dos edificios respiré más

tranquila.

—Por los pelos —dije.

Brie se rio.

—Ha sido divertido —comentó.

—Quizá para ti —respondí intentando no reírme—. Todavía me va el corazón a mil.

—A mí también.

Accedimos por la entrada trasera del resort, y cogí un sándwich preparado del bufé. Parecía que había comida disponible las veinticuatro horas del día.

—Me ha entrado hambre —dije y me reí en voz alta.

—Señorita Crawford, señorita Locke —nos llamó Tristan, que se acercaba a nosotras.

Me quedé petrificada.

Nos había pillado. Tenía cámaras en la oficina. Alguien nos había visto. Él nos había visto. Me iban a expulsar de la isla antes de resolver este misterio o antes de acostarme con Jason. Una tragedia doble.

—Hola, Tristan —contestó Brie con una sonrisa casual—. ¿Qué pasa?

¿Cómo podía estar tan tranquila?

—Buscaba a la señorita Crawford —dijo Tristan.

—¿A mí?

—Primero quería disculparme por las molestias que le ha causado otro huésped esta mañana. Hablé con el señor Lance, y mañana se marchará de la isla.

—No tenía que echarlo —dije. Gracias a Dios, no sabía que habíamos entrado en la oficina y accedido a su ordenador—. Solo estaba preocupado por CeeCee.

—Puede ser —contestó Tristan—, pero, de todas formas, se va por voluntad propia. Y, para que se quede tranquila, la señorita Tremaine está a salvo. Volvió a los Estados Unidos ayer por la tarde. No he hablado con ella personalmente, pero desde San Juan me han informado de que se subió a un ferri hacia Santo Tomás y después

cogió un vuelo directo a Miami.

—Y ¿no se lo ha contado a su novio? —preguntó Brie—. Qué frialdad.

—Voy a darle seguimiento para asegurarme de que de verdad está bien, pero sé que usted, señorita Crawford, estaba preocupada por ella y espero que ahora se haya quedado más tranquila.

—Sí, gracias —contesté, aunque todavía me parecía raro que CeeCee se hubiera marchado de una manera tan abrupta—. Fue un poco inquietante, teniendo en cuenta lo que le pasó a Diana.

Él negó con la cabeza y dijo:

—Una verdadera tragedia.

—¿La policía o el equipo de seguridad ya están más cerca de descubrir qué le pasó?

—Aún están intentando rastrear sus movimientos —contestó—. No quiero adelantarme porque no tengo confirmación directa de San Juan, pero la vieron en la otra punta de San Juan, en Coral Bay. No voy a especular sobre los motivos. La policía encontrará las respuestas. Trabajan bien, aunque son un poco más lentos de lo que nos gustaría.

Parecía confiar en ellos más que yo.

—He de reconocer que, cuando me enteré de que CeeCee había desaparecido ayer, pensé que podría haberle pasado algo —confesé.

Tristan extendió la mano y me dio una palmada en el brazo.

—Lo siento mucho. Le aseguro que aquí, en St. Claire, está usted a salvo del todo. De todo corazón espero que la policía descubra qué fue lo que le pasó exactamente para que nuestros huéspedes puedan estar tranquilos.

Brie dijo:

—Tenemos que irnos, Tristan. Gracias.

Caminamos hacia mi cabaña, y hasta que no entramos en ella no me relajé.

—Guau, estaba convencida de que nos había pillado.

—Yo pensé que ibas a contárselo todo —dijo Brie—. No se te da bien mentir, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—O sea que CeeCee volvió a casa. Mmm.

—Estás pensando en algo.

—En el almuerzo con la exmujer de Trevor —comenté—. Y en un par de detalles que dijo que me hicieron pensar que no es la cabeza de chorlito que todo el mundo cree que es.

—No sé. Hay algo raro ahí. —Me encogí de hombros y luego añadí—: Por un momento pensé que a lo mejor CeeCee mató a Diana.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Por chantaje. Pero no tiene sentido porque no he leído nada que indique que Diana hubiera chantajeado a CeeCee. Es Trevor el que está engañando a su mujer. El código de CeeCee sería «320», y no recuerdo haberlo visto en el libro.

Me quité a CeeCee y a Trevor de la cabeza y miré los datos de contacto de Ethan Valentine.

—¿Qué crees que deberíamos hacer? —le pregunté a Brie.

—Supongo que la pregunta es ¿qué crees que puede hacer Valentine? —contestó Brie. Buena pregunta. No lo sabía.

Como la agenda de Valentine no aparecía en el ordenador de Tristan, no sabíamos si aquel había estado en la isla el domingo, aunque Luis dijo que no estaba en casa cuando Diana se presentó allí aquel día.

—Esta noche lo consultaré con la almohada —dije.

Brie levantó una ceja.

—¿Eso es lo que vas a hacer? ¿Dormir?

En mi cara pudieron verse varias tonalidades de rojo por la vergüenza que me estaba dando.

—Antes o después tendré que dormir —balbuceé.

Brie se rio.

—Ve a prepararte para tu cita pasional. Yo voy a ver si consigo convencer a mi padre para que pase un rato a solas con su hija favorita. A lo mejor encuentro la forma de separarlos. No te olvides del *esnórquel* de mañana. El ferri sale a las diez.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

«¡Cada vez más curioso!».

LEWIS GARROLL, *Alicia en el País de las Maravillas*

Después de darme una ducha, estaba descansando relajada en la terraza cuando Braden me llamó.

—¿Va todo bien? —pregunté de inmediato, y prácticamente pegué un salto de la silla reclinable.

Se me ocurrían cien cosas que podrían haberse torcido en la oficina. Empecé a ponerme nerviosa porque no había estado pendiente de las noticias y no había leído ni un solo periódico financiero desde que llegué a la isla, y ese descuido significaba que les había fallado a todos mis clientes.

—Bien, sí —respondió con un tono extraño—. ¿Estás bien?

—Como me llamas un viernes por la tarde, lo primero que he pensado ha sido que el mercado de valores se había desplomado o algo así.

Se rio.

—Mia, el mundo va sorprendentemente bien ahora mismo. No ha habido grandes ni pequeños trastornos en el mercado. Revisé todas las cuentas de los clientes siguiendo tus instrucciones, y no hay problemas. Ajusté la cartera de la señora Grossman como indicaste y le envié un estado actualizado.

—Gracias —contesté mientras me relajaba—. Sé que lo tienes todo bajo control. Es solo que me preocupo.

—No serías tú si no lo hicieras —comentó él—. Te llamo porque querías información.

—Es verdad. —Se me había olvidado—. De Sherry Morrison.

—Te envié un montón de cosas por correo, pero el resumen es que tiene problemas económicos graves. El año pasado presentó una solicitud de bancarrota del capítulo 13[12] Saqué el expediente y te lo envié, pero, en pocas palabras, digamos que la están obligando a vender su casa para pagar sus deudas. El problema es que no tiene mucha plusvalía, pues firmó una segunda hipoteca en unas condiciones bastante malas poco después de que muriera su marido. En mi opinión, la única razón por la que ella aceptaría unas condiciones semejantes sería por no ser solvente y tener ingresos irregulares. Podría revisar su saldo…

—No, no quiero rebasar un límite como ese. Estoy haciendo todo esto por una amiga, pero no quiero que tú o yo tengamos problemas. ¿Estás seguro de que es su capítulo 13?

—Sí. Mucha deuda de tarjetas de crédito, las dos hipotecas y gravámenes fiscales.

—¿Has descubierto algo sobre su empleo? Tiene un negocio.

—No creo que gane mucho con eso. No se anuncia. La página web se actualizó por última vez hace tres años. ¿Sabías que se la ha visto acompañada de varios jugadores profesionales de distintos deportes?

—Estoy al tanto —dije.

—¿Qué es lo que está pasando? —preguntó Braden.

—Te lo contaré todo cuando llegue a casa.

—¿Estás segura de que estás bien? Pareces preocupada.

—Estoy fenomenal. Estoy relajándome en mi playa privada. Esta noche tengo unos planes que me hacen mucha ilusión. —Tal vez le contara que me caí en un hoyo, o tal vez no.

—Bueno, pues nos vemos la semana que viene.

Cuando colgué, me di cuenta de que ya estaba en el ecuador del

viaje. No obstante…, el resort me había ofrecido tres días gratis por haber encontrado un cadáver. Dependiendo de cómo fueran las cosas con Jason esta noche, tal vez debería pedir que me prolongaran las vacaciones tres días más. Si teníamos en cuenta que apenas había tenido tiempo libre en los últimos cinco años, sabía que a Stuart no le importaría. Lo más probable era que estuviera encantado.

Me invadió una oleada de ansiedad. Tenía que regresar a la oficina la semana que viene. Confiaba en Braden, por supuesto, pero tenía obligaciones, responsabilidades y clientes que dependían de mí. Si yo les había dicho que volvería de vacaciones el miércoles, debía volver el miércoles.

La idea de regresar a la oficina estuvo a punto de deprimirme.

Dejé todo eso a un lado y me di cuenta de que tenía hambre. No me había terminado el sándwich porque estaba demasiado nerviosa después de que Tristan nos llamara la atención. No sabía qué había planeado Jason, pero no quería estar muerta de hambre y enfadada cuando nos viéramos. Me dirigí al Blue Dahlia a tomar un aperitivo y una segunda bebida para relajarme. No es que estuviera nerviosa, sino que experimentaba la adrenalina de la emoción de la expectativa mientras dejaba que mi mente volviera al beso de la noche anterior.

Sorprendentemente, cuando llegué, el ambiente del bar era bastante tranquilo. No había niños jugando, sino solo unas pocas personas descansando en la playa. No había barullo en la piscina. Dos personas sentadas en el bar de la piscina y cuatro mujeres vestidas con ropa de yoga eran los únicos huéspedes que había en el Blue Dahlia, y estaban bebiendo y comiendo aperitivos del bufé permanente.

Me serví un plato pequeño de comida y me senté en la barra, donde Callie todavía trabajaba, y le pedí otro de sus deliciosos *spritzers*.

Repasé las fotos del libro de Diana que tenía en el móvil y las analicé desde todos los ángulos. Había muchos motivos por los que

chantajear a alguien: adulterio, robo a un socio comercial y algún delito desconocido, entre otras cosas. O, como le estaba pasando a Anja, se podía desvelar un secreto bien guardado que perjudicaría a muchas personas, pero que no era un delito.

Secretos… A fin de cuentas, el chantaje se reducía a un secreto por el que alguien estaba dispuesto a pagar para que siguiera bien guardado. Pero ¿hasta qué cantidad estaría dispuesto a pagar alguien? En algún momento, la verdad saldría a la luz…, a menos que el chantajista estuviera seguro de que Diana era la única que sabía el secreto.

Pensé en Gino, y luego me acordé de las fotos que hice del ordenador de Tristan. Era difícil leer la información de las fotos porque no tuve tiempo de hacer *zoom* y enfocar bien, y al principio no vi nada que fuera relevante. Pero la última línea del informe de rendimiento era interesante:

«Se habló sobre los repetidos viajes a Santa Cruz. Gino me aseguró que ya no participaba en apuestas».

Lo de las apuestas explicaría muchas cosas. Podría explicar por qué dejó la policía —tal vez se estaba quedando con el dinero de las incautaciones y se lo gastaba jugando a las cartas—. También explicaría qué podría saber Diana sobre él. La gran pregunta era: ¿cómo sabía Diana todas esas cosas sobre Gino Garmon? ¿Se lo había contado alguien? ¿Había investigado a los miembros del personal antes de llegar? La mayoría de los huéspedes era gente adinerada, así que podría haber estado en sus mismos círculos, o haber leído revistas de cotilleos, o haber llamado a amigos para obtener información. En cambio, sin duda, investigar al personal era harina de otro costal.

Con el rabillo del ojo, vi movimiento de algo que se acercaba a la barra. Era un empleado que entró con suministros. Era de complexión delgada, un adolescente mayor. Había algo en él que me sonaba, y ese algo era su manera de moverse.

Me vino el recuerdo de cuando estuve nadando después de meterme en el mar el primer día… y la persona que había estado

rebuscando entre mis cosas. Tuve la sensación de que era un chico o un hombre, pero no muy corpulento. Alguien que se movía como un adolescente…

—¡Oye, tú…! —Me fijé en su pecho. Llevaba una chaqueta fina y no podía ver la placa con el nombre.

Me miró con los ojos abiertos de par en par, y supe que era el chico que había arrancado la hoja del libro.

Entonces se dio la vuelta y se alejó como si no le hubiera hablado.

Busqué a Callie con la vista, pero estaba hablando con unas señoras mayores. Seguí al chico. Caminaba rápido por el centro del resort. No corría, pero avanzaba a paso firme. Se le veía decidido a evitar a toda costa tener que hablar conmigo.

—¡Oye! —grité.

No había nadie en la recepción y no vi a ningún empleado cerca que pudiera ayudarme. El chico entró en el *spa* y fui tras él.

No estaba en el vestíbulo. Abrí la puerta que daba a las salas de tratamiento. Tampoco se encontraba en el pasillo. Entonces, me acordé de que cuando me di el masaje vi que había otra salida.

Salí y corrí hacia la parte de atrás y lo alcancé justo cuando él salía del edificio. Lo agarré del brazo.

—Para —dije con la voz más firme que pude—. ¿Acaso debería avisar a seguridad? Con los ojos bien abiertos, negó con la cabeza rápidamente de un lado a otro.

—¿Cómo? No he hecho nada.

—Arrancaste una hoja de mi libro. ¿Por qué?

—¿Yo? No.

Pero desvió la mirada. Era innegable que estaba mintiendo. A mí no se me daba bien mentir, pero a este chico se le daba todavía peor.

—Sí, tú. Luego otra persona me robó el libro de la habitación. ¿O también fuiste tú? ¿Robaste la hoja equivocada y por eso más tarde te llevaste el libro entero?

—¡Yo no fui! Lo juro. Por favor, me quedaré sin trabajo. —Su

mirada iba de un lado a otro buscando escapatoria.

—No hablaré con seguridad si me dices por qué te llevaste esa hoja.

Le temblaban los labios. Parecía asustado de verdad.

—No puedo. Él… Mire, señora, lo siento. No tengo la hoja. Yo… yo… se la di a otra persona. Y yo… yo no me llevé el libro. Lo juro. No me llevé el libro, sino solo una hoja.

—¿A quién se la diste?

—No puedo decírselo. —Entonces me dio una patada en la espinilla y salió corriendo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

> «La vida es una aventura que vivir, no una serie de días repetitivos a los que sobrevivir».
>
> LUCY SCORE, *The Dead Guy Next Door*

Tenía un moratón en la espinilla, justo donde ese joven cretino me había dado una patada. Enseguida se convirtió en una mancha púrpura oscura.

No quería hablar con Gino, pero alguien tenía que saber lo que había pasado. Pensé en contárselo a Jason y preguntarle qué hacer, pero no quería meterlo en todo esto. Me dirigí a la oficina de administración y encontré a Tristan y Kalise trabajando.

—Hola, ¿tenéis un momento? —pregunté.

—Claro —dijo Kalise con una sonrisa—. Está usted estupenda esta tarde.

—Gracias —respondí—. He tenido un problema con uno de vuestros empleados. —Había pensado bien cómo quería plantear la situación: si le daba miedo perder el trabajo, a lo mejor ese chico le contaría la verdad a su jefe.

Kalise y Tristan se miraron. Entonces, Tristan dijo:

—Por favor, venga a mi oficina. Lamento cualquier problema que el personal haya podido causarle.

Tristan cerró la puerta tras de sí y me indicó que me sentara en una silla de mimbre que había frente a su escritorio. Me dio un poco de vergüenza cuando recordé cómo me había colado allí antes e invadido su privacidad.

—No quiero meter a nadie en líos —dije, aunque eso no era del todo cierto, pues me seguía doliendo la espinilla—. Pero, quizá si hablas con él, podrías descubrir por qué estaba rebuscando entre mis cosas.

Tristan se sentó y mostró preocupación.

—¿Un empleado ha rebuscado entre sus pertenencias personales?

—Sí —respondí—. Un trabajador joven de unos veinte años, de piel morena clara, con el pelo corto y oscuro. De mi estatura. El primer día que llegué, lo vi hurgando en mi bolso mientras yo estaba en el agua. Cuando llegué a la orilla, ya se había ido. Al día siguiente, descubrí que le faltaba una hoja a mi libro y recordé que ese joven había estado rebuscando entre mis cosas. Hoy lo he visto, se lo he preguntado y ha salido corriendo.

—¿Cree que se llevó su libro?

Por cómo lo dijo, pensé que me estaba tomando el pelo, y me di cuenta de lo absurdo que sonaba todo. Estábamos hablando de un libro de bolsillo que costaba doce dólares y que yo había cogido de la tienda gratis, y me estaba comportando como si se tratara de un ladrón de joyas.

—No —contesté. Sabía que había sido Amber quien me había robado el libro, pero ¿y si ella le había contratado? El chico había dicho «él», así que quizá Parker lo contrató para arrancar la hoja… Cuanto más lo pensaba, más me arrepentía de haber venido a contárselo—. Quizá —maticé—. Pero salió corriendo cuando se lo pregunté. No quiso decirme por qué había estado rebuscando en mi bolso en la playa. —Estuve a punto de decirle a Tristan que el empleado me había dado una patada en la espinilla, pero no lo hice porque no quería que se quedara sin trabajo. Solo quería saber qué estaba pasando.

—¿Faltaba algo más? —preguntó Tristan.

—No. Y no quiero que le castiguen. Solo me gustaría hablar con él para conocer su versión de los hechos.

—¿Y no sabe quién es?

—Esta tarde estaba trabajando, reponiendo suministros en el bar, y puede que estuviera en el ferri cuando llegué. —Seguro que Tristan podría revisar los registros de empleados y averiguar quién era el chico que había visto.

—Déjeme ver qué puedo hacer —contestó Tristan—. No puedo prometerle que no habrá ninguna medida disciplinaria contra él. En St. Claire nos enorgullecemos de nuestro personal y de nuestra hospitalidad, y ningún huésped debería sentirse inseguro, ni temer que corre peligro.

«Una huésped asesinada me hace sentir mucho menos segura que un ladrón de libros», pensé.

—Solo quiero hablar con él —dije.

—No le prometo nada, pero intentaré identificarlo y, si es posible, concertaré una reunión entre usted y él.

—Estaría genial. —Le di las gracias y me fui.

No sabía qué iba a hacer de verdad. Miré el reloj y vi que ya casi eran las seis. Tendría que ir corriendo al muelle para llegar a tiempo a mi cita con Jason.

Empecé a andar rápido cuando escuché que me llamaban.

—¡Señorita Crawford!

Me giré y vi a Henry junto a una de las lanzaderas. Me acerqué y él dijo, con una sonrisa cómplice:

—Su carruaje le espera.

Él lo sabía. Sabía lo de mi cita con Jason. Yo no lo había mantenido en secreto —Brie lo sabía, por ejemplo—, pero tampoco lo había gritado a los cuatro vientos. Y Jason me había besado en el bar, y cualquiera podía haberlo visto. ¿Estaba poniéndome roja? Sí, en efecto. Quizá Henry pensaría que ese día había tomado el sol demasiado.

—Esto…, gracias —dije y me subí al vehículo.

Él se rio y empezamos a bajar por el camino estrecho hacia el muelle.

—Jason es un buen hombre. Se lo pasarán bien esta noche.

Mi rubor se intensificó al recordar lo bien que me sentí cuando Jason me besó la noche anterior, y al pensar en todas esas promesas no dichas detrás del beso. Me di cuenta de que, en parte, me pasaba el día buscando pistas sobre el asesinato de Diana para no pensar en los nervios que sentía por la cita de esa tarde. Un cosquilleo me recorrió la columna e intenté que no me doliera la barriga.

—Anoche no pude ir al crucero, y me dijo que haríamos algo parecido. —Qué tontería acababa de decir. Podría llevar un cartel de neón anunciando que esa noche iba a acostarme con Jason Mallory.

—Qué horror lo que le pasó en la montaña. Ahora está todo acordonado. Nadie más resultará herido. El señor Dubois habló con los contratistas —dijo—, y van a volver la semana que viene, cuando llegue el equipo. Investigarán qué pasó, pero creen que la malla naranja no estaba bien instalada. Los hombres que contrataron la pusieron entre los árboles sin clavarla bien. El lunes por la mañana, el día antes de que llegara usted, llovió y hubo vientos fuertes. —Negó con la cabeza—. Me alegro de que no se hiciera ningún daño, la verdad.

No se me había pasado por la cabeza que hubieran quitado la malla de forma intencionada porque nadie podría haber sabido con antelación que Brie y yo íbamos a recorrer ese sendero de la cima de la montaña. Aun así, me tranquilizaba que hubieran averiguado que fue un trabajo mal hecho.

—Creo que Jason siente pena por mí porque me pasé mi cumpleaños en un lodazal —dije intentando quitarle hierro al asunto.

—Oh, no —respondió Henry como si lo hubiera dicho en serio—. Nunca he visto a Jason tan emocionado. Está eufórico. Y, si le soy sincero, sé un poco sobre lo que tiene planeado.

Se me aceleró el corazón.

—¿Qué?

—Es una sorpresa —contestó sonriendo.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta le gustará.

¿Es que toda la isla sabía que esta noche iba a salir con Jason?

—No se ponga nerviosa —bromeó—. Se lo va a pasar bien, se lo prometo. No recuerdo la última vez que Jason tuvo una cita, ni dentro, ni fuera de la isla, y esta vez está poniendo todo de su parte.

No tenía nada que decir. ¿Qué podía decir? Toda esta semana estaba teniendo un toque surrealista. Era como si me estuviera viendo a mí misma comer, beber y divertirme sin llegar de verdad a formar parte de la vida de la isla.

Henry se detuvo en el muelle.

—No hay barco —señalé.

—El ferri salió hace diez minutos con los trabajadores del día que vuelven a San Juan —respondió.

—Entonces, ¿por qué me pidió Jason que viniera aquí?

—Hay más de una embarcación en la isla —contestó.

Escuché un motor antes de verlo. Pero lo que llegó a la orilla no era un barco; era una moto acuática Jet Ski.

—No. —No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que escuché mi propia voz.

Henry se rio y saludó a Jason con la mano, luego se encaminó al resort, y allí me dejó. Con Jason y la moto acuática.

Jason corrió por la playa y me cogió de la mano.

—¿Preparada?

—No. Para nada. —Necesitaba una excusa. Me miré la ropa—. Me he puesto un vestido.

—Pero debajo llevas un bikini, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Lo sé, Mia. No te gustan los helicópteros, ni los avioncitos pequeños, ni los globos aerostáticos, ni el ala delta. Entendido. La moto acuática va por el agua. Funciona con gasolina. Te va a encantar, te lo prometo.

Aquello me aterrorizaba. Pero la sonrisa de oreja a oreja de

Jason era contagiosa. Él estaba emocionado, y eso me hizo estar un poco (un poquito) emocionada también.

Despacio, le contesté:

—Vaaaale.

Abrió una caja metálica que estaba en el borde del muelle y me entregó un chaleco salvavidas. Lo cogí torpemente.

—¿Nunca te has puesto uno?

—Nunca he tenido la necesidad.

Se rio, me lo quitó de las manos.

—Quítate el vestido.

Parpadeé y nos imaginé a los dos desnudos en la arena.

—¿Qué? —Me salió una voz entrecortada.

—Tengo una caja impermeable para guardarlo. Ahí dentro estará a salvo.

Con recelo, me quité el bolso y luego el vestido. Llevaba un bikini de color rosa neón y de repente me sentí cohibida. Pero Jason se echó mi vestido al hombro y luego me colocó el chaleco salvavidas como si fuera un esmoquin. Me lo abrochó con destreza por delante, y ajustó bien todas las correas. Estaba muy cerca de mí y, cuando lo miré, me besó.

—Sonríe, Mia.

Y sonreí. Una sonrisa pequeña. Luego me hizo cosquillas y empecé a reírme a carcajadas.

—¡Para!

Me dio un último pellizquito y luego un beso rápido. Cogió mi bolso con la mano izquierda y mi mano con la derecha. Caminamos por la playa hacia la moto acuática.

—¿No vamos a cenar? —No me había terminado el plato de aperitivos. Me daría hambre antes de que se hiciera de noche.

—Sí, claro que sí.

Miré alrededor. Henry ya se había ido y no vi ni escuché a nadie más.

Me miró.

—No te gusta perder el control, ¿verdad?

—No —admití—. Me gusta tener un plan.

—Eso es una buena característica para una planificadora financiera. Pero esta noche confía en mí, ¿vale?

—Eso hago. —Era verdad. Aunque me daba miedo dejar la noche completamente en manos de Jason, también era emocionante.

Jason abrió el asiento y guardó mi vestido y bolso, y luego cerró y aseguró la tapa. Se subió al frente de la moto acuática y me hizo señas para que me sentara detrás.

—Agárrate —dijo mientras arrancaba el motor.

Apoyé las manos suavemente en sus caderas.

—Más fuerte —ordenó. Y entonces empezó a acelerar—. No voy a dejar que te caigas, pero tienes que agarrarte bien.

Me aferré a él para no salir volando por detrás.

—¡Jason! —grité.

No podía oírlo, pero estábamos tan cerca que sentí cómo su risa vibraba contra mi cuerpo. Salió rápido de la pequeña bahía y puso rumbo mar adentro.

Cerré los ojos y abracé a Jason con fuerza, muerta de miedo por si me caía al agua y me ahogaba. Sabía nadar y llevaba el chaleco salvavidas, pero, cuando vas a ciento cincuenta kilómetros por hora (bueno, probablemente iríamos a unos treinta, pero parecían ciento cincuenta), ves tu vida pasar por delante de tus ojos.

Lo único que vi fue mi escritorio ordenado en el trabajo, con mis archivos perfectamente organizados y notas codificadas por colores. A mis dos gatos, Nick y Nora, maullando en la puerta del apartamento al escuchar cómo giraba la llave en la cerradura. Después, vi a mi abuela junto a mi ataúd, negando con la cabeza, con Jane y Amanda a cada lado, las tres con cara triste. No porque estuviera muerta (aunque estoy segura de que estarían tristes), sino porque mi abuela, mientras acariciaba a mis gatos, decía: «Pobre Mia, nunca vivió».

«¡Sí que viví!», quería gritar, pero esa pesadilla con mi abuela tenía razón. Me daba miedo vivir.

De repente, la moto acuática se detuvo.

—¿Qué pasa? —pregunté—. ¿Nos estamos hundiendo? ¿Se ha roto? ¿Tienes radio? ¿Qué distancia hay hasta la orilla? ¿Podemos volver nadando?

—Abre los ojos —dijo Jason.

—No.

—Mia —me pidió, suavemente—. Ábrelos.

Poco a poco, y a regañadientes, abrí los ojos.

Estábamos bastante lejos, en mar abierto. Podía ver toda la isla delante de mí. El resort parecía una casita de muñecas. El sol apenas empezaba a ocultarse detrás de la isla, había unos colores gloriosos que enmarcaban las cumbres de las montañas como un halo.

Era tan precioso y romántico que me quedé sin palabras.

Jason puso sus manos sobre las mías, las cuales todavía estaban apretadas alrededor de su cintura.

—A veces —dijo, casi tan bajo que casi no lo oí—, vengo aquí y me siento hasta que casi oscurece. Hace que me sienta pequeño, pero en el buen sentido. Mis problemas se vuelven más pequeños, mis preocupaciones desaparecen… Es liberador. Cuando vuelvo a la isla, las soluciones a mis problemas aparecen como por arte de magia. —Se rio—. Porque me tomé mi tiempo para despejar la mente y no pensar de más.

Ahí fue cuando me di cuenta de que, en realidad, no conocía a Jason. No sabía quién era por dentro ni qué inquietudes tenía. Era amable e inteligente, y tenía opiniones sobre cosas como deportes extremos, asumir riesgos e incluso sobre mi propio sueño de tener una librería. Un sueño que nunca le había contado a nadie hasta que conocí a Jason. Tal vez porque era un desconocido…, o tal vez porque nunca volvería a verlo cuando acabara la semana.

Pero no sabía cuáles eran los sueños de Jason, ni sus miedos, ni cómo había crecido o dónde. No sabía si tenía hermanos, a qué se dedicaba antes de trabajar en St. Claire, ni si tenía planes de futuro.

—Puedo entender por qué adoras esta isla —comenté—. Por qué trabajas aquí.

—No durará para siempre —respondió él.

—¿Por qué? Henry parece muy feliz. Me habló de cuánto les gusta a él y a su esposa trabajar en el resort y de lo bien que los trata la dirección. Tienen casa y un mes de vacaciones pagadas.

Más que oír la risa de Jason, la sentí.

—Henry y Millie son unos padres con el nido vacío. ¿Sabías que Henry solía dar clases de Biología en un instituto en los Estados Unidos? Y Millie tenía su propio negocio de arreglos y tintorería. Uno de sus hijos pasó a hacerse cargo de él, Henry no tardó en jubilarse porque ya no le gustaba dar clase, y empezaron a trabajar aquí. Él dice que nunca se jubilará del resort porque tiene la sensación de que en realidad es como si no estuviera trabajando.

No me había dado cuenta de que Henry no solo había cambiado por completo de carrera, sino que eligió hacer algo más sencillo, probablemente por menos dinero. No obstante, con los hijos fuera de casa y la vivienda gratis en la isla, quizá no necesitaban tanto dinero para tener una vida cómoda. Siempre había pensado en mi carrera como un trayecto en el que tenía que seguir subiendo peldaños, ganando más dinero, ahorrando más para la jubilación para poder mantenerme cuando dejara de trabajar. Nunca había sopesado la posibilidad de hacer algo diferente, algo que me encantara, una vez terminada mi carrera.

Como abrir una librería dentro de treinta años.

—Podría pasarme horas aquí —confesó—, pero tengo hambre, y seguro que tú también. El sol se está yendo, y estar en una moto acuática por la noche es peligroso.

—¿Incluso para ti, señor Amante del Riesgo?

—Asumo riesgos, pero no hago tonterías.

—Qué pena que no podamos cenar aquí —dije en broma.

—Vamos a dar la vuelta a la isla. Tengo preparado un pícnic en el otro lado. ¿Lista?

Lo apreté contra mí y él condujo hacia el sur, en paralelo a la isla. Esta vez no cerré los ojos. El parabrisas delantero ayudaba a mantener la mayor parte del agua lejos de mi cara, y podía ver la

isla en todo su esplendor. Las playas vírgenes, los barcos amarrados en orden, las calas y las montañas verdes con destellos de color allá donde las flores se habían apoderado de algunas zonas.

La punta sur de la isla era un paraíso dentro del paraíso.

Una playa se extendía desde la base de un acantilado que debía de tener una altura de diez pisos. Aquí también había un muelle igual de grande que el que daba servicio al resort, y con una casa para botes. En el acantilado se habían construido unas escaleras. Me daría miedo utilizarlas para subir. ¿De verdad eran seguras?

Al final de las escaleras, había una terraza con una panorámica de ciento ochenta grados. Debía de ser espectacular. La casa era de madera y cristal, sin luces encendidas, salvo unas guirnaldas blancas enganchadas por los bordes de la terraza y en los árboles. Detrás de la casa, la montaña ascendía suavemente hacia la cima, pero, según los mapas que había visto de la isla, había un camino estrecho que iba desde la casa hasta el resort.

La casa de Ethan Valentine.

Quise preguntarle a Jason por él, pero hablar era imposible con el ruido de la moto acuática. Jason sorteó unas rocas que sobresalían un poco, luego se dirigió al lado oeste de la isla y nos dirigimos a un canal artificial.

La mitad sur de la isla era más estrecha que la norte. Jason redujo la velocidad y se detuvo al acercarnos a un barco anclado a unos doscientos metros de la playa. El barco estaba iluminado, visible a pesar de que el sol empezaba ya a hundirse en el mar, lo cual me hizo pensar que había una fiesta.

—¿Hay alguien más aquí? —pregunté cuando se detuvo, intentando no mostrar mi decepción porque no íbamos a cenar solos.

—Yo he venido con el barco antes, luego volví al resort para recogerte.

—¿Por qué?

—Tenía que traer la comida. Además, no sé si recuerdas que no se puede usar la moto acuática por la noche.

—Y ¿cómo vamos a volver?

Él se rio.

—En barco. Cuando queramos. No tenemos horario. Nadie nos espera ni a ti ni a mí. —Me pasó la mano por la pierna. Se me aceleró el corazón al pensar en la laguna la otra noche y en lo cerca que estuvimos de acostarnos antes de que nos interrumpieran—. ¿Puedes esperar unos minutos para comer? —Hablaba con un tono de voz bajo, sexi y provocador.

—Claro —respondí, sonando mucho más segura de lo que me sentía. Me imaginé cómo sería hacer el amor en la moto acuática, y no tenía ni idea de cómo funcionaría. Supuse que podría sentarme delante, mirándolo a él, y rezar para que no nos cayéramos…

—Quiero enseñarte una cosa, y no tenemos mucho tiempo antes de que oscurezca.

Jason giró la moto hacia la cala y se detuvo en una pequeña playa estrecha. Me ayudó a desmontar. Me tambaleé como si acabara de bajarme de un caballo. Para evitar que me cayera de culo en la arena, me sujetó, y me besó.

—Un segundo.

Arrastró la moto unos metros adentrándola en la arena de la playa, sacó mis sandalias del compartimento seco y me las puso en los pies.

—Me siento como Cenicienta —dije.

—Es un honor ser tu Príncipe Azul. —Se inclinó muchísimo, luego me cogió de la mano y me guio hacia el acantilado.

Parecía que no había por dónde ir, hasta que rodeamos una roca enorme, y se reveló la entrada de una cueva.

Me quedé paralizada. No había nada de luz y daba miedo, y no era un sitio que me apeteciera explorar.

Jason se giró hacia mí y me cogió de las manos.

—Confía en mí —me pidió.

—¿A dónde lleva esto? —pregunté.

No me respondió. Tan solo me miró con una expresión que decía que me decidiera.

Esa expresión facial también decía que ahora mi decisión no solo era si entrar o no en la cueva. Era también sobre confiar en él y confiar en mí misma. Sobre si iba a jugar siempre a lo seguro, o si iba a arriesgarme…, aunque solo fuera un poquito.

Jason estaba conmigo. El riesgo no parecía tan grande con él a mi lado.

Me incliné y lo besé. Pareció sorprendido, y entonces me di cuenta de que había sido él quien había iniciado todos y cada uno de nuestros acercamientos. Yo siempre le había correspondido con ganas, pero hasta ese momento no lo había besado de forma espontánea.

Me alegré de haberlo hecho. Algo cambió entre nosotros. Me sentí más cerca de él, como si compartiéramos algo sin necesidad de palabras.

Nos adentramos en la cueva cogidos de la mano.

La arena del suelo era más pedregosa y había conchas enormes esparcidas por la entrada de la cueva. Detrás de nosotros, un arroyo fluía hacia el mar. En el interior, todo se volvió completamente oscuro durante un minuto, pero superé el miedo apretando la mano de Jason.

Y, de repente, estábamos al aire libre.

No era una cueva casi cerrada, como la de la laguna del lado norte de la isla; era un parque abierto al cielo, con una fina cascada que caía por la pared rocosa. De los acantilados brotaban arbustos, y nos rodeaban árboles enormes. En el centro, justo debajo del punto donde caía el agua, se formaba un pequeño lago. Observé cómo el agua fluía por donde habíamos entrado. El sol poniente se reflejaba en los acantilados, lo cual proyectaba un resplandor surrealista con tonos dorados por todas partes.

—Es… —No encontraba las palabras.

Para una amante de los libros como yo, ¿cómo no se me ocurría otra palabra que no fuera «precioso»? Era como estar dentro de una de esas esferas de cristal en las que, al agitarlas, parece nevar. Pero sin nieve. O como estar en el jardín del Edén.

—Lo sé —susurró él.

Me apoyé contra Jason; apoyé la espalda contra su pecho. Me rodeó con los brazos, y su barbilla descansaba sobre mi cabeza. Permanecimos juntos en ese lugar increíble, viendo cómo la luz cambiaba con el sol que caía. Justo cuando pensaba que no podía ser más bonito, otra cresta o árbol se iluminaba al cambiar el ángulo del sol. Los pájaros dejaron de cantar y se resguardaron en su refugio para pasar la noche.

No quería irme de allí. Este lugar tenía algo espiritual. Era como si me hiciera formar parte de la isla en sí.

Jason me dio la vuelta poco a poco para que le mirara y me besó. Fue un beso suave, largo. Un beso sin prisa, pero lleno de deseo. Separé los labios. Él me puso las manos en la espalda, y me atrajo más hacia sí, pero, a pesar de ello, sentí que sus labios eran ligeros, juguetones y cariñosos a la vez.

—Tenemos que irnos —dijo con un tono triste.

—Mmm.

—Lo he planeado todo con mucho detalle para que sea una velada inolvidable.

—Mmm… —Le abracé con fuerza y le puse una mano en el pecho —. Si no hay más remedio… —Entonces pensé en la cueva—. ¿Tenemos que preocuparnos por la marea? —pregunté de repente al pensar que podríamos quedarnos atrapados si subía el agua.

—La marea sube, pero no inunda la cueva, a menos que haya tormenta. Estamos a salvo.

Tras admirar por última vez la belleza de aquel lugar, nos dimos la vuelta y volvimos a atravesar la cueva, y salimos a la playa justo cuando el sol terminaba de ponerse. Nos detuvimos un momento a ver cómo se derretía en el mar. Un montón de colores estalló en el cielo. Había visto muchas puestas de sol preciosas, pero esta no la olvidaría jamás.

Jason empujó la moto de agua de nuevo al mar y nos montamos. Escuché una lancha a motor, pero no vi a nadie.

—¿Qué demonios…? —empezó a decir Jason cuando una lancha

pequeña se alejó a toda velocidad de su barco. Había estado oculta tras el yate.

—¿Quién es? —pregunté.

Había una figura al volante, pero iba toda vestida de negro y llevaba casco.

—No lo sé, pero esto no me gusta ni un pelo —respondió. Giró la llave de contacto. La moto de agua hizo un ruido raro y se apagó. Volvió a intentarlo, frunció el ceño y respiró hondo—. ¿No huele como a gasolina?

—Sí —respondí.

Nos bajamos y Jason revisó el depósito.

—Mierda, alguien ha vaciado el depósito. Está completamente seco.

—¿Por qué iba a hacer nadie una cosa así? —pregunté. Pregunta tonta. Él sabía lo mismo que yo.

—No podemos quedarnos aquí —contestó—. La marea sube hasta el borde del acantilado.

Miró hacia la cueva.

—Podríamos volver a entrar, pero nos quedaríamos atrapados dentro con la marea alta. ¿Puedes nadar hasta el barco?

—Sí —contesté—. No está muy lejos.

Él tenía un aspecto desolado, como si todos sus planes se hubieran venido abajo. Yo estaba más bien enfadada, y un poco asustada, preguntándome por qué querría nadie sabotear la moto de agua de Jason.

Y¿quién sabía que estábamos aquí?

Cualquiera podía saberlo. Al menos, cualquiera que hubiese ayudado a Jason a organizar todo esto.

—Tengo que llevar la moto detrás de las rocas, hasta la entrada de la cueva —dijo—. Ahí podría estar resguardada para pasar la noche. Espérame aquí.

Cuando volvió, dijo:

—Lo siento muchísimo.

—No es culpa tuya. Es de quien nos saboteó.

—Cuando lleguemos al barco, avisaré por radio a seguridad para contarles lo que ha pasado. No quiero que esto nos arruine la noche.

Me pregunté si quien había manipulado la moto sabía que yo había estado haciendo preguntas sobre Diana Harden. No había sido precisamente discreta. Pero ¿por qué? Yo no sabía quién la había matado. Solo tenía sospechas. Gino Garmon encabezaba mi lista, pero Sherry Morrison se estaba comportando de forma igual de extraña, y no había dudas de que tenía secretos, aunque yo no los hubiese descubierto todavía.

Y luego me acordé de Amber y Parker. Sabían que yo había tenido el libro. Podrían pensar que estaba buscando los documentos que Diana escondió en algún lugar de la isla. Tal vez por eso nos habían saboteado, para impedir que los encontrara, sin saber que ese no era mi plan para esta noche.

Quería contarle a Jason todo lo que sabía sobre la vida de Diana Harden… y sobre su muerte. Y sobre el libro, y por qué creía que Amber y Parker lo habían robado, y quería contarle también que sabía que Diana chantajeó a varias personas, una de las cuales probablemente la mató.

Jason dijo:

—Tenemos que nadar hasta el barco antes de que no quede luz. ¿Preparada?

—Vamos.

El agua estaba fresca cuando entramos.

—Aquí enseguida cubre —dijo Jason—. No es como en el otro lado de la isla. Así que ten cuidado.

Él empezó a nadar y yo lo seguí. No paraba de girarse para asegurarse de que yo iba detrás.

Íbamos en contra de la corriente, que empujaba con fuerza, así que, para cuando llegué al barco, estaba agotada. Jason ya estaba allí agarrado a una escalera. Cuando lo alcancé, tiró de mí, para ayudarme a subir, pues yo estaba sin aliento y temblando.

—Aquí tengo toallas y albornoces —dijo mientras me guiaba al interior de la cabina.

En el centro había una mesa con flores y velas sin encender, y una botella de champán se enfriaba en una cubitera sujeta a un rincón. Abrió un armario y sacó dos toallas esponjosas. Nos secamos y luego me dio un albornoz.

—Puedes quitarte el bañador si quieres, y estarás más cómoda.

Aunque la situación no era precisamente ideal, sentí una punzada de expectación al pensar en estar desnuda debajo del albornoz.

—Voy a avisar por radio y a explicar lo que ha pasado. Y luego, si aún te apetece, había planeado una cena. —Sonrió—. Te prometí que te daría de comer.

—Más te vale cumplirlo —contesté—. Después de ese baño, me muero de hambre.

Diez minutos después, salí del camarote con el albornoz puesto y sin nada debajo. Dentro había un dormitorio y un baño, e intenté no pensar demasiado en lo que podríamos hacer más adelante en esa cama. Encontré un peine en el baño y me arreglé un poco para quitarme los peores enredos del pelo.

Jason no estaba. Durante un segundo, me invadió el pánico, pues pensé que quien había saboteado la moto de agua había vuelto y le había hecho algo a Jason.

Escuché pasos en la cubierta superior, así que subí las escaleras y dije:

—¿Jason?

Se volvió hacia mí.

—La radio está rota. No exagero, alguien ha arrancado todos los cables y los ha destrozado. He intentado volver a conectarlos, pero me he dado cuenta de que también han cortado los conductos. He revisado el barco: no entra agua, el ancla está asegurada y tenemos generador para las luces, pero el depósito de gasolina también está vacío. Lo siento muchísimo.

—No te disculpes —contesté—. Esto no es culpa tuya. Estaba pensando: ¿podría ser que alguien esté intentando sabotear el resort?

Puso cara de sorpresa.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero primero matan a una de las huéspedes. Después, me caigo en el agujero porque había desaparecido la red de seguridad. Y ahora tu moto de agua y el barco están inutilizados. ¿Ha habido otros accidentes en las últimas semanas?

Él negó con la cabeza.

—Nada que yo recuerde.

—¿Estamos seguros aquí?

—Sí. Te lo prometo. Revisé la previsión del tiempo antes de planear esta excursión, y no se espera ninguna tormenta en las próximas veinticuatro horas.

—¿Tienes móvil?

—Aunque lo tuviera, no tendría cobertura en esta parte de la isla. Es una de las razones por las que el resort va a instalar una torre de telefonía móvil junto al Sky Bar, para que haya mejor comunicación tanto en la costa del lado este como en la del oeste.

—Si no podemos contactar con nadie, ¿cómo vamos a volver?

—Henry sabe a dónde planeaba ir esta noche, y Kalise…, pues tuve que pedir permiso para coger el barco. Si no aparecemos por la mañana, vendrán a buscarnos.

—Vale —dije, empezando a sentirme cómoda con la idea de pasar la noche en el barco. Si tenía que quedarme tirada en algún sitio, me alegraba de que fuera con Jason—. Vamos a cenar.

—¿No estás asustada?

—No. —Hice una pausa, lo pensé bien, y me di cuenta de que era verdad—. Estoy bien. De verdad. Tengo mucha hambre, y además tengo cosas que contarte.

—¿Sobre qué?

—Creo que sé parte de lo que está pasando. No le conté todo lo que sabía a Gino Garmon sobre Diana Harden cuando me preguntó.

Jason me miró con tanta intensidad que me empecé a sentir incómoda.

—¿La conocías?

Negué con la cabeza.

—No la vi en mi vida, pero siento como si la conociera. —Ahora o nunca, pensé—. Diana Harden estaba chantajeando a gente de esta isla. Encontré sus notas. Estaban escritas en el libro que me robaron, el que se llevaron cuando entraron en mi cabaña el miércoles por la noche.

CAPÍTULO TREINTA

> «Entonces me doy cuenta de lo que es. Es él. Hay algo en él que me hace sentir que estoy a punto de caer. O de derretirme. O de estallar en llamas».
>
> VERONICA ROTH, *Divergente*

Jason había pensado en todo.

Hacía un poco de frío, aunque el mar estaba en calma. Preparó la cena en la cabina principal: una mesa para dos, champán, y un bistec con ensalada y panecillos recién hechos. Fue una cena perfecta: sustanciosa, saludable y deliciosa.

Durante la cena le conté todo lo que sabía. Le hablé de cómo había encontrado el libro, de lo que había leído en aquellas páginas, de por qué creía que era de Diana Harden y que ella estaba chantajeando a al menos una persona. Le habría enseñado las fotos, pero tenía el móvil en el asiento de la moto de agua. Le expliqué que uno de los miembros del personal había arrancado una hoja del libro el primer día que estuve allí y por qué pensaba que Amber y Parker habían robado el libro —o contratado al chico para que lo hiciera—. Estaban buscando documentos que Diana había escondido en algún lugar de la isla, y pensaban que las pistas estaban en el libro; por eso Brie y yo los habíamos seguido el día anterior, y así fue

como terminé cayendo en aquel hoyo.

Le dije que no me fiaba de Gino. No le conté que Brie y yo nos habíamos colado en la oficina de Tristan para conseguir información sobre Ethan Valentine; eso sí que era transgredir un límite con el que aún no me sentía cómoda. Le conté por qué Sherry Morrison me daba mala espina, le hablé de sus problemas económicos, pero también admití que era muy posesiva con Andrew y que quizá, simplemente, yo no le caía bien en general. Ya le había contado lo del almuerzo de CeeCee con la ex de su novio, y que Tristan me había dicho que se había marchado.

—Cuando desapareció en San Juan, pensé que podía haber sido una víctima, como Diana —le dije—. Me alegra que esté bien, pero sigo creyendo que escondía un secreto.

—¿Como cuál?

—Como que no es exactamente quien dice ser.

Él escuchó todo lo que le conté, me hizo algunas preguntas, y no me desacreditó ni se burló de mis investigaciones de aficionada.

—Y, por todo esto, crees que alguien podría estar saboteando el resort.

—No lo sé. Se me ocurrió esa idea por lo que pasó con tu moto de agua y tu barco. Pero sigo pensando que a Diana la mataron porque estaba chantajeando a alguien. Sabía muchas cosas de mucha gente. Descifré quiénes eran la mayoría de ellos porque su sistema de codificación era bastante simple, pero hay algunos que no logré identificar… Quiero decir, las iniciales no coinciden con las de ninguna persona que yo haya conocido aquí. Apuntaba el patrimonio neto de los huéspedes, así como el valor de sus propiedades, y hacía comentarios sobre su mal comportamiento.

—Te estás pasando las vacaciones trabajando, ¿no? —dijo sonriendo, y entonces dejé de sentirme incómoda.

—Brie me ha ayudado. Pero no quiero meterla en líos —añadí rápidamente—. Su padre se enfadó por lo que pasó ayer.

—No diré nada —contestó mientras se hacía una cruz en el pecho con un gesto solemne.

—CeeCee no era quien fingía ser, y eso me inquieta bastante. Trevor es un hombre adinerado; se dedica al sector inmobiliario comercial, entre otras cosas. Ahora mismo, el mercado inmobiliario comercial está en crisis, y no es una buena inversión, pero su empresa está trabajando en otros proyectos.

—Este es tu terreno —dijo él.

—La planificación financiera, tal vez. Sé reconocer buenas inversiones a largo plazo. A lo mejor CeeCee estaba compinchada con alguien para robar a Trevor. Entonces, sería una especie de trampa de seducción.

—¿Una trampa de seducción?

—Ya sabes, cuando una mujer seduce a un hombre…

—Sé lo que es una trampa de seducción —dijo con una risita.

—En fin —continué—, quizá por eso se fue. —Pensé en su reunión con la exmujer de él—. Se reunió con su exmujer y luego desapareció.

—Has dicho «trampa de seducción»… ¿Y si eso es exactamente lo que fue? Tal vez la exmujer la contrató para sacarle algo. Dinero o información.

—Sí —contesté pensativa—. Puede que eso sea lo que estaba haciendo.

—Apuesto a que tú podrías averiguarlo bastante rápido.

—¿Cómo?

—Como tú misma has dicho, sabes identificar buenas inversiones a largo plazo. Seguro que podrías investigar su cartera y sus proyectos, y ver qué podría ser valioso para otra persona.

—Podría hacerlo. —Asentí con la cabeza.

—Pero esta noche deja que tu cabecita brillante descanse. Olvídate de todo esto, ¿vale?

Hice otro gesto de asentimiento.

—¿Qué fuiste a hacer a San Juan? —preguntó Jason mientras nos servía más champán.

—¿Me prometes que no vas a pensar que estoy loca?

—No pienso que tengas ni una pizca de loca —contestó, y me

cogió la mano y me la besó.

—Pensé que podría obtener información sobre la investigación del asesinato de Diana de parte de la policía, porque creo que Diana estaba chantajeando a Gino. Y, si eso era así, él no debería estar investigando su asesinato —le dije.

—¿Crees que Gino la mató? —Sonó sorprendido, pero no como si pensara que yo estaba completamente loca.

—Creo —dije despacio y con cuidado— que ha hecho muchas cosas que me hacen pensar que es culpable. Algunas de las notas de Diana lo mencionan: el número «77» es Gino Garmon. El día que llegué, me preguntó por el artículo que estaba leyendo, en el que se contaba la desaparición de Diana. Me dijo que no me preocupara, pero su forma de decirlo me hizo sospechar. Él se está encargando de la investigación, y luego me amenazó cuando me trajo de vuelta al resort anoche.

La espalda de Jason se enderezó.

—¿Te amenazó? —Su voz fue grave, y por primera vez vi algo más en Jason que su actitud despreocupada. Vi una firmeza que no esperaba.

—Sabía que había ido a San Juan y que había hablado con la policía, y se aseguró de decirme que me convenía mantenerme al margen de la investigación. Fue su forma de decirlo lo que sonó amenazante.

—Tenemos que contárselo a Tristan —afirmó Jason—. Él es el gerente. Está a cargo del personal, y eso incluye el de seguridad.

—No tengo pruebas de nada.

—Da igual —dijo Jason—. No debería haberte intimidado así.

Tenía razón, pero ¿y si yo estaba equivocada?

—No quiero arruinarle la carrera solo porque dejé volar mi imaginación.

Jason se rio.

—Mia, eres la persona más sensata y lógica que he conocido en mucho mucho tiempo.

No sé por qué, pero eso me hizo feliz. Quizá porque lo dijo como

si mi forma de ser le encantara. Quizá porque me creyó lo que le conté de Diana y no despreció todas mis teorías.

—Lo intento —dije con ligereza.

—Me gusta que seas directa y sincera. Es refrescante.

Se me puso casi una sonrisa de oreja a oreja. Me aclaré la garganta y dije:

—La cena estaba riquísima. ¿La has hecho tú?

—En realidad, no.

—¿Qué significa eso?

—Pedí a la cocina que lo elaboraran todo. Solo preparé las ensaladas.

—Pues has preparado las ensaladas muy bien —dije con una sonrisa.

Él me cogió de las manos y me preguntó:

—¿Estás segura de que te parece bien quedarte aquí varada esta noche? Te prometo que vendrán a buscarnos por la mañana.

—Estoy bien —respondí—. No estoy sola, ¿verdad?

Estaba nerviosa. No se me daba bien coquetear. Y, aunque ya nos habíamos besado —Dios mío, cómo nos habíamos besado—, aún me sentía incómoda con mi objetivo final: tener sexo sin compromiso con uno de los hombres más atractivos que había conocido.

Entonces se llevó mi mano a sus labios y me besó la palma, y mis nervios desaparecieron. Solté un leve gemido al sentir cómo su lengua lamía mis dedos.

—Quiero enseñarte una cosa —dijo Jason, y casi dejé de respirar.

Se levantó, recogió rápidamente los platos, los puso en una bandeja y me llevó a la cubierta. Subimos hasta lo más alto de la cabina, donde había una plataforma ancha. Presionó un botón y todas las luces del barco se apagaron.

—Mira —me ordenó, señalando al cielo.

Estaba tan oscuro que me era imposible ver la isla, salvo por una tenue hilera de luces en lo alto, parpadeando en rojo, probablemente para avisar a los aviones de que ahí había una

montaña.

El cielo era un espectáculo luminoso. Había millones de estrellas, más de las que había visto jamás en un solo lugar. Estaba en medio del mar y tenía la sensación de que Jason *y yo* estábamos completamente solos en el mundo.

—Oh. Dios. Mío —susurré, sin saber si lo había dicho en voz alta hasta que Jason me besó la oreja.

—Te hace pensar, ¿verdad? —susurró.

—Apenas puedo pensar, y eso que no he bebido tanto.

—Nada de lo que hagamos cambia a las estrellas. Miro hacia arriba y pienso en toda la gente que nunca mira más allá de sí misma, que nunca se detiene lo suficiente como para contemplar este espectáculo milenario. Las estrellas que vemos ya no existen, sino que ya se extinguieron, se apagaron, pero su luz sigue ahí. Por eso creo que todo el mundo debería vivir su sueño, porque, si disfrutas de lo que haces, entonces, cuando ya no estés, en tu lugar dejarás una luz que todos los que vengan después podrán ver. Igual que las estrellas.

Me di la vuelta para mirarle cara a cara. La luna aún no había salido, pero las estrellas daban la luz suficiente como para que pudiera verle los ojos mientras me miraba fijamente. Lo besé.

Jason me rodeó la cintura con los brazos y me atrajo hacia sí, y el beso se fue haciendo cada vez más intenso, y el champán se mezclaba con el aire salado. *Todo* el rato quería más; en ningún momento tenía suficiente, y no quería tener suficiente. Las delicadas olas del mar se mecían debajo de nosotros. El barco se movía arriba y abajo, balanceándose poco a poco, seduciéndonos a ambos.

—¿Aquí? —susurró justo cuando me desataba el lazo del albornoz, dejando al descubierto mi cuerpo desnudo.

—Sí. —Porque no quería perder tiempo bajando al camarote. Quería hacer el amor en ese momento, allí bajo las estrellas, en medio del mar, sin pensar en asesinatos, chantajes ni en el mañana.

Sobre todo, era en el mañana en lo que menos quería pensar.

Primero, llevó las manos a mis caderas, después pasó a tocarme

el trasero y a recorrerme la espalda como si quisiera tocarme todo el cuerpo a la vez. Llevaba una camiseta que se ceñía a sus músculos definidos; se la levanté, toqué su piel caliente e inhalé su aroma.

Todas las dudas desaparecieron cuando me cubrió el pecho con las manos y ambos gemimos. Nos deseábamos, nos anhelábamos, y eso lo era todo.

—Esto, fuera —dije refiriéndome a su camiseta, y él se la quitó.

Le desabroché el bañador y cayó al suelo. Se quedó completamente desnudo bajo la luz de las estrellas. Si ya antes yo casi no podía respirar, ahora me faltaba el aire.

Jason era perfecto.

Músculos firmes y definidos. Moreno, tanto por genética como por el tiempo que había pasado al sol. Tenía el pelo más rizado de lo habitual después de haber nadado. Su expresión era una mezcla de deseo, juego y sinceridad. Quería hacerme feliz. Lo tenía grabado en el rostro. Parecía confiado pero cauteloso a la vez, o quizá estaba viendo reflejados en su cara mis propios deseos y miedos.

Jason era perfecto en su imperfección. La cicatriz de cinco centímetros que tenía en el abdomen contaba la historia de una operación antigua en la que le debieron de quitar el apéndice. No tenía una cara perfectamente simétrica: el ojo derecho se le cerraba un poco más que el izquierdo, y el puente de la nariz era un poco más abultado de lo que debería, a raíz de, al menos, una fractura antigua. Sin embargo, esas pequeñas imperfecciones le daban carácter y lo hacían aún más atractivo.

Es probable que me pasara demasiado tiempo mirándolo porque me cogió la cara con las manos y me preguntó:

—¿Estás bien?

—Perfectamente —susurré.

Se le dibujó en los labios una media sonrisa, una sonrisa torcida y perfecta, y me besó.

Nos arrodillamos, y me quitó el albornoz, que yo aún llevaba, aunque desabrochado, sobre los hombros. La brisa fresca del mar me hizo temblar, así que me acercó a él.

—Si tienes mucho frío… —empezó a decir, pero entonces su boca encontró mi pecho y deslizó las manos entre mis piernas, y, de no haber sido por él, porque me estaba sujetando, me habría caído al suelo.

El barco se movía debajo de nosotros, y nuestros movimientos no tardaron en sincronizarse con el suave vaivén. Jason murmuró:

—Tú primero.

—No —jadeé mientras sus dedos trabajaban con destreza—. Juntos.

Jadeé cuando un dedo penetró lentamente en mí.

—Tú primero, y luego juntos —insistió.

¿Dos orgasmos? Nunca había experimentado eso en una sola noche. Ninguno de mis novios parecía tener interés después de tener ellos uno, y yo pensaba que tenía suerte si conseguía ya solo uno. A lo mejor me puse tensa, o debió de leerme la mente.

Apartó la mano y yo gemí. Me giró para poder verme y bromeó:

—¿Quieres que vayamos a por tres?

—No…, no creo que pueda.

—Cuatro —contestó.

Me reí. Fue un ruido extraño que no era del todo una risa, sino más bien una risita aullante o una especie de mitad risa, mitad gemido, y me acerqué más a él.

—¿Me estás retando? —preguntó con una sonrisa traviesa.

—Por supuesto que no.

—Sí que lo haces —contestó—. No sé si te lo he dicho, pero soy muy competitivo.

Me besó otra vez, los dos allí arrodillados, pegados el uno al otro. Entonces volvió a llevar la mano entre mis piernas, y primero me introdujo lentamente un dedo y, luego, un segundo. Su pulgar encontró mi punto sensible y jadeé e intenté apartarme, del placer tan abrumador que me producían sus dedos, que casi era demasiado. Pero me sostuvo fuerte. Tenía su boca cálida sobre la mía, una boca con la misma urgencia que sus dedos, mientras el barco se movía y se mecía suavemente. Arqueé la espalda y

entonces estallé.

Me sostuvo fuerte mientras la ola de calor me atravesaba y me deshice por completo. Miré hacia las estrellas, pero veía borroso. Él me besaba el cuello con suavidad. Después, me lamió el punto sensible que había detrás de la oreja, y un escalofrío me recorrió el cuerpo.

—Oh, Dios. Oh, Jason. No. Me. Esperaba. Esto.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, me puso bocarriba, e improvisó una almohada con mi albornoz. Lo miré, las estrellas rodeaban su silueta y supe que no bromeaba con eso de un segundo orgasmo. Lo quería todo de él, y en ese momento haría cualquier cosa que me pidiera. Abrí los labios y él se inclinó sobre mí.

—Eres preciosa, Mia.

Podría haber sido una frase hecha, pero ya había tenido un orgasmo, y, si con eso conseguía otro, podía soltarme todas las frases hechas que quisiera.

—Estás incómoda —advirtió.

—¿Eh?

No sentía prácticamente otra cosa que no fuera el cuerpo de Jason sobre el mío. El techo de la cabina tenía el tamaño aproximado de una cama doble. Me besó y luego se dio la vuelta, con mi cuerpo pegado al suyo, de manera que yo quedé encima.

—¿Así mejor? —preguntó.

Tener acceso a todo su cuerpo era embriagador. No sabía qué tocar primero, así que lo toqué por todas partes, deslicé las manos poco a poco por el pecho hasta los muslos, y pasé a acariciarle el pene cálido y duro. Empezó a mover frenéticamente la mano por la cubierta.

—¿Qué pasa? ¿Te he hecho daño?

—Condón. Bolsillo. Ahora.

Encontré su bañador y el condón. Lo abrí de un tirón. Él intentó quitármelo, pero lo aparté.

—Déjame —dije.

—Dios, Mia —susurró, con los músculos del cuello tensos

mientras yo tomaba la iniciativa.

En mi vida, nunca había sido tan audaz, tan valiente.

Nunca me había sentido tan sexi ni tan deseada.

Y, entonces, me deslicé sobre él, conteniendo la respiración con cada centímetro. Las manos de Jason me sujetaban firmemente las caderas.

—No te muevas —dijo—. Dame un segundo.

Se movió dentro de mí, y yo apreté los músculos sin querer. Él gimió, respiró hondo y soltó el aire poco a poco. Sus manos, aún en mis caderas, me empujaron hacia arriba y luego hacia abajo.

No hizo falta que me lo repitiera.

Me acomodé para poder agarrarme mejor, puse las rodillas a los lados de su cuerpo, y me agarré con fuerza a la barandilla que había sobre su cabeza. Nos movíamos juntos, primero despacio, luego más rápido, perfectamente sincronizados. ¿Nuestros cuerpos se habrían conocido en otra vida? Sentía que estaba con un desconocido… y, a la vez, con alguien que conocía desde siempre.

Estaba a punto de tener otro orgasmo. Quería dejarme llevar, gritar por el deseo abrumador que fluía inesperadamente dentro de mí.

—Jason —jadeé.

—Ahora —contestó.

Me hundí en él, una última embestida, y grité en la noche. Su cuerpo convulsionó bajo el mío mientras caía encima de él.

Nos quedamos así cinco, diez o quince minutos. No estaba segura. El tiempo se detuvo. Entonces, una brisa me recorrió y temblé, y recordé que estaba desnuda y sudorosa. Nos movimos, Jason se puso cómodo, y nos recostamos en la barandilla, descansé la cabeza sobre su pecho.

—Guau —dije, con la boca seca.

—Desde luego —respondió.

El mar parecía más claro a nuestro alrededor, y me incorporé de golpe.

—¿Viene alguien?

—No —dijo, y volvió a atraerme hacia sí—. Mira. —Señaló hacia la isla, que parecía brillar.

Mientras observábamos la escena, apareció la luna. Faltaban dos días para que hubiera luna llena y esta proyectaba un tinte azul grisáceo sobre el mundo que nos rodeaba.

—Tienes frío —observó.

—No quiero moverme.

—Te prometí otro orgasmo. —Sonrió—. Probemos en la cama.

—De hecho, me prometiste dos más —bromeé, y le besé—. No te los voy a reclamar.

—¿Eso es un desafío?

—Puede que sí.

—Acepto el reto, Mia Crawford.

Me ayudó a levantarme y bajamos a la cabina.

Jason cumplió el desafío para mi completa y total satisfacción.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

«Para que haya traición, primero tiene que haber habido confianza».

SUZANNE COLLINS, *Los juegos del hambre*

Jason tenía razón: un barco vino a buscarnos justo después del amanecer, cuando estábamos comiéndonos el postre que no habíamos probado la noche anterior. Desayunar el postre fue el final perfecto para la mejor noche que había tenido en toda mi vida.

El capitán del ferri, Eli, pilotaba una lancha motora. Salimos a la cubierta y le saludamos con la mano. Eli no estaba solo; Tristan y Kalise iban con él.

Yo llevaba puesto el bikini debajo del polo del St. Claire que Jason me había dejado, y —Mia Crawford, diligente y buena chica— ni siquiera me daba vergüenza. No me arrepentía ni un minuto de la noche anterior, y, a juzgar por la forma tan enérgica en la que Jason me había despertado esa mañana, él tampoco.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tristan cuando él y Kalise subieron al barco.

Ambos parecían preocupados, como si Jason fuera un hijo suyo que había estado toda la noche fuera sin avisarles.

—Alguien inutilizó la moto de agua y el barco, tiró la gasolina y luego desactivó la radio.

—¿Qué? —dijo Kalise a la vez que Tristan—. ¿Quién haría algo así?

—Había una persona con un traje de buceo negro y una máscara en una lancha pequeña cuando salimos de la cueva. Parecía una de las barcas que tenemos para los huéspedes. Ni siquiera llegué a ver si era hombre o mujer. Estábamos demasiado lejos.

—Ningún huésped reservó una barca ayer por la tarde —dijo Kalise—. Pero se les suele olvidar avisarnos.

Tristan se volvió hacia mí.

—Señorita Crawford, le aseguro que la vida en St. Claire no es tan peligrosa como la que usted ha experimentado hasta ahora.

—Estoy bien —contesté. «Más que bien», pensé. Estaba en una nube.

«Orgasmos múltiples». Creía que era algo que solo pasaba en la ficción. Estaba felizmente equivocada.

—Esto es inaceptable —comentó Tristan—. Encontraremos al culpable. Si forma parte del personal, lo despediremos; si es un huésped, se le expulsará del resort. ¡Quizá incluso lo denunciemos! Esto podría haber acabado mucho peor.

Jason intervino.

—Tranquilo, Tristan. En serio. Nadie ha resultado herido, aunque me gustaría saber quién inutilizó mi equipo. —Jason llamó a Eli, el capitán del barco, que se acercaba a ellos—. ¿Tienes gasolina de más?

—Sí, suficiente como para llevaros de vuelta al resort —gritó Eli.

—Perfecto. ¿Puedes llenarme el depósito y luego llevar a la señorita Crawford de vuelta al resort?

—Por supuesto —contestó Eli.

—Puedo quedarme —dije. No quería irme, y eso hizo que me sintiera un poco enamorada y dependiente. Pero me daba igual.

Cuatro orgasmos. Y, para rematar, otro más esta mañana.

—Danos un momento —le dijo Jason a Tristan, y luego me cogió de la mano.

Caminamos hacia el extremo opuesto del barco mientras Eli

repostaba.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, claro que estoy bien. Más que bien.

Quería besarlo…, pero de repente me sentí un poco cohibida, ya que ahora teníamos público.

Me puso la mano en la barbilla y me hizo mirarle.

—Mia, lo de anoche fue impresionante, a pesar de todos los desastres. Eres increíble en todos los sentidos.

Busqué su mirada y encontré verdad. Me acarició los labios con el dedo pulgar; yo se lo besé.

—La verdad es que fue una noche fantástica —susurré—. Pero tienes razón: debería volver con Eli.

—No tardaré mucho, pero tengo que descubrir qué ha pasado y recuperar la moto de agua.

—A mí también me gustaría saber qué ha pasado. —Animada por la forma en que me miraba y por lo que sentía por dentro, dije—: Tristan me ofreció quedarme tres días gratis después de encontrar el cuerpo de Diana.

Jason sonrió.

—¿En serio? Me pediré un par de días libres, y podemos hacer una ruta por las islas.

Me dio un vuelco el corazón.

—Bueno, tendré que volver al trabajo. Tengo responsabilidades y podría trabajar a distancia, pero la señal de internet aquí es irregular y necesito una conexión segura por el tema financiero de mi empresa. De todas maneras, planearé hacer otra escapada pronto; por ejemplo, en un puente largo. Y… tal vez puedas venir a verme alguna vez. Si te pasas por Nueva York.

Una sombra de decepción le apareció en los labios; creo que le dolía que me fuera.

—No habría ningún problema en conseguirte acceso a la casa de Ethan Valentine, si quieres quedarte y necesitas trabajar. Tiene todo lo último en tecnología y, bueno, sé que no le importaría. Eh…, hablaré con Luis; le preguntaré.

—Es muy amable por tu parte. Me habían llegado rumores de que no era muy simpático, y de que expulsaron a dos personas de la isla por haberse acercado a su casa.

—No me acuerdo de eso —respondió—. Pero, en serio, no quiero que te vayas el martes.

Me dio un vuelco el corazón.

—Quizá me quede.

—Espero que sí. —Me acarició entre los pechos—. Anoche disfruté de todo. De hablar contigo. De hacer el amor. —Me besó.

—Eres una distracción —le dije sonriendo.

—¿Una buena distracción? —preguntó con un tono juguetón.

—Muy buena —dije mientras le apartaba la mano del pecho porque todo ese contacto me estaba poniendo muy cachonda, y no era el tipo de chica que se excitaba fácilmente con simples caricias.

Sin duda, Jason hizo que cambiara todo lo que pensaba sobre el sexo y los preliminares, y para mejor. Eso era quedarse corta.

—Quería decírtelo anoche, cuando hablamos sobre el libro de Diana y luego…, bueno…, nos distrajimos. —Sonrió y me besó el cuello, y yo seguí hablando—: Cuando fui a San Juan, me enteré de que uno de los taxis acuáticos, no un servicio registrado, sino uno que pilota un chico que ni siquiera tiene la edad legal para conducir, llevó a Diana de vuelta a la isla el domingo por la noche. La dejó en el muelle de Ethan Valentine.

Jason se quedó paralizado y dio un pequeño paso atrás.

¿Qué?

—Sí, suena raro, pero le creo, al chico. Sabía detalles, como la hora a la que se había ido y lo que ella dijo, y que le pagó de más para que guardara silencio. No creo que el señor Valentine estuviera en la isla el fin de semana pasado. No estoy segura del todo, pero Luis me dijo que él, Luis, estaba cuando ella se presentó allí, y le dijo a Diana que no había nadie en casa. Pero debía de haber algún motivo por el que ella fue a la casa. Quizá tenía pensado chantajearlo.

Jason parecía preocupado.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, claro. Solo estoy pensando.

—Aunque alguien se llevó el libro de mi habitación, tengo fotos de las páginas en las que ella escribió. Escribió sobre Valentine, que es el número «522», pero lo que ponía era críptico.

Jason miraba por encima de mi hombro con una expresión rara. Le dije:

—Lo siento. ¿Es amigo tuyo? ¿Se enfadaría?

—No somos exactamente amigos —respondió Jason—. Tengo que hablar con Tristan sobre Gino y todo lo que me has contado. No te preocupes, no vas a meter a nadie en ningún lío. Pero tenemos que descubrir qué está tramando porque está teniendo un comportamiento raro, y no solo contigo.

—Haz lo que consideres mejor —dije, aliviada por compartir esa carga con alguien en quien confiaba—. Pero ten cuidado, ¿vale? Alguna persona de las que están aquí mató a Diana. No quiero que tú ni nadie más salga herido.

—Luego te busco —contestó, y me dio un beso rápido, amistoso, no romántico—. Tú también ten cuidado hasta que sepamos qué pasa, ¿vale? ¿Qué planes tienes? Solo lo pregunto para saber cómo localizarte.

—Le prometí a Brie que iría con ella a la excursión de *esnórquel*.

—Vale. Te lo vas a pasar bien. Te veré cuando vuelvas.

—De acuerdo.

Debí de sonar preocupada, porque entonces se acercó a mí y me abrazó, y luego me besó.

—Si es que quieres verme —añadió con una sonrisa picara.

—No lo sé —bromeé—. Lo de anoche va a ser difícil de superar.

—Me encantan los retos.

—¿Jason? ¿Señorita Crawford?

Tristan venía caminando por la cubierta, nos vio abrazados y apartó la mirada. Retrocedí; Jason me cogió de la mano y me acercó a su lado.

—¿Algún problema? —preguntó Jason.

—Aún no lo sé. Acabo de hablar por radio con Gino. Ha identificado a una persona presuntamente implicada en el asesinato de Diana Harden.

—¿Quién? —dijimos Jason y yo a la vez.

—Un miembro del personal. Es nuevo esta temporada, y quería hablar con él sobre el allanamiento de su habitación, señorita Crawford.

El adolescente flaco con el que me enfrenté el día anterior.

—Pero… —empecé a articular, y Tristan me cortó.

—No sé si creérmelo, pero no pude encontrarlo ayer después de hablar con usted, y cuando fui a su apartamento no estaba. Eli dijo que se fue a San Juan en el ferri de por la noche, así que le pedí a Gino que lo buscara, solo para hablar con él. Cuando Gino registró su habitación, encontró el móvil de la señorita Harden.

—¿Por qué iba a hacer algo así? —preguntó Jason.

—No lo sé —dijo Tristan con semblante preocupado—. Fue una huésped complicada. A lo mejor él pudo pensar que haría que lo despidieran. Se quejó de varios miembros del personal durante su corta estancia en la isla, aunque no recibí ninguna queja concreta de ella dirigida contra él.

—¿Quién es? —repitió Jason.

Parecía que Tristan no quería decirlo, pero se aclaró la garganta, levantó la cabeza y dijo:

—Georgie Arendt.

—¿Georgie? —Jason negó con la cabeza—. Es un buen chico. No le haría daño ni a una mosca.

—Solo les estoy diciendo lo que sabemos por ahora. Quizá él tenga una buena explicación. Quizá estaba asustado después del enfrentamiento con la señorita Crawford.

Jason me miró como si yo le hubiera dado una patada a un cachorro.

—En realidad, no fue un enfrentamiento —aclaré—. El primer día que llegué, vi a un joven rebuscando en mi bolso, en la playa. Después me di cuenta de que alguien había arrancado una hoja del

libro que estaba leyendo, y, cuando vi a Georgie, lo reconocí. Intenté preguntarle sobre ello, pero salió corriendo. Creo que le tiene miedo a alguien. No se comportó como alguien capaz de matar a otra persona.

Estaba de acuerdo con Jason; Georgie no parecía alguien capaz de matar, aunque no todos los asesinos parecen capaces de hacerlo.

Había huido. Tal vez conocía al asesino y por eso tenía miedo. Tal vez sabía que Gino era el asesino, así que, cuando Gino empezó a buscarlo, salió corriendo para salvar su vida.

Miré a Jason y sospeché que él pensaba lo mismo.

Eli gritó desde el otro barco:

—¡Todo listo, Jason! Señorita Crawford, ¿quiere que la lleve de vuelta?

Jason me dijo:

—Vete, luego hablamos. Mandaré que te lleven las cosas a tu habitación. —Me apretó la mano, pero se notaba que tenía la mente en otra parte.

Cuando volví a mi cabaña, me duché, me vestí y fui al restaurante porque estaba hambrienta. Aunque el tiramisú que nos habíamos tomado para desayunar estaba delicioso, necesitaba comida de verdad y llené la bandeja en el bufé. Me senté en un rincón y observé a los pájaros volar de un árbol a otro, cantando alegremente. Muy parecido a como me sentía. Si supiera cantar, quizá me hubiera unido a su melodía.

—Señorita Crawford.

Alcé la vista y vi a Trevor Lance de pie delante de mí.

—¿Puedo ayudarle en algo? —pregunté con formalidad. No parecía tan intimidante como el día anterior; de hecho, parecía que no había pegado ojo en toda la noche.

—Ayer mencionó que vio a CeeCee en San Juan. ¿Podría contármelo con más detalles?

La voz era calmada pero forzada, como si intentara ser muy

educado cuando en realidad quería darle un golpe a algo.

—La vi almorzando con una mujer.

—Y ¿sabe quién era esa mujer?

Me mordí el labio.

—Por favor, esto es importante —dijo él.

—Era su exmujer.

No parecía sorprendido; de hecho, parecía casi aliviado.

—Gracias —contestó en voz baja.

—¿Pasa algo?

Puso la mano sobre la silla que había frente a mí, como si fuera a sentarse, pero solo se apoyó en ella. En su rostro había un tinte de derrota.

—Me han tomado el pelo, señorita Crawford. —No sabría decir si tenía los ojos rojos por las lágrimas o por la rabia—. Me lo merezco.

—¿CeeCee le ha robado?

Se rio sin humor.

—Técnicamente, sí, pero no fue idea suya. Debería haberlo visto venir.

—¿Su exmujer? —No me di cuenta de que había hablado en voz alta hasta que Trevor asintió con la cabeza.

—Lo curioso es —dijo con nostalgia— que la sigo queriendo.

—A su ex.

Parecía estar a un millón de kilómetros de distancia, pero asintió con la cabeza y se dio la vuelta para irse. De repente, le pregunté:

—¿Diana Harden le chantajeó?

Resopló.

—Lo intentó diciéndome que llamaría a Krystal, mi mujer, para hablarle sobre CeeCee. Le dije que adelante, que no era el único que se iba de vacaciones con otra mujer.

Después, se marchó.

Brie me encontró pensando en la conversación con Trevor Lance.

—Cuéntamelo todo —exigió mientras me cogía una uva del plato.

—¿Qué? —pregunté confundida.

—¡Venga! Todo el mundo se ha enterado de que anoche te

quedaste atrapada en el otro lado de la isla con Jason. ¿Qué pasó? Quiero detalles.

—Ni hablar.

—¿No pasó nada? No me lo creo.

—No voy a entrar en detalles.

—Solo una cosa. Dame un dato jugoso para vivirlo a través de ti.

Le contesté:

—Jason es un romántico.

—Bah, eso no es un detalle.

—Besa mejor que nadie a quien haya besado —dije de forma sincera.

—Besos —contestó Brie sin rodeos—. ¿Solo besos?

Hice el gesto de cerrar los labios con una cremallera y tirar la llave. Brie se rio.

—Vale vale, no me cuentes nada. Tienes diez minutos para acabar de comer. —Y se comió una fresa.

—¿Diez minutos para qué?

—Para hacer *esnórquel*. Me prometiste que me ayudarías con Sherry.

Gruñí.

—Me lo prometiste —se quejó Brie—. Solo tienes que coquetear un poco. No te estoy pidiendo que te acuestes con él.

—¡Brie!

Se rio.

—Sé que puedes hacerlo. Con Jason sí coqueteaste.

«Hice mucho más que coquetear», pensé y me mordí el labio.

—Eso es diferente. Voy a volver a quedar con Jason. No quiero que piense que estoy tonteando con otros hombres.

—Te gusta de verdad.

Mucho. Más de lo que quería reconocer, para ser sincera conmigo misma. Eso no se lo iba a decir a Brie.

—Pero vas a venir con nosotras a hacer *esnórquel*, ¿verdad? —insistió Brie.

—Ya te dije que sí.

—No quieres.

—No sé qué podríamos hacer para que tu padre vea la verdadera cara de Sherry. —Le conté lo que Braden me había dicho el día anterior sobre las finanzas de Sherry—. No hay una forma legal de investigar más, pero está en bancarrota y tiene que vender su casa.

—Algo es algo.

—Podría tener una historia triste o una razón legítima detrás de aquello, como que su madre tuvo tratamientos caros porque tenía cáncer, o que la estafaron. A mí ya me odia, así que no puedo hacerme su amiga. Cree que quiero robarle a tu padre.

—¿Y si…? Ay, ¡ya lo tengo! —exclamó Brie con un tono que no me gustó nada.

—¿Qué? —pregunté, con desconfianza.

—No tienes que hacer nada. Pero podemos hacer que Sherry crea que estás coqueteando con mi padre… y que él está receptivo.

Me pareció algo descabellado.

—¿Cómo?

—Tú déjamelo a mí.

—Brie…

Ella levantó la mano para callarme.

—Sé lo que hago. Solo tienes que ser tú misma. No tienes que cambiar nada.

—Está bien —acepté a regañadientes—. Pero, si esto funciona, tengo una tarea para ti. Se me ha ocurrido cómo podemos encontrar los documentos que Amber y Parker están buscando.

—Funcione o no, soy toda tuya. Venga, come rápido. Tenemos que estar en el muelle en cinco minutos.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

> «Todos tienen un plan hasta que les dan un puñetazo en la cara».
>
> LEE CHILD, *El asunto*

No creía que el plan de Brie fuera a funcionar, pero no dije nada porque estaba supersegura de sí misma.

En vez de eso, hice exactamente lo que me dijo. Empecé por quedarme a su lado y reírme de sus chistes, tanto de los buenos como de los malos.

Había dos grupos bien diferenciados en la excursión de *esnórquel*. Dos familias con un montón de niños de entre ocho y doce años que iban juntos y superaban en número a los adultos, y luego estábamos los demás: Sherry, Andrew y Brie; Doug y David; y los recién casados, que parecían haber domado un poco sus muestras de afecto en público. Todavía no podían quitarse las manos de encima, pero al menos no estaban con los labios pegados prácticamente a todas horas.

Hacía un día precioso y, aunque estaba cansada de verdad, me alegré de haber venido. La isla estaba a media hora en ferri. Aunque estaba deshabitada, había una cabaña prefrabricada, un muelle y un cobertizo para barcos, además de una fila de baños portátiles. La isla era una reserva natural propiedad del Gobierno; St. Claire mantenía

las instalaciones y pagaba una tasa por usarlas.

Los arrecifes estaban en el lado este de la isla, así que anduvimos quince minutos con nuestro equipo. Kalise dio una clase sobre seguridad y luego habló un poco sobre la historia del arrecife y la isla en sí.

Doug se había traído una cámara submarina y parecía entusiasmado de verdad con la excursión. Cuando cruzó la mirada conmigo, señaló a David, que escuchaba atentamente, y me hizo un gesto con los pulgares hacia arriba. Supuse que eso significaba que él y David habían arreglado las cosas. Me alegré.

El agua de St. Claire era increíblemente clara. Pero en este lugar, al que Kalise llamaba Pedro Point, el agua era tan transparente que podíamos ver detalles del fondo arenoso a mucha distancia de la orilla.

Kalise se llevó a los niños y a los padres aparte, y el resto nos fuimos con el personal a un lugar más alejado, donde había menos ruido pero que era igual de bello. Brie y yo nos quedamos atrás con los demás, y vimos cómo Sherry se aferraba a Andrew, que iba unos cuantos pasos por delante. A él no parecía importarle, y yo —no por primera vez— pensé que a lo mejor Brie estaba exagerando. Amaba a su padre y no quería que nadie le quitara su sitio. Era normal, y con el tiempo se le pasaría.

No obstante…, a mí tampoco me caía bien Sherry, y no me fiaba de ella. Era desagradable. Y su actitud en el ferri de vuelta de San Juan fue muy muy sospechosa.

Brie empezó a reírse y me dio un golpe juguetón.

—¿En serio? —dijo.

Tardé un segundo en pillarlo, pero lo entendí.

—Totalmente —dije con una risita.

—¿Y?

—¿Y qué? —¿Qué se suponía que tenía que decir yo ahora? Ella quería enfadar o poner celosa a Sherry para que hiciera algo que molestara a Andrew, y a mí no se me ocurría nada que decir.

—¿Qué le dijiste? —Brie miró con intención a Sherry, así que

seguí su mirada y me di cuenta de que Sherry nos estaba mirando.

—Oh, le dije… —Luego le susurré tonterías al oído a Brie.

Toda esta farsa parecía infantil, como si estuviéramos cotilleando a sus espaldas, y no creía que Sherry fuera a picar…, pero se le puso la cara roja y se aferró a Andrew con más fuerza.

Bueno, igual la idea de Brie era buena.

—¿Has visto? —dijo Brie.

—Sí.

De repente, Brie empezó a reírse de nuevo, y esta vez Andrew se dio la vuelta con una sonrisa amplia en el rostro. Paró de andar y esperó a que le alcanzásemos.

—Qué bien os lo estáis pasando —dijo.

—Desde luego —respondió Brie colándose en el estrecho espacio que había entre Andrew y Sherry—. Por cierto, papá, antes de que nos vayamos, me encantaría ir a ese restaurante de pescado tan bueno que hay en San Juan. El mismo donde celebramos mi cumpleaños cuando cumplí dieciséis.

—Claro, todavía tenemos varios días por delante.

—Mia, tienes que venir con nosotros —propuso Brie—. ¿Te parece bien, papá? Mia se va el martes.

Él dudó un momento, y me pregunté si se arrepentía de haberme pedido que me mantuviera alejada de Brie.

—Claro —contestó al final.

—Quizá debería ser algo solo en familia —dijo Sherry.

Brie le lanzó una mirada que Andrew no pudo ver, y luego le dijo a su padre:

—Es una gran idea, Sherry. Gracias por sugerirlo. Iremos solo tú y yo, papá. Tenemos mucho de lo que hablar antes de que me vaya a la universidad.

—Eso no es… —Sherry empezó a hablar, pero se calló cuando se dio cuenta de lo que Brie había hecho.

—No quiero ni pensar en que te vas —dijo Andrew mientras le daba un beso a Brie en la frente—. Hemos estado tú y yo juntos mucho tiempo, pequeña.

Brie me guiñó un ojo discretamente.

Brie, Andrew y Sherry se dirigieron a otra zona del arrecife, y yo me quedé con David porque Doug estaba perdido en su mundo con la cámara. No veía a los Kent por ninguna parte. Charlamos un poco. David me dio algunos consejos, y luego se fue con Doug, dejándome sola. No me importó porque flotaba feliz sobre el arrecife, mirando los peces de colores y las plantas tan singulares. El agua era tan increíblemente clara y refrescante que podría haberme quedado allí todo el día, sobre todo cuando ya había aprendido a respirar por el tubo. Soñaba despierta con Jason, me preguntaba si quizá podríamos ir allí solos antes de volver yo a Nueva Jersey. Yo desconocía las normas, pero a Jason le gustaba romperlas, y esta estaría encantada de romperla: estar sola en una isla deshabitada con el chico que am…, que me gustaba. Me gustaba mucho.

No era tan ingenua como para pensar que teníamos un futuro brillante, pero quería verle fuera de St. Claire para descubrir si aún sentía ese cosquilleo en el estómago. No le conocía del todo, aunque sabía bastantes cosas de él. Sabía, por ejemplo, la forma que tenía de ver la vida: por una parte, tenía la concepción de que deberíamos vivir plenamente y, por otra, al mismo tiempo, reconocía que él era una pequeña parte de un todo más grande. Me había conquistado tanto con sus palabras como con su cuerpo.

Quería repetirlo todo.

De repente, no podía respirar.

Tenía el conducto obstruido o algo así, aunque no me puse nerviosa ya que estaba nadando justo debajo de la superficie. No obstante, cuando intenté salir del agua, algo me empujó hacia abajo. Entonces, el agua me inundó el tubo de *esnórquel*. Luché por salir a la superficie, y apoyé un dedo del pie contra el arrecife. Al final, pude salir tosiendo y carraspeando.

Sherry estaba en el agua y me miraba con odio.

—¿Qué demonios? —dije.

—No sé a qué te refieres —contestó ella.

—¡Me has hundido!

—Te equivocas. —Se aseguró de mirar a su alrededor. No había nadie cerca. Nadie había visto nada. En voz baja, Sherry dijo—: Apártate de mi camino. Sé perfectamente lo que estáis tramando esa mocosa y tú. No servirá de nada.

—Mira que eres insegura.

—No me conoces en absoluto. Tengo más confianza en un dedo meñique que tú en todo tu cuerpo. Andrew es mío. Nos vamos a casar. Ni tú ni Brie lo vais a impedir. Ya está molesto porque Brie no me ha recibido con los brazos abiertos y piensa que ella está siendo egoísta. Él tiene necesidades que solo yo puedo satisfacer.

—Dos maridos, uno muerto —dije, y soné mucho más valiente de como me sentía. Pero ahora había espacio entre nosotras, y podría gritar antes de que ella pudiera hacerme nada—. ¿Qué tenía Diana contra ti? Quiero decir, al fin y al cabo, estuvisteis en la misma hermandad.

Se le puso la cara blanca.

—Tú no te metas. Esto no es asunto tuyo.

De repente, le cambió el semblante. Era todo luz y alegría.

—¡Andrew, aquí! —gritó haciendo señas a alguien que había detrás de mí.

Me giré y vi a Andrew y a Brie nadando hacia nosotras.

—Quieren que volvamos antes —dijo Andrew—. Se acerca una tormenta; han dicho que no es nada grave, que solo lloverá por la noche, pero el mar se está picando.

Como si fuera una señal, vino una bocanada de viento del mar que me heló, y vi nubes a lo lejos, por el este.

Andrew y Sherry se adelantaron; yo me quedé atrás con Brie.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—No me gusta nada Sherry. Te ha llamado «mocosa».

—¿En serio? —Brie se rio, pero a mí la situación no me parecía nada divertida.

—Diana sabía algo de ella. Creo que es peligrosa.

—¿De las peligrosas que matan a gente?

No respondí porque era exactamente lo que había estado

pensando. Tristan dijo que tenían un sospechoso, pero no imaginaba a ese joven, Georgie, matando a nadie. Yo de verdad pensé que había sido Gino…, pero ¿y ahora?

—No lo sé. Pero está tramando algo, no hay duda.

—Se lo voy a contar a mi padre.

—No tenemos pruebas. Primero tenemos que dar con algo, algo tangible.

—¿Cómo?

—Descifrando todas las frases que Diana escribió en su libro para ver si llevan a algo concreto.

—Me apunto —dijo Brie—. Pero ¿no vas a ver a Jason esta noche?

—Eso quería —contesté y esbocé por fin una sonrisa. Salimos del agua y nos dirigimos hacia la playa, hacia el muelle—. Pero esta tarde tenemos tiempo. ¿Puedes venir a verme?

—Estaré allí en cuanto me duche.

Las olas estaban picadas en el viaje de vuelta a St. Claire, y las nubes oscuras avanzaban hacia nosotros más rápido de lo que nos movíamos, pero el capitán nos aseguró que estaríamos de vuelta en el resort antes de que la primera gota de lluvia tocara la isla.

Todos estaban dentro de la cabina, excepto Brie y yo. Ya estaba harta de Sherry. Me había cortado adrede el suministro de aire cuando hacíamos *esnórquel*, pero no podía demostrarlo. Me preocupaba más Brie y lo que tendría que afrontar cuando volvieran a Arizona.

—Tengo que convencer a mi padre de que ella no es trigo limpio —comentó Brie.

—Mañana hay una gran cena con baile en el Sky Bar —dije—. Si pasamos esta tarde y todo el día de mañana intentando averiguar qué sabía Diana sobre ella, quizá podamos desenmascararla.

—¿Y si le preguntamos a Amber? —propuso Brie.

—¿Lo dices en serio?

—Sabemos que estaban implicadas. Amber sabe lo del libro y probablemente también sepa lo del chantaje, y parece que solo le interesa encontrar los documentos. ¿Y si descubrimos dónde están los documentos y cambiamos esa información por algún trapo sucio sobre Sherry?

Me pareció muy buena opción.

—Primero tenemos que encontrar los documentos.

A lo lejos, un relámpago lo iluminó todo.

—Guau —dijo Brie estirando el cuello para ver St. Claire. Nos quedaban unos diez minutos para llegar.

Varias personas de dentro de la cabina salieron a la cubierta para ver el espectáculo de relámpagos. Era bastante espectacular, aunque un poco inquietante. Me alegró saber que no tardaríamos en estar de vuelta en el resort. Brie se acercó a su padre, y Sherry la siguió de inmediato, le dio un beso a Andrew y luego se apoyó en la barandilla.

Brie dijo algo, pero no pude oírlo. Sherry parecía enfadada, y Andrew, confundido.

El ferri redujo la velocidad mientras nos acercábamos a la isla. Entonces, una ola hizo que el barco se balanceara y, como resultado, se me revolvió un poco el estómago. Respiré hondo un par de veces para recuperar el equilibrio. En ese momento, escuché un grito y un chapoteo.

—¡Sherry! —gritó Andrew—. ¡Mujer al agua!

Sonó una campana, el motor del ferri se apagó, y David cogió un salvavidas y corrió hasta donde estaba Andrew. Lanzó el flotador donde Sherry estaba moviéndose en el agua. Ella se esforzó por nadar hacia él, y me di cuenta de que tenía sangre en la cabeza.

Andrew se quitó los zapatos de un puntapié y saltó al agua. Nadó hasta Sherry y la acercó al salvavidas. Ella lo agarró con una mano y se aferró a Andrew con la otra. Sollozaba y respiraba de forma entrecortada ya que las olas eran cada vez más violentas por la tormenta que se aproximaba.

Me acerqué a Brie.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté.

—No lo sé. Estaba ahí de pie y, de repente, se ha tirado por la barandilla.

En ese momento, me di cuenta de que una de las puertas de la barandilla no estaba bloqueada. Si alguien se apoyaba en ella, era fácil que acabara cayendo por el otro lado.

—No me digas que tú… —dije en voz baja.

—¡No! —respondió Brie al ver a qué me refería—. Se ha tirado ella sola.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿Para llamar la atención? Joder, ha montado todo este *show*, estoy segura.

Vimos cómo David y uno de los miembros de la tripulación ayudaban a Sherry a subir al barco, y después subió Andrew. Sherry se abrazó a él y empezó a llorar.

—Deja que te mire la cabeza —pidió David—. Debes de haberte dado un golpe al caer.

—No pasa nada —le dijo Andrew a Sherry—. Estás bien, gracias a Dios.

Sherry nos miró directamente a Brie y a mí, sonrió con malicia, y luego escondió la cara en el hombro de Andrew.

Atracamos a las tres de la tarde. El cielo ya no era azul, y unas nubes oscuras reinaban amenazantes en el horizonte. A lo lejos los relámpagos iluminaban el cielo. Estaba agotada y cansada. Me daría una ducha caliente, y luego Brie y yo idearíamos un plan para vencer a Sherry.

Después, pasaría la noche con Jason. Eso me hizo sonreír.

Yo era la última en la fila mientras caminábamos por el muelle hacia la lanzadera que nos estaba esperando. Los niños habían salido corriendo por la playa hacia el resort sin sus padres.

Andrew rodeaba a Sherry con el brazo. Ahora ella llevaba un vendaje en la cabeza, lo cual me pareció un poco exagerado. Brie se

paró y se acercó al borde del muelle para hacerse un selfi con las nubes de la tormenta de fondo.

—Brie, date prisa, Sherry tiene que ponerse ropa seca y relajarse.

Brie me miró y puso los ojos en blanco.

—¡Cielo santo! —gritó Doug—. ¿Eso es una persona?

Todos se giraron hacia el extremo más meridional del muelle. Eli y dos marineros saltaron del ferri y se unieron al grupo. Todos se acercaron al borde de las rocas que bajaban hacia la playa.

Algo no iba bien. Me apresuré a alcanzar a Brie mientras David y Eli bajaban por las rocas. Brie me cogió la mano y la apretó.

Aunque la caída no era pronunciada, sí podía ser peligrosa por las rocas que habían acumulado para hacer un rompeolas entre el muelle y las viviendas de los empleados.

Había un cuerpo sobre las rocas. Una gaviota estaba posada en la cabeza del cadáver. David llegó hasta el cuerpo y espantó al pájaro.

Entonces reconocí a Gino Garmon.

Estaba muy muy muerto.

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

«El instinto es algo maravilloso. No puede explicarse ni ignorarse».

AGATHA CHRISTIE, *El misterioso caso de Styles*

Empezó a llover cuando llegué a mi cabaña.

Gino estaba muerto. Mi principal sospechoso del asesinato de Diana Harden estaba muerto.

Podría haber sido un accidente: tal vez se cayó y se dio un golpe en la cabeza. Pero la caída no tenía tanta altura, y él acababa de acusar de asesinato a un miembro del personal que tenía veinte años. Si Gino era el asesino, ¿tendría sentido que, tras conseguir culpar a otro, luego se hubiera caído de forma accidental y acabara matándose? No me lo creía. Si él no era el asesino…, ¿significaba eso que el chaval lo había matado? ¿Ahora todo el mundo estaría buscando a Georgie porque sospechaban que había matado a dos personas?

Me estremecí al pensar en cómo le había plantado cara a ese joven delgado. No me había parecido peligroso, sino que, más bien, se le veía aterrorizado.

Tal vez fue un accidente. La gente hace cosas extrañas cuando se enfrenta a la cárcel. A lo mejor había golpeado a Gino para escaparse, y, entonces, Gino se cayó y se dio en la cabeza. Una

caída desde corta altura, pero mortal, contra las rocas.

Nada de eso me convencía, pero no tenía respuestas, y tampoco creía que el libro de Diana las tuviera.

En el escritorio, junto a mi portátil cerrado, se encontraba mi vestido, doblado con cuidado, y mi móvil. Encima de ellos había una nota plegada.

La abrí.

Mia:

Aquí tienes tus cosas y como te prometí.

Todo el personal está trabajando para asegurar el resort antes dela tormenta. No va a ser muy fuerte, sino una tormenta tropical leve que debería acabar por la mañana. Me pasaré a verte cuando termine de trabajar.

Con amor,

Jason

Sonreí y dejé la nota a un lado. Casi no le quedaba batería al móvil, así que lo enchufé para cargarlo. Entonces apareció un mensaje de Brie.

«¡La odio! Ya voy para allá».

Pobre Brie. Esperaba que pudiéramos encontrar algo sobre Sherry lo bastante grave como para que al menos Andrew pospusiera la boda. Ella no había matado a Gino, así que probablemente tampoco a Diana, aunque algo tramaba.

Me acordé del tipo raro con el que se vio dos días atrás y del dinero que le dio. Quizá fuera una asesina… y había contratado a alguien para que hiciera el trabajo sucio.

Pero lo más probable era que hubieran contratado a Gino…

Me puse tensa. ¿Lo habría contratado Parker Briggs porque Diana le había robado los documentos? Me pareció que eso tendría sentido. Y ahora Parker estaba aquí buscando esos documentos.

Quizá Gino tenía que conseguirlos y, como no los encontró, Parker tuvo que venir a la isla él mismo.

Ojalá supiera qué era lo que había cogido Diana que mereciera matar por ello. Me temía que nunca lo sabría y que sería una historia sin final.

Mientras me duchaba y me vestía, siguió lloviendo con fuerza y sin parar, y ello me puso un poco nerviosa. Aunque solo eran las cuatro de la tarde, el día se había oscurecido y veía las cortinas de lluvia caer rectas por fuera de mi terraza cubierta. Tenía hambre, pero no quería salir.

Alguien llamó a mi puerta con fuerza. Al abrirla, me encontré a Brie, que estaba empapada.

Tiré de ella para que entrase.

Parecía un cachorro abandonado. Mojó todo el suelo. Cogí un par de toallas del baño y se las lancé.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Sherry, eso es lo que ha pasado —dijo Brie—. Se van a casar.

—Claro, pero…

—Se casan mañana.

Aquello me pareció muy repentino.

—¿Mañana?

—Sherry se puso superemotiva con mi padre y lo manipuló. No sé cómo aceptó él… Fui a ducharme, tardé diez minutos y cuando salí del baño él me dijo que se casan mañana al atardecer en el Sky Bar. ¡Y que quiere que sea su madrina y que lo acompañe al altar! Todo está yendo demasiado rápido y no puedo detenerlo.

Empezó a llorar, y la abracé.

—Ya se nos ocurrirá algo.

—¡No, no se nos ocurrirá! Ella se va a salir con la suya, y yo no puedo hacer nada.

—Brie, no te rindas. Cuéntale lo que sientes. Que todo va muy rápido.

—Ya lo hice. Más o menos. Quiero decir…, ¡joder, es culpa mía! Ella se tiró al agua a propósito porque la acorralé. Me enfrenté a ella

diciéndole que ella conocía a Diana Harden. Dicho de otro modo, le pregunté por qué no nos había contado que Diana y ella estuvieron en la misma hermandad. Mi padre se sorprendió. Empezó a hacerle preguntas porque Sherry le había dicho que no conocía a Diana y que no la había visto nunca. Y, cuando ella intentaba inventarse una mentira, de repente, zas, se cayó por una puerta que debería haber estado bloqueada. Sé que lo hizo a propósito. Pero mi padre ya no quiere escuchar ni una palabra porque la quiere y casi se le muere. —Brie puso los ojos en blanco, pero tenía una expresión de derrota —. Claro. ¿Casi se muere a unos sesenta metros de distancia de la orilla? Se dio un golpe en la cabeza contra el barco y, según ella, pudo haberse quedado inconsciente y haberse ahogado. ¡Ojalá se hubiera ahogado!

—No lo dices en serio.

—Sí que lo pienso —insistió, y se secó las lágrimas de la cara—. Le dije que todo iba demasiado rápido, que era demasiado, que tenía que pensárselo bien. Él me dijo que no quería esperar, que esta semana se había dado cuenta de que la vida es muy corta. Y, entonces… entonces…

—¿Qué le dijiste? —la insté a seguir cuando frunció los labios.

—Le pidió a Sherry que saliera un momento y nos dejara solos, y me abrazó y me dijo que me quería, que siempre me había escuchado y había hecho cambios en su vida por mí desde que perdimos a mi madre. Y que ahora ya soy adulta, y quiere compartir su vida con Sherry. ¿Qué podía decirle? ¿Qué otra cosa podía hacer, salvo estar de acuerdo? ¡No quiero que me odie! —Sollozó.

—Nunca te odiaría —le aseguré.

—No sé lo que le habrá dicho o hecho, o lo que hace en la cama, no lo sé, pero lo tiene comiendo de su mano, y no sé qué hacer.

Estuvo a punto de sentarse en mi cama, pero se dio cuenta de que aún estaba empapada.

Fui a buscarle un chándal y una camiseta, y se cambió en el baño. Después, nos sentamos a la mesa en silencio.

—Descubriremos algo sobre ella —comenté en voz baja.

—Ni siquiera sé si él me creerá. —Brie frunció el ceño y observó por la ventana el día, que cada vez estaba más oscuro.

Abrí mi cuaderno y repasé todo lo que había escrito sobre las notas que Diana había apuntado en el libro. Después, saqué el móvil y recorrí las fotos de las páginas que Brie me había mandado, en busca de cualquier referencia a Sherry Morrison, o de su código, «1913», o de las letras «delta» y «gamma». Diana sabía que Sherry tenía un secreto…, ¿un secreto por el que estaba dispuesta a pagar? ¿O incluso a matar?

Gino Garmon estaba muerto. Podía ser el asesino. Tenía los motivos, tuvo la oportunidad, y era un tipo violento. Podía haber utilizado a ese pobre chaval, Georgie, para robarme la hoja del libro. ¿La muerte de Gino fue un accidente? ¿O tenía un cómplice? ¿Pudo ese chico flacucho y asustadizo haber matado a Gino? ¿O fue otra persona?

Sherry también tenía un motivo, pero no pudo haber matado a Gino, pues estaba en la excursión de *esnórquel* con nosotras. Me dolía la cabeza de tanto pensar.

¿El secreto de Sherry era reciente, o de un pasado más lejano? Aparte del comentario inicial de que era una cazafortunas, y la anotación con las letras «delta» y «gamma» que rezaba «Campanas de boda en un futuro cercano. Por los viejos tiempos, esperaré para cobrar», no había nada más que tuviera relación, directa o indirecta, con Sherry.

—Creo que tienes razón —le dije a Brie.

—¿Sobre qué?

—Deberíamos hablar con Amber Jones.

Brie se puso recta. Ya no se la veía tan deprimida.

—¿De verdad? ¿Ahora?

—Vamos al restaurante. Se aloja en el edificio principal. A lo mejor podemos averiguar en qué habitación.

—Deja que yo me encargue de eso —contestó Brie—. Vamos.

Seguía lloviendo. Corrimos por el sendero encharcado hasta llegar al edificio principal.

El restaurante estaba lleno de gente, más de la que recordaba haber visto junta en el resort. Ni siquiera había tanta gente en el Sky Bar la primera noche. Los ventanales del techo estaban cerrados y todas las puertas exteriores también, pero las luces brillaban con fuerza y había música sonando. Pasamos por delante de la sala de juegos, donde la mayoría de los niños se entretenía. El bufé era impresionante y olía de maravilla.

—Saben cómo afrontar una tormenta —dije.

Nos servimos comida y nos sentamos en una de las pocas mesas libres. Busqué con la mirada a Amber o a Parker. Amber no estaba, pero Parker estaba sentado en la barra, encorvado y de espaldas al salón. No era Jason quien atendía la barra, sino Charlie.

Brie observaba a su padre y a Sherry, que estaban hablando con Tristan.

—Probablemente estén planeando la boda —murmuró.

—Amber no está aquí —anuncié.

Brie se metió una gamba en la boca y dijo:

—La encontraré.

Se levantó antes de que pudiera advertirle que tuviera cuidado.

Jason entró por el vestíbulo. Estaba empapado y tenía cara de agotado. Me levanté de un salto y fui hacia él.

—Hola.

—Hola —contestó—. Fuera hace un tiempo horrible.

Lo miré de arriba abajo.

—Ya lo veo.

—Pero en el resort estáis seguros. Los empleados que estaban fuera de servicio han vuelto a sus apartamentos, y los que siguen trabajando dormirán en la biblioteca de la planta de arriba, porque el edificio principal está completo. Esta noche no debería salir nadie a la playa. —Me tocó el pelo húmedo—. ¿Tú has salido?

—Solo para hacer el trayecto de mi habitación hasta aquí.

—¿Sigue en pie que pase a verte más tarde?

—Cuento con ello —contesté.

—Bien. —Parecía distraído.

—¿Qué pasa?

Miró a su alrededor, luego me cogió del brazo y me llevó hacia la barra. Chocó los puños con Charlie y después me llevó al almacén y cerró la puerta tras de sí.

—Georgie no mató a Diana —aseguró—. Se puso en contacto conmigo. Está aterrorizado. Me dijo que te robó una hoja del libro porque Gino se lo pidió.

—¿Dónde está la hoja? —pregunté.

—Se la dio a Gino, y Gino la quemó delante de él.

—Pero Gino está muerto.

—Dicen que fue un accidente —añadió Jason—. Pero tuvieron que retirar el cuerpo por la tormenta, así que, si había alguna prueba en las rocas, ya ha desaparecido.

—¿Tú te lo crees?, ¿qué fue un accidente?

—No lo sé. Pero, incluso si no lo fue, la policía va a centrarse en Georgie, porque Gino ya había emitido una orden de busca y captura contra él. Tiene veinte años, Mia. Su vida entera se ha venido abajo. Y no sé cómo demostrar que no ha hecho nada malo.

—Una de las cosas buenas del sistema legal americano es que eres inocente hasta que se demuestre lo contrario, ¿no? La policía tiene que demostrar que él mató a Diana.

—Gino encontró el móvil de Diana en el apartamento de Georgie y se lo entregó a Tristan.

—Gino dijo que fue allí donde lo encontró —repliqué—. ¿Y si…? ¿Y si Gino le estaba tendiendo una trampa al chico? ¿Y si la muerte de Gino sí que fue un accidente? Si Georgie cuenta la verdad y lo explica todo, tal vez se libre.

—Está asustado y escondido.

—Aun así, te llamó, ¿no?

—Sí —admitió Jason—. Sin embargo, eso no significa que vaya a volver a ponerse en contacto conmigo otra vez. Cuando lo llamé, después de enterarme de lo de Gino, ya no me contestó.

Le toqué suavemente.

—Lo siento.

—Me siento impotente —dijo Jason mientras empezaba a frotarme el brazo, como buscando consuelo y ofreciéndomelo a la vez. Aquel gesto me enterneció de una forma que no sabía explicar, ni siquiera a mí misma—. Acababa de empezar a trabajar aquí esta temporada, pero es un chico trabajador. Nació en Miami y está ahorrando para ir a la universidad.

—Lo peor que puede hacer es esconderse de la policía —contesté —. Eso solo hace que parezca culpable.

—Intentaré encontrarlo. A lo mejor puedo hacerle entrar en razón —respondió Jason—. Gracias por escucharme.

Se inclinó sobre mí y me besó, me acarició la cara con un gesto tan romántico que me hizo tambalear. En ese momento, entendí perfectamente lo que significaba desmayarse de amor en aquellas novelas románticas históricas que devoraba en la universidad, porque literalmente me fallaron las piernas y quise dejarme caer en sus brazos.

—Por favor, ten cuidado —me dijo—. Aún no tengo claro qué es lo que está pasando aquí, y no estoy listo para asegurar que la muerte de Gino fue un accidente.

—Ten cuidado tú también.

—Pasaré sobre las diez, si no te parece muy tarde.

—Cuando quieras —respondí esperando no sonar demasiado desesperada.

Volvió a besarme y me dijo:

—Será mejor que salgamos antes de que tenga que cerrar la puerta con llave. —Me sonrojé, y Jason rio en voz baja—. Me encanta lo tímida que eres con estas cosas.

—¿Qué cosas? —pregunté intentando que mi cuerpo no se descontrolara.

Me empujó suavemente contra la puerta y pegó su cuerpo al mío. Solté un leve jadeo, y luego murmuré:

—Anoche no fui nada tímida.

—No, no lo fuiste —respondió y me besó el cuello.

Cerré los ojos y dejé que todas esas sensaciones me envolvieran:

el ansia. El deseo. La emoción por estar besándonos en el almacén.

¿Y si alguien necesitaba otro barril?

Jason rio contra mi cuello.

—Acabas de darte cuenta de que cualquiera podría pillarnos mientras nos enrollamos aquí, ¿verdad?

—Vale, no soy muy fan de las demostraciones de afecto en público.

—Está bien. Me gusta. Me gustas tú. Nos vemos esta noche.

—Nos vemos esta noche.

Salimos del almacén, y me di cuenta de que estaba totalmente colada por Jason Mallory, y, además, para mi sorpresa, no entré en pánico.

No sabía si eso era bueno o malo.

Brie no había vuelto cuando regresé a nuestra mesa. Me terminé la copa de champán, aún algo acalorada después de la sesión de besos en el almacén. Pensé en el pobre Georgie y deseé no haberle contado a Tristan el altercado que tuve con él. Tristan metió a Gino en el asunto, y entonces Gino acabó muerto.

Me acordé de la hoja que faltaba, la que Georgie había arrancado. No pude leer casi nada después de intentar sacar las marcas de impresión con un lápiz, pero sí se distinguían algunas letras.

Busqué en mi cuaderno hasta encontrar lo que había escrito. Había muchos huecos que marqué con una equis. No obstante, ahora lo volví a escribir sin las letras que faltaban:

77 malv 50 $ 522 car

Sin duda, el «77» era Gino Garmon. El resto de los números codificados encajaban con Andrew, Sherry, Amber, Trevor y los demás. Los únicos números del código para los que no tenía nombre eran los cinco que también estaban en la página desaparecida.

«Malv» era la abreviatura de «malversación». No podía ver todas las letras, pero lo deduje por el contexto. Y pensé que «car», más las otras tres letras que faltaban, era «cartas», lo que significaba que estaba robando dinero, que estaba malversando, porque era adicto al juego, es decir, ludópata. Tristan sabía que tenía un problema; por eso le hizo preguntas relacionadas con sus viajes a Santa Cruz en la evaluación de empleados.

Cuadraba mucho más todo si había perdido su trabajo como policía en Miami por culpa del juego. Tenía deudas, estaba robando, y Diana lo sabía todo y lo estaba chantajeando. El «522» era Ethan Valentine. Entonces, Diana podría haber amenazado a Gino Garmon con contarle al dueño del resort lo de su adicción a las apuestas, cosa que habría provocado una auditoría en toda regla.

El móvil y la oportunidad, pensé, orgullosa de mí misma.

¿Cómo se había enterado Diana de los problemas de Gino? ¿Había tenido relación con él en el pasado? ¿O conocía a alguien que sí?

¿Dónde encajaba Georgie Arendt en todo esto? Reconoció haber arrancado la hoja de mi libro, y llamó a Jason para contarle que lo hizo por Gino. Quizá Georgie no era el chico transparente y honesto que Jason creía. Tal vez estaba metido en algo con Gino. Algo que podría haberle llevado a matar a su compañero.

No iba a resolver todo esto limitándome a mirar mis notas. Así que decidí centrarme en algo más divertido y menos peligroso, como encontrar los documentos que Diana había escondido en algún lugar de la isla.

Llevaba dándole vueltas a esto desde que Brie y yo seguimos a Parker y Amber hasta el St. Claire Peak. Estaban usando el libro para descubrir dónde había escondido Diana los documentos que le había robado a Parker, pero no entendían el código que usaba Diana en sus notas. En la hoja que habían arrancado, figuraba una lista de números en los márgenes, junto con las pruebas sobre las apuestas de Gino, pero yo la había reconstruido gracias a las marcas que los apuntes de Diana dejaron en la página de debajo. Y me pregunté si,

tal vez, en lugar de ser nombres de huéspedes y del personal, no se trataría más bien de un código diferente, uno que llevaba al tesoro; es decir, al archivo que Diana le había robado a Parker.

11
19
157
52
210

Mientras estudiaba estos números, me di cuenta de que no eran códigos numéricos de las personas a las que chantajeaba.

Eran números de páginas.

Revisé las imágenes que me había enviado Brie, y, en cada una de esas páginas, solo había una palabra rodeada. Las apunté en orden:

«score»
«child»
«rice»
«king»
«jewel»

No tenía ni idea de por qué ella había rodeado esas palabras, pero estaba segura de que, con esta reflexión, iba bien encaminada. Leí los párrafos que había alrededor de esas palabras, y contaban una historia sobre la búsqueda del tesoro que había perdido la heroína. Ojalá tuviera el libro para saber dónde se había encontrado realmente el tesoro en la historia.

Me reprendí a mí misma y fui a la aplicación de lectura que tenía en el móvil —que casi nunca usaba— y compré una copia del libro.

Tardó varios minutos en descargarse porque la conexión era lenta. Cuando, terminó de descargarse, fui directamente a los últimos capítulos y los leí tan deprisa como pude.

Los personajes habían encontrado el tesoro en un barco, donde estaba guardado en una caja. Los malos habían matado al mentor de Gabrielle, la persona que encontró el tesoro, pero no pudieron sacarlo de la isla, así que lo escondieron en una caja, en un ferri público.

Había varias cajas en el ferri de St. Claire que podrían ser un lugar seguro, seco y semioculto donde guardar los documentos que Diana planeaba sacar de la isla dentro de uno o dos días. No debió de costarle esconderlos allí la mañana que se fue a San Juan.

Pero ya era de noche. Estaba lloviendo. Ahora no había forma de acceder a las cajas. Tendría que esperar hasta el día siguiente por la mañana.

Brie me saludó con la mano y me acerqué a ella.

—Creo que sé dónde están los documentos —le comenté.

—Bien. Tengo el número de habitación de Amber.

—No le digas nada porque quiero encontrarlos antes. Quiero decir, si se trata de algo ilegal, tenemos que entregárselo a las autoridades. No obstante, podemos usarlo como ventaja para que nos dé la información que tenga sobre Sherry.

El edificio principal tenía cuatro plantas. Subimos por las escaleras hasta la segunda. Le eché un vistazo a la biblioteca y suspiré.

—Qué preciosidad —dije.

Brie asintió con la cabeza.

—Sí, lo es. Pero el personal dormirá allí esta noche. Volveremos mañana.

Amber estaba al final del amplio pasillo. Toqué a la puerta. Escuché a alguien maldiciendo en voz alta detrás de la puerta tan enorme, y entonces se abrió de golpe.

—¿Sí? Ah, sois vosotras.

Amber no parecía la mujer preciosa y arreglada de siempre.

Tenía el pelo sin brillo, los ojos cansados y el rostro pálido.

—¿Estás bien? —pregunté.

—¡Estoy fenomenal! —exclamó sarcásticamente a la vez que levantaba las manos al aire.

Cogió una copa de vino y la vació, luego se sirvió otra, aunque la botella casi estaba vacía. Se la bebió de todos modos y la dejó bruscamente sobre la mesa.

Brie y yo nos miramos, entramos y cerramos la puerta tras de nosotras.

Las *suites* del edificio principal eran habitaciones de hotel grandes, con una zona de estar lujosa separada del dormitorio y un pequeño rincón habilitado como despacho. Había un balcón con vistas al mar, pero las persianas estaban bajadas por la tormenta.

—Siento mucho lo de Diana —dije preguntándome si Amber estaba de duelo.

—Diana —dijo. Amber se estaba emborrachando, pero creo que aún no lo estaba del todo—. La quiero y la odio. ¡Ojalá estuviera aquí para decirle lo tonta que es!

—Cuéntanos qué pasó —le pedí.

—¡Ya sabes! —Amber se desplomó en un sofá.

Me senté enfrente y le hice un gesto a Brie para que se quedara cerca de la puerta. No sabía si Amber era peligrosa o inestable, pero no quería que Brie corriera ningún riesgo.

—Vino aquí con unos documentos que le robó a Parker —afirmé.

—Dijo que para darle una lección por haberme engañado.

Aquello me dejó confundida.

—Pensaba que tú y Diana estabais unidas.

—Lo estamos. Lo estuvimos. Todo el mundo me traicionó menos Diana. Ella siempre siempre estuvo de mi lado, y por eso la quería. ¡Y se mató!

A Amber se le llenaron los ojos de lágrimas. Se levantó, fue al minibar y abrió una botella nueva de vino.

—O sea que robó algo que Parker quiere recuperar, pero lo escondió —dije.

—Al principio, yo estaba totalmente de acuerdo, pero luego… Parker se enteró. El domingo vino a mi casa y me dijo que iba a por Diana.

Debí de jadear en voz alta, porque Amber entonces añadió:

—Él no la mató. Ni siquiera pudo llegar aquí hasta el lunes. No se atrevería a hacerle daño hasta recuperar esos documentos. Entonces sí podría haberla empujado por un acantilado.

—¿Qué hay en esos documentos? —pregunté.

—¡No lo sé! Diana los buscó, por supuesto. Me llamó y dijo que teníamos todo lo que hacía falta para hundir a Parker. Que Parker iba a pagar por todo, y que brindaríamos con champán y lo celebraríamos. Ni siquiera se suponía que fuéramos a venir a St. Claire. Teníamos un viaje planeado a Europa, pero ella dijo que a alguien de aquí le interesarían los documentos. ¡Ni siquiera sé qué quería decir con eso! Pero, cuando Parker se enteró de que Diana había venido hasta aquí, se volvió loco.

—Entonces Parker sabía a quién quería darle los documentos Diana —dije intentando seguirle el ritmo a Amber, pero no me lo ponía fácil. Quizá me equivoqué al calcular su sobriedad.

—¡Qué sé yo! Pero sí, claro. Probablemente. Eso de dárselos a alguien, no. Diana no hacía nada sin obtener algo a cambio.

—¿Se te ocurre por qué son tan importantes?

—Tienen que ver con Ethan Valentine; sin embargo, ni siquiera creo que exista. Hace años que nadie lo ha visto.

Valentine. Diana había ido a la casa de Ethan Valentine la noche que desapareció. Luis dijo que él no estaba, y tal vez el plan de ella era venderle los documentos.

—Al parecer… —dijo Amber para luego beberse la mitad del vino, y se le derramó un poco sin que se diera cuenta—, Ethan tuvo un enfrentamiento con el padre de Parker hace unos años; por eso compró la isla, para lamerse las heridas. Diana lo sabía todo. Lo sabe todo. Es por su negocio.

—¿Antigüedades?

Amber me miró sorprendida y luego se echó a reír.

—¿Qué te ha hecho pensar eso?

—¿El artículo del periódico de San Juan? —dije intentando recordar exactamente lo que decía.

—Ese es el negocio de su familia. A veces trabaja para ellos, pues tiene muy buen ojo, pero Diana no necesita un empleo. Está forrada. Va a fiestas y bailes benéficos por todo el país y conoce a todo el mundo.

—Es por eso mismo —intervine— por lo que sabía secretos de tantas personas que están en St. Claire.

—Diana es, o, mejor dicho, era, la persona más inteligente que he conocido. La voy a echar muchísimo de menos. —Amber se desplomó en el sofá, y las lágrimas inundaron su rostro.

No estaba segura de lo inteligente que era chantajear a la gente. Sin duda, a Diana no le había salido bien. Continúe diciendo:

—Diana y Sherry Morrison pertenecen a la misma hermandad.

—Delta Gamma. Y yo también, aunque dejé la universidad cuando conseguí un papel recurrente en una serie policiaca. —Sonrió —. Fue así como conocí a Diana.

—Pero Sherry y Diana no fueron a la misma universidad.

—No, pero nos conocíamos a través de la sede nacional de la hermandad.

—¿Conoces a Sherry? —preguntó Brie dando un paso adelante.

Amber puso los ojos en blanco.

—La temible Sherry. Mantened a vuestros hombres lejos de esa tipa.

—¿Por qué? —preguntó Brie con fuerza.

Yo hice una mueca, pero Amber no pareció darse cuenta del cambio de tono.

—Porque Sherry solo busca una cosa: casarse con tíos ricos. Lo hizo una vez, consiguió un buen acuerdo de divorcio, lo volvió a hacer y el tipo murió. ¡Ahora se va a casar otra vez! Pobre hombre. Menudo idiota.

Brie abrió la boca para hablar, y la interrumpí antes de que dijera lo que fuera que estaba pensando.

—Sherry ha convencido a Andrew Locke para adelantar la boda a mañana —comenté—. Queremos evitarlo a toda costa. ¿Hay algo que puedas contarnos sobre ella? Quiero decir, leí el libro. Sé que Diana estaba esperando a chantajearla después de la boda, para que Sherry pudiera pagar el chantaje. ¿Qué es lo que mantiene en secreto?

Amber abrió la boca y la cerró. Me miró a mí y luego a Brie.

—¿Por qué?

—Ese hombre es mi padre —respondió Brie con brusquedad.

—Ah. Lo siento.

—Cuéntame —contestó Brie—. ¡No puedes dejar que lo manipule así!

—Él ya es mayorcito. Si cae en sus jueguecitos, será culpa suya.

—¡Sabes algo! Por favor, cuéntamelo.

—¿Por qué? Vosotras dos no me habéis ayudado en nada. No tengo ni puta idea de dónde escondió los documentos Diana, y, si no los encuentro antes de que llegue mañana, Parker acabará conmigo.

Pensé que esas personas se merecían los unos a los otros. Sin embargo, si salía de allí ahora, Brie saldría perjudicada. Y, aunque Andrew pudiera ser un ingenuo, no se merecía que Sherry lo manipulara.

—Tengo una idea sobre dónde podrían estar los documentos —dije.

Amber se levantó de un salto, pero luego se tambaleó y se agarró al sofá.

—¡Dímelo! ¿Dónde?

—Necesitamos saber qué sabes sobre Sherry.

—¿Para que sepáis la información, encontréis los documentos y me la juguéis? No, gracias.

—Puedes venir con nosotras. Mañana por la mañana. Con esta tormenta no podemos ir ahora.

—¿Me estás tomando el pelo?

—No.

Esperaba que me creyera.

—Os contaré una cosa —dijo Amber un momento después—. Tengo un vídeo de Sherry de hace cinco años, cuando celebramos Nochevieja en grupo en Nueva York. Se había divorciado de su primer marido y ya tenía en el punto de mira al segundo. Estaba borracha y muy parlanchína. Solo os diré que cualquier hombre que lo vea jamás se casaría con ella.

—Tienes que mandármelo —rogó Brie.

—Cuando tenga los documentos. Parker vuelve el domingo. Si no los consigue, acabará con mi carrera.

—Quizá deberías descubrir qué son y destruirlo tú misma a él —me sorprendí a mí misma diciendo.

—¿Destrucción mutua asegurada? No, gracias. Me gusta mi carrera. La única razón por la que no estuve con Diana el fin de semana pasado fue porque tenía una audición.

—Mañana a las nueve en punto —dictaminé—. Nos vemos abajo, en el restaurante.

—Más os vale estar ahí.

Brie casi se pone a llorar, pero la tranquilicé.

—Podríamos haber esperado a que se quedara dormida y mandarnos el vídeo desde su móvil —comentó Brie.

—Vamos a encontrar los documentos al amanecer, mucho antes de reunirnos con ella. Quiero saber qué son y por qué Parker Briggs tiene tanto interés en esos papeles antes de entregarlos.

—Y ¿qué pasa con mi padre?

—El móvil de Diana apareció en el apartamento de Georgie. La policía no pudo venir por la tormenta, así que el teléfono debe de estar en la oficina de seguridad, ¿no crees?

—¡Entramos y lo cogemos!

—No, ya estoy harta de colarme en sitios. Me sigue preocupando que alguien descubra que estuvimos en la oficina de Tristan. Aun así, igual podemos entrar si somos listas. Deja que lo piense, ¿vale? —Miré el reloj. Ya eran las diez pasadas—. Tengo que irme. Mañana a las seis y media tendremos las respuestas.

La lluvia me arrulló hasta quedarme dormida. Cuando sonó el móvil, me desperté de golpe al recordar que Jason venía a verme.

—¿Hola? —respondí aún medio dormida.

—Soy yo —dijo Jason—. Estoy en tu puerta. ¿Te he despertado?

—No. Sí. Bueno…, un momento.

Colgué y fui a la puerta. Jason estaba empapado. Seguía lloviendo, aunque no tan fuerte como antes.

—Pasa —le invité.

—Siento llegar tarde. Hubo un pequeño percance: se cayó un árbol y bloqueó la carretera que va del muelle al resort. Tuvimos que moverlo, ya que en caso de emergencia necesitamos utilizar esa carretera. Todo lo que queda por limpiar puede esperar hasta mañana.

—¿Quieres darte una ducha caliente? —le pregunté.

Sonrió con picardía.

—¿Me acompañarás? —Se acercó y me besó. Tenía los labios frescos y mojados. Su pelo goteaba sobre el mío—. ¿Por favor?

Este chico me hacía sentir tan… deseada. Especial. Era una buena sensación, muy buena, y nunca antes había sentido algo así, como si encajáramos perfectamente, dos piezas distintas que se acoplaban a la perfección.

Jason me llevó con delicadeza hacia el baño y continuó besándome de camino, y tiró de mi bata hasta que se cayó al suelo y dejó al descubierto el sexi camisón transparente que me había comprado solo para este viaje.

—Guau —dijo mirándome de arriba abajo varias veces—. Eres preciosa, Mia.

Inspiré hondo y me sorprendió no sentirme cohibida ni avergonzada.

—Tú también eres precioso —le dije, y seguidamente sonreí y a continuación me reí—. Tú ya me entiendes.

Jason abrió el grifo, se quitó la ropa mojada y la dejó colgada en

un toallero. Me quitó el camisón sacándomelo por la cabeza y lo dejó en el lavabo.

—Esta noche no te hará falta.

Me metió dentro de la ducha empujándome suavemente, haciéndome caminar hacia atrás, hasta quedar bajo el chorro de agua, y me sujetó contra la pared, con nuestros cuerpos firmemente pegados con el agua tibia cubriéndonos.

Solo una vez en mi vida había tenido relaciones sexuales en la ducha. Fue incómodo y poco satisfactorio.

Esto era todo lo contrario; cuando Jason se arrodilló para concentrarse primero en mi placer, no solo fue satisfactorio, sino inesperadamente salvaje y ardiente.

Quería estar con él otra vez.

La noche anterior fue romántica y sexi. Fue una noche para explorar y aprender sobre el cuerpo del otro, de forma un poco torpe, pero divertida y especial.

Y ¿esta noche? Era como si lleváramos semanas sin vernos y tuviéramos un deseo acumulado que solo el otro podía satisfacer. Después de que Jason me provocara un orgasmo intenso e inesperado, buscó a tientas un preservativo que había dejado en el lavabo. Hizo el amor conmigo colocada contra la pared, sujetando una de mis piernas con la mano derecha y agarrándose a la barra de apoyo con la izquierda. No podía moverme, pues estaba atrapada entre el azulejo frío y duro y el cuerpo caliente y duro de Jason. Cuando le rodeé con las manos para agarrarle el trasero, a fin de no resbalarme y de no perder la conexión, él gimió, se liberó y suspiró en mi cuello.

—Ha sido demasiado rápido —dijo—. No pude evitarlo. Llevo todo el día pensando en ti, pensando en esto, en hacer el amor contigo, y he eyaculado como un adolescente cachondo.

—¿Quieres decir que ya has terminado por hoy? —le pregunté en tono de broma.

—Para nada —respondió, y sentí cómo se endurecía contra mi estómago. Me miró con la sonrisa más sexi que había visto nunca,

con un brillo en los ojos—. ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

Apagó el agua, me levantó en brazos y me llevó a la cama, sin importarnos estar empapados.

Nos comportamos como dos adolescentes cachondos. No sabía lo divertido que podía llegar a ser el sexo.

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

> «La amistad es una combinación de arte y oficio. La parte del oficio consiste en saber cómo dar y cómo recibir. La parte del arte está en saber cuándo, y todo el proceso solo funciona cuando nadie está llevando la cuenta».
>
> E. L. KONIGSBURG, *The Mysterious Edge of the Heroic World*

Me sonó la alarma a las seis. Gruñí, pero la apagué rápidamente por miedo a despertar a Jason.

Me di la vuelta, pero lo único que encontré fueron unas sábanas cálidas y húmedas.

Encendí la luz, y Jason no estaba allí. En su lugar, había una nota sobre la mesita de noche.

Lejos de preocuparme de que fuera una carta de ruptura, sonreí. Después de lo de la noche pasada, no había duda de que entre nosotros estaba surgiendo algo especial.

Desdoblé el papel.

Querida Mia:

Hoy lo único que me apetece es quedarme en la cama contigo. O en la ducha. O dar un paseo hasta

nuestra laguna y hacer el amor contigo a la luz de la luna esta noche.

Pero el deber me llama, y hacen falta todas las manos posibles para ayudar a limpiar después de la tormenta.

Por favor, quédate tres días más. Moveré cielo y tierra para asegurarme de que tengas un sitio desde el que trabajar si lo necesitas, pero no quiero tener que renunciar a ti por las noches. Hay muchas cosas que quiero contarte, cosas que nunca he querido compartir con nadie más. Quédate.

Con amor,

Jason

Pasé el dedo sobre el «Con amor, Jason» y sonreí. ¿Estaba enamorándome? ¿O era solo la alegría residual de una noche de sexo desenfrenado? ¿No era ese mi objetivo, tener sexo irracional con un chico atractivo, luego volver a casa, aceptar el ascenso y seguir con una vida normal y estable?

Sin embargo…, el sexo con Jason no era irracional. Era alucinante. Nunca había tenido líos de una sola noche. Siempre empezaba una relación pensando que ese chico era el indicado, que las cosas buenas pesaban más que las malas. Y siempre siempre acababa decepcionándome, sobre todo en la cama.

En dos días con Jason, había tenido más orgasmos que en los últimos dos años. No sabía si eso era un reflejo de mi propia falta de habilidad sexual o de la poca destreza de los chicos con los que había salido.

Quizá el sexo era más que limitarse a juntar A con B. Me atraía Jason, tanto física como intelectualmente. No sé por qué eso me sorprendía, solo porque fuera camarero no quería decir que no pudiera ser inteligente. Jason no solo era listo, sino también atento, reflexivo y filosófico. Quería escucharlo, hablar con él y tener

conversaciones profundas sobre la vida.

Y sí, también quería hacerlo con él tantas veces como fuera físicamente posible.

Quizá esto era amor, porque nunca había sentido algo tan intenso con ningún hombre con el que hubiera estado, ni después de cinco días, ni después de cinco meses.

Cuando entré al baño, me sorprendió lo desastrosa que iba. El pelo, que no me había secado la noche anterior, estaba enredado y aplastado por un lado. Tenía una ligera marca roja en el pecho donde Jason me había dado un pequeño mordisco, y un moratón en el brazo porque me había dado un golpe sin querer con la mesita de noche al coger el móvil para buscar qué era exactamente la posición de la vaquera inversa —lo había leído en varios libros y decidimos probarla, pero quería hacerlo bien—. No me había dado cuenta de que hay muchas maneras correctas, y también incorrectas, de hacerlo. De todas maneras, creo que nuestro orgasmo más potente juntos lo tuvimos cuando bordamos esa postura.

Después, dormimos abrazados haciendo la cucharita durante una hora antes de que me despertara con Jason pegado a mí con una erección.

«Contigo siempre necesito más —había dicho, y me besó—. Me queda un condón».

Se puso encima de mí, e hicimos el amor despacio, con ternura, porque todas nuestras travesuras me habían dejado un poco dolorida. Él sabía ser delicado, y, de alguna manera, esas caricias, esos besos, ligeros y urgentes a la vez, me dijeron todo lo que necesitaba saber sobre Jason —y sobre mí— y lo que podríamos tener juntos.

Me di una ducha rápida, sobre todo para poder hacer algo con mi pelo. No creía que pudiera ducharme otra vez en este baño sin pensar en Jason y en mí contra la pared.

Estaba secándome el pelo, en un estado de felicidad nebulosa, cuando alguien empezó a golpear la puerta con fuerza.

Abrí y era Brie.

—¡Dijiste a las seis y media! —Entró. Solo con mirar la cama, añadió—: Dios mío, no seguirá aquí, ¿verdad?

Me sonrojé y me mordí el labio para no reírme.

—No, tenía que trabajar. Necesito cinco minutos.

Brie preparó café para las dos. Terminé de secarme el pelo, me lo recogí en una cola de caballo y me puse unos pantalones cortos para caminar y una camiseta de tirantes.

—¿Qué tiempo hace? —pregunté mirando por las puertas de vidrio.

—Hace un poco de frío, pero el cielo está despejado. Se supone que luego hará más calor. Todo está un poco desastroso; hay muchas ramas y hojas por todos lados. Ahora mismo hay seis personas limpiando la piscina. Dijeron que estaría lista para las ocho. No hay daños serios.

Cogí una sudadera fina y me la puse.

—Bien, primero revisaremos las cajas de seguridad que hay en el ferri.

Cogí el vaso de café para llevar que me dio Brie. Salimos por la playa para evitar a la gente. Lo último que quería era que Amber nos viera caminando hacia el muelle justo en ese momento. Ojalá estuviera tan resacosa como para seguir durmiendo.

Hacía una mañana estupenda. El aire era fresco y vigorizante, muy necesario después de haber dormido poco la noche anterior. No es que me quejara, teniendo en cuenta cómo había pasado esas horas.

Había una cantidad inusual de algas que la tormenta había arrastrado hasta la orilla, y el personal las estaba limpiando.

—No me había dado cuenta de que trabajaba tanta gente aquí —comenté.

Brie se encogió de hombros.

—Escuché a Kalise decir que hoy llamaron a todo el mundo, y, justo antes de subir a tu habitación, vi que el ferri llegó desde San Juan y se bajaron decenas de empleados.

Tardamos quince minutos en llegar al muelle. Por suerte, estaba

vacío: el ferri estaba atracado, pero no había nadie a bordo. Aun así, subimos rápido y entramos en la cabina.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Brie mientras mirábamos a nuestro alrededor.

—Por cualquier sitio donde puedan caber varios documentos, supongo. Cajas, cajones, la cocina, debajo de los asientos, rincones a los que no se accede normalmente. Tú te encargas de la cabina, y yo, del timón y la cocina.

—Se llama «cambusa» —dijo Brie.

—«Cambusa» —repetí, y subí al timón.

Había muchos armarios y algunos estaban cerrados con llave. No se me ocurría cómo Diana podría abrir un armario cerrado, pero, como no encontré los documentos, pensé que quizá tendría una llave.

—¿Brie? —La llamé.

Se asomó por las escaleras y me miró desde arriba del timón.

—¿Nada? —preguntó.

Negué con la cabeza.

—Algunos armarios están cerrados con llave.

Brie sonrió y se sacó un juego de llaves del bolsillo.

—¿Le has cogido las llaves a alguien?

—A lo mejor. Cuando Eli estaba tomando café en el restaurante, lo distraje y cogí sus llaves. Las llevaremos a la oficina de seguridad cuando volvamos. Diremos que nos las encontramos paseando o algo así.

—Vas a hacer que nos metamos en un lío —dije, pero cogí las llaves que me ofreció.

Abrimos todos los armarios cerrados con llave. Herramientas, mapas, equipo, y en la cambusa, comida, champán, cristalería.

No había ningún documento por ninguna parte.

—Hay que pasar al plan B —dijo Brie.

—¿Cuál es?

—Encontramos el móvil de Diana, o robamos el de Amber.

Ya casi eran las nueve. Lo cierto es que no teníamos otra opción.

Esta vez, yo tenía el plan. Ya había dicho que nada más de colarnos en sitios y registrar…, pero los planes cambian.

Brie entró en la oficina de seguridad. El chico joven que había coqueteado con ella el otro día estaba allí, en el escritorio. Como sospechábamos, todos los demás estaban trabajando en las labores de limpieza.

En cuanto Brie me dio la señal, entré en la oficina de seguridad por la parte de atrás. La puerta estaba sin cerrar con llave. Si no lo hubiera estado, la excursión habría sido muy corta.

Me colé en el edificio de seguridad y fui directamente a la oficina de Gino.

Cerré la puerta, pero no encendí ninguna luz. La luz de la mañana que entraba por la ventana, que daba a un jardín frondoso, era suficiente para ver bien.

Me incomodaba estar en la oficina de un fallecido, así que mi intención era ser rápida. El móvil no estaba en ningún lugar obvio, pero el cajón inferior del escritorio estaba cerrado con llave. El escritorio metálico se parecía a mi primer escritorio de cuando hice prácticas en una oficina de contabilidad. Eran las cerraduras más fáciles de abrir. Me tumbé en el suelo, me metí debajo del escritorio y usé un abridor de cartas para forzar el mecanismo de la cerradura del cajón. Se abrió con un clic.

Dentro estaba justo lo que buscaba: un *smartphone* en una bolsa de plástico sellada. Ahora sí que estaba cometiendo un delito. Era una prueba de una investigación por homicidio.

Bueno…, técnicamente no. No había ninguna etiqueta en la bolsa que indicara que fuera una prueba. No podía saber con seguridad que fuera el móvil de Diana.

El móvil estaba apagado y no tenía el código de acceso, pero tenía un plan para eso.

Hacer que Amber lo desbloqueara por mí. Pero primero teníamos que cargar la batería.

Me guardé el móvil en el bolsillo y estaba a punto de salir cuando escuché voces.

Brie hablaba en voz alta, aunque no pude entender qué decía exactamente.

Maldita sea, alguien se estaba acercando.

Estaba a punto de levantarme, pero las voces estaban justo detrás de la puerta de Gino. Brie y Tristan.

Volví a meterme debajo del escritorio de Gino arrastrándome y me encogí todo lo que pude. Si él rodeaba el escritorio, me vería.

«Por favor, no entres. Por favor, no entres».

La puerta se abrió. Tristan dijo:

—Sí, claro, señorita Locke. Dos minutos.

—Está bien, esperaré.

—Hablaré con Benji. Ahora vuelvo.

Cerró la puerta.

—Gino, la has liado pero bien —murmuró Tristan.

Cerré los ojos deseando desaparecer. Casi me entra la risa al pensar en lo absurdo que era todo. ¿En qué estaba pensando? Cometiendo un delito solo para ayudar a Brie a separar a Sherry y a su padre.

Se escuchó que removía uno de los archivadores del armario.

—Maldito Gino… Aquí está.

El cajón archivador se cerró y después se activó una trituradora. Una. Dos. Tres hojas. La puerta se abrió y se cerró.

No respiré hasta que no pude oírlo más.

Esperé hasta que Brie me enviara el *emoji* del pulgar hacia arriba para indicarme que todo estaba despejado, y entonces salí.

Cargamos el móvil de Diana en mi habitación hasta que la batería llegó al veinte por ciento, luego fuimos a encontrarnos con Amber. Llegamos tarde, pero Amber no estaba. Subimos a su habitación y tocamos a la puerta. Ella justo se estaba vistiendo y le dije:

—¿Preparada?

—Dios, me encuentro fatal.

Vi dos botellas de vino vacías y una tercera medio vacía. Yo también me encontraría fatal.

Miré a Brie y ella asintió con la cabeza. Guie a Amber por el pasillo. Brie se quedó en la puerta, puso el pie para impedir que se cerrara, y, en cuanto Amber dejó de mirar, se coló dentro.

Le mostré a Amber las palabras que había encontrado y cómo cada párrafo hacía referencia a la búsqueda del tesoro en el libro. Al final, en la novela, encontraban el tesoro en un ferri público, así que sospechaba que los documentos estaban escondidos en el ferri de St. Claire.

Ella dijo:

—Eso es. Diana siempre está metida en cosas así. Debería haberlo sabido. Pero… esos números no estaban en el libro. ¿Dónde los encontraste?

—En una hoja que arranqué —mentí.

—¡Sabía que faltaba algo!

Amber y yo caminamos hacia el ferri y luego repetimos todo lo que Brie y yo habíamos hecho: buscamos en cada caja, en cada rincón. Los documentos no aparecieron por arte de magia.

—Alguien se los ha llevado ya —se quejó Amber.

—O tal vez ella los recogió el domingo cuando fue a San Juan —sugerí—. Podría haber hecho cualquier cosa con ellos. —Se pasó todo el día en San Juan. Me preguntaba dónde más podría haberlos escondido.

—Estoy bien jodida —gimió Amber.

Diana podría haber ocultado los documentos, o haber planeado esconderlos, pero llevarlos encima al final cuando la mataron, y que ahora los papeles estuvieran en manos de su asesino.

Si Amber decía la verdad, esos documentos podrían haberle causado la muerte a Diana. Y que no fuese Parker Briggs quien la matara, sino la persona a quien planeaba vendérselos.

—Amber —dije mientras volvíamos al resort—, te lo he contado todo. Necesitamos ese vídeo de Sherry.

—No lo tengo. Está en el móvil de Diana y no sé dónde diablos está.

—Si consigo su móvil, ¿puedes recuperarlo?

—Claro, pero eso no me sirve de mucho —respondió.

—No me rendiré, pero tenemos que impedir que Sherry se case con Andrew.

Me miró con desconfianza.

—¿Tienes el móvil de Diana?

—Sé dónde está.

—Dámelo.

—Quiero el vídeo.

—¡No hasta que consiga los documentos!

Subimos las escaleras hasta el segundo piso. El equipo de limpieza estaba ordenando la biblioteca después de que el personal hubiera pasado allí toda la noche. Eché un vistazo por las puertas dobles y vi estanterías que iban desde el suelo al techo y una gran exposición náutica de un barco antiguo. Muchas sillas y sofás cómodos, y una zona con ordenadores en la pared del fondo. Las ventanas daban a un balcón y al mar.

Y algo hizo clic.

Pensé en las palabras que había rodeado Diana.

«score»

«child»

«rice»

«king»

«jewel»

No había escondido los documentos en el ferri; esas palabras no eran pistas dentro de la historia. Las había rodeado intencionadamente como pistas de los sitios concretos donde había ocultado los documentos.

Lucy Score. Lee Child. Anne Rice. Stephen King. Lisa Jewell.

Todos eran escritores conocidos que muy probablemente estarían en esa biblioteca. Los documentos estarían a buen recaudo en una biblioteca. Pero ¿dónde? Amber estaba hablando sin parar, y me di cuenta de que me había quedado atrás cuando me detuve a mirar por la puerta. Corrí para alcanzarla. Brie estaba en la puerta de su habitación. Me hizo un gesto discreto con el pulgar hacia arriba.

Valía la pena tener una amiga adolescente lista y experta en tecnología.

Dejamos a Amber en la puerta de su habitación y luego cogimos algo de comida de camino a mi habitación. En cuanto entramos, Brie dijo:

—Tenías razón. Ella tenía el vídeo en el ordenador. Me lo he enviado a mí misma.

—Es una mentirosa —añadí—, así que no nos podemos fiar de nada que nos diga. Pero supuse que debía de tenerlo porque Diana lo habría compartido con ella. ¿No estaba protegido con contraseña?

—Sí, pero se rellenó automáticamente porque el ordenador estaba en modo suspensión, no apagado.

—¿Borraste el archivo enviado?

—Por supuesto. Amber tendría que ser un genio de la informática para saber que accedí al ordenador, y no lo es, así que no hay de qué preocuparse. Y, aunque lo supiera, ¿qué podría hacer?

—¿No le echaste un vistazo al vídeo?

Brie negó con la cabeza.

—Empecé a verlo, pero me eché atrás. ¿Y si no es tan incriminatorio como Amber dijo? ¿Y si es peor?

—Veámoslo juntas.

Brie lo reprodujo en su móvil. La imagen del vídeo era un poco borrosa, pero se veía bastante bien. Una Sherry Morrison más joven estaba sentada en un ático con el *skyline* de Nueva York detrás. Había botellas de champán y vino por todas partes. En el vídeo se veían cuatro jóvenes, pero se oían más voces de fondo. Sherry llevaba una sudadera de Delta Gamma. Era muy guapa —eso no admitía discusión—: tenía la piel perfecta, los ojos grandes, buena

estructura ósea y la melena de color castaño claro y brillante. La típica vecina lista, esa era la impresión que daba —ahora me daba cuenta de ello—.

—¿Cuándo se grabó esto? —susurré, aunque no sabía por qué susurraba.

—El 31 de diciembre de hace cinco años y medio.

Así que Amber no había mentido en eso.

Sherry estaba diciendo:

—Fue un buen acuerdo, no genial. Lo suficiente como para aguantar hasta que atrape a Tom.

—¿Tom? —preguntó una voz fuera de cámara.

—Tom Jorgenson.

—¿El exjugador de fútbol americano?

—Tenía interés en mí cuando yo estaba casada con Bruce, pero tuve que mantener la calma. Coquetear, pero no lo suficiente como para que Bruce pensara que iba a dejarlo. No podía arriesgarme con el acuerdo prematrimonial.

Risas. La chica que estaba con Sherry dijo:

—Me aseguré de que mi acuerdo prematrimonial tuviera las lagunas suficientes como para no perder tanto como tú.

Una mueca cruzó el rostro de Sherry. Luego sonrió con malicia y dijo:

—Siempre fuiste la chica más lista de la hermandad, Liz.

Se escuchaba la risa de quien grababa. Probablemente fuera Diana, porque no la veía en la grabación y ella le había enviado el vídeo a Amber.

—La verdad es que me estoy divirtiendo —contestó Liz—. Igual sigo con él un tiempo, siempre que siga satisfaciéndome en la cama y mantenga una cuenta del banco abierta.

Las carcajadas eran estruendosas.

Sherry añadió:

—Yo no. Después de que Monroe cancelara nuestro compromiso para poder casarse con la zorra que me lo robó, me di cuenta de que siempre hay algo mejor esperándote.

—¿Por qué Tom? —preguntó una mujer—. Te dobla la edad.

—No tanto —respondió Sherry sin ser, para nada, consciente de sí misma—. No era mi primera opción. Hace unas semanas lo intenté con Andrew Locke. Nos presentó un amigo común. Pero tiene una hija, y lo último que quiero es una adolescente en la casa, sobre todo en este caso, pues él la adora y de ninguna manera me voy a conformar con ser la segundona, a la sombra de una mocosa. Tom tiene dos hijos que ya son adultos, por lo que no hay problema. Y, cuando termine con Tom, la hija de Andrew ya se habrá marchado de casa, y ese será el momento perfecto para cazarlo.

—Lo tienes todo planeado a la perfección —comentó la persona que grababa, con un tono que me pareció sarcástico, pero Sherry se limitó a reírse.

—Sí, Diana, así es. Y, después de Andrew, habrá muchos más entre los que elegir. Es muy fácil manipular a los hombres. Solo es cuestión de descubrir qué quieren exactamente y dárselo.

Estaba borracha, pero este vídeo era irrecusable e incriminatorio.

—Ay, mi padre —dijo Brie con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo voy a enseñarle esto? Le romperá el corazón.

—¿Cómo no se lo vas a enseñar?

Brie cerró los ojos con fuerza y asintió con la cabeza.

La abracé. Un minuto después, Brie se levantó de un salto.

—Vale. Tengo que arrancar la tirita de golpe. Pero… sola. Porque no quiero que ella esté presente poniendo excusas, no quiero discutir con ella. Lo único que tengo que hacer es enseñarle el vídeo a mi padre para que descubra la verdad por sí mismo. Sherry tiene cita para un tratamiento en el *spa* a la una, pero mi padre se ha ido a San Juan a primera hora a buscar algo. No sé cuándo volverá.

—Ve al muelle y espéralo allí.

—¿Y si va ella a esperarlo?

—Si la ves, llámame. Pensaré en algo. Quizá pueda pedirle a Kalise que se la lleve a probar algo o lo que sea. O pedirle a Jason que la distraiga.

—Vale, te aviso. ¿Tú qué vas a hacer?

—Voy a la biblioteca. Se me ha ocurrido algo relacionado con los documentos, pero tengo que pensarlo un poco más.

—¿Crees que están en la biblioteca? —preguntó Brie.

—Sí, eso creo. Pero no tengo ni idea de dónde.

Primero pasé por el Blue Dahlia; Jason no estaba. Le pedí a Callie uno de sus deliciosos *spritzers* y pregunté:

—¿Se cancela la fiesta del Sky Bar por la boda?

—Ah, qué va. Kalise se negó porque el señor Locke y la señorita Morrison no planearon ninguna boda cuando reservaron el viaje. Sin embargo, como es una romántica, está organizando que la boda sea en el Sky Bar una hora antes de que empiece la fiesta oficialmente. Todos los huéspedes están invitados, y habrá un baile especial para ellos y todo.

—Ah. Bien. No me gustaría perdérmelo. Me han hablado mucho sobre lo de esta noche y me voy el martes.

En realidad, no estaba segura de si me iría el martes, pues quizá acabase quedándome tres días más. Intentaba no darle vueltas al tema. Tenía responsabilidades…, pero quería pasar más tiempo con Jason. Al día siguiente por la mañana todavía tendría tiempo suficiente como para decidirlo.

Le dije a Callie:

—Jason dijo que esta noche trabajaría allí. ¿Tú también?

—No, casi nunca trabajo por las noches. Charlie trabajará las horas extras, pues su mujer está embarazada de su primer hijo, así que necesitan el dinero.

Me sirvió el *spritzer* en un vaso para llevar.

—¿Cómo has sabido que era para llevar? —pregunté.

—Porque no te has sentado.

Le di las gracias y caminé por el vestíbulo hasta subir las escaleras al segundo piso.

La biblioteca estaba vacía. Bien.

Saqué el móvil y observé la letra de Diana, y la lista de palabras

que estaba segura de que eran la pista relacionada con la ubicación de los archivos. Recorrí las estanterías poco a poco y hojeé todos los libros de esos autores, pero no cayó ningún papel al suelo.

Pero me dio la sensación de que estaba en lo cierto.

Volví a echar un vistazo a las redes sociales de Diana, esperando que las fotos me dieran alguna pista.

Las cinco fotos sin pie de foto. Tenían que representar un libro, el libro en el que había escondido el archivo.

Cerré los ojos y me puse en la piel de Diana. Le gustaban los acertijos, los códigos y los secretos. ¿Qué me decían las fotos? Estaba a punto de comprender algo. Algo me resultaba familiar.

Volví a mirar las fotos.

En la foto de las uñas de los pies pintadas se veía que llevaba un tatuaje en el tobillo. Una rosa con espinas.

El resort.

Una dalia blanca con una avispa como protagonista. Una avispa…, eso era importante.

Una mujer delgada fumando sola.

La última foto, oscura, intentaba captar toda la isla. El muelle parecía un puente desde ese ángulo.

Oh. Dios. Mío.

Solo había leído ese libro una vez porque era oscuro y deprimente, pero había sido uno de los libros más famosos de su época, y después hicieron de él una adaptación cinematográfica. Fue la avispa lo que me convenció. Todos recordaban el tatuaje del dragón, pero Lisbeth Salander —una antiheroína extremadamente delgada que fumaba— también llevaba tatuada una avispa.

Busqué el libro.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

> «A veces tengo la sensación de que rodo se parece al trabajo de un detective: borrar los falsos comienzos y volver a empezar».
>
> «Sí, eso es muy cierto. Y es justo lo que algunas personas no hacen. Conciben una teoría concreta, y todo tiene que encajar en esa teoría. Si un pequeño hecho no encaja, lo descartan. Pero siempre son los hechos que no encajan los que son significativos».
>
> AGATHA CHRISTIE, *Muerte en el Nilo*

El Sky Bar se encontraba tan iluminado que estaba bastante segura de que Jason y yo lo habríamos visto desde el barco si la fiesta hubiera sido dos noches antes.

Me subí a la primera lanzadera que llevaba al Sky Bar con un pequeño grupo de personas. Aunque seguí mirando el móvil, Brie no me había enviado ningún mensaje pidiéndome ayuda; esperaba que estuviera bien.

Cuando entré en el bar al aire libre, me quedé boquiabierta. Estaba impresionante.

Kalise se había esforzado al máximo en un solo día para que la boda de Andrew y Sherry fuera lo más bonita y lujosa posible.

Globos, serpentinas elegantes, flores, macetas arregladas con gusto… El altar se alzaba a una altura de medio metro y tenía un precioso arco cubierto de jazmín bajo el cual los novios debían colocarse. Las sillas estaban colocadas para que se pudiera ver a la pareja desde ellas, y al mismo tiempo disfrutar, de fondo, de las vistas que daban hacia el oeste y el sol, el cual no tardaría en ponerse.

A diferencia de la otra noche, cuando el espacio había estado dispuesto como para una fiesta de cóctel con mesas altas y redondas repartidas por toda la zona, esta noche se habían puesto cinco mesas, cada una con capacidad para doce personas.

Me di una vuelta buscando mi etiqueta con el nombre. Estaba en la mesa más alejada de la pista de baile y de la banda, la pista de baile que en ese momento tenía un par de docenas de sillas dispuestas para presenciar la ceremonia, pero que no tardarían en quitar de allí para bailar. La mayoría de los nombres no me sonaban. Cerca de la barra había una mesa pequeña para dos personas con una tarta de boda pequeña y copas de champán para él y para ella.

Lo cierto es que Kalise había pensado en todo.

Encontré los nombres de Parker y Amber en dos mesas separadas. ¿No sería divertido ver su reacción cuando les enseñara los archivos?

Parker Briggs era un imbécil. Esperaba que lo hubiera perdido todo.

Rápidamente llevé sus tarjetas a mi mesa, y las intercambié por las de un par de personas que no conocía. Miré a mi alrededor con la esperanza de que nadie me hubiera visto.

Luis se acercó y sonrió mirando las flores y el altar.

—Llevo unos días sin verte —le dije.

—He estado por aquí —respondió con un tono críptico—. Esta noche hay una boda.

—Eso parece —contesté.

—Creo que me voy a tomar una cerveza. ¿Me acompañas?

Entrelacé mi brazo con el suyo y caminamos hacia la barra,

donde Jason preparaba sus herramientas de trabajo. Jason levantó la vista y me sonrió. Esa sonrisa… iluminaba mi mundo. ¿Cursi? Sí. Sin duda. Pero que fuera cursi no hacía que fuera menos verdadera.

Jason se volvió hacia Luis.

—¿Cerveza?

Luis asintió con la cabeza y luego frunció el ceño.

—Jason Jason Jason —repitió suspirando.

Después, cogió la cerveza y se fue por el sendero que llevaba al banco donde me senté mi primera noche aquí.

Jason observó cómo se marchaba con una expresión vacía.

—¿Me he perdido algo? —pregunté.

—No. No hice algo que él quería que hiciera, y, bueno, se lo compensaré —respondió Jason.

—Me cae bien. Y estoy segura de que te perdonará. —Sonreí y, con un tono de coqueteo, añadí—: ¿Crees que podrías prepararme esa sangría que es la mejor que haya probado en mi vida?

Él me guiñó un ojo.

—Por ti, lo que haga falta.

La semana había pasado volando, y al mismo tiempo me sentía como si llevara un mes en la isla. Quería aceptar la oferta de Jason de usar la conexión de internet estable de Ethan Valentine y trabajar desde allí durante el resto de la semana. Me imaginaba con el portátil en la terraza de Valentine, con esas vistas increíbles. Luego me imaginaba en la cama con Jason todas las noches.

Jason me sirvió un vaso de sangría espumosa y rozó sus dedos con los míos antes de volver con otras personas que reclamaban su atención. Rezumaba tanta confianza, se le veía tan cómodo. Parecía una persona realmente feliz. ¿Era porque se arriesgaba y se lo pasaba bien? ¿Porque vivía el día a día? ¿Porque no estaba preocupado por su jubilación dentro de treinta años?

¿Podría enamorarme de un hombre que no pensaba en el futuro?

Me quedé paralizada. ¿Enamorarme? ¿De dónde había salido ese pensamiento?

¿De dónde? Quizá de la noche anterior en la cama, cuando no

quería dejarlo marchar. Quizá de esta mañana, cuando leí la nota que me dejó y terminaba con «Con amor, Jason». Quizá de la primera noche que casi nos besamos en la laguna, cuando me pilló bañándome desnuda.

Quizá todas las novelas románticas tenían razón y Jason era lo que estaba en mi destino. La persona perfecta para mí.

Rápidamente, me bajé del taburete. Esos sentimientos eran extraños y confusos. ¿Qué pasaría si él no sentía lo mismo? ¿Y si para él solo era un romance pasajero? Un rollo divertido y sexi, y yo me iba, y en dos semanas ni se acordaba de mí.

«Para. Basta ya», me dije. Pero entonces lo miré. Me estaba observando con una expresión seria. Cuando cruzamos miradas, me lanzó un beso al aire. Sentí un cosquilleo en el estómago. Sin querer, me vino a la cabeza la canción de *La Cenicienta*:

«Esto es amor…».

No podía dejar de mirarle. Estaba convencida de que pensaría que estaba dando un salto de diez pasos hacia el futuro si se lo decía. Yo no solía arriesgarme. Y el amor era el riesgo más grande de todos.

Cuando Doug y David se acercaron a la barra, Jason desvió la mirada. Aliviada, me giré y vi a Parker y Amber entrar juntos en el recinto al aire libre. Los dos tenían cara de pocos amigos.

Me acerqué a ellos y sonreí.

—Hola, Amber. Me alegro de que hayas podido venir a la fiesta esta noche. Seguro que será divertida.

Parker me lanzó una mirada de desprecio y se fue directo a la barra. Charlie fue a atenderle, ya que Jason estaba ocupado en el otro extremo.

Amber dijo:

—Necesito una copa.

Y también fue a la barra. Durante diez segundos me había planteado darle a Amber los documentos que encontré doblados entre las páginas de *Los hombres que no amaban a las mujeres*, pero, teniendo en cuenta lo que decían, mi conciencia no me

permitía guardarme esa información. Ahora que sabía la verdad, sería cómplice de un fraude.

Con disimulo, me acerqué a la mesa de los aperitivos y me preparé un plato, más por los nervios que porque tuviese hambre. La verdad —las verdades— iba a salir a la luz esta noche. Por otra parte, empezaba a preocuparme por Brie. No me había llamado ni me había escrito. Esperaba que la conversación con su padre hubiera ido bien. Esperaba que no estuviera disgustada.

Kalise subió al pequeño escenario donde se había instalado la banda y cogió el micrófono.

—Para aquellos de ustedes que han llegado temprano, por favor, tomen asiento para disfrutar de una breve pero alegre ceremonia de boda en nuestro precioso Sky Bar, que empezará dentro de diez minutos. Después, retiraremos las sillas y prepararemos el bufé para la cena.

¿Dónde estaba Brie? ¿Dónde estaban Andrew y Sherry? ¿No le habrían dicho a Kalise que la boda se cancelaba? ¿No habría conseguido Brie convencer a su padre para que dejara a Sherry?

Me acerqué a Kalise.

—No he visto ni a la novia ni al novio.

—La señorita Morrison está en la carpa —dijo Kalise, señalando hacia el lado opuesto del espacio, en dirección hacia el agujero en el que me había caído—. Y Tristan está acompañando al señor Locke. Por favor, tome asiento.

—Estoy esperando a Brie —respondí.

Salí del área principal y me dirigí a la parada de la lanzadera en la que se bajaba la gente. Un minuto después, vi a Tristan conduciendo una de ellas, con Andrew sentado detrás. Brie no estaba con ellos.

Le mandé un mensaje.

«¿Dónde estás? Tu padre ya está aquí, en el Sky Bar, vestido de traje».

No hubo respuesta. Se me cayó el alma a los pies, y el delito de Parker Briggs dejó de ser mi prioridad.

Me acerqué a Andrew justo cuando bajaba de la lanzadera.

—¿Dónde está Brie? —le pregunté.

Me lanzó una mirada fulminante.

—Eso mismo debería preguntarte yo.

—Iba a reunirse en el muelle contigo esta tarde —le dije.

Tenía una expresión que era una mezcla de tristeza y enfado.

—No va a venir. ¿Qué le dijiste?

Estaba confundida.

—Nada. Le dije que fuera al muelle a esperarte y… —Se me encogió el corazón—. Andrew, algo va mal.

—Sé que tú y Brie sois amigas, pero esta es mi vida, y Brie es adulta, tal y como me ha repetido una y otra vez esta semana. Ha decidido boicotear mi boda.

—Quizá deberías posponerla —le dije—. Es tu hija. Te quiere…

—Necesito que se aparte, señorita Crawford.

—Algo va mal —insistí—. Ella tendría que estar aquí.

Se sacó el móvil del bolsillo y leyó en voz alta:

—«Lo siento, papá, no puedo ayudaros a ti y a Sherry. Ella nunca reemplazará a mamá».

—Ella no ha escrito eso —respondí de inmediato.

—Sí que lo hizo. Y creo que tú tienes algo que ver con ello.

Brie corría peligro. Lo sabía. Pero no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarla.

—¿No te enseñó el vídeo? —pregunté.

—No sé de qué me hablas.

Tristan nos observaba con una expresión de preocupación.

—¿Señor Locke? Ya estamos listos.

—Gracias, Tristan —respondió Andrew—. David y Doug Butcher han aceptado ser nuestros testigos oficiales.

—Muy bien —dijo Tristan, y condujo a Andrew hasta el altar.

Ahora no podía preocuparme por el error que Andrew estaba a punto de cometer: tenía que encontrar a Brie.

Corrí hacia la carpa donde Sherry se estaba preparando, aparté la tela de la entrada de un tirón.

—¿Dónde está Brie? —exigí—. ¿Qué le has hecho?

Kalise y la señora Kent estaban ayudando a Sherry con el vestido y el peinado.

Sherry se contemplaba en el espejo, orgullosa.

—He estado aquí toda la tarde —dijo con suficiencia.

Esa mirada… esa expresión de triunfo arrogante.

—Has contratado a ese matón de la isla para hacerle algo a Brie. Te juro que, si le has hecho daño, yo…

Kalise se interpuso entre Sherry y yo justo cuando estaba a punto de abofetearla.

—Señorita Crawford, quizá debería marcharse hasta que empiece la cena.

Me giré bruscamente y me fui directa al bar.

—Jason —dije—, Brie está en peligro. No sé dónde está.

Le dijo algo a Charlie y luego salió de detrás de la barra. Corrimos juntos hacia la lanzadera más cercana.

—¿Qué ha pasado? —me preguntó mientras se ponía al volante.

Se lo conté todo: lo del vídeo y los planes de Brie para hablar con su padre esa tarde.

—Pero nunca se encontró con él en el muelle, y lleva toda la tarde sin responder a mis llamadas y mis mensajes. Sherry le ha hecho algo. Le dio dinero a un hombre de la isla. ¿Y si le ha hecho daño? ¿Y si…? Dios mío, mató a Diana y ahora ha matado a Brie, y…

—Cálmate —dijo Jason mientras pisaba el acelerador—. Estás anticipándote demasiado.

—El vídeo. Tenemos un vídeo con el que Diana chantajeó a Sherry. —Le conté que el plan de Diana era esperar hasta después de la boda para «cobrar», pero que Sherry solo estaba ganando tiempo—. ¿Quién más tendría motivos?

—Cualquiera a quien Diana hubiese chantajeado también —contestó él.

Un carrito de golf subía la colina a toda velocidad hacia nosotros. Al volante iba Brie. Tenía los ojos desorbitados.

—¡Para! —grité, sin saber si se lo decía a Jason o a Brie. Levanté

los brazos para protegerme de una posible colisión.

Pero no hubo ningún accidente. Brie frenó en seco y corrió hacia nosotros. Estaba empapada y tenía sangre en la mejilla y el brazo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jason—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Ese… ese… ese tipo. El que contrató Sherry. Me… me escapé —dijo Brie mientras jadeaba.

—Estás empapada —dije.

—¡Tiene mi móvil! ¡El vídeo! Lo perdí, y mi padre…

—Tengo el móvil de Diana —la interrumpí—. Haré que Amber me diga la contraseña.

Jason condujo de vuelta al Sky Bar tan rápido como se atrevió a hacerlo. Andrew y Sherry ya estaban de pie en el altar. Corrí hacia Amber, que estaba en la barra, y abrí el bolso para enseñarle que tenía los documentos.

—La contraseña del móvil de Diana, o se los doy a Ethan Valentine.

—Dragón —dijo de forma automática, alargando la mano.

Ignoré su mano, tecleé la contraseña y le di el móvil a Brie. Ella encontraría el vídeo más rápido que yo.

—¡Papá, espera! —gritó Brie mientras avanzaba corriendo por el pasillo improvisado.

La expresión de Sherry era una mezcla de sorpresa, rabia y conjeturas. Andrew abrió los ojos de par en par al ver el estado en el que se encontraba su hija.

—¡Brie! Dios mío, ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Te lo contaré todo, pero, por favor, antes mira esto.

—Andrew, está claro que está montando un numerito para retrasar lo inevitable. Te quiero. Terminemos nuestros votos, y después disfrutaremos de unas vacaciones en familia, los tres juntos.

Sherry sonrió ampliamente, pero tenía los ojos sumidos en el miedo.

Brie ignoró a Sherry y le tendió el móvil a su padre. Subió el

volumen al máximo, y la voz de Sherry se escuchó claramente a través del micrófono:

—«Y, cuando termine con Tom, la hija de Andrew ya se habrá marchado de casa, y ese será el momento perfecto para cazarlo [...]. Y, después de Andrew, habrá muchos más entre los que elegir. Es muy fácil manipular a los hombres».

Silencio absoluto. Todo el mundo se giró a la vez para mirar a Sherry.

—Eso es falso —dijo Sherry con la voz temblorosa.

Andrew miró a Brie y luego a Sherry, y otra vez a Brie.

—No —contestó en voz baja—, no lo es. —Rodeó a su hija con el brazo y se marchó con ella por el pasillo, sin dedicarle una sola mirada más a Sherry.

Me encantaban los finales felices.

Sherry bajó furiosa del altar.

—¡Andrew! —gritó.

Amber sacó el pie discretamente y Sherry tropezó con él, llevándose por delante la pequeña tarta de boda y las copas de champán al caer.

Kalise corrió a ayudarla a levantarse y se apresuró a acompañarla de nuevo a la carpa.

Tristan le hizo una señal a la banda, y empezó la música. Después, la gente se puso a charlar, el personal salió a desmontar el altar y las sillas, y en cinco minutos no quedaba nada que indicase que se hubiese planeado una boda para esa noche.

No obstante, había algo que me reconcomía por dentro, y no lograba identificar qué era. Le di vueltas al asunto.

Sherry podría haber matado a Diana para mantener oculto ese vídeo, pero debía de saber que también lo habían compartido otras hermanas de la Delta Gamma. Y, según los comentarios de Diana, estaba dispuesta a esperar su pago.

No sabía por qué, después de haber pasado días pensando que Gino era el principal sospechoso de la muerte de Diana, de repente me preocupaba que no fuera culpable. Si no era Gino, eso implicaba

que Georgie, un chaval que apenas acababa de terminar la adolescencia, podía haberlo hecho.

¿Qué estaba pasando por alto?

Los recién casados se acercaron y se sentaron delante de mí.

—¿Te has enterado de lo de Gino? —dijo la señora Kent.

—¡Uno de los otros empleados lo mató! ¡También mató a esa mujer! —exclamó el señor Kent.

—No lo sabemos con certeza —contesté.

—Es lo que dice todo el mundo —añadió la señora Kent.

Sentí pena por Georgie. Todo el mundo pensaba que era culpable.

Tristan se sentó a mi lado.

—Hola hola hola —saludó al resto de la mesa.

Parker y Amber estaban sentados al fondo. Amber me miraba rogándome que le diera los documentos. Negué con la cabeza. Sabía lo que significaban esos papeles, y estaba bastante segura de que, cuando saliera a la luz la verdad sobre lo que Parker Briggs le hizo a Ethan Valentine, no tendría ni la más remota posibilidad de arruinarle la carrera.

—¿Cómo se encuentra esta noche, señorita Crawford? —preguntó Tristan.

—Genial —respondí.

Asintió con la cabeza y juntó las puntas de los dedos frente a sí.

—Me alegra ver que se ha recuperado de lo ocurrido la otra noche. Y, respecto a este pequeño contratiempo de hoy, esperemos que todos pasen una velada agradable.

Últimamente, había habido bastantes «contratiempos».

—He oído que la policía tiene un sospechoso del asesinato de Diana —comenté mientras miraba a Tristan. Me aseguré de que el resto de la mesa me escuchara. Quería ver sus reacciones. Sobre todo, quería ver la reacción de Amber. Todavía no le había contado a nadie que Diana era su novia, y no parecía muy afectada por su muerte. Estaba más preocupada por lo que Parker pudiera hacerle a su carrera, a pesar de que seguía sentada a su lado.

Qué gente tan desagradable.

—Sí —respondió Tristan—, sabía que entre Gino y la policía de San Juan resolverían la situación. Aún sigo impactado por la muerte de Gino. Era más que un compañero. Era un amigo.

—Me han dicho que fue un empleado quien lo mató —comentó la señora Kent.

—Es en quien se centran las sospechas de la policía —dijo Tristan con voz serena y clara—. Ya no está en la isla. Nadie tiene de qué preocuparse. De hecho, St. Claire va a regalarle a todo el mundo un fin de semana gratuito que podrán usar en cualquier momento de aquí a dos años. Esta semana ha sido muy extraña. En nombre del personal, queremos que se marchen de aquí con una sensación de descanso y satisfacción.

Nos dedicó una amplia sonrisa. Era el vendedor perfecto.

Sherry salió de la carpa como una bala, y Kalise le pisaba los talones.

—¡Me habéis arruinado la vida! —exclamó—. Pero saldré adelante. Siempre lo hago.

—Cállate —le soltó Amber.

—Oh, Amber Jones —se burló Sherry—, la actriz, la modelo, la zorra.

—Mira quién habla —replicó Amber.

—Búscate un abogado —le dije a Sherry—. Tengo fotos tuyas pagándole a un hombre en San Juan, y, cuando Brie preste su declaración y lo identifique en una rueda de reconocimiento, estoy bastante segura de que cantará para evitar ir a la cárcel.

Sherry me miró con un odio profundo.

—Tú —soltó, y se lanzó hacia mí.

Pero Jason se interpuso rápidamente y, con un gesto, le indicó al personal que sacaran a Sherry del Sky Bar.

Tristan se levantó de un salto y anunció:

—La cena está servida. —Les hizo una señal a los camareros para que atendieran primero a nuestra mesa.

Había que reconocérselo: Tristan sabía cómo mediar en lo que

podría haber sido una escena desastrosa.

El olor de la comida era maravilloso mientras los camareros colocaban ante mí un plato perfecto de bistec y otro de pescado a la plancha. Probé un bocado de cada uno y casi gimo del placer. Delicioso.

Sin embargo, no podía dejar de pensar en lo que Parker Briggs le había hecho a Ethan Valentine. No sabía si iría a la cárcel por ello, pero estaba segura de que la junta de su empresa lo censuraría, y de que nadie en el mundo financiero volvería a confiar en él.

Robar propiedad intelectual era un delito.

No podía entregarle los papeles a Amber ni a él y permitir que la verdad quedara enterrada. Eso me convertiría en alguien tan despreciable como ellos. Por eso, hablé todo lo alto que pude, tanto como para que Parker me oyera, y dije:

—Tristan, ¿sabe cómo contactar con Ethan Valentine?

—Por supuesto, puedo localizarlo en cualquier momento, pero ¿para qué lo necesita? —respondió, visiblemente nervioso.

Quizá Tristan no le había contado a Valentine lo del asesinato de Diana ni todo lo demás que había ocurrido en la isla, incluido lo de la malversación de fondos de Gino, si es que había interpretado bien las anotaciones de Diana. Pero estaba segura de que sí querría contarle a Valentine lo que yo había descubierto.

Saqué los papeles del bolso y los levanté en alto.

—A lo mejor al señor Valentine le interesan estos documentos —dije con voz clara y firme.

Se los entregué a Tristan, confiando en que él sería la persona adecuada para hacérselos llegar a su verdadero dueño.

Tristan los miró, confundido.

Sentí las miradas de Parker y Amber clavadas en mí, y estaba claro que Parker reconocía lo que tenía en las manos.

—¡Eso es mío! ¡Te voy a denunciar, maldita zorra! —gritó.

Se levantó bruscamente, tirando varias copas al suelo, y se lanzó para quitarle los papeles a Tristan, que los dejó caer al levantar las manos para protegerse. Me agaché enseguida y recogí las hojas,

frustrada porque Tristan no entendiera qué era lo que tenía delante.

Jason corrió a mi lado en un gesto protector.

—Cuidado —le dijo a Parker con una ferocidad que no me esperaba de él—. Estás pisando terreno peligroso, Briggs.

Parker tuvo que mirar dos veces, como si él tampoco pudiera creer la ira helada que irradiaba el camarero. Lo miró como si fuera la primera vez que lo veía. Deseaba con todas mis fuerzas que Jason no se metiera en ningún lío por esto.

Parker hizo un movimiento hacia los papeles, y yo me los puse detrás de la espalda.

—¡Ella me robó esos papeles! —soltó Parker.

—Diana los robó —lo corregí—. Y ahora sé por qué.

—Diana me los robó y me chantajeó —dijo Parker. Tenía las venas del cuello hinchadas—. Cuando me negué a pagarle, vino aquí y los escondió. Pero siguen siendo míos.

Tristan no pudo disimular su interés.

—¿Qué son? —preguntó.

—Documentos que demuestran que Parker Briggs le robó una idea a Ethan Valentine hace tres años —respondí.

Tristan me miró y luego desvió la mirada hacia Jason.

—¿Los tenía la señorita Harden? —preguntó—. ¿Por eso estuvo ella en su casa?

Todo el mundo estaba discutiendo alrededor de la mesa. David y Doug estaban conmocionados por la sorpresa, y los Kent hablaban en voz alta. Entonces Parker volvió a intentar arrebatarme los papeles, se tropezó y se cayó encima de la mesa e hizo que esta se hundiera. Había platos y comida volando por todas partes. El señor Kent agarró a su mujer y la apartó con un movimiento sorprendentemente ágil. Luis empujó su silla hacia atrás pero no se levantó. Amber empezó a hablar a la vez que Parker se lamentaba, y no pude entender lo que decían ninguno de los dos.

—Jason —dije por encima del alboroto, justo cuando caí en la cuenta de algo—, ¿le contaste a alguien que Diana fue a casa de Ethan el domingo por la noche?

Él negó con la cabeza.

—No.

—¿No se lo dijiste a Tristan cuando bajé del barco?

—Me preocupaba que alguien intentara sabotear el resort. Hablamos de eso, de la torre de telefonía móvil, del barco y de Georgie… —Jason entrecerró los ojos mirando a Tristan, como si acabara de pensar justamente lo mismo que yo.

Me giré hacia Tristan.

—¿Cómo sabías que Diana estuvo en casa de Ethan Valentine la noche en que murió?

—Yo… no era eso lo que quería decir. ¡Kalise! ¡Leesa! ¡Limpieza! —exclamó, esquivando la pregunta.

—¿Tristan? —dijo Jason con tono acusador—. ¿Qué hiciste?

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

> «Conmigo no tienes que justificarte. Hiciste lo que hiciste».
>
> SUE GRAFTON, *A de adulterio*

Tristan mató a Diana Harden. Yo no tenía ninguna duda de ello.

Y mató a Gino Garmon para ocultado. La mayoría de las piezas del puzle encajaban. Él intentaba proteger al dueño de la isla de un chantaje, sin darse cuenta de que los documentos que tenía Diana podrían ayudar a Valentine a largo plazo.

—¡Nada! —exclamó Tristan—. ¡Siéntense todos! ¡Kalise! ¡Trae a un equipo para limpiar todo esto, y traed platos nuevos! ¡Aquí no ha pasado nada!

Nadie se movió.

Tristan estaba sudando.

—Tristan —dijo Jason con firmeza—, ¿qué pasó?

—¡Nada! —exclamó Tristan esbozando una sonrisa fingida—. No pasó nada. Es un malentendido.

«Decía cualquier culpable siempre», pensé.

Los pequeños detalles empezaron a encajar.

—Amber solía salir con Parker, pero él le fue infiel.

—¡No lo fui! —dijo Parker.

—Sí lo fuiste, imbécil —replicó Amber—. A mí. Me pusiste los

cuernos a mí. —Se pasó las manos por el cuerpo como para recalcar lo absurdo que era que alguien le fuera infiel a ella.

—Y Amber y Diana han sido amigas y amantes durante años —dije—. Estaban en la misma hermandad. Por eso creo que Amber y Diana idearon un plan, y Diana sedujo a Parker.

Él refunfuñó, pero después fulminó a Amber con la mirada.

—Sabía que tú estabas detrás de todo esto.

—Que te den —respondió ella.

—Diana le robó los papeles a Parker —continué—, y Amber dice que no tenía ni idea de qué trataban, pero creo que miente.

—No miento —dijo Amber sin ser nada convincente.

Por fin, todo iba encajando, y tenía que salir a la luz.

—Ella y Diana pensaban que Ethan Valentine pagaría por los documentos que demostraban que Parker le robó ideas y dañó su relación con Roland Briggs, su padre.

—Mi padre quería a Ethan más que a mí —se lamentó Parker.

—Diana los escondió —continué—, tal vez porque pensó que Ethan simplemente se haría con ellos sin pagar si supiera que ella tenía los documentos. O, lo que es más probable, porque Amber la llamó y le dijo que Parker se dirigía a St. Claire.

—O simplemente porque le encantaban esos estúpidos jueguecitos —dijo Amber con un tono que era triste y de admiración a la vez. A lo mejor de verdad había querido a Diana, a su manera superficial.

—Sabías que Diana estaba chantajeando a varias personas aquí en St. Claire. Discutiste con Gino Garmon porque él era uno de aquellos contra los que ella tenía algo.

Jason me miró.

—¿Cómo?

—En la hoja del libro que Gino hizo que Georgie me robara había anotaciones que señalaban que Gino estaba desfalcando. Creo que desviaba dinero del resort y lo perdía jugando a las cartas. Está escrito a mano con abreviaturas, y me faltan algunas letras porque no se leían bien y casi no se entendían, pero esa es la idea. Podría

demostrarlo si se me permitiera revisar los libros del resort. A fin de cuentas, soy contable pública certificada.

Algo más encajó. Georgie sabía lo que estaba escrito en esa página. Gino podría haberla destruido, pero Georgie seguía siendo una amenaza para él. ¿Gino había ido tras el chico, y Georgie le mató en defensa propia? O quizá Georgie entendía la importancia de la malversación de fondos de Gino… y que alguien estaba encubriéndolo.

—Jason, ¿sabes dónde está Georgie?

—Estoy intentando encontrarlo —contestó.

—Porque puede que él haya descubierto esto por su cuenta, y por eso esté escondido —expliqué.

—Y que por eso haya matado a Gino —dijo Tristan con rotundidad.

—No —contesté—. Georgie no tenía ningún motivo para matarle.

—¡Para protegerse a sí mismo! —Añadió Tristan como si fuera una conclusión inevitable—. ¡Porque él mató a Diana!

—Yo pensaba que Gino mató a Diana —dije— porque ella estaba chantajeándolo, pero Amber también lo sabe. Y, si Amber lo sabe, Parker lo sabe, y Gino no los mató.

—Eso es verdad —comentó Amber—. Diana me llamó el sábado y me dijo que Gino pagó por su silencio. A Diana se le daba muy bien sonsacar información. —Volvió a suspirar con admiración y se limpió una lágrima del rabillo del ojo que yo estaba casi segura de que era falsa.

—Por eso mandaste a Georgie a revisar las pertenencias de Diana, para que encontrara su libro. Como no lo encontró, buscaste en mi habitación.

—Te vi con él. Sabía que Diana había apuntado notas en los márgenes. Tenía que descubrir qué había pasado con los archivos que se había llevado. Siempre montaba estas pequeñas búsquedas del tesoro. Le encantaban los juegos.

—¿Por qué te importaba? —Intervino Doug por primera vez—. Puesto que lo que querías era joder a tu ex, ¿por qué no dejarle

sufrir?

—Porque… —empezó a decir ella.

—Cállate —mandó Parker—. ¡Piensa en tu carrera!

—Que te jodan —dijo Amber mientras se apartaba unos pasos de él—. Si su padre se entera, le cortará el grifo enseguida. Parker me amenazó con acabar con mi carrera si no le ayudaba a recuperar esos documentos. Tiene fotos mías desnuda que le dejé que me hiciera porque fui tonta. Dijo que las publicaría. Pues que le den. Ya me da igual. Soy guapísima. Tengo talento. Siempre tendré algún papel, vestida o desnuda.

—Estás acabada —murmuró Parker.

Ella se lanzó hacia él, pero el señor Kent y David la apartaron.

—Diana debió de contactar con Ethan para contarle lo que tenía —dije—. Y eso sería a través de ti. —Me giré hacia Tristan—. Todo el mundo sabe que tú eres el único que está en contacto con Ethan de forma regular.

—¿Hizo eso? —le preguntó Jason—. ¿Te habló Diana de esos documentos?

—Yo… yo… sí —respondió con altivez—. Dijo que quería hacer un trato con él. Pensé que no valía la pena molestar al señor Valentine y malgastar su valioso tiempo, así que le dije a Diana que no.

—¿Qué sabía ella sobre ti? —le pregunté.

—Nada. Eso fue todo. Me quedé de piedra cuando desapareció. ¡Me impactó!

—La asesinaron —dijo Jason sin rodeos.

—Georgie. O… o quizá fue Gino, y después le echó la culpa al chico —respondió Tristan, y añadió a toda prisa—: Por el tema del juego.

Negué con la cabeza.

—No. Mucha gente sabía lo de su ludopatía. Tú también lo sabías. Porque controlas todo lo que sucede en St. Claire. Te encanta este resort. Gino desvió dinero del resort. Y tú debiste de darte cuenta de ello.

—¡Ordenaré que se lleve a cabo una auditoría independiente de

St. Claire inmediatamente! —exclamó.

—Y sabías que Diana fue a casa de Ethan el domingo y no pudo encontrarlo. Eso es algo que solo puedes saber si la viste el domingo por la noche. Pero no le contaste a la policía que la habías visto. Dijiste que salió de St. Claire en el ferri y no regresó. —Al decir esto, lo vi claro—. Le mentiste a la policía.

—No. Se equivoca usted totalmente.

Miré a Luis.

—Luis, le hablaste a Gino sobre Diana, ¿verdad?

—Sí, cuando encontraron su cuerpo —dijo Luis—. Pobre chica.

—O sea que Gino sí que estaba investigando su asesinato —contesté un poco sorprendida. Quizá cuando me amenazó, aunque fuera desagradable, en realidad me estaba haciendo una advertencia porque sabía que había un asesino en la isla—. ¿Gino descubrió que tú la mataste, y por eso también tuviste que silenciarlo? —le pregunté a Tristan.

—Tristan —dijo Jason con autoridad—, ¿por qué la mataste?

Tristan iba retrocediendo, como si estuviera acorralado, y respondió:

—¡Yo… yo… lo hice por usted! —gritó—. ¡Para protegerle a usted, Ethan! —Se llevó la mano a la boca, se dio la vuelta y salió corriendo por el sendero que llevaba al lago.

Jason salió tras él. Había algo que me estaba perdiendo, pero con todo el jaleo que había no sabía qué había creído oír. ¿Tristan mató a Diana para proteger a Ethan? ¿De qué? ¿De que supiera la verdad sobre lo que le hizo Parker?

Escuché un forcejeo y gruñidos por el camino.

—¡Por favor, llamad a seguridad! ¡A la policía! Jason necesita ayuda —grité.

Salí corriendo tras ellos. No sabía si alguno de los presentes me seguía, pero no podía dejar a Jason solo. ¿Y si estaba herido? ¿Y si Tristan tenía un arma? ¿Una pistola quizá?

El corazón se me iba a salir del pecho. Corrí todo lo rápido que pude por el sendero embarrado. Menos mal que había luces, que

estaba iluminado. La malla de seguridad ya estaba colocada alrededor del agujero junto con una valla de madera. Jason desapareció de mi vista más adelante, allí donde el sendero se bifurcaba. Oí cómo le gritaba a Tristan que se detuviera.

Las herramientas seguían junto al pozo. Cogí una pala de mano, que era lo único que podía llevar y que podría usar como arma, porque tenía la punta afilada, y me fui tras ellos.

«¡Lo hice por usted!».

¿Fue eso lo que acababa de decir Tristan?

Llegué al sendero que bordeaba los acantilados sobre el lago y me detuve de golpe en el camino resbaladizo. Más arriba, a la altura del sendero que Brie decía que llevaba a la plataforma del helicóptero, Jason y Tristan estaban forcejeando. Justo al lado de la plataforma de la tirolina. Tristan intentaba empujar a Jason al lago. El rugido de la cascada era terrorífico.

Tristan le dio una patada en el estómago a Jason, y este se tambaleó en el borde. Entonces, se cayó.

—¡Jason! —grité.

Tristan agarró una de las tirolinas que estaban colgando y bajó rápido por el cable sujetándose del arnés, sin perder un solo instante en abrochárselo. Corrí hacia la plataforma, temiendo que Jason hubiera caído al lago. ¿Podría sobrevivir a una caída como esa?

Cuando llegué a la plataforma, vi que Jason luchaba por seguir sujetándose al borde de la madera, y casi no podía. Me tumbé y extendí la mano.

—No vas a poder sacarme de aquí tirando de mí —jadeó—. ¡Tira del carro, por favor! Eso que parece un manillar.

Lo vi e hice lo que me dijo. Tiré del carro hacia abajo, pero el peso de Tristan allí suspendido hacía que la pesada cuerda rebotara hacia arriba y hacia abajo.

—¡Ahora! —gritó Jason.

Tiré con todas mis fuerzas y, al hacerlo, logré acercar el carro a menos de treinta centímetros de donde Jason estaba agarrado al borde de la plataforma. Alzó la mano y se sujetó al manillar. De

repente, salió volando por los aires y bajó por la tirolina, totalmente fuera de control y sin arnés de seguridad.

Paralizada, sin saber si debía correr a buscar ayuda, vi a Jason sobrevolar el agua. Se le resbaló una mano y grité mientras Jason se tambaleaba peligrosamente. Cuando cruzaba la mitad del lago, perdió el agarre y se precipitó. Lo vi estrellarse contra el agua.

Sin pensarlo, cogí el último carro, me agarré fuerte y seguí el camino que acababa de recorrer Jason, rezando para que tuviera suficiente energía para alcanzar la orilla nadando y no se viera arrastrado por la cascada. ¿Habría llegado lo bastante lejos? No lo sabía. No quería perderlo ahora, no así.

Grité. El carro rodaba por el cable e iba ganando velocidad. Iba agarrada firmemente a las asas porque me iba la vida en ello. Cerré los ojos con fuerza, recé, grité y supliqué mientras volaba por los aires, cada vez más y más rápido… ¿Cómo demonios iba a parar cuando llegara al otro lado? ¿Iba a chocarme contra un árbol?

«¡Abre los ojos!», me dije a mí misma.

No quería, pero lo hice, porque necesitaba ver a dónde iba.

Ya había cruzado la mitad del lago. De repente, el peso de la cuerda cambió, y reboté tan rápido que se me resbaló una de las manos. Pensé: «Ya está, me voy a caer y me voy a matar, estrellada en el agua».

Pero me agarré fuerte y no tardé en llegar a la orilla. ¿Qué me había dicho Brie cuando estuvo explicándome cómo usar la tirolina?

La cuerda bajó hasta que casi pude tocar el agua. Podía ver la orilla. Estaba a solo treinta metros y me estaba acercando deprisa.

«Solo tienes que acordarte de soltar el arnés y saltar entre seis y quince metros antes de llegar a la orilla».

No tenía arnés, así que simplemente me solté.

Me zambullí en el agua y me hundí. El lago tenía profundidad, incluso allí, a unos quince metros de la orilla, y me costó salir a la superficie. Cuando por fin salí, jadeé en busca de aire. Estaba viva.

Jason. Él había caído mucho más atrás que yo.

Nadé hacia la orilla. Me dolían los brazos y las manos de haber

usado la tirolina. Pero llegué y me desplomé en la orilla.

Escuché quejidos detrás de mí.

—¿Jason? —pregunté.

Avancé medio a rastras hasta que conseguí ponerme de pie. No era Jason. Era Tristan. La pierna le colgaba en un ángulo extraño.

—La pierna…, me la he roto —dijo.

—Bien —respondí—. Te juro que, si has matado a Jason, me aseguraré de que te condenen a muerte, ¡cabronazo!

Me giré y observé el lago, buscando señales de vida. El sol del atardecer se reflejaba en los acantilados, pero el lago tenía un tinte oscuro. No lo vi. Temía que estuviera muerto de verdad.

Tristan estaba sollozando.

—¡Lo hice por usted, Ethan! Ella sabía quién era. Por eso vino a buscarme. Sabía que usted es Ethan Valentine, y se lo habría contado a todo el mundo. Le habría hecho daño. ¡Habría destruido todo lo que hemos construido aquí en St. Claire! ¡Lo hice por usted!

No podía ser verdad lo que estaba oyendo.

Tristan estaba delirando.

Fue entonces cuando recordé lo que había dicho antes de salir corriendo. Estaba mirando a Jason cuando dijo: «Lo hice por usted, Ethan».

Por fin, Jason salió del agua, tambaleándose, llegó a la orilla y se desplomó.

Corrí hacia él.

—¿Estás bien? Dios, pensé que habías muerto.

Tosió y negó con la cabeza.

—Lo he conseguido. Tú también. —Me acercó hacia sí y me dio un abrazo fuerte, allí sentados en la arena—. Mia.

Le devolví el abrazo. Me picaban los ojos de tanto llorar.

—Y él ¿dónde está? —preguntó Jason.

—Se ha roto una pierna —dije.

Ahora ya tenía todas las piezas del rompecabezas, pero ¿las estaba encajando mal?

Tristan se arrastró hasta nosotros.

—Ethan, lo siento. Tiene que entenderlo.

—No lo entiendo —dijo Jason… Ethan—. No entiendo cómo pudiste matar a una persona y pensar que lo hiciste por mí. ¿Mataste a Gino?

—Nos había robado. ¡Se llevó cincuenta mil dólares de nuestras cuentas!

—Quieres decir que me robó a mí —contestó Ethan con un tono de voz bajo y de enfado.

—¡Este es mi resort, mi resort! —gritó Tristan—. Yo lo construí. Todas las habitaciones llevan mi toque personal. Yo mismo pruebo todas las comidas. Este complejo es como un hijo para mí, ¡y él me robó! ¡Luego me dijo que sabía que yo maté a Diana y esperaba que yo le pagara! —Tristan se reía y lloraba a la vez—. Todo va a salir bien, se lo prometo. Gino descubrió que Georgie mató a Diana, y luego Georgie mató a Gino, y no pasa nada. Eso fue lo que pasó. Todo el mundo sabe que eso fue lo que pasó.

—No, Tristan, eso no fue lo que pasó —dijo Ethan—. Tú los mataste a los dos.

Me acercó hacia sí. Yo estaba… No sabía cómo estaba.

—Mia, lo siento.

—No. No. —Negué con la cabeza. No quería llorar. No aquí, no delante de este hombre que ni siquiera sabía quién era.

Me aparté e intenté levantarme. Me temblaban las piernas.

—Mia, por favor, escúchame —dijo Ethan.

Recobré las fuerzas y empecé a caminar por la playa. Allí había un sendero. Lo había visto en el mapa. Y podía volver por el camino largo que llevaba al Sky Bar. Me daba igual cuánto tardase. No quería estar cerca de Jason.

Ethan. Ethan Valentine.

Jason me había mentido.

Ethan me había mentido. Me golpeé la cabeza con la palma de la mano, intentando asimilar que Jason no existía, que el ultrarrico Ethan Valentine simplemente… ¿qué? Había estado ¿jugando conmigo? ¿Riéndose a mis espaldas? Ahora yo sabía quién era él, lo

que hacía, lo que tenía, y yo era… solo yo.

Incluso cuando tuvo la oportunidad de decirme la verdad, aquella noche en el barco, cuando estábamos solos, o la siguiente noche, cuando estuvimos haciendo el amor sin parar hasta quedarnos sin preservativos, me había mentido.

—Mia, por favor, detente. Escucha.

Dejé de caminar, me di la vuelta, y casi chocó conmigo.

—¿Qué, Ethan?

—Lo siento —se limitó a decir. No intentó justificar lo que había hecho. No intentó explicar… porque no había explicación.

Era un fraude. Jason Mallory no existía.

Negué con la cabeza.

—No puedo. Ahora no. Nunca.

—No tengo excusa. A excepción de mi tío Luis, Tristan es la única persona que sabe quién soy en realidad. No quería que nadie lo supiera. He estado en un limbo estos últimos tres años.

Mentalmente busqué pistas de la verdad que debería haber detectado. Como, por ejemplo, algunos comentarios crípticos de Luis, tal vez, pero era un hombre mayor…; o la forma en que Tristan parecía consultarle a Jason en el barco cuando vinieron a rescatarnos, en vez de que fuese al revés; o la seguridad con que Jason afirmaba que yo podría usar la conexión de internet estable de Ethan Valentine si quería quedarme unos días más en la isla.

Me sentía tan tonta. Me había creído una fantasía entera, a pies juntillas.

Pensé que me había enamorado. Pero no puedes enamorarte de un personaje ficticio; pues no puede darte calor en plena noche.

Quizá porque yo no era capaz de hablar, Ethan siguió hablando.

—Cuando Parker Briggs se apropió de mi idea y de todos mis documentos, di un golpe en la mesa. Aquel mundo de negocios despiadados me estaba consumiendo. Necesitaba alejarme. Compré la isla y esperaba desconectar durante unos meses para pensar qué hacer. Pero luego descubrí que podía dirigir Valentine Enterprises desde aquí. Contaba con personas competentes que se encargaban

del día a día. Tomaba decisiones, revisaba proyectos y asistía a juntas a través de Zoom, pero casi nunca tenía que dejarme ver. Cuando tenía que hacerlo, hacía que la conexión a internet fuera deficiente y me ponía unas gafas falsas por si alguien me reconocía. He cambiado de aspecto físico gracias a que me hice la cirugía LASIK para no llevar gafas, empecé a hacer ejercicio, gané músculo, me dejé el pelo largo y me puse moreno.

—Todo el mundo sabe que Clark Kent es Superman —contesté—. Unas gafas no son ningún disfraz.

—La gente ve lo que quiere ver —dijo—. Nadie les presta atención a los camareros, o al personal de limpieza. Por eso le pedí a Tristan que me diera trabajo como Jason Mallory. Necesitaba tiempo para…, no sé…, para encontrarme a mí mismo. Pude ayudar a que St. Claire prosperase y nadie sabía quién era yo en realidad. Fue… el paraíso. Por primera vez en mi vida, fui libre de verdad.

Solo había visto una foto antigua de Ethan Valentine en la universidad. No veía a Ethan en Jason. Había cambiado mucho en más de una década.

—Nada ha cambiado —contesté—. Excepto que ahora unas cuantas decenas de personas saben quién eres.

—Eso me da igual. Esas personas no me importan. Me importas tú. No te vayas.

—¿Qué pensabas que iba a pasar, Ethan? —Me seguía resultando raro pronunciar su verdadero nombre, el nombre de un desconocido —. ¿Qué vendría a visitarte todos los años, disfrutaríamos de un buen sexo y luego me iría y tú seguirías con esta farsa?

—No. Esperaba que te quedaras unos días más, que trabajaras desde mi casa, y entonces te lo contaría.

—¿Ahora me estás diciendo que siempre tuviste la intención de contármelo? —Negué con la cabeza. Estaba a punto de llorar, pero no dejé que me brotaran las lágrimas—. No te creo.

—Es la verdad —dijo en voz baja.

—Me mentiste. Hablamos, hicimos el amor. Pensé… no. El momento para contarme todo esto era antes de que me enamorara.

No puedo confiar en ti.

—No tengo más secretos. Pregúntame lo que quieras, cualquier cosa, y te lo diré.

—¿Cómo se supone que debo saber si lo que me dices es verdad cuando se te da tan bien mentir?

Me dolía. Me sentía humillada. Y, sobre todo, estaba dolorosamente triste.

Me había enamorado de él perdidamente.

Me había enamorado de una mentira.

—Déjame compensártelo —susurró—. Por favor, Mia.

—No puedes —dije. Y me alejé en busca de la playa, en busca del camino de vuelta. Como sin darme cuenta.

Esta vez no me siguió.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

> «Y, sobre todo, observa con ojos brillantes todo el mundo que te rodea, porque los secretos más grandes siempre están escondidos en los lugares más insospechados. Quienes no creen en la magia jamás la encontrarán».
>
> ROALD DAHL

Ya tenía las maletas hechas horas antes de la hora prevista para ir a San Juan y coger el vuelo de vuelta a casa. Henry ya había recogido mi equipaje para llevarlo hasta el ferri.

Estaba en mi terraza mirando el mar. Echaría de menos aquello. El mar. Los colores. Los olores.

Pero no echaría de menos esta sensación de haber sido engañada.

Todo había sido un torbellino desde que arrestaron a Tristan por asesinato. Estuve hablando con la policía hasta bien entrada la madrugada del domingo. Estuve hablando con los huéspedes curiosos durante todo el lunes. Intenté evitarles, pero no funcionó. Se pasó tanta gente por mi cabaña para hablar de lo que había pasado en el Sky Bar que al final fui al Blue Dahlia y bebí muchísimo mientras respondía a todas las preguntas que me hacían. Durante

horas.

—¿Sabías que el camarero era Ethan Valentine? —preguntó Doug.

—No.

—¿Cuándo sospechaste que el gerente del resort había matado a Diana Harden? —preguntaron los recién casados.

—Cuando metió la pata —dije—. Escuché lo que dijo, que Diana estuvo en la casa de Ethan el domingo por la noche, y ahí supe que había sido él.

—¿Cómo estás? —preguntó Anja—. Si quieres, puedes venirte a mi *suite*, para estar lejos de la gente.

La miré y sonreí, aunque quería llorar.

—Estoy bien.

Tardaría mucho mucho tiempo en estar bien.

Estaba a punto de volver a entrar cuando llegó Luis. Venía de la playa.

También estaba enfadada con él.

—Hola, Mia —dijo, y se sentó en una silla.

—Me voy a casa —contesté, sin intención de sentarme.

—Por favor. —Hizo un gesto hacia la otra silla.

—No quiero hablar contigo. Me mentiste, igual que tu sobrino.

—Sobrino nieto —me corrigió—. Aunque es probable que ahora no te parezca alguien tan genial.

Moví los labios como para sonreír, pero me contuve la sonrisa. En vez de eso, me senté.

—Casi me lo dices en el bar el otro día. —Había estado repasando nuestra conversación, y hubo algunas pistas. Pero no las había captado.

—Ethan cometió un error.

—Un gran error —dije.

—Le importas.

Se me encogió el corazón.

—Me enamoré de Jason.

Lo dije en voz alta. Decirlo me dolió aún más.

—Son la misma persona.

—No, no lo son. Jason es quien Ethan quiere ser. Es falso. Está fingiendo. No puedo confiar en él porque nunca sabré quién es de verdad.

La incertidumbre me volvería loca por dentro. Necesitaba orden en mi vida. Expectativas firmes. Un trabajo fiable que exigiera disciplina, seguir las reglas, respeto. Una vida con amigos que pudieran contar conmigo, y en los que yo pudiera confiar. Responsabilidades para con otras personas, como mi abuela. Ella necesitaba que yo tuviera los pies en la tierra, y que no fuera una ingenua. Ella necesitaba poder confiar en mí y en mi palabra. Yo no necesitaba a un estafador multimillonario que hiciera todo lo posible por engañarme a mí y a todos los que le rodeaban.

—¿Acaso no nos pasamos la vida intentando descubrir quiénes somos? —preguntó.

—Sé quién soy —dije con mucha más confianza de la que sentía.

—¿Eres quien quieres ser? —preguntó Luis, otra vez con sus acertijos.

—No juego a «¿Qué pasaría si…?» —sentencié—. La gente no cambia, y, además, no debería cambiar. La gente tiene que ser de fiar.

—Tienes razón, la gente no cambia —dijo él—. No en las cosas importantes, como tus valores, tu lealtad, o tus pasiones. Pero a veces, en el fondo, no sabemos quiénes somos en realidad hasta que nos enfrentamos a desafíos y obstáculos que nunca habíamos afrontado.

Luis se levantó. Le crujieron las rodillas.

—¿Necesitas ayuda? —pregunté, y me puse de pie rápidamente para ofrecerle mi brazo.

Él sonrió y me dio una palmada en el hombro.

—Desde el día que te conocí, Mia Crawford, supe cómo eras. No te comportes como si fueras una desconocida.

Después, se alejó lentamente.

Después de despedirme de Callie, Henry y su esposa Millie, caminé hacia el ferri. Kalise me dio un abrazo. Estaba a punto de subirme a la lanzadera cuando Brie vino corriendo y me abrazó.

—Hola —dije—. ¿Estás bien?

—Sherry se fue ayer, gracias a Dios. Y mi padre está bien. Estamos bien.

—Cuánto me alegro. —Y lo decía de verdad.

—Está un poco triste. Siente que le han engañado.

Yo sentía lo mismo.

—Va a presentar cargos contra el tipo que me retuvo —continuó Brie—, y quizá él acabe delatando a Sherry.

—Nunca me contaste lo que pasó.

—Tenías muchas cosas entre manos —dijo ella—. No puedo creer que me lo perdiera todo.

—No quiero acordarme de ello. ¿Qué pasó esa tarde?

—Estaba esperando el ferri para poder enseñarle el vídeo a mi padre cuando ese tipo raro atracó con su barco. Le dije que el ferri volvería en unos minutos. Él me dijo que no se demoraría mucho. Me sonaba su cara, más o menos, pero no me di cuenta de que era el de tu foto hasta que ya fue demasiado tarde. Me pegó y me subió al barco. Me ató, aunque no muy bien. Fingí estar inconsciente y luego salté al agua. Me costó un buen rato llegar a la orilla nadando.

—Eso es peligroso.

—En realidad, no me lo pensé. Cuando volví, me di cuenta de que aquel hombre tenía mi móvil. Mi padre ya había regresado en el ferri, y pensé que ya se habían casado. Me puse histérica. Me alegra haber llegado a tiempo y que tú estuvieras allí para ayudarme a detenerla.

—Me alegro mucho de que estés bien —dije, y lo decía en serio. Gracias a todo lo que había pasado esa semana, lo bueno y lo malo, había encontrado una gran amiga en Brie Locke.

—Sherry cogió un vuelo desde San Juan a Atlanta, donde anoche

fue la mujer florero de un jugador de baloncesto en un evento benéfico —comentó Brie—. Supongo que se lo estuvo trabajando, al igual que hizo con mi padre.

—Tu padre encontrará a alguien que le quiera tal como es.

—Sí, eso creo. Lo único que quiero es que sea feliz. Si no es con una mujer, será con el béisbol, su segundo amor. Va a aceptar un puesto de entrenador en la Universidad de Arizona. Yo viviré en el campus. Se comprará una casa. Tendré mi propio espacio…, pero podré verlo cuando quiera.

—Eso es maravilloso —observé—. Quizá encuentre a alguien cuando menos se lo espere.

—Te voy a echar de menos, Mia. ¿Crees que podré visitarte alguna vez? Me encanta Nueva York.

—Cuando quieras. Lo digo en serio, ¿vale? Ya te sabes mi usuario de todas las redes sociales, y tienes mi correo y mi número de teléfono. —Sonreí—. Yo también te voy a echar de menos. Eres la hermana pequeña que nunca supe que quería tener.

Ella se rio, luego miró alrededor y dijo en voz baja:

—Vas a perdonarle, ¿verdad?

—No lo sé. Ahora mismo estoy demasiado dolida.

—Quédate.

—¿Qué?

—Me dijo que te pidió que te quedaras unos días.

—Eso fue antes de que supiera que él era Ethan Valentine.

—Si te quedas, tal vez puedas aclararlo todo.

Negué con la cabeza.

—Tengo trabajo. Responsabilidades. Y también las tiene Ja… Ethan.

—Bueno, si te sirve de algo, está triste de verdad.

Me habría gustado olvidarlo todo y perdonarle. Quería hacerlo. Pero siempre tendría ese runrún en la cabeza preguntándome quién era realmente Ethan Valentine. Hasta que él no supiera quién era, yo no podría conocerlo.

—Cuando Ethan se encuentre a sí mismo, entonces, tal vez,

podamos hablar —contesté—. Me enamoré de Jason Mallory. Ni siquiera sé quién es Ethan Valentine.

Brie dijo:

—¿Te has enterado de lo que pasó con Parker Briggs?

—Solo que él y Amber se fueron ayer a primera hora.

Sacó el móvil y me enseñó el artículo de un tabloide.

—Esto ha salido esta mañana a primera hora.

PARKER BRIGGS, EXPULSADO DE LA EMPRESA FAMILIAR TRAS ACUSACIONES DE ROBO DE PROPIEDAD INTELECTUAL QUE HIZO PASAR COMO SUYA

—Bien —dije—. Es un gilipollas.

—Sin duda.

Volví a darle un abrazo a Brie y me subí a la lanzadera. Henry habló de varias cosas, pero por suerte no mencionó a Ethan.

Le di las gracias a Henry y me dirigí al muelle. Anja y Nelson estaban allí cuando el ferri llegó al puerto.

—¿Te vas, señorita Crawford? —preguntó Nelson con su voz profunda y autoritaria.

—Sí. Se me han acabado las vacaciones.

Anja me abrazó con fuerza. Estaba temblando.

—¿Estás bien? —pregunté.

—No. Sí. No lo sé —contestó ella mirando hacia el barco—. Mi hija… ha aceptado verme. Y… mi exnovio. Él…, ellos…, esto… —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Están en el ferri —dijo Nelson—. Pensamos que poder pasar unos días aquí para que se conozcan, sin miedo a los *paparazzi* ni a la prensa amarillista, sería de ayuda para todos.

—Me alegro mucho por ti —le dije a Anja.

—Quiero que le guste cómo soy. Pero necesito que me perdone.

—Ya sea hoy, mañana o el año que viene, acabará entendiendo por qué hiciste lo que hiciste. No es fácil ponerse en la piel de los demás.

Pensé en Ethan. ¿Debería darle una oportunidad? Tal vez… no. Sí. Maldita sea. No lo sabía. Tenía demasiados frentes abiertos en mi vida como para ayudarle a resolver su crisis personal.

Vi a una joven guapa salir del ferri, seguida de un hombre más grande que Nelson. Me alejé y les dejé que resolvieran las cosas en familia.

El capitán se acercó a mí.

—¿Diez minutos, señorita Crawford?

—Gracias.

Recorrí la playa que había junto al muelle. Respiré los últimos aromas de St. Claire. Esto era todo. Me iba a casa. Volvía a mi trabajo, con mi abuela, con mis amigos, con mis gatos.

Mi nombre iba a figurar en la puerta de la oficina. Me darían un aumento y más responsabilidades. Y eso tendría que ser suficiente.

Subía por la playa hacia el muelle cuando una concha brillante me llamó la atención. Me agaché y la recogí. Era una caracola rosa que justamente se parecía a la que había tirado en la laguna la primera noche que estuve en la isla. No podía ser la misma. Qué tontería. La miré y recordé por qué la había lanzado.

La lancé porque sabía que mi sueño era solo una fantasía.

Y, sin embargo, ahí estaba.

Me guardé la concha en el bolsillo. La guardaría como un recuerdo de lo que pudo haber sido.

Escuché la risa de Anja, y, cuando me giré, me di cuenta de que era su hija la que estaba riéndose de algo mientras se subían a la lanzadera. Me alegraba por ellos.

Me subí al ferri. Era la única persona que volvía a casa ese día. Me quedé en la proa del barco sin mirar atrás. No quería mirar. De repente, mi marcha se estaba convirtiendo en algo agridulce.

Entonces lo vi, a Jason —¡a Ethan!—, sentado en una moto de agua en medio del mar. Lo miré fijamente mientras nos cruzábamos. El ferri no iba rápido, pero Ethan se balanceaba con nuestra estela.

Me lanzó un beso.

Dudé, luego «atrapé» su beso con la mano. Lo sostuve, pero no

sabía qué hacer con él.

Lo observé hasta que ya no pude verlo más. Entonces, miré hacia delante y seguí rumbo a casa.

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

Seis meses después

> «A veces, los sueños que se hacen realidad son los sueños que ni siquiera sabías que tenías».
>
> ALICE SEBOLD, *Desde mi cielo*

Coloqué bien las pilas de libros en la mesa de «Favoritos del personal», rocé con la mano la tapa en relieve de *Tesoro mortal* y pensé en todos los problemas que había causado ese libro.

«El libro no causó ningún problema —pensé—, sino que fue su dueña».

Ninguno de mis clientes sabía lo que había pasado en St. Claire el verano pasado. Se lo había contado casi todo a Jane y Amanda. Mejor dicho, todo excepto lo relacionado con mi corazón roto. Porque, aunque la mentira de Ethan Valentine me había dolido, sabía que no mintió para hacerme daño. Mintió porque no le gustaba la persona en la que se había convertido y quería ser otra.

Eso lo entendía.

Me había enamorado de alguien ficticio.

Pero me había enamorado, y creo que Jason Mallory también se enamoró de mí. Lástima que no fuera más real que los héroes de los libros que me rodeaban.

Lecturas de Verano y Crímenes había abierto sus puertas el primer fin de semana de noviembre. Ahora, el siguiente fin de semana al Día de Acción de Gracias, estábamos teniendo más afluencia de público, tanto compradores navideños como gente del barrio atraída por el escaparate tan creativo —gracias a mi abuela— o por el aroma de sidra especiada que impregnaba todo el local.

Era lo que siempre soñé tener.

Rincones para leer o charlar; una pequeña cafetería con dulces hechos en la zona, ensaladas, sándwiches y, por supuesto, una barra de café. Había libros por todas partes, pero también regalos para los amantes de la lectura: camisetas, bolsas para libros, marcapáginas hechos a mano, fundas de tela para libros… La sección infantil era perfecta para que los más pequeños explorasen, y las mesas estaban colocadas de forma estratégica, con regletas ocultas para que los niños mayores pudieran estudiar.

Y también lo adorné con una idea que robé de St. Claire: miles de lucecitas blancas serpenteando por toda la tienda. Alrededor de las columnas del techo abierto, colgando de las estanterías, decorando las plantas y enmarcando las ventanas. Me hacían feliz, y varias veces al día escuchaba a los clientes exclamar al darse cuenta de esos pequeños detalles que hacían que mi librería fuera única y acogedora.

Puede que me hubiera enamorado de una persona ficticia, pero él me brindó todo un mundo de posibilidades al hacer que abriera la mente y el corazón a mis sueños.

Jason me había dicho —no, Ethan me había dicho— que mi tienda soñada debería ser una meta. Que debería suscitar en los lectores el deseo de curiosear y comprar, y ser un lugar que les diera tanta paz como su lectura reconfortante favorita, o abrir mundos enteros con libros que entretuvieran, que hicieran reír, llorar y sentir.

Y, precisamente, eso era lo que hacía.

Eso esperaba. Había invertido todo mi dinero en este sitio y había pedido un préstamo para el edificio.

Yo no era tonta del todo. No abrí en Manhattan —eso habría

costado cinco veces más—, ni siquiera en Nueva Jersey ni en Connecticut, donde me crie.

En vez de eso, encontré un edificio en una esquina a cuatro calles de la playa en Miami, Florida.

En la planta baja estaba mi librería; y la parte de arriba la tenía alquilada una firma de contabilidad porque tener otra fuente de ingresos nunca está de más. No cubriría la hipoteca del edificio, pero era suficiente como para no entrar en pánico cada vez que me llegaba la factura.

Además, me compré una casa. Una casa pequeña de dos habitaciones cerca de la playa en la que vivía con mi abuela y compartíamos el único baño que había. Tenía un porche y un pequeño jardín, y construí una estructura de madera para gatos para Nick y Nora. Parecía que les gustaba.

Sabía que abrir un pequeño negocio era una de las apuestas más arriesgadas que podía hacer una persona. Sabía que la mayoría cerraba en menos de tres años. Muchos propietarios se quedaban sin nada. Yo había invertido todo lo que tenía en este negocio, no solo dinero, sino también mi tiempo, mis sueños, mis lágrimas, mis miedos y todo mi corazón. Por primera vez en mi vida, no solo estaba corriendo un riesgo, sino que era un riesgo que podría arruinarme. Un riesgo que, si fracasaba, me devolvería a la casilla de salida. Peor aún. Era un riesgo del que no podría recuperarme si no me salían las cosas bien.

Aun así, cada vez que entraba en mi librería, sonreía. Podía fracasar, pero, si ni siquiera lo intentaba, no me merecía que apareciera mi nombre en la puerta de la oficina.

Y aparecía.

LECTURAS DE VERANO Y CRÍMENES
MIA CRAWFORD, PROPIETARIA Y GERENTE

Tenía el corazón lleno.

Bueno, casi lleno.

Mi abuela trabajaba a tiempo parcial para mí, y, al vivir juntas y trabajar juntas, a veces chocábamos, pero me sentía más cerca de ella que nunca. Jane y Amanda estaban enfadadas conmigo por mudarme a Florida, pero ya me habían visitado dos veces, y Jane decidió que su boda se celebrase en Miami. El señor Cohn y su mujer vinieron a visitarme cuando estaban de vacaciones. A él le había decepcionado mucho que yo hubiera dejado mi antiguo trabajo, pero les habló a todos sus clientes y a mis antiguos clientes sobre mi nuevo proyecto. El boca a boca —ya fuera para vender un libro o una librería a los lectores— funcionaba. Mi negocio de pedidos por correo a Nueva York iba viento en popa. Lo mejor de todo era que él había accedido a mi recomendación de ascender a Braden, al cual le estaba yendo genial en mi antiguo puesto.

—¡Mia! —me llamó mi abuela mientras yo escribía nuestro boletín semanal, en el que destacaba nuevas publicaciones, próximos eventos y lecturas recomendadas.

Levanté la vista y ella estaba hablando con una de nuestras clientas habituales. Me hacía mucha ilusión que tuviéramos clientes fijos. Hacía un mes que habíamos abierto, y la señora Jansen venía casi todos los días a tomar café. Ya había encargado seis libros para ella.

Me acerqué con una sonrisa.

—¿Tiene alguna pregunta?

—Mi nieta tiene trece años. Dice que ya es demasiado mayor para leer algo juvenil, pero su madre no quiere que lea libros que sean demasiado para ella, no sé si me entiendes. —Formó con los labios la palabra «S-E-X-O».

—¿Qué le gusta leer normalmente?

—Le gusta el drama, pero también los misterios. Cuando era pequeña leía *Nancy Drew*.

—Pues tengo a la autora perfecta para ella. Juvenil, pero para adolescentes mayores. Con poco romance, pero mucho drama y misterio.

Le dije a mi abuela que le buscara a Holly Jackson en nuestra

sección juvenil, y las dos mujeres se alejaron, charlando sobre la «adorable» nieta de Nadine, esto es, de mí.

Casi me daba la risa. No me consideraba adorable, pero no podía negar que estaba más feliz estos días, a pesar del estrés de tener mi propio negocio.

Porque nadie puede estar triste rodeado de libros.

E incluso estaba intentando escribir uno. No sabía si llegaría a algo, pero dedicarle un par de horas a la semana a un mundo ficticio que yo misma estaba creando era aún más liberador que leer sobre mundos creados por otros autores.

—Disculpa, estoy buscando un libro sobre formas de demostrar que te amo.

Esa voz.

Me giré despacio, como si el mundo se detuviera. Las voces en la tienda se desvanecieron y empecé a ver borroso.

Ethan.

Abrí la boca para decir algo, pero no sabía qué, y nunca había esperado volver a ver a ese hombre.

El hombre más sexi que conocía. El hombre que sabía cómo besarme hasta dejarme sin sentido y sabía perfectamente dónde tocarme. El hombre que me había liberado de las cadenas de mi prisión autoimpuesta y que me había abierto la mente a nuevas posibilidades.

El hombre que me había mentido.

Ethan Valentine llevaba un traje. Un traje muy bonito, ligero y hecho a medida, con una camisa rosa clara que le quedaba impecable en ese cuerpo tonificado. Pero ¿la corbata? Flamencos rosas con gorros de Navidad. Era algo que Jason Mallory llevaría, si usara corbata.

Me puso los dedos en los labios.

—Me encanta que hayas abierto esta tienda. Me encanta que me dijeras la verdad sobre mí. Me encantan tus grandes ojos color *whisky*, tu risa cálida y cómo se te arruga la nariz cuando piensas que alguien está siendo maleducado. Me encanta tu valentía y tu

cautela. Me encanta tu capacidad para ver a las personas como realmente son. Me encanta cómo me haces sentir.

No podía hablar. Aunque hubiera querido, no habría podido.

—Te quiero, Mia, y quiero pasar todos los días demostrándote cuánto te quiero.

—No tengo ningún libro sobre eso —susurré con la voz entrecortada.

Ethan sonrió.

—Quizá debería escribirlo yo.

—Quizá deberías —dije.

—He soñado con besarte, pero me daba miedo que me abofetearas.

—No te voy a abofetear.

Se inclinó y me besó. Fue tan bueno como lo recordaba.

Mejor.

«Te quiero».

Quería a ese hombre, pero ¿estaba segura de que amaba a Ethan Valentine y no a Jason Mallory? ¿Estaba segura de que eso era amor? ¿Cómo podía saberlo? ¿Cómo saber lo que él sentía de verdad? ¿Eran solo palabras o las decía en serio?

Miré en esos profundos ojos verdes, buscando una cosa… y la vi. Vi amor.

¿No se compone la vida de riesgos y recompensas? ¿No lo había demostrado yo ya al renunciar a una carrera estable por mi sueño? Ethan decía que me quería, y sus ojos me decían que no mentía.

Lo atraje hacia mí y le devolví el beso. Abrió la boca y nos quedamos atrapados en un beso que rivalizaba con todos los demás que nos habíamos dado. Ya no estaba soñando; Ethan estaba aquí, conmigo, y me quería.

Me tocó la mejilla, me besó el cuello, la oreja, luego me abrazó con fuerza y susurró:

—Te lo compensaré, Mia.

—Está bien —dije, porque el corazón me seguía latiendo con fuerza en el pecho.

Mucho era lo que yo había cambiado en los últimos seis meses; no obstante, todo había empezado cuando este hombre se hizo pasar por alguien que no era. Ello me demostró que yo también fingía amar mi vida tan cuidadosamente planeada.

—¿Te permiten hacer un descanso?

—Es mi tienda. ¿No has visto mi nombre en la puerta?

Sonrió. Le brillaban los ojos, y miró alrededor con aprecio.

—Todo es muy tú. ¿Tienes ayuda?

—Mi abuela. Y, eh… —Los nombres de mis empleados a tiempo completo se me habían olvidado. Ni siquiera recordaba quién estaba trabajando hoy.

—¿Qué hay arriba?

—Un despacho de contabilidad.

—Y ¿dónde vives?

—A dos manzanas. No tengo coche.

—¿Quieres enseñarme el camino que haces cada día? —Entrelazó sus dedos con los míos y volvió a atraerme hacia sí.

—Me quieres —dije, a modo de afirmación.

—Sí.

—¿Cómo me has encontrado?

Él inclinó la cabeza.

—Soy Ethan Valentine.

Sonreí.

—¿Qué? —dijo—. Dime lo que quieres, y es tuyo.

—A ti.

—¿A mí?

—Sí. Creo que yo también te quiero.

—¿Crees?

Sabía que lo quería. Me había enamorado y me había alejado porque no sabía quién era yo en realidad aquel último día en St. Claire.

Ahora ya sabía quién era. Y, a juzgar por la ropa y la seguridad en sí mismo que tenía Ethan, él sí sabía exactamente quién era él.

—Espero que lo sepas con certeza, porque acabo de abrir una

oficina aquí, en Miami.

—¿De verdad? —me sorprendió—. Y ¿qué pasa con St. Claire?

—Sigo siendo dueño de St. Claire. Kalise está gestionando el resort sola y ha ascendido a dos empleados, que se han convertido así en sus asistentes. Mi tío Luis también está echando un ojo por allí. Me dijo que te dijera que quiere que lo visites pronto. —Hizo una pausa y preguntó—: ¿Echas de menos la isla?

—A veces —respondí con sinceridad—. St. Claire es especial.

—Podemos volver cuando quieras. Es decir, si es que ya sabes que me quieres.

Intenté mantener una expresión seria, pero no pude y amplié la sonrisa. —Sé que te quiero.

Él sonrió.

—Me alegra. Porque hemos contratado a otro camarero sexi para reemplazar a Jason, y no quiero tener que competir por tu cariño.

Me reí, le rodeé el cuello con los brazos y dije:

—Empecemos la visita por el dormitorio.

AGRADECIMIENTOS

Cuando asumí la tarea de escribir *Crímenes y lecturas de verano*, supe que supondría una ligera desviación de lo que suelo escribir normalmente, así que devoré docenas de libros —romances, misterios, misterios románticos, comedias románticas e incluso algunos libros de jóvenes adultos— que me recomendaron mi querida hija Mary y su mejor amiga Mia Phillips. Siempre les estaré agradecida por haberme ayudado a ampliar mi abanico de lecturas al descubrirme sus libros favoritos. Y quiero expresar un agradecimiento especial a Mary, que me escuchó enumerar muchísimas ideas de títulos que no me gustaban, y entonces me dijo: «¿Qué te parece *Crímenes y lecturas de verano*?».

Los amigos valen su peso en oro, y los amigos escritores son doblemente valiosos. He tenido la suerte de contar con Toni Causey como mi referente cuando me quedaba atascada. Se leyó los borradores iniciales de los primeros capítulos y me hizo comentarios que me resultaron muy valiosos. Más importante aún, me dio la confianza que necesitaba para disipar los demonios que surgen de las dudas y poder enfrentarme a este proyecto tan divertido.

Como siempre, gracias al grupo Crime Scene Writers, un grupo de expertos altruistas que saben de todo lo relacionado con crímenes y castigos que responden a las preguntas más extrañas y rebuscadas de los escritores. Vaya un agradecimiento especial a la agente inmobiliaria Christina Kremidas, que me enseñó tantas cosas sobre cómo funciona el mercado inmobiliario comercial en la ciudad

de Nueva York, por lo que decidí cambiar un punto de la trama para evitar situar el alquiler de un edificio allí.

Gracias al enérgico y creativo equipo de Assemble Media, los cuales confiaron en mí cuando esta historia acabó teniendo un rumbo algo diferente al que esperaban, y me ofrecieron retroalimentación muy útil desde el principio, que me ayudó a convertir a Mia en una de mis creaciones favoritas, que espero te guste tanto como a mí.

Creo que mi editora se sorprendió cuando le propuse la idea de escribir un misterio romántico, pero April Osborn, Dina Davis y el equipo de MIRA me apoyaron muchísimo desde el principio hasta el final. He dicho una y otra vez que una buena editora es una bendición para un escritor, y los apuntes de April fueron justo lo que necesitaba. Este libro es mucho mejor gracias a sus consejos editoriales. También quiero darle las gracias al departamento de arte, que ha hecho un trabajo increíble con mis portadas y que nunca parece quejarse (al menos, no conmigo) cuando volvemos con un: «¿Y si modificamos esto…?».

Mientras reflexionaba sobre mi colaboración con mi agente Dan Conaway y Writers House, me di cuenta de que este verano cumplimos quince años trabajando juntos. Quince años y más de treinta libros. Dan, gracias por mantenerme con los pies en la tierra y ser mi defensor. No estaría aquí sin ti y el equipo de WH. También quiero darle las gracias a la asistente de Dan, Sydnee Harían, por su eficiencia y por leer el primer borrador, y ofrecerme consejos muy acertados, sobre todo en relación con el final.

Como siempre, mi familia es mi pilar. Sin ellos, estaría perdida. Os quiero. Gracias a mi marido Dan; mis hijos Katie, Kelly, Luke, Mary y Mark; mi nieto Colton; y mi madre, Claudia. Todos me hacéis feliz.



ALLISON BRENNAN (1969, San Carlos, California, Estados Unidos). Es autora de más de cuarenta novelas, por las que ha recibido numerosos galardones, y es habitual de las listas de los más vendidos del New York Times y del USA Today. Vive en Arizona con su marido, sus cinco hijos y varias mascotas.

Notas

[1] En castellano en el original. (*Todas las notas son de la traductora*). <<

[2] La NFL, National Football League, es la Liga Nacional de Fútbol Americano. <<

[3] En castellano en el original. <<

[4] En castellano en el original. <<

[5] Un tipo de fiesta hawaiana. <<

[6] La cirugía de Tommy John es un procedimiento para reconstruir el ligamento colateral medial (o cubital) del codo, común en lanzadores de béisbol, que se reemplaza con un tendón de otra parte del cuerpo del paciente (como la muñeca) para restaurar estabilidad y función; también se la conoce como «reconstrucción del ligamento colateral cubital». <<

[7] *Ghost*, en inglés, significa «fantasma». De ahí el juego de palabras entre *ghosting* y «fantasma». <<

[8] En castellano en el original. <<

[9] En castellano en el original. <<

[10] En castellano en el original. <<

[11] LLC (*Limited Lability Company*), Sociedad de Responsabilidad Limitada, S. R. L. <<

[12] La bancarrota del capítulo 13 del título 11 («Quiebras») del Código de los Estados Unidos, también conocida como bancarrota de reorganización o plan de asalariado, es un proceso legal que permite a las personas con ingresos regulares reorganizar sus deudas y establecer un plan de pago a sus acreedores durante un periodo de tres a cinco años. Los deudores que proponen un plan del capítulo 13 pueden retener sus activos mientras realizan pagos mensuales a un administrador de quiebras, quien luego distribuye los fondos a los acreedores. Al finalizar el plan de pago, el deudor puede recibir una condonación de las deudas elegibles restantes, lo que le brinda un nuevo comienzo financiero. <<